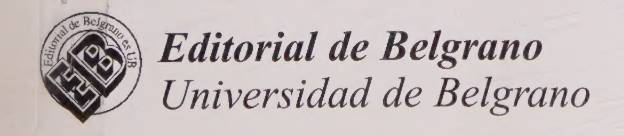
Andrew Graham-Yooll

MEMORIA DEL MIEDO



Editorial de Belgrano
Universidad de Belgrano

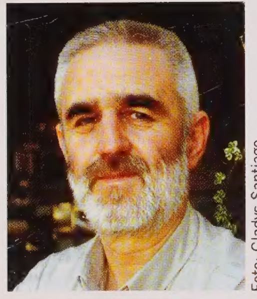


Foto: Gladys Santiago

Andrew Graham-Yooll

With great liveliness and with an honesty which is all the more to be admired because it does not always show the author in the best light, Graham-Yooll distills the quintessence of how an aware Argentine lived in those days of violence. It is a small masterpiece.

Hugh O'Shaughnessy, THE FINANCIAL TIMES, London.

Con gran humor y con una honestidad que es tanto más admirable porque no siempre muestra la mejor faceta del autor, Graham-Yooll destila la quintaesencia de cómo un argentino informado vivía en esos tiempos de violencia. Ésta es una pequeña obra maestra.

He is superb on atmosphere; he notes the grotesque juxtaposition of cruelty and kindness in Argentine, the fear and the savoir-vivre.

David Stephen, NEW SOCIETY, London.

Es magnífico en la ambientación: hace notar la grotesca superposición de la crueldad y la generosidad en la Argentina, el miedo junto con el gusto de vivir.

The first chapter begins in London exile, with unvarnished reflections on the nature of the experience -"a middle-class privilege"-. He writes with needle-sharp perception ot the horror of the predicament - a Latin American diaspora spread over the world, unwilling to accept that "they were abroad, the others had won."... Each chapter is a golden nugget dug from the memory -a news story, a personal tale, a kidnap, a party-.

Richard Gott, INDEX ON CENSORSHIP, London.

2nd Argentine
"A Sta"

MEMORIA DEL MIEDO

(Retrato de un exilio)

ANDREW GRAHAM-YOOLL

MEMORIA DEL MIEDO

(Retrato de un exilio)



Editorial de Belgrano

Este libro apareció en Londres con el título de
Portrait of an Exile, en 1981.
Se reimprimió, ampliado, en Londres con el título
A State of Fear - Memories of Argentina's Nightmare, en 1986.
En Israel apareció con este mismo título en versión hebrea en 1998.
En USA apareció como *A Matter of Fear*, en marzo de 1982.
En Buenos Aires apareció en versión castellana como
Retrato de un exilio (Sudamericana, 1985).

Federico Lacroze 1959 (1426) Capital Federal
Teléfono 775-8788
Internet: WWW. Latbook. Com/Editor/Belgrano.
E-mail: belgrano @ ub.edu.ar

Printed and made in Argentina
Hecho e impreso en la República Argentina

I.S.B.N.: 950-577-265-3

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Para Gladys, por estar ahora,
y para los que lo vivieron
y los que sobrevivieron.

* * *

A la memoria de Alipio
"Tito" - "El gordo" - Paoletti.

* * *

A la memoria de
Bernardo Verbitsky (1907-1979)
que se interesó por las cosas que
me interesaban allá en la librería
de Jorge Álvarez.

* * *

También para Micaela,
que vivió este libro conmigo.

* * *

Y para Robert Cox y Maud Daverio
que siempre me apoyaron.

* * *

Gracias a Rosa
Amuchástegui,
Daniel de Anchorena
y a Rogelio García Lupo.

Índice

Agradecimientos

Una versión ligeramente diferente de "Una cuestión de miedo" fue publicada en *Partisan Review*, Boston, en julio de 1981.

"Una conferencia de prensa" fue publicada como "Una conferencia de prensa en Buenos Aires" en *London Magazine*, en julio de 1978. *London Magazine* publicó otra versión modificada de "Una cuestión de miedo" en el número de abril/mayo de 1978. "Agregado al Capítulo Cuarto" se publicó en *London Magazine* en octubre de 1985.

Algunos pasajes incluidos en "El regreso" fueron usados por el autor en artículos publicados en el *International Herald Tribune*, París, el 17 de diciembre de 1980, y en *The Literary Review*, Edimburgo, el 18 de diciembre de 1980.

Una versión más detallada de los episodios de la quemazón de libros incluidos en "Publiquen y aténganse a las consecuencias" apareció antes en una carta del autor publicada en *New Scientist*, Londres, el 9 de diciembre de 1976.

Algunos pasajes referentes a la censura incluidos en "Publiquen y aténganse a las consecuencias" y en "El largo de un día" se usaron en artículos del autor publicados en *Index on Censorship*, Londres.

"Tomando té con el torturador", se publicó en *The Observer*, en Londres, el 15 de enero de 1984.

El autor agradece a los editores de esas publicaciones el permiso otorgado para incluir ese material en este libro.

Vaya el reconocimiento del autor para Eduardo I. San Martín, diagramador y armador de este libro.

NOTA: Se han omitido algunas identidades, nombres de lugares y referencias a algunos episodios específicos para proteger a las personas o para que no se sientan incómodas.

Mempo Giardinelli

Elogio de Andrew Graham-Yooll

Presentación en la Librería Española, Buenos Aires, el 5 de diciembre de 1985.

En una nota, hace unos años, escribí que el exilio era como un túnel ferroviario en una montaña. Uno está allí, solo, en la oscuridad, y ve una lucecita allá a lo lejos. Se entusiasma, acelera el paso convencido de que allá está el resplandor, el aire libre. Pero resulta que también cabe la posibilidad de que esa lucecita sea el enorme foco de una locomotora que viene hacia nosotros y nos aplasta. Es decir: el exilio es una esperanza y es una condena. Es un castigo y es el aire libre. Y no necesariamente es la pérdida de un país, sino la posibilidad de ganar otro, según se viva como suma y no como resta.

Creo que en este libro, sucede lo mismo: Andrew Graham-Yooll comparte con sus lectores *la reflexión* de lo que le ha dolido el exilio, y también *sus esperanzas*, que no son muchas ni demasiado grandes, pero que existen. Y en todo caso, lo que Andrew Graham-Yooll presenta, a quienes se atrevan a incursionar en estas páginas, es un alarde excepcional de sentido común, de honestidad intelectual, de amor a esa pasión incontrolada, a esa joven bella y esquiva, a esa inaprehensible Bella Durmiente que es la Verdad. Esa utopía que todos buscamos.

Los que me conocen saben que no soy generoso para presentar libros. Pero ahora confieso que leer este libro fue para mí una experiencia impactante. Registré viejas emociones, y no me refiero a lo que alude el título (El exilio. En la primera edición inglesa y argentina, el título fue *Retrato de un exilio / Portrait of an Exile*) sino, por ejemplo, a eso que todos sentimos alguna vez en la

Argentina de hace una década o poco más: miedo. Terminé este libro una de estas noches calurosas, en un bar de la calle Córdoba, solo, a la una de la madrugada, con pocillos vacíos de café enfrente de mí. Y lo acabé sintiendo que otra vez tenía los puños apretados, cierta necesidad de mirar a mi alrededor, cierta paranoia vieja. Quizá tuve nostalgia de un país que todavía me duele recordar, porque con toda su tragedia era el mío, el de muchos que ya no están, y yo lo quería. Quizá el miedo volvió para que me diera cuenta de que ahora, todo lo indica, las cosas han cambiado, y éste es otro país. ¿Es otro país? *Creo —quiero creer y seguir creyendo— que sí.*

También, la lectura de este libro me llevó a revisar mis viejos libros, que estuvieron casi nueve años en un sótano, guardados, esperándome mientras yo, en México, los echaba de menos. Allí encontré los anteriores libros de Andrew Graham-Yooll, los que hicieron nuestra amistad de unos 15 años, cuando a través del común amigo Roberto Vacca nos enviábamos, dedicados, nuestros pésimos poemarios primerizos. Por ejemplo, *Se habla Spanglés*, aquel dechado de poesía ingenua, kitsch, que Andrew Graham-Yooll pergeñaba cuando era un muchacho romántico y bien intencionado que escribía estos versos: "Hoy me levanté feliz / con ganas de cantar; / éste es un canto / si se sabe interpretar", y eso era todo el poema. Y también escribía, casi premonitoriamente, estos otros versos: "Pido la libertad que sé merezco. / La necesito tan sólo / para el resto de mi vida; / y después nada más".

Y no dejaré de decir que en este libro, además, me sonreí, me emocioné, me enfurecí, temblé y sufrí ataques de indignación, recobré ternuras infinitas y en varios pasajes hasta me enojé con Andrew Graham-Yooll, por ciertas cosas que creo que no entiende, ni va a entender jamás, como por ejemplo el peronismo.

Todas estas sensaciones provocadas por 224 páginas que se leen, les juro, de una sola vez, una sola frenética vez, una sola patética vez, no son poca cosa. Y estos adjetivos no me vienen gratuitos, sino que se deben a que Andrew Graham-Yooll nos está hablando de la Argentina. De la misma que vivimos nosotros, aquí, allá, acullá. Esta dolida, hermosa, contradictoria, entrañable, temible, imprecisable, y siempre frenética y patética patria nuestra.

Sobre ella reflexiona Andrew Graham-Yooll, espetándonos desde el vamos una introducción referida al último período —éste, el democrático, 1983-1985— que es excelente y nos habla de la sensatez apabullante de este argentino que está, como yo, como

muchos de nosotros, harto de mitos, de cuentos, de mentiras. Y escribe esa introducción con una rara mezcla de ternura, pasión, enojo y dolor, que hacen que uno piense: "Caramba, hay párrafos que deberían ser de lectura obligatoria en las escuelas...". Andrew Graham-Yooll escribe desde sus propias heridas, su desilusión. Lo hace con una cierta desesperanza y con una enorme honestidad. Honestidad que signa todo el libro, en esas reflexiones sobre su propia vanidad, sobre el ego de los periodistas, o en reflexiones incidentales recurrentes sobre el hombre ante situaciones límite, como en ese capítulo en que nos habla del periodista que patea un cadáver carbonizado por pura irracionalidad, que es como decirnos que lo patea porque está enojado con la muerte, porque la muerte fue el símbolo de la irracionalidad nacional de los setenta. Y es honesto porque el sentido común es un imperativo para él. Y entonces no promete nada. No quiere votos. No busca aplausos. Simplemente invita a pensar. *Incita* a pensar. Expone, narra, y hace todo un ejercicio de coraje cívico. La rebelión de las ideas; el coraje expresivo de la palabra. Nada menos. En eso me recuerda a Carlos Fuentes, en su última novela, *Gringo viejo*: "Nada es visto hasta que el escritor lo nombra —dice Fuentes—. El lenguaje permite ver. Sin la palabra todos somos ciegos".

¿En qué se expresa el sentido común de Andrew Graham-Yooll? Por ejemplo, cuando dice que las Fuerzas Armadas, en la Argentina, son la mitad del camino hacia el poder. O cuando habla del oportunismo y la imbecilidad supinas (los calificativos son míos) de las clases medias argentinas. Dice Andrew Graham-Yooll: "*La única amenaza importante a la transición de Alfonsín es la gente que lo votó*". Obsérvese la profundidad, la agudeza de este implacable sentido común. "Es ese sector del pueblo —prosigue— con objetivos políticos indefinidos y pocos ideales, el que más exige y menos ofrece. Es la clase media y una sección importante de la clase media baja. En ese grupo, la preocupación monetaria conduce a la protesta sin participación", concluye Andrew Graham-Yooll. Al que le quede el sayo, que se lo ponga, añado yo.

¿A quién se dirige Andrew Graham-Yooll? A todos. Pero yo quisiera que este libro fuera leído por ese tipo que todos conocemos (y lo tenemos en nuestras familias, entre nuestros amigos, colegas o vecinos), ese tipo que en el 66 apoyó el golpe de Onganía formando parte de lo que entonces se llamó la "expectativa esperanzada"; y que luego en el 72 estuvo contra (general Alejandro) Lanusse; y en el 73 votó a Héctor Cámpora, y enseguida la fórmula Perón-Perón. Y también apoyó el golpe del 24 de marzo de 1976 y aplaudió a

Videla porque traía el orden. Y luego —el mismo tipo— vivó a Videla en el mundial del 78, y más tarde tiró manteca al techo cuando la plata dulce, y viajó a Miami a comprar teles a colores mientras se destruía la industria nacional. Y después aclamó a (general Leopoldo Fortunato) Galtieri cuando las Malvinas. Y el 30 de octubre votó a (Raúl) Alfonsín, pero ya auguraba el golpe hace unos meses cuando la inflación se disparaba al mil por ciento. Y que si no era por el Plan Austral no sé qué hubiese votado el 3 de noviembre. A quien le quede el sayo, nuevamente, que se lo ponga.

Se dirá —algunos dirán— que por qué seguir en este tema del exilio, y por qué insistir con lo que pasó, con eso que duele tanto recordar. Para qué seguir en el pasado, dicen algunos, esa moda de ahora. Decir, por ejemplo: "hay que mirar al futuro; hay que poner punto final; hay que terminar con lo que nos divide". Como hace un año era la moda del exilio. Todo lo que se convierte en moda, en este país, se neutraliza.

Por eso mismo, Andrew Graham-Yooll responde: no hay que olvidar. "Falta un pasado —escribe— por medio del cual se pueda interpretar el presente, y *sólo así* preparar el futuro". Y tiene razón: hace falta recordar; hace falta seguir insistiendo en lo que él llama "el aporte de los exiliados: dar a la Argentina un poder parcial de memoria". ¿Por qué? Porque: "Los argentinos están dedicados a olvidar, a quitarse de la mente todo incidente odioso para no tener que perdonar, de manera que en algún futuro no lejano puedan *recordar en forma selectiva* y ser violentos y vengativos cuando la política lo exija. O tal vez es el miedo el que aconseja el olvido". Esto escribe Andrew Graham-Yooll. Y luego dice, confesión y propuesta: "Cada día lucho menos contra el olvido".

No sé si queda claro lo que pienso de este libro. Lo leí con gozo, con entusiasmo, con pasión. Y, repito, más allá de algunos desacuerdos. Por ejemplo: el tipo de vida del exilio que cuenta Andrew Graham-Yooll corresponde al exilio en Europa. En México fue diferente. Fue más organizado, fue —diría yo— más solidario, menos de lamentación y más de apoyo colectivo, más generoso. Quizá, me atreveré a sugerirlo, porque estábamos en una tierra más generosa, latina, cálida. Otro desacuerdo es, como ya lo dije, el peronismo: Andrew Graham-Yooll hace cuatro o cinco menciones peyorativas, preñadas de resentimiento. En una página lo define a la europea, con un viejo lugar común: "Estilo bonapartista de populismo neofascista", basado en las discutibles tesis de J. J. Sebreli. Luego divide al peronismo de la siguiente manera: "Izquierda neofascista, representada por los Montoneros; la "guardia vieja",

conservadora, constituida por políticos de más de 60 años; y derecha neofascista, que son grupos de choque". Cualquier inglés asentirá con estas definiciones. Yo quiero decir que para nosotros, los que vivimos aquí, peronistas o no, estas categorías son, al menos, pobres, y carecen del rigor que el libro tiene en todos los otros aspectos.

Quizá una tercera discrepancia con Andrew Graham-Yooll es la tesis del empate histórico que desarrolla en el capítulo "*Una cuestión de miedo*". Describe bien la locura imperante en Argentina en dos cúpulas, dos élites delirantes y mezquinas; pero hay *un aire de equivalencia* que para mí es discutible. Quien les habla no cree que aquí las culpas fueron parejas. Sí es verdad que nos equivocamos todos en este país, pero hubo algunos *más* equivocados; *más* responsables del desastre: los que hicieron de la desaparición una práctica consecuente, los que torturaron por oficio y por placer, los que reprimieron y censuraron a todo un pueblo, los que hoy están desesperados por un punto final, por una amnistía o por la amnesia del pueblo argentino. Los otros, *sin que les quepa un solo miligramo menos de culpa*, también deben ser condenados. Pero la tesis del empate histórico, insisto, me parece discutible. Mi última novela habla de eso, así que no seguiré aquí con el tema.

El libro de Andrew Graham-Yooll es parejo en su intensidad. No hay un solo capítulo, una sola página, que no enganche al lector —como quería Hemingway— y lo deje sin respiración. *El rescate de los hermanos Born*; *Hotel alojamiento*; *Publiquen y aténganse a las consecuencias*; *El largo de un día*; y *Tomando té con el torturador*, por ejemplo, son capítulos escalofriantes, testimonios de la dimensión más variada del ser humano, ese ser capaz del raro recorrido que va de la ternura y la abnegación hasta la abyección y lo más abominable de que es capaz cuando odia o está loco. Todo esto lo conoció Andrew Graham-Yooll, todo lo escribe con un tono tan sincero que es una verdadera declaración de honestidad. Todo lo dice con una humildad que es toda una confesión y es un ejemplo de la abdicación del narcisismo periodístico. Dice: "Sólo cuando alguien escriba todo esto como ficción, perdurará; se creerá. El periodismo expira a las 24 horas y los testimonios judiciales y oficiales mueren en la memoria confusa de los archivos". Y más adelante reitera: "Sólo la ficción puede contar estas historias; impresas como testimonios parecen falsas". Y en esto, en lo que quizá sea el más hermoso error de este libro, Andrew Graham-Yooll se equivoca: porque no hay narrador, no hay ficcionista que pueda relatar lo que *Retrato de un Exilio* (Memoria del Miedo) nos cuenta,

con la misma emoción, el mismo impacto, la misma vigorosa cachetada que este libro produce.

Quizá lo que sucede es que Andrew Graham-Yooll se ha despojado de todo lo que no sea su amor por esta tierra que lo vio nacer, como declara, y a la que sigue amando. Quizá en la madurez ha encontrado el modo de ser veraz y contundente, porque ha encontrado su humildad, su tristeza, su debilidad. Las mismas que ya tenía en Londres, hace unos años, cuando lo visité en un suburbio, en una casita de suave patio otoñal; o en un verano cuando tomamos un café con leche en Victoria Station, o en Charing Cross, no recuerdo. Quiero decir: aquí, en este libro, está el hombre sensible, el aparente inglés flemático que deja paso a ese apasionamiento oculto en sus páginas valientes, en sus denuncias, en aquella obsesiva manía de llevar el recuento de víctimas de todos los bandos que fue característica suya y del *Herald* de los años 70. Porque nadie se engañe: no es este periodista excepcional un sajón frío que observa con admiración esteticista los asesinatos, a la manera de De Quincey. No. Éste es un argentino de sangre caliente, un apasionado de la vida, un feroz enemigo de la muerte, la tontería o la mentira.

Señoras y señores: este libro que nos invita a pensar y a recordar es *un atentado contra el olvido*. Una patada en el trasero de los desmemoriados. Un alarido de furia y de rabia ante los oportunistas. Un libro que hay que leer, señoras y señores, y que termina con dos ideas que quiero repetir, porque simbolizan a este periodista de quien me honra ser su amigo.

"Durante siete años en la Argentina se había aconsejado a los jóvenes que no leyeran y a los viejos que olvidaran. Con la terminación de la dictadura, éste es un pais que está tratando de reconstruir una historia de la que no se ha registrado nada".

Ésa es una idea. Y la otra, en el último renglón del libro:

"Después de esto —dice Andrew Graham-Yooll— yo no voy a contar mis historias con tantos detalles". Porque lo conozco, no le creo. Porque él un día pidió la libertad (en un poema). "La necesito para el resto de mi vida, y después nada más", dijo. Pero yo quiero decirle que ahora la necesitamos todos, para que él siga contándonos los tiempos (de violencia, de tragedia, de exilio, acaso mañana de paz y de felicidad), y para que nosotros sigamos leyéndolo con la misma admiración.

Mempo Giardinelli (5/12/85)

Introducción

*La Argentina: el estado de transición 1983-85**

En diciembre de 1983, Raúl Alfonsín asumió el mando como presidente civil de la Argentina para inaugurar un período de "democracia que durará cien años". La etapa política que lo precediera había sido una calamidad económica, civil y militar, absolutamente diferente de la experimentada por los vecinos de la Argentina. La magnitud del desastre argentino sólo podría apreciarse en las docenas de libros y publicaciones repletos de revelaciones y análisis del proceso de normalización militar. Todas esas publicaciones estaban expuestas en la primera Feria del Libro en Democracia que tuvo lugar en Buenos Aires en abril de 1984. La experiencia civil anterior había sido corta y caótica. El pueblo en general había mirado con desconfianza, en el mejor de los casos, a la media docena de gobiernos civiles que se sucedieron en los últimos treinta años. Eran vistos como ardides militares para dejar el gobierno cada vez que los generales fracasaban en la administración del país. Lo peor de esta situación era la corriente de escepticismo civil mezclado con reclamos maniqueos de realismo, propios de un pueblo que, a pesar de su conducta, no quiere ser calificado de cínico. Ese estado mental ha conducido siempre a gran parte de la población a predecir la fecha del próximo golpe de estado en el acto mismo de emitir el voto.

En diciembre de 1983, el 90 por ciento del pueblo descartaba la posibilidad de un nuevo golpe militar. Dos años después de la

* Publicado en *Third World Quarterly*, julio de 1985. Incluido en la primera edición argentina publicada por Editorial Sudamericana en 1985.

asunción del mando por Alfonsín, se vuelve a hacer evidente que las reservas respecto de la democracia, como las seguridades respecto de los regímenes militares, oscilan junto con las preocupaciones económicas del argentino medio. Cuando la inflación salta al 800 por ciento, los resultados de una encuesta realizada en Buenos Aires a principios de marzo muestran que el 56 por ciento de los encuestados encontraban posible un golpe militar en un futuro no lejano. Sin embargo, el consuelo era que el 36 por ciento estaba aún convencido de que no existía esa posibilidad.[1] *El estado de aceptación es lo que lleva a los militares hasta la mitad del camino hacia el poder. Y ese fatalismo hace que para las fuerzas armadas resulte mucho más fácil relevar a una administración civil en este contexto que en una sociedad totalmente consciente de las responsabilidades cívicas individuales.*

Alfonsín ofreció fundamentalmente "un gobierno decente", pero sobre esa manifestación se apilaron enormes esperanzas y variadas interpretaciones. La decencia era, para muchos, poner fin al estado de terror en que los militares habían sumido al país en nombre de la infame doctrina de la seguridad nacional; también era acabar con las mal llamadas "operaciones económicas ilícitas", mejor conocidas como corrupción, que habían hecho la fortuna de numerosos miembros importantes de la administración militar. Queda para ser elucidado por cada pesimista si las esperanzas individuales eran incitadas por el patriotismo y el deseo de bienestar general o por envidia de aquellos que habían sido más rápidos para obtener ganancias materiales.

La psicosis colectiva que lleva a la Argentina a depositar su confianza en las fracasadas soluciones por vía militar y luego

[1] *Buenos Aires Herald*, James Neilson, 3 de marzo de 1985. Véase también "La crisis militar", *Somos*, 8 de marzo de 1985. Una crisis en la conducción del ejército siguió a la expulsión de oficiales de alta graduación, opositores al gobierno civil, dictada por el ministro de Defensa. El detalle con que fue analizado cada paso de la crisis por las dos publicaciones (y por toda la prensa argentina) indica la importancia que se da a las sensibilidades militares y al poder de los comandantes para imponer sus voluntades al gobierno civil. A fines de 1983, cuando el doctor Alfonsín suprimió muchos escalones jerárquicos de las tres armas, no se produjo tanta preocupación por la amenaza a su autoridad que eso podía representar. Un peligro indirecto para la transición es el volumen de la atención prestada por la prensa a los incidentes en las Fuerzas Armadas; en la mente del público se agranda la importancia de esos asuntos.

trasladarla a los gobiernos civiles de los que se esperan resultados sobrehumanos, sólo puede atribuirse (con sentido paternalista) a la juventud de la Argentina como nación independiente, cuya vida es la de dos octogenarios de generaciones sucesivas. Sin embargo, debido a su cultura europea, se espera de la Argentina que se maneje a la par de sus mayores. Alfonsín no fue el primer depositario de una gran esperanza. La gestión del reciente régimen militar (1976-83) no fue la primera oportunidad en que la Argentina se sumió en el caos después de las promesas civiles de un orden nuevo. El caos, el abuso de la función pública, la violencia y la corrupción se extienden hacia atrás casi sin interrupción a lo largo de los años.[2] *Esto es lo que a menudo provoca el tono paternalista de la prensa europea, que reprende a la Argentina y le pide que se porte mejor. A la vista hay un país sin justificativo obvio para el mal que ha sufrido. Es rico en recursos, su gente tiene un alto nivel intelectual y cultural y tiene una legislación social avanzada; las mujeres tuvieron el voto en algunas provincias desde 1939; el sufragio universal (masculino) fue introducido en 1912; la jubilación, en el 46, etcétera.*[3] *Sin embargo, la riqueza ha sido mal aprovechada, los conocimientos mal aplicados, la ley ha sido ignorada al punto de que, aunque las cualidades individuales son buenas, incluso excelentes, la comunidad vive al borde de la anarquía.*[4] *Podrá parecer rebuscado pero no menos cierto que, en el caso de la Argentina, la carencia del espíritu comunitario conspira contra la transición ordenada de un régimen militar autoritario a un ciclo constitucional estable.*

El estado de transición debe considerarse aquí, y es mejor observarlo a través de las partes componentes de una sociedad en transición y no por la actividad de los grupos políticos que actúan en la transición. Esto hace que cualquier estudio sea empírico y torne conjeturales las observaciones de esta introducción. Se basa fundamentalmente en experiencias personales tanto como en lecturas.

[2] Eduardo Crawley, *A House Divided: Argentina 1880-1980*, Londres, Hurst, 1984. Ésta es una excelente introducción a la historia reciente de la Argentina.

[3] Hugo Gambini, *Formación política para la democracia*, Buenos Aires, Ediciones de Redacción, 1983, pág. 318.

[4] "Poor Little Rich Boy: Argentina, a Survey", Robert Harvey, *The Economist*, Londres, 26 de enero, 1980. Ofrece un buen ejemplo de comentarios paternalistas y de poca comprensión de los acontecimientos fuera de Europa.

De aquí que al seguir un orden informal de los temas presentados en esta introducción, en las páginas siguientes se intentará considerar la situación en varios campos fundamentales de la transición.

Sería aconsejable revisar primero la experiencia política argentina y el interregno militar contrastante con el de los gobiernos militares vecinos; luego, revisar la literatura política escrita por estudiosos y periodistas. A continuación, un examen del estado de ánimo militar actual que, en vista de todo lo que se ha escrito sobre ese tema, podrá ser breve. La parte principal de esta introducción ofrecerá una visión personal de la sociedad argentina y será seguida por una corta discusión de la composición de los principales partidos políticos, las organizaciones guerrilleras de los años 70 y el papel de la izquierda.

Regímenes militares: ¿todos la misma diferencia?

Aunque a veces es académicamente práctico discutir los regímenes militares en conjunto, comprendiendo los de Latinoamérica, África y Asia, los detalles de la norma autoritaria deberían quedar claramente separados del contexto político.[5] *Los textos corrientes, incluyendo los de R. A. Potash y Alain Rouquié, que ya son clásicos en su campo,*[6] *ven a las Fuerzas Armadas argentinas desde el punto de vista de sus orígenes sociales y de su composición política. Aún queda por explicar el contexto sociológico de las fuerzas armadas en América Latina. Esto podría comenzar a demostrar por qué, en la Argentina, las Fuerzas Armadas han pasado a ser el partido político dominante en todo aspecto excepto la inscripción legal, y son aceptadas como tal por la población civil. En otros estados de América Latina, las fuerzas armadas se han constituido en una fuerza al margen de la actuación política, si bien han dominado el*

[5] Véase *The Political Dilemmas of Military Regimes*, Londres, Croom Helm, 1984 (edits. George Phillips y Christopher Clapham), una colección excelente como introducción al tema; y Gustavo Roca, *Las dictaduras militares en el Cono Sur de América*, un airado estudio político de la ideología y los motivos detrás de los golpes militares recientes en el Sur de Sudamérica.

[6] R. A. Potash, *Ejército y política en la Argentina, 1928-1962* (2 vols.), Buenos Aires, Sudamericana, 1971 y 1981; Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (2 vols.), Buenos Aires, Emecé, 1982.

escenario político con su artillería. Este argumento se anula, naturalmente, con el ejemplo de Brasil, donde las fuerzas armadas ocuparon el gobierno en 1964 a raíz de un temor pueril al comunismo. Abandonaron el poder en marzo de 1985 al cabo de una compleja y sofisticada negociación y acuerdo con los partidos, el empresariado y los sindicatos para la trasmisión del mando a una administración civil. El pacto presentaba aspectos de un artificio imperial para la preservación de la corte y la clase dominante como acto de patriotismo y de respaldo al Estado.

Los custodios militares de Uruguay (1973-1985) comenzaron su estancia en el poder sosteniendo el concepto del jefe de Estado civil y sólo sucumbieron al cabo de un tiempo a la tentación de la figura presidencial uniformada. La tradición bipartidaria, que antedataba a la Guerra Grande (1845-1852) y que había dividido al país en bandos nacionalistas y liberales para siempre, sobrevivió en su concepto básico y dio al país un elemento de orden institucional hasta el fin de la década del 60. Este sistema tuvo su origen en la politiquería de pueblo chico y resistió hasta que los embates de una tercera fuerza, la guerrilla tupamara, amenazó el orden establecido.

El mismo argumento de la política tradicional que sostiene una estabilidad puede ser aplicado a Chile donde, a partir de 1891 y la rebelión contra el presidente Balmaceda hasta el golpe de setiembre de 1973, la política fue regida por intereses familiares aliados a grupos comerciales. Los pueblos y ciudades se adhirieron a los partidos que representaban los intereses de las familias tradicionales del lugar. Poco cambió. En la opinión de un periodista boliviano, el único logro del general Augusto Pinochet fue enseñar a los chilenos a viajar: los exiliados descubrieron que había un mundo más allá de los Andes y más allá del Pacífico.

Con distintos grados de intensidad, este argumento de la base de pueblo chico de la política puede aplicarse a Perú, Ecuador y también a Colombia, quizás el país más insular de los latinoamericanos. Venezuela escapó a esta clasificación por la vía de las luchas intestinas y de dirigentes fuertes que establecieron una forma de política local que duraría varias décadas luego del abandono del poder de cada caudillo.

No fue así en la Argentina. Aquí la política de pueblo chico llegó a su fin en 1852. Un nuevo equipo de dirigentes, estudiosos del liberalismo europeo, regresaron del exilio y se propusieron hacer de inmediato un país con todos los atributos de un estado, sobre la base de un pueblo chico. Estos liberales decretaron que la población, que

no conocía otro patriotismo más allá de la lealtad feudal a sus caudillos, sintiera la sensación de nación.

Con esta infraestructura limitada (es decir, los comienzos burocráticos de un estado, el texto de una constitución traducida de la de los Estados Unidos de América, una población provincial rala fuera de los límites de las pequeñas ciudades existentes y aún casi coloniales) los fundadores de la nueva Argentina se propusieron poblar una geografía que casi no conocían con pobladores europeos.[7] *Buscaron inmigrantes. Los inmigrantes vinieron, en su mayoría con el aporte intelectual y cultural limitado de los inmigrantes. Hallaron la burocracia de Estado que no tenía el apoyo de una nación, y no comprendieron a qué o a quiénes, debían su lealtad. Así fue concebida la Argentina moderna.*

Las palabras que escaparon a las llamas

Hay pocos absolutos en la política. En la política argentina no hay ni uno. No hay definiciones de argentinos para describir su evolución y su arribo al presente social. Hay debate, naturalmente; hay explicaciones, naturalmente; y hay historias de la formación de los partidos políticos.

Sin embargo, las definiciones que son presentadas como tales, son mejor descriptas como disculpas. Los historiadores se han interesado por las formalidades de la historia. No se han convencido de que la corta historia está regida por la informalidad. Esta preocupación por las formas rígidas se traduce en un sistema de educación sumamente conservador. Los gobiernos han bloqueado la investigación por temor a las analogías peyorativas; la historia ha sido censurada por temor a los fantasmas. Por lo tanto la Argentina ha sido un país sin memoria en reiteradas ocasiones. Cada vez que un habitante pierde la memoria, algo en él se muere un poco al no existir pasado sobre el cual sostener la vida diaria en el presente; falta un pasado por medio del cual se pueda interpretar a través de la experiencia, al presente, y así preparar para el futuro.

[7] Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina*, Buenos Aires. Jorge Álvarez, 1964. Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983. Eduardo Tiscornia, *El destino circular de la Argentina*, Buenos Aires (Edición del autor), noviembre de 1983.

El cambio en ciertos aspectos de esta triste costumbre ha hecho que la actual transición se halle agraciada con un pasado que, si bien corto, es algo por medio de lo cual se puede comenzar a explicar y documentar el presente. Varios cientos de intelectuales han intentado registrar y estudiar los hechos de las últimas dos décadas. Muchos de ellos eran hombres y mujeres que fueron obligados a exiliarse de la violencia durante el gobierno civil de 1973 a 1976, o del salvajismo de la administración militar de 1976 a 1983. Su aporte ha sido dar a la Argentina un poder parcial de memoria.

Los exiliados no podían operar solos desde el extranjero. Es justo decir que la autocompasión de los exiliados es el límite de su heroísmo. Cualquier crédito que se les diera aquí disminuiría el heroísmo de los que no se expatriaron. Pero en el caso de la Argentina, los exiliados han contribuido a registrar la historia y eso solo ya es importante. La información que usaron y la claridad con la que han contribuido a la transición civil fue amasada con la ayuda de los que no se fueron. Los que se quedaron no podían guardar archivos en sus casas por temor a los allanamientos; no podían escribir libros por miedo a la censura; no podían registrar incidentes por más de un día, pocas veces por más de una semana, jamás por un tiempo tan largo como un mes. Los exiliados, en sus refugios en capitales de otros países y en cenáculos académicos, tenían la posibilidad de conservar la información diaria durante meses y años y, eventualmente, de devolverla a la sociedad que había elegido morir un poco cada día olvidando cada ayer. Esa sociedad ha comenzado a recuperar la memoria. Aún no es consciente de todo el pasado pero ha empezado a romper con la vieja formalidad de la historia. Para ser justo, no es sólo ahora que los escritores argentinos intentan una cierta iconoclasia en sus estudios históricos. Siempre existió un grupo que lo hacía. Lo que diferencia la transición actual de otras administraciones civiles recientes es la magnitud del horror de estos últimos años. Los intelectuales están tratando de romper el secreto de ese período.

Otro motivo del ejercicio de recuperación de la memoria fue el monumental aunque bienintencionado desatino conocido como conflicto del Atlántico Sur (2 de abril a 14 de junio de 1982). La tendencia hacia el tímido pedido del derecho a expresarse y a escribir libremente, que había comenzado en la prensa a fines de 1981 como resultado del debilitamiento de la autoridad militar, repentinamente se convirtió en el derecho popular de quejarse y criticar como resultado de la guerra con Gran Bretaña. Cada oficial militar, cada civil, cada

político con algo que decir sobre el conflicto, trató de declararlo dentro del contexto del pasado inmediato. Fue inevitable que esto llegara a convertirse en una especie de locuacidad nacional a medida que transcurrían las semanas y los meses, y cada vez más cuestiones de los años recientes requerían explicaciones. De la literatura sobre el conflicto de las Malvinas nació una nueva comprensión intelectual. Los argentinos comenzaron a tratar de reconstruir su pasado.[8] *Los argentinos comenzaron a identificarse como argentinos. La generación post-Malvinas es la primera que se considera Sudamericana o Latinoamericana.*

No es una literatura convencional. Es una forma de escribir recriminatoria, apasionada, con sentimiento nacionalista, a menudo con fuentes de información mal citadas (si se investigan los pies de páginas y los índices), pero que es y perdurará como un testimonio válido del período.

La mayoría de los escritores de este grupo son nacionalistas. El sociólogo argentino José Enrique Miguens dijo, en un ensayo sobre el nacionalismo en América Latina: "Una de las consecuencias más negativas del pensamiento norteamericano respecto al cambio en América Latina, es la hostilidad sistemática de la mayoría de los estudiosos hacia el nacionalismo; una hostilidad basada en una ideología rígidamente cosmopolita aceptada como verdad absoluta, sin duda muy conveniente para Estados Unidos".[9]

Pero, como para mantener el equilibrio y contrarrestar cualquier apariencia de simpatía por los escritos nacionalistas, existe el hecho de que cuenta con algunos exponentes bastante desagradables. Si puede aplicarse la frase, esos escritos son el más bajo denominador común histórico dentro de la teoría de la conspiración. Durante el

[8] Rogelio García Lupo, *Diplomacia secreta y rendición incondicional*, Buenos Aires, Legasa, julio de 1983; y Pablo Giussani, *Montoneros: la soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1984. Éstos son dos de los centenares de libros publicados después del conflicto de las Malvinas y que se mencionan aquí por estar entre los mejores. García Lupo examina en una serie de artículos la política durante y después del conflicto. Giussani pasa revista a las actividades de los Montoneros durante la década del 70. Véase también: Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Bruguera, 1984.

[9] José Enrique Miguens, *The Emergence of Nationalist Ideologies in Latin America and the Foreign Policy of the United States*, Amherst, University of Massachusetts, 1973, pág. 3.

último gobierno peronista (1973-76) los escritos neofascistas[10] *de Juan José Hernández Arregui,*[11] *para tomar un ejemplo, atrajeron la atención pública, especialmente la de los jóvenes y la de quienes apoyaban al movimiento guerrillero Montoneros. Lo escrito por ese autor está mal fundamentado, es declamatorio y no intenta ninguna investigación científica de los hechos que presenta al público ni de aquéllos en los que basa sus argumentos. Hernández Arregui es el autor intelectual de muchos de los asesinatos cometidos durante la "guerra sucia" y la dictadura militar. Lo trágico es que aún se lo considera respetable en ciertos círculos nacionalistas.*

Pero las lecturas en la Argentina han sido siempre caprichosas, ya fueren nacionalistas o extranjeras. Una historia política del ejército[12] *cuya traducción fue publicada cerca del final del interregno militar precedente (1966-73) atrajo la atención civil y militar. En 1983, al final de la última intervención militar en el gobierno, el interés del público (civil y militar) convirtió en evangelio la obra de A. Rouquié.*[13] *Ambas historias son estudios serios. Atrajeron la atención por el intento de satisfacer la curiosidad sobre el modo de operar de los militares. Hernández Arregui, en cambio, atrajo la atención por la necesidad perversa de creer en la conspiración sin analizar las circunstancias.*

Si los comentarios precedentes presentan un tono un tanto desdeñoso, esto debe ser atemperado al tomarse en cuenta la superficialidad de algunas pasiones populares. En los momentos más alocados del régimen militar reciente, cuando la "plata dulce" era el símbolo de la política monetarista del ministro de Economía José Martínez de Hoz, los argentinos respaldaron a su gobierno (militar) en el vilipendio de los escritos críticos de la Argentina, principalmente en materia de derechos humanos. Este repudio poco selectivo fue dirigido contra el informe sobre el estado de los derechos humanos en la Argentina publicado por la Organización de Estados

[10] "Fascism and Populism in Latin America", Alastair Hennesy, en *Fascism*, Walter Lacquer (ed.), Harmondsworth, Penguin, 1979, pág. 248.

[11] J. J. Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Corregidor, 1973.

[12] R. A. Potash, *Ejército y política en la Argentina*, obra citada.

[13] Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, obra citada.

Americanos, editado en abril de 1980;[14] *contra el ganador del premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel;*[15] *contra la dramática crónica carcelaria de Jacobo Timerman;*[16] *y aun contra el testimonio de las madres de los* desaparecidos *durante la represión de la década del 70.*[17] *Esas madres, Pérez Esquivel y Timerman, fueron luego elevados a diversos grados de respeto y/o veneración popular por una población olvidadiza.*

Como ya quedó dicho, cierto cambio se vislumbró con lo que ahora se llama "el conflicto del Atlántico Sur". Primero, los escritores analizaron la justicia del reclamo argentino por las Islas Malvinas. Luego, otros escritores consideraron el fracaso de los comandantes argentinos en la expedición a las islas. Después, la brutalidad militar contra la población civil argentina logró mayor espacio en la prensa y así ganó una audiencia más amplia. Esto se agregó al creciente análisis del fracaso militar durante el conflicto. La batalla de las Malvinas pasó a ser una amnistía de los malditos. Llegó el momento en que los que alguna vez fueron censurados o perseguidos consideraron que era posible intentar el regreso. La literatura del exilio, antes protegida por la distancia, se escudaba entonces en la confusión que siguió a la derrota militar en las Islas Malvinas. Los nombres de García Márquez, Vargas Llosa, Benedetti, Soriano, volvieron a las librerías porteñas.[18]

Aun en el país, Jorge Asís, quien conoció largos períodos a escondidas, acusado alguna vez de comunista y otras de neofascista,[19] *podía ser hallado nuevamente firmando ejemplares en la Feria del Libro de 1982. Sus libros eran crónicas de la "generación perdida" de la Argentina de la década de los años 70. Así será recordado en*

[14] Comisión Inter-americana de Derechos Humanos, *Informe sobre la situación de los derechos humanos en la Argentina*, Washington DC: OEA, 11 de abril de 1980.

[15] *Cabildo* 5 (37), Buenos Aires, octubre de 1980.

[16] Jacobo Timerman, *Prisoner Without a Name, Cell Without a Number*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1981.

[17] Jean Pierre Bousquet, *Les Folles de la Place de Mai*, Paris, Stock 2, 1982.

[18] Osvaldo Soriano, *No habrá más pena ni olvido*, Barcelona, Bruguera, 1980.

[19] Jorge Asis, *Los reventados*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982; Osvaldo Soriano, en *El País* (Madrid), 26 de enero de 1982, citado en Eduardo Goligorsky, *Carta abierta de un expatriado a sus compatriotas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, pág. 71.

la literatura latinoamericana del folletín, pero con sus textos ayudó a provocar el torrente de libros políticos que empujaron a la Argentina hacia la campaña electoral y luego a la transición constitucional. No es un logro ignorable de los autores y periodistas del país: para mayo de 1983, con ese indudable apoyo intelectual de la comunidad de escritores, los partidos políticos que se presentarían en las elecciones de octubre habían logrado niveles de afiliación antes desconocidos. La gente, habiendo leído acerca de su pasado reciente, registraba su protesta individual firmando las tarjetas de afiliación.

Esa marea bibliográfica continúa en la transición; el interés público ya no restricto al pasado inmediato. Una avidez casi insaciable por el análisis sensato está en evidencia. Un ejemplo es el libro titulado Memorias del presente, *de Rodolfo Terragno,*[20] *que alcanzó cuatro impresiones dentro de los trece meses posteriores a su edición.*

¿Adónde se han ido los soldados? (pacem Marlene Dietrich)

Para mediados de 1985, la transición ha alcanzado su etapa filosófica: es decir, a la gente le gustaría ver el éxito del régimen constitucional, pero algunas prioridades económicas individuales podrían hasta hacer que un cambio fuera aceptable. Los llamamientos a la defensa de la democracia para que ésta pueda ser disfrutada se hacen demasiado frecuentes, como si estuviera amenazado el ejercicio de la política constitucional. El ministro de Economía, Juan Vital Sourrouille, advirtió que el poder de la democracia debía ser buscado en su capacidad de superar los conflictos, no en evitarlos.[21]

Demasiado se ha escrito ya como para que aquí se pueda considerar un análisis de la situación de las Fuerzas Armadas argentinas. Pero antes de que puedan ser estudiadas como amenaza real o ficticia para la democracia, debe recordarse que se retiraron del gobierno con su moral en ruinas y su poder de fuego intacto. El material que perdieron en las Islas Malvinas —aparte de los fusiles obsoletos dejados por los conscriptos— fue rápidamente reemplazado antes de que las autoridades constitucionales asumieran el

[20] Rodolfo Terragno, *Memorias del presente*, Buenos Aires, Legasa, 1984; Rodolfo Terragno, *Contratapas*, Buenos Aires, *Cuestionario*, 1976.

[21] *Buenos Aires Herald*, 3 de marzo de 1985, pág. 2.

gobierno. En diciembre de 1983, las Fuerzas Armadas abandonaron la administración del gobierno luego de la derrota interna y la humillación internacional. Los reclamos de las organizaciones de derechos humanos en favor del enjuiciamiento de todos los militares acusados han sido constantes a lo largo de la transición.

Sin embargo, la falta de resolución de numerosos procesos contra oficiales puede verse como una indicación de debilidad de las autoridades civiles.

A fines de febrero de 1985, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (entre cuyos fundadores se encontraba el presidente Raúl Alfonsín antes de ganar las elecciones), notificó al Ministerio del Interior que existía preocupación por el resurgimiento de "declaraciones antidemocráticas" expresadas por miembros de alta jerarquía de las Fuerzas Armadas. El Buenos Aires Herald, *diario liberal que alguna vez hubiese expresado su sorpresa ante una amenaza así, señaló que "si vuelven los militares tal vez sea porque ellos y gran número de civiles piensan que la crisis económica está convirtiendo a la Argentina en un bocado fácil para los comunistas".*[22]

Después de toda la esperanza depositada en la "democracia que durará cien años", en diciembre de 1983, la fórmula para atemorizar permanece igual. Basta gritar "¡Bolchevique!" lo bastante fuerte y un hombre uniformado golpeará la puerta ofreciendo un rápido rescate. ¿Es un signo de los tiempos que corren (en la Argentina) o un signo de la inmadurez (argentina)?

La amenaza a la transición

Puede parecer una exageración, pero la única amenaza importante a la transición de Alfonsín es la gente que lo votó. Es ese sector del pueblo, con objetivos políticos indefinidos y pocos ideales, el que más exige y menos ofrece. Es la clase media y una sección importante de la clase media baja. En ese gran grupo, la preocupación monetaria conduce a la protesta sin participación. Siempre ha sido una apuesta segura predecir un golpe de estado en la Argentina porque, hasta ahora, siempre se ha producido. Una vez

[22] *Buenos Aires Herald,* 3 de marzo de 1985, pág. 3.

que ha tenido lugar la toma del poder por los militares, no se requiere la participación civil para nada y, en la Argentina, el pueblo no reclama participación.

Esa sección de la sociedad argentina es la misma que en mayo de 1973 llevó a la presidencia al dentista Héctor José Cámpora, cuya única calificación política era una devoción esclavizante al entonces ex dictador y futuro presidente, Juan Domingo Perón. La misma multitud llenó la plaza frente a la Casa de Gobierno cuando Perón asumió el poder como presidente en octubre de 1973, después de haberse sacado a Cámpora del camino con una parodia de sucesión constitucional; la misma plebe aclamó al general Jorge Videla en 1978 cuando la Argentina ganó el campeonato mundial de fútbol; la misma vivó al general Leopoldo F. Galtieri cuando ordenó la invasión de las Malvinas y aclamó al presidente Raúl Alfonsín cuando asumió el gobierno en diciembre de 1983. En ocasiones menos importantes, grupos más pequeños, representantes del mismo sector social, han vivado a los Montoneros o a algún cantante. Cada una de esas ocasiones se explica como patriótica, inspiradora del sentimiento nacionalista y espontánea. Pero ninguna resiste una investigación racional.

La Argentina tiene poca cultura política a pesar de su alto nivel cultural; la lectura, la escritura y una educación elemental son comunes a más del 90 por ciento de la población. Pero la base política es insustancial y las tradiciones políticas no son muy antiguas.

La Argentina es todavía una sociedad de inmigrantes o, para ponerlo en palabras menos suaves, "una sociedad colonial avanzada".[23] *El patriotismo no se expresa como espíritu comunitario, como preocupación por la estabilidad constitucional o mediante la participación política. Es un patriotismo eminentemente simbólico que pone el acento sobre los emblemas de la nacionalidad; tal vez de aquí provenga la aparición repetida de los regímenes militares que sólo necesitan invocar la defensa de los símbolos patrios para tomar el gobierno sin obstáculos. El requerimiento popular principal ha sido que el régimen militar entrante permita a la clase media proseguir con su aspiración principal: la adquisición de bienes materiales y la posibilidad de que el rico continúe enriqueciéndose. Los militares*

[23] Luis Felipe Noé, *Una sociedad colonial avanzada*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1972; Eduardo Goligorsky, *Carta de un expatriado a sus compatriotas*, obra citada.

ganaron la entrada al "establishment" a través de su presencia frecuente en el gobierno y también de ser aceptados como la única fuerza política organizada del país.

Sólo una sociedad inmigrante acepta esto; una sociedad cuyas raíces permanecen superficiales después de dos o tres generaciones; una sociedad que todavía recuerda su ascendencia europea para apoyar sus reivindicaciones de niveles culturales altos; una sociedad urbana con una identidad cultural limitada.

La diferencia entre la Argentina y sus vecinos es que mientras los otros vieron crecer una política establecida junto con la nación y con la expansión colectiva de la comunidad, la Argentina creció de la noche a la mañana. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo diecinueve, Buenos Aires y las principales ciudades de provincia eran poco más que aldeas grandes, gobernadas por instituciones patricias que tenían origen en la Colonia.

Con la asunción al poder de una facción liberal que había sido obligada a exiliarse durante la larga dictadura (1835-52) de Juan Manuel de Rosas, la Argentina fue súbitamente inmersa en las prácticas supuestamente beneficiosas de los Estados Unidos.[24] *Esto incluía la inmigración masiva, y en cuatro décadas se duplicó la población del país. El mismo grupo liberal tomó en préstamo el texto de la Constitución de los Estados Unidos, imitó algunos aspectos de su sistema educativo y trató de propiciar las prácticas industriales y mercantiles europeas en una sociedad que había comerciado con carne vacuna, cueros y extensiones de tierra para sobrevivir.*

¿Por qué la fórmula no funcionó en la Argentina si lo había hecho en Estados Unidos? Tal vez porque los Padres Fundadores de esta última nación introdujeron las disciplinas necesarias para imponer una obligación hacia el nuevo país y a sus requerimientos comerciales antes de establecer la burocracia de Estado. La Argentina tomó por un atajo y trató de crear una burocracia estatal sin nutrir antes el sentido comunitario. Demostró que era difícil asimilar inmigrantes por decreto si en su país adoptivo no se los había instado primero a entender las necesidades de un nuevo hogar. Estados Unidos logró eso mediante incentivos y normas sociales estrictas. Norteamérica animó a los recién llegados a cortar los lazos con la

[24] Cita de Roberto Repetto en *Formación política para la democracia*, pág. 49.

tierra natal; la Argentina les hizo creer que siempre podrían retornar. Y a menudo lo hicieron.[25] *Muchos inmigrantes del Sur europeo que llegaron al Río de la Plata descubrieron que sus esperanzas de adquirir tierra estaban coartadas por la clase terrateniente, que no quería venderles parte de su propiedad. Existe otro argumento de mayor prejuicio para explicar el ritmo diferente de desarrollo entre Estados Unidos y la Argentina, y es el de sus religiones. En el Norte, el protestantismo y la "ética de trabajo" noreuropea hicieron accesible el Reino de los Cielos a los trabajadores y, preferentemente, a los ricos. En el Sur, el catolicismo preconizó que los pobres eran benditos y para ellos era el Reino de los Cielos. En otras palabras, los portones del cielo se abrían para cualquiera, hiciera lo que hiciera.*

En términos más terrenos, los liberales de la Argentina de fines del siglo diecinueve encontraron que las instituciones patricias siempre habían vendido tierra y ganado cuando necesitaban dinero, pero no habían pensado en invertirlo en una infraestructura básica. La inversión debía buscarse en el extranjero, y así llegaron los ferrocarriles británicos, los frigoríficos, etcétera, con su dinero y su personal, estableciendo sus propias condiciones y sin motivos para arraigar el dinero ni la gente en la Argentina.[26]

Los inmigrantes no pensaban en muchos casos en función de lealtades, sino de los ahorros con los que podrían comprar una casita y un traje dominguero allá, en el terruño. En número sobrepasaban en mucho a los patricios conservadores, y aunque algunos europeos crearon o participaron de pequeños movimientos que se fundieron en las estructuras partidarias del siglo veinte, la mayor parte de los inmigrantes no ayudaron a crear nada que suplantara el conservadurismo tradicional que habían debilitado con su presencia.

A diferencia de la política de pueblo en Chile, Perú o Uruguay, no había partidos políticos en la Argentina para absorber lo que peyorativamente se llamó "el aluvión zoológico".[27] *Y no los hubo*

[25] Ronald C. Newton, *German Buenos Aires 1900-1933*, Austin, University of Texas Press, 1977.

[26] Andrew Graham-Yooll, *The Forgotten Colony*, Londres, Hutchinson, 1981.

[27] "Aluvión zoológico": frase atribuida a Ernesto Sanmartino para referirse a la ola de inmigrantes, Dennis Shrubsall, *W. H. Hudson, Writer and Naturalist*, Salisbury, Compton Press, 1978, pág. 19.

hasta fines del siglo diecinueve, cuando se formó el Partido Radical, que llevaría a Alfonsín al gobierno. En junio de 1891 se constituyó la Unión Cívica Radical (UCR) y ganó las elecciones en 1916 como resultado de la reforma electoral de 1912 que condujo al sufragio universal. El Partido Radical había nacido en julio de 1890 en las mejores tradiciones de las organizaciones políticas: en una lucha por la democracia, al cabo de tres días de combates callejeros a los que se dio posteriormente el nombre de revolución. Es el único partido en la Argentina que mantiene cierto tipo de organización democrática, ya que sus miembros eligen líderes que compiten por sus posiciones en elecciones internas. Si bien los jefes de las distintas facciones manipulan las listas de afiliados en función de sus propios intereses —y esos intereses son frecuentemente muy corruptos— sigue siendo el único partido con una organización que ha sobrevivido el ostracismo y los regímenes militares a lo largo del siglo.

Mientras la UCR estuvo siempre preparada para hacer participar al pueblo de la política local y luego en la nacional, la población de principios de siglo creció a extremos que hacía difícil para cualquier partido asimilarla y darle un sentido de identidad.[28]

El rival principal del Partido Radical, el Justicialista, fue fundado por Juan Domingo Perón. El peronismo es un movimiento creado desde el poder; desde el gobierno se decidió su organización, estrategia y liderazgo. Mientras el radicalismo practicaba un populismo liberal, el peronismo cultivaba un estilo bonapartista de populismo neofascista.[29] *La creación más notable del peronismo, la organización del sindicalismo moderno en la Argentina, padece del mismo mal. Los sindicatos se dirigen desde posiciones de poder, en apariencia dentro del sindicato mismo, pero en la práctica el manejo es externo; se realiza desde centros de operaciones resguardados por ejércitos privados, y existe poco contacto entre los afiliados y sus jefes.*

No es sorprendente entonces que los sindicatos hayan descubierto con frecuencia que no eran aptos para operar en la democracia. Con la esperanza de hallar intereses comunes, los sindicatos de la

[28] Dardo Cúneo (h), *Gobierno compartido: imposición de la realidad*, Buenos Aires, Ediciones Transición, 1983; Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1969.

[29] Juan José Sebreli, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, setiembre de 1983.

Argentina encontraron en las Fuerzas Armadas los aliados para un golpe. Aún ignoraban que los generales hacen golpes sólo para satisfacer sus propios intereses, y no para compartirlos con ningún sector sindical ni político.

La plataforma del doctor Alfonsín, que prometía la reforma de los sindicatos para imponerles una organización democrática, fracasó debido a la mayoría peronista en el Senado a principios de 1984. La dirección sindical, en su mayoría peronista, se sintió amenazada por esa reforma.

El radicalismo ha adoptado ahora una línea más cautelosa de reforma, la que a veces es calificada de reaccionaria. Su gobierno no está amenazado directamente mientras Alfonsín conserve su enorme popularidad personal. Pero una vez más, el destino de un gobierno argentino depende en forma importante del éxito de una persona. En contraste, el peronismo aún alienta la creencia de que es el partido de la revolución hacia un nacionalismo socialista. La base de esa revolución es la "doctrina peronista" que consiste en un conjunto de reglas para la creación de un estado de bienestar social, para cuya obtención el peronismo considera que es necesario un alzamiento popular. La idea de una rebelión hoy, y mañana todos serán ricos, resultaba atractiva para una sociedad del estilo de la argentina, y a menudo ha sido aceptada tanto por militares como por civiles. Con este planteo el peronismo atrajo a la izquierda, y a una generación de jóvenes que pronto habrían de descubrir que la izquierda le produce alergia al peronismo.

La izquierda militante no ha tenido gran participación en esta transición ni en ningún aspecto de la política argentina desde el breve período de éxito del Partido Socialista en la década del 30. Los militares prefirieron ver el fantasma de la izquierda en todas partes, pero no vieron que era, por lo general, una expresión diferente del nacionalismo y sólo de vez en cuando mostraba algo de nacionalismo neo-marxista. Los militares temían a los periodistas,[30] *a los principales escritores*[31] *y a la guerrilla montonera.*

[30] Robert J. Cox, *The Sound of One Hand Clapping. A Preliminary Study of the Argentine Press in a Time of Terror*, Washington DC, Woodrow Wilson International Centre, agosto de 1980; Andrew Graham-Yooll, *The Press in Argentina*, Londres, Writers and Scholars Educational Trust, 1984.

[31] Ernesto Sábato, *Apologías y Rechazos*, Barcelona, Seix Barral, 1979. El 19 de mayo de 1976, Sábato fue invitado a la Casa de Gobierno a

Los Montoneros tuvieron su origen en la derecha militante virada hacia un nacionalismo de izquierda más por obra de la acción armada que por definición política. Y entonces se encontraron con que Karl Marx era incomprensible. Así los Montoneros regresaron a un neofascismo similar al de sus enemigos: las Fuerzas Armadas. La guerra entre Montoneros y las Fuerzas Armadas no giraba en torno a un ideal político: era la lucha por el privilegio del poder entre dos elites armadas de clase media. El ejército mejor equipado fue el victorioso.[32]

La pequeña izquierda marxista, en forma más notable el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), trató de seguir el camino de Ernesto Guevara y fue destruida por un poder armado superior.[33] *En 1977 anunció que se retiraba de la lucha. La izquierda intelectual, que había abrazado el peronismo en 1973 y había sido traicionada por sus propias fantasías, apoyó la campaña de Alfonsín en 1983, pero sin estar organizada. Institucionalmente, la izquierda se había reunido en el Partido Intransigente, y así fue como logró cierta fuerza en el Congreso y una voz importante en la Universidad Nacional.*

La Argentina está luchando todavía con el abecedario de la participación representativa. Al gobierno constitucional el triunfo estable le costará años, tal vez generaciones, simplemente porque la evolución de las ideas y de los conceptos necesita tiempo para

---

almorzar con el general Jorge Videla, entonces nuevo presidente. Esa reunión, como otras, era un intento de los militares por demostrar que les interesaba conversar con todos los sectores de la población. La novela más reciente de Sábato (en aquella época) era *Abaddón, el exterminador* (1974), que constituía una advertencia de los acontecimientos que habrían de producirse. Un comentario común en aquel tiempo era que si los argentinos la leían, encontrarían algunas armas intelectuales contra los militares, y que si los militares hubieran leído el libro, no hubiesen invitado a Sábato al almuerzo con el presidente.

Véase también el "Informe Sábato", *Nunca más - Informe de la CONADEP*, Barcelona, Eudeba/Seix Barral, 1985. Éste es el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, que el presidente Alfonsín creó para investigar e informar sobre los desaparecidos y sus lugares de cautiverio, tortura y asesinato.

[32] Pablo Giussani, *Montoneros: la soberbia armada*, obra citada. Verbitsky, Horacio: Rodolfo Walsh y la prensa clandestina, 1976-1978. *Colección* El Periodista de Buenos Aires. Ediciones de la Urraca, 1985.

[33] *Partido Revolucionario de los Trabajadores. Documentos del Comité Ejecutivo Mario Roberto Santucho, abril 1977*, Madrid, Gráfica Halar, 1977.

ser ace[illegible] la. Para una transición estable sería útil observar los errores [illegible]el pasado reciente para evitar su repetición.

Algunas de las principales personalidades literarias de América Latina apoyan con su peso al gobierno constitucional, no sólo en la Argentina sino en todo el continente. El escritor mexicano Octavio Paz dijo en un libro reciente:

"La democracia latinoamericana llegó tarde y ha sido desfigurada y traicionada una y otra vez. Ha sido débil, indecisa, revoltosa, enemiga de sí misma, fácil a la adulación del demagogo, corrompida por el dinero, roída por el favoritismo y el nepotismo. Sin embargo, casi todo lo bueno que se ha hecho en América Latina desde hace un siglo y medio, ha sido hecho bajo el régimen de la democracia o hacia la democracia."[34]

[34] Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Barcelona, Seix Barral, 1983, pág. 188.

No tengamos miedo de recordar*

La ausencia embota la memoria. Los nombres de los "desaparecidos" en la Argentina se mezclan y confunden. Los detalles sobre los miles de personas que desaparecieron entre 1976 y 1981, que fueron sacadas de sus hogares a la madrugada o apresadas en las calles, van escapando del recuerdo. Los detalles de los ultrajes, de los sádicos y sus víctimas, se pierden en una bruma que lima los ángulos punzantes de las pesadillas. Cada día lucho menos contra el olvido. La culpabilidad por la memoria embotada está presente; pero eso puede soportarse mejor que los recuerdos vívidos. Los grupos activos —exiliados militantes o militantes exiliados— que publican agresivas cartas y acusan a los liberales indiferentes cargando las tintas, hasta ellos confunden los apellidos. Los escriben de manera incorrecta, ubican mal los lugares donde se efectuaron los secuestros, usan al sufrimiento humano como anécdotas incidentales entre los bandos enfrentados.

Entramos lentamente en el puente de Waterloo, por uno de los mejores paisajes de Londres: el río Támesis y el parlamento de Westminster a la izquierda y la catedral de Saint-Paul a la derecha, hacia el este. Jacobo Timerman, periodista, editor, no contempla la vista; camina lentamente; tiene la mirada cansada y el humor amargo; su tono tiene la prepotencia del frustrado. Es la frustración

* Prefacio a la edición norteamericana (marzo de 1982)
Este texto apareció en Estados Unidos en marzo de 1982, pocos días antes del inicio del "conflicto de Malvinas".

de un periodista cuyo libro Preso sin nombre, celda sin número, *discutido, publicado en fascículos, best-seller, lo ha hecho famoso; pero la historia de su propio sufrimiento, de su encarcelamiento en la Argentina, un torrente literario referido a la angustia después de la prisión para ayudar a los que quedan presos, ha sido cuestionado en sus buenas intenciones, se ha dudado de su validez como testimonio. Un día, en abril de 1977, él también "desapareció". Tuvo la suerte de reaparecer después de más de dos años de prisión. Timerman contó una historia de la Argentina, para ayudar a recordar, para tratar de acabar con una costumbre que continúa.*

Está en Londres en camino a Tel Aviv, después de haber recibido premios de la Universidad de Columbia, de la rama femenina del Partido Demócrata de Los Ángeles, después de haber dado una conferencia en la Inter-American Press Association; está tan cargado de medallas que si las llevara encima parecería un general en un desfile. Y se mueve como en cámara lenta.

Caminamos por el Strand. Las ráfagas del viento invernal chocan en las esquinas londinenses y nos hacen estremecer hasta los huesos. Timerman habla del caos económico en que ha caído la Argentina, simple y rápidamente como en las demás crisis. Menciona los nombres de dos mujeres que fueron liberadas de la cárcel, en la Argentina, después de cinco años de prisión, sin cargos en su contra, sin juicio ni sentencia, ni siquiera la farsa de justicia de algún tribunal del Este de Europa. Nos quedamos pensando en qué era peor. Me pregunta si las recuerdo. No.

Los argentinos están dedicados a olvidar, a quitarse de la mente todo incidente odioso para no tener que perdonar, de manera que en algún futuro no lejano puedan recordar en forma selectiva y ser violentos y vengativos cuando la política lo exija. O tal vez el miedo aconseja el olvido.

Han pasado casi seis años desde que el gobierno constitucional fue interrumpido por un golpe de estado militar, y hace poco más de cinco años que mi familia y yo nos exiliamos voluntariamente en Gran Bretaña. Me avergüenza la comodidad y la duración de mi ausencia.

Tres cosas marcarán para siempre los últimos seis años: los "desaparecidos", el campeonato mundial de fútbol que ganó la Argentina en 1978 y el libro de Jacobo Timerman. El autor es un judío ucraniano que ronda los sesenta años y fue llevado a la Argentina cuando era niño; es un periodista sobresaliente y conocido como editor del diario La Opinión. *Fue arrestado por la sospecha*

de tener contactos con un banquero itinerante al que el gobierno acusaba de manejar los fondos de la guerrilla. Tiene los testículos y otras partes de su cuerpo quemados con la picana eléctrica; nunca lo acusaron oficialmente; lo dejaron en libertad y lo expulsaron de la Argentina. Él escribió aquel libro...

No quedará mucho más de esos seis años. Ni la guerrilla ni los gabinetes militares; ni los discursos de generales codiciosos ni la estupidez de acomodar a líderes de partidos políticos; ni la cuestión de límites con Chile (que ha formado parte del temario argentino desde 1902, con la diferencia de que esta vez los comentarios incluyeron la acumulación sin precedentes de armamento y los rumores de guerra); ni la venta de cereales a Rusia, ni las inundaciones en el Sur, ni los terremotos en el Oeste; ni las importaciones libres de impuestos, ni la crisis económica; ni el billete de un millón de pesos emitido en diciembre de 1981; ni los cinco presidentes militares de ese mismo año.

Temo que los "desaparecidos" no aparezcan nunca, pero permanecerá el tema para siempre. Más allá de los hechos, se perderán los detalles. Miles de nombres quedarán sin rostro y miles de fotografías no tendrán nombres ni fechas en los álbumes familiares escondidos y en los viejos archivos de los diarios. Los ultrajes personales perderán importancia ante la magnitud del hecho en sí.

El poder hace posible limpiar de la memoria pública los crímenes cometidos por los gobiernos para asegurar la permanencia de una autoridad. Los asesinatos se convierten en historia y los asesinos en instituciones mediante los ardides de sus departamentos, mediante su poder.

En los últimos seis años la Argentina, lugar donde nací y donde pensé en un tiempo vivir toda mi vida, llegó a cimas inconcebibles de locura financiera y cayó en abismos sin fondo de crisis y de corrupción moral... Le son aplicables todas las frases hechas de los periodistas y corresponsales extranjeros mercenarios. Entre 1976 y noviembre de 1981 quebraron doscientas empresas por mes; las tasas de interés llegaron a 250 y 300 por ciento; en 1981, el peso fue devaluado en el 83 por ciento; los desocupados llegaron a constituir el 15 por ciento de los 10 millones de obreros. La estadística se deleitará con el análisis académico de los fracasos económicos durante mucho tiempo.

Los muertos también se han convertido en estadística, son los "desaparecidos". Una vez que sean olvidados existirá el peligro de que el sufrimiento vuelva a repetirse.

En el extranjero han disminuido las marchas y manifestaciones frente a las embajadas argentinas; otros asuntos, otros países exigen la atención de Europa.

El tema de conversación se desplaza a la ley marcial en Polonia. Es razonable que Europa mire con alarma hacia Varsovia. Una larga guerra comenzó la última vez que Polonia fue invadida (en 1939).

Pero aún quedan quince o veinte mil "desaparecidos" en la Argentina. El secreto de la suerte corrida por miles de ellos pertenece a los servicios de seguridad; los secuestros y el asesinato de centenares fueron responsabilidad de la guerrilla y sus herederos políticos deberán cargar con ella. La corrupción oficial ha contribuido a distorsionar los conceptos de bueno y malo. Deberá tenerse presente todo eso. La memoria no debería ser sólo un ejercicio mental, sino la manera de evitar la repetición del sufrimiento.

Yo no debo olvidar los crímenes que he presenciado.

Londres, febrero de 1982.

1

El destierro

Estación Victoria (Londres), sábado 25 de setiembre de 1976: se lucha para bajar del tren a los chicos, a los baúles, a las cajas, los bolsones, las muñecas. Más allá nos saluda la prima Liz (Graham-Yooll); se la ve tan encantadora, tan humana... Me acuerdo de Laforgue,* hay tres sexos, "hombres, mujeres e inglesas"; no puedo recordar si lo decía como un elogio o un insulto. Queda atrás la noche de viaje desde la Gare du Nord (donde me despidió Raimundo Ongaro). Y mucho más atrás queda Buenos Aires, abandonada con apuro discreto. Mi hermana, Joanne, fue a despedirnos al aeropuerto convencida de que no volvería a vernos en años. Mi suegra fue arrastrando un bolsón inmenso lleno de pañales descartables, pensando que en Inglaterra tal vez no los conseguiríamos. Estaba segura también de que nos íbamos para siempre y de que mentíamos cuando asegurábamos que regresaríamos un año después: escapábamos tal como ella había escapado hacia la Argentina, en 1934, de su hogar judío alemán en Warburg.

Un pequeño turista japonés era revisado minuciosamente, delante de nosotros, con la falta de delicadeza no carente de cortesía del funcionario aduanero. A nosotros nos pasaban por alto gracias a la previsión de mi padre, un inmigrante escocés, de registrarme, cuando nací, en el Consulado Británico en Buenos Aires, otorgándome los privilegios de la doble nacionalidad.

* Jules Laforgue (1860-1887), escritor franco-uruguayo.

Al salir de la Aduana, el cielo gris parecía incierto. Hacía cuatro días que nos fuimos de Buenos Aires, el 21 de setiembre, primer día de primavera, para llegar, cuatro días después, al otoño londinense.

Se han escrito libros sobre la peor sequía del siglo (1976), que ahora está terminando con una llovizna. Las jóvenes han comenzado a usar abrigos sobre las blusas sin corpiño debajo, privando así de los placeres visuales que podría haber experimentado un recién llegado del subdesarrollo. Los turistas de ese verano habían comentado que las inglesas tenían bellos pezones. No usaban corpiños ese verano.

Tengan presente que no somos exiliados. Un pasaporte británico lo prueba, aunque el lugar de nacimiento y la vida lejos de aquí podrían negarlo. Estoy en la estacion Victoria haciendo el favor a Gran Bretaña de llevar mi encanto, mi familia, mi experiencia y nada de dinero. Hemos llegado con todo en orden: hay que hablar inglés con buen acento; todo es más fácil cuando se es blanco; nunca hay que ir a consultar a un dentista inglés. Y se debe evitar la burocracia médica.

Habíamos llegado a Londres mientras Gran Bretaña luchaba por salir de la mediocridad política y la incompetencia diplomática del gobierno laborista de Harold Wilson.

Pero eso no importa. Estamos en Londres, *La ciudad de cualquier sueño*, según el título de un libro en papel ilustración que hemos dejado en Buenos Aires. La guía de hoteles dice: "Se permiten perros, pero no niños". Cuando la Oficina de Alojamiento nos encuentra lugar en un hotel en Belgrave Road, le dicen a mi hijo que llame a sus padres. El chico nos pregunta con toda calma si hemos traído loros.* Nos asombra e impacienta la pregunta absurda. Cuando pedimos una aclaración, obtenemos la siguiente respuesta: "La mujer de la oficina dijo: 'Trae a tus loros'".

Fuimos a vivir a Colindale, sobre una calle arbolada, tranquila, que parecía parte de un decorado para un filme de la década del 50. Calles vacías y agradables, con arbustos y jardines bordeándolas. Nadie parecía vivir en las casas.

En cuanto tuvimos una dirección, comenzamos a recibir, por

* *N. de T.:* La pronunciación cerrada de las palabras "parents" (padres) y "parrots" (loros) puede confundir a alguien no habituado.

correo, la literatura de los desterrados: las revistas que solicitaban suscripciones y dejaban de aparecer después de tres números.

Las leíamos con la curiosidad de los que están al margen del problema. Nosotros éramos visitantes, no exiliados; estábamos en Londres sólo por un año porque teníamos la seguridad de que, al cabo de ese lapso, estaríamos a salvo cuando regresáramos. Era interesante poder leer los informes y las revistas sin necesidad de disfrazarlos metiéndolos dentro de otra publicación. En Buenos Aires los habrían prohibido. En Londres podíamos gozar de las ventajas de la distancia; podíamos leer y dormíamos en paz.

Purgar la mente del miedo fue un proceso lento. El miedo se había hecho costumbre; era un estado al que cada uno se habituaba y al que se reaccionaba en forma instintiva. Todavía despertaba sospechas un auto que pasara; se echaba un vistazo a los ocupantes, a sus caras, su número era parte de una evaluación automática del peligro, suprimida de inmediato en cuanto recordábamos que la calle estaba en Londres y no en Buenos Aires y que nadie nos perseguía. Había que acercarse con cuidado al auto estacionado en una calle sin tránsito; que estuviera detenido, en la oscuridad, con dos personas adentro nos alarmaba... pero las dos personas resultaban ser los cabezales de los asientos delanteros. Un policía hacía que contuviéramos la respiración por un momento, hasta que la imagen era procesada mentalmente y aceptada como la de un *Bobby*, "el mejor del mundo" le decían los ingleses. Nuestro hijo, al ver a un hombre en la puerta de una casa, preguntó si era un guardaespaldas. Llevó tiempo superar el miedo que se había convertido en parte de nuestras vidas. No nos resultaba fácil comprender que estábamos en un país donde se teme más al inspector de réditos que a la policía.

La insistencia en pensar que estábamos en Inglaterra de visita nos ayudó a convencernos de que sólo estaríamos allá por un tiempo breve. Después de todo, no había nada realmente grave que nos impidiera volver; un arresto, muchas amenazas, un proceso por subversión y la partida antes del sobreseimiento. Realmente, nada que no pudiera arreglarse con las conexiones adecuadas.

El *Daily Telegraph* me empleó como redactor (*sub-editor*): la mucama para todo servicio del periodismo. Como tarea era igualmente aburrida. Pero trabajaba en Fleet Street, una calle llena de sus propios mitos, muchas cervezas y la camaradería y la fama de un centro mundial del periodismo de habla inglesa. Cuando volviera a Buenos Aires eso me ayudaría a ubicarme en la clase especial de profesionales con experiencia.

Antes de componer cada noche la dosis diaria de fantasía que llamamos noticias, el trabajo de redacción dejaba bastante tiempo libre para la distracción. Cada miembro de la familia tenía su rincón preferido en Londres. A mi esposa le gustaba Kenwood House y el Museo de Londres; yo prefería la Biblioteca Británica y la National Portrait Gallery; los niños hicieron sus propias elecciones que los entusiasmaron temporariamente, como todas las cosas y todos los chicos.

Fue extraño descubrir en Fleet Street lo conservadora que era toda la prensa británica. En realidad, lo conservador que era todo el país. Rásquese la superficie de cualquier británico y se hallará un conservador hasta debajo del marxista más evidente.

Al principio resultaba extraño que los diarios no registraran las fechas de los acontecimientos; que en la mayor parte de las crónicas se dijera que algo había ocurrido "recientemente". Me asombraba esa negligencia. Me tomó tiempo darme cuenta de que las fechas son necesarias en el lugar del mundo del que habiamos escapado, donde no se conservan registros o se destruyen los que hay, pero no en Londres, donde todo es cuidadosamente registrado por los funcionarios públicos cuya tarea es preservar datos a través de las décadas y los siglos. No es necesario informar el día y la hora de cada acontecimiento, lo importante es la interpretación de los hechos. En Buenos Aires esos datos se omitían por miedo.

Uno de los redactores del *Daily Telegraph* me preguntó: "¿Ya has tenido relaciones sexuales en Londres?". Cuando respondí afirmativamente, preguntó: "Ustedes, los extranjeros, ¿se dejan puesto el piyama durante el acto sexual? Deben sentir mucho frío aquí, en Londres. Bueno, no es tan malo por un lapso breve, supongo".

Algunas semanas después de nuestra llegada a Inglaterra, recibí una carta. Era de Roberto Vacca, un periodista que se había instalado en Montevideo después de haber sido secuestrado y desaparecido durante quince días en un lugar de detención no identificado.

"Entre mis captores había uno que decía conocerte. Me dijo además que vos estabas fichado por ellos. Me alegré entonces de saberte lejos y seguro... Otro me dijo que vos tenías relación con quienes coparon el arsenal Esteban de Luca... Por lo visto, vos y yo éramos los blancos. Lo importante de todo esto es destacar el nivel de alcahuetería que moviliza a esos grupos. Yo no pude ocultar que estábamos trabajando en un libro sobre los asesinatos de

Ezeiza... Así que ya lo saben. No tengo buenas noticias. Si pensás regresar dentro de un año, tené en cuenta todo esto y tomá precauciones. Hay alcahuetes en todas partes..."

Mi esposa y yo nos abrazamos y lloramos un poco... Ya no estábamos más en Inglaterra como visitantes.

Nos fuimos de Colindale y compramos una casa en Golders Green, donde los judíos son más judíos que en Israel. Estábamos acostumbrados a eso porque los ingleses en la Argentina son más británicos que los miembros del Partido Conservador. Pasé a trabajar al *Guardian*, donde los liberales son conservadores que aconsejan a los lectores que voten por el Partido Laborista.

Comenzamos a preguntarnos cómo habíamos llegado a ser exiliados en la tierra de mi padre, del padre de mi padre y de generaciones anteriores a ellos.

La decisión había sido tomada por nosotros y eso daba una sensación de alivio. Sentíamos la emoción del abandono, la ansiedad de la partida definitiva, la seguridad de haber superado una etapa. Todo eso se mezclaba con el conocimiento de que aún deberíamos enfrentar muchas otras, igualmente difíciles. Parecerá raro, pero esas sensaciones podían compararse con la de caer detenido. La mente descansa en el momento de la captura, sabiendo que ya no se huye más; aunque los horrores por venir serían evidencia de que la detención no proporciona alivio. Luego del aflojamiento momentáneo, sobreviene la ansiedad.

La llegada al exilio es un pasaje de la histeria a la incertidumbre. El periodista exiliado siente la angustia de interpretar demasiadas situaciones, de compartir simultáneamente demasiadas experiencias, para caer luego en la frustración y descubrir la impotencia del desarraigo.

Para nosotros, además, el destierro era un privilegio de la clase media; la ventaja de estar vivos, de tener otro país adonde ir; eso nos proporcionaba consuelo. Consuelo, sí, aunque estuviera lleno de emociones perturbadoras, en momentos en que ser emocional no era conveniente porque ese estado podría impedirnos juzgar las circunstancias con claridad.

Al principio fue difícil comprender los otros problemas del exilio, además de las necesidades prácticas: el dinero, una casa, un empleo, escuelas. Después se hizo evidente que el exiliado necesita un ambiente, los viejos amigos, los recuerdos y los lazos.

Ser un exiliado implica notar algo especial en lo común. Inglaterra presentaba un gran campo de observación porque había

pocos exiliados sudamericanos en comparación con los que había en otros países europeos. Los ingleses son las personas más tolerantes y menos religiosas del mundo, lo que los hace aceptar, en cierta medida, tanta variedad de idiosincrasias como es posible. Pero los ingleses carecen del concepto de exilio (excepto en el caso de los artistas ausentes o el *exilio literario*, que transforman en romance) y sienten que el exiliado es igual al inmigrante. Eso significa que el desarraigado nunca será aceptado como un igual. Los británicos pueden sentir simpatía por individuos exiliados, pero no por sus comunidades.

Nuestros contemporáneos sudamericanos que se exiliaron cuando la dictadura se volvió más peligrosa eligieron España por razones ancestrales y por la facilidad idiomática. Muchos tenían familiares y amigos. Unos cuantos fueron a Roma: los descendientes de algunos de los millones de italianos que emigraron a la Argentina en la primera mitad del siglo; otros fueron a París, donde el exilio tiene su propio género artístico y literario, sus mitos sociales y políticos y la impresión errónea de que allí se atiende mejor al desterrado que en cualquier otra parte. Es probable que Londres albergue más comunidades extranjeras que cualquier ciudad del mundo, con excepción de Nueva York, tal vez, que comparte con Londres un desinterés anglosajón por los sin patria. Pero París da la impresión de contener mayor variedad.

Algunos de los exiliados de Sudamérica eligieron capitales del Este europeo por motivos ideológicos. Y descubrieron que los simpatizantes de la izquierda no eran siempre bien vistos por los gobiernos comunistas. Algunos fueron a Cuba. Miles eligieron México, Caracas o Lima, convencidos de que al quedarse en el continente americano no se alejaban demasiado de sus países arrasados.

Algunos exiliados eran profesionales fracasados que asumían el papel de perseguidos para tener acceso a fondos especiales, empleos y becas. Hubo otros que debían cruzar constantemente las fronteras europeas para demostrar que no eran residentes donde vivían; que dependían de emplearse ilegalmente o estaban a merced de tiranos de oficina a quienes imploraban renovaciones de contratos con sellos oficiales para asegurarse —ellos y sus familias— que respirarían y comerían durante otros seis meses o un año.

Vivían como sospechosos, humillados por la dependencia, atraídos hacia la dudosa protección de los comités de refugiados o de solidaridad y las organizaciones de derechos humanos. Los

grupos solidarios poseían una calidez que cultivaba en los exiliados la fantasía de que no habían sido derrotados. Estar entre gente que hablaba el mismo idioma, con quien se podía intercambiar anécdotas de amigos, de lugares, y recetas, compensaba la hostilidad de los activistas extranjeros que exigían la acción política.

Existía el entusiasmo del relato de anécdotas personales con la emoción subyacente de estar vivo para contarlas.

Los exiliados se pasaban recortes gastados, que copiaban y citaban mal en la conversación, festejando con la ironía de la frustración cada error del gobierno militar. Se hacían llamados a la unidad de los expatriados, pero la retórica del exilio se hacía cada vez más amarga y las divisiones más pronunciadas a medida que se alejaban las posibilidades de un retorno rápido al país. Cada organización de solidaridad exigía obligaciones a los individuos, olvidando que el exilio prolongado hacía que nadie pudiera militar con convicción en una causa que existía a miles de kilómetros de distancia. Muchos exiliados políticos sudamericanos en Europa dejaban de ser militantes, echando la culpa de la pérdida de interés en la causa a la distancia, al lenguaje, a la falta de tiempo o al país anfitrión.

A casa venían exiliados y nos contaban sus sueños respecto del regreso, y nosotros festejábamos los sueños abriendo otra botella de vino. Aquéllos que en sus países habían sido personalidades en la política fingían jovialidad para levantar el ánimo de los que sólo se entusiasmaban con el odio y la vituperación de los vencedores. En las conversaciones tranquilas flotaba el pesimismo, pues no existía una fecha de regreso. Todos ellos eran personas maravillosas, pero incapaces de reconocer lo evidente: ellos estaban en el extranjero; los otros habían ganado.

Los sueños podían convertirse en pesadillas. Cuando reflexionábamos sobre lo que habíamos dejado temíamos que rostros e incidentes se apoderaran de nosotros. Los recuerdos del pasado y el temor de su reiteración en el futuro hacían que la adaptación al presente fuera difícil.

Así el exilio se convertía en un estado de descontento permanente. No se trataba de un estado físico, ni siquiera mental; era más bien un estado de la memoria. No podía vivirse el presente sin la muleta del recuerdo para crear una fantasía del pasado. La historia se había detenido el día de la partida.

Para algunos los recuerdos eran demasiado personales, imposibles de compartir con el marido o con la esposa. Tal vez podrían

haberse relatado a los amigos; pero los amigos habían muerto o estaban presos o exiliados en otra parte.

La nostalgia sonaba a menudo como un plañido, con la gastada melancolía de la insatisfacción. Las quejas eran autocentradas, expresadas por los autoindulgentes. Los recuerdos eran un ejercicio de narcisismo. Algunos pensaban que los exiliados éramos los héroes porque habíamos sobrevivido, olvidando que los que se habían quedado nos veían como antihéroes, víctimas de nuestras propias fantasías, y que opinaban que los héroes de verdad eran los que sobrevivían en su propio país. Ellos se habían quedado y sufrían la persecución y el silencio, la ignominia de que se les prohibiera hablar, pero se habían quedado y serían los testigos... aun si más adelante debían omitir lo que les desagradara.

Los exiliados, dondequiera que estuvieran, debían enfrentar otras dificultades. A medida que transcurrían los meses, se descubrían perdiendo la comunicación con sus hijos en forma más acelerada que otros padres. El idioma natal adoptaba acentos o dialectos o —en los países de otras lenguas— se volvía defectuoso. Los chistes, las canciones, la música, aquello que tanto se quería y se añoraba, se iba perdiendo en los chicos. La diferenciación que representaba tener otra nacionalidad era, al principio, disimulada, después mencionada para jactarse de tener más mundo y usada, finalmente, sólo para escapar de las generalizaciones.

Eran frecuentes los informes risueños sobre exiliados en otros países. El doctor S., famoso abogado criminalista, y su socio pegaban carteles en las calles de la Costa del Sol; mientras que Mariano, que siempre había vendido baratijas en las calles de Buenos Aires, había leído y comprendido la nueva legislación impositiva española, y con esto había fundado una asesoría que progresaba rápidamente. Otro abogado había pasado vergüenza en Madrid al explotar la cubierta de un automóvil mientras caminaba al atardecer cerca de la Puerta del Sol: se lanzó cuerpo a tierra y dos madrileños adolescentes que no entendían cómo semejante ruido pudo haber sido confundido con el de un balazo tuvieron que ayudarlo a incorporarse. Estela, en Caracas, enviaba a sus hijitos, nacidos en la Argentina, a la escuela argentina "para que no perdieran el idioma". Los maestros eran paraguayos.

Ricardo, también en Caracas, había adoptado la costumbre de ir todos los días a Maiquetía, el aeropuerto de la capital venezolana, para recibir a los exiliados que llegaban; un joven le contó cómo habían matado a su hermano y cómo el ejército había hecho volar

la casa su padre; además, su mujer estaba embarazada, y no tenían dinero, ni trabajo, ni dónde dormir. Ricardo lo palmeó cariñosamente en el hombro y le dijo: "Bueno... si tienes algún problema contá conmigo".

Adolfo vino a Londres desde Granada con una botella de whisky para festejar el hecho de que estuviéramos vivos; los informes desde Buenos Aires en la época de mi arresto habían sido confusos y a él le había llegado la noticia de mi muerte. Celebramos la vida con creciente vigor a medida que bebíamos.

Todo parecía tan difícil de explicar en Inglaterra. Buenos Aires está más lejos de Londres que Pekín.

Requirió tiempo habituar el oído a los acentos, adaptarse a la idea de vivir en un país en el que hablar inglés era cosa corriente y no la forma de preservar una pequeña comunidad británica expatriada que había contemplado a la Argentina como a otra colonia. Durante meses, en el ómnibus o en el tren, cuando en el silencio se destacaba la voz de un hombre o una mujer conversando en inglés, me volvía para ver quién era.

Llevó mucho tiempo adaptarse a un idioma que tiene por lo menos seis modos de describir la nulidad: *nothing, nought, nil, love, zero y "o"* (la letra que reemplaza al cero al pronunciar los números de teléfono). Y a los habitantes no se los llama con palabras cálidas como ciudadanos o compatriotas sino como súbditos y contribuyentes.

Hay que vivir los chistes para entenderlos por mejor que se conozca el inglés. Los chistes basados en programas de televisión o en avisos populares requieren asociación. Propusimos que se crearan clases nocturnas de lunfardo y chistes para poder entender la falsa modestia de la sociedad y su interminable batalla contra la obscenidad, así como para comprender las deformaciones regionales que producen palabras que no se aprenden en los libros.

Los *graffiti* abrieron un mundo nuevo. Las paredes de los baños públicos nos ponían al tanto de los prejuicios e inhibiciones locales. "Enjuáguelo y devuélvalo", habían escrito en una máquina expendedora de profilácticos en la cual también figuraba el comentario de algún comprador distraído: "Nunca probé una goma de mascar más desabrida". "*Seven-up** es maravilloso... (pregúntenle

* *N. de T.:* Con segunda intención podría traducirse como "siete erectos".

a Blanca Nieves)." También se veía "Aplastemos al IRA", que hacía de los mingitorios los únicos lugares en que los ingleses expresaban su preocupación por los acontecimientos en el Ulster.

Alguien había escrito "La Indiferencia gobierna", malinterpretando el arte de restarle importancia a las cosas. Había casi una incapacidad para hablar sin ironía. Se disminuía la importancia de cualquier crisis. El derramamiento de sangre en el Ulster era los "problemas". Años antes, la guerra contra los insurgentes malayos había sido una "emergencia". Disminuir la importancia parecía ser una forma de mantener la privacidad, tan fuertemente defendida en Gran Bretaña que es parte de la herencia nacional a pesar de no estar protegida por la ley. Tanto el disminuir la importancia de los acontecimientos como la idea de lo privado conspiraban para disfrazar la barrera entre las clases sociales. Nos advirtieron que en Gran Bretaña difícilmente se podía lograr el éxito personal si no se era apoyado por elementos como la clase, la fortuna y la educación en una buena escuela y una buena universidad.

En todas partes parecía existir la dureza debajo de una gruesa capa de indiferencia. El extranjero encontraba la amabilidad y la comprensión del verdugo arrepentido.

Comenzamos a pertenecer a la ciudad cuando ya nos encontrábamos por casualidad con conocidos en la calle. Nuestros descubrimientos aumentaban nuestros conocimientos de sus secretos-a-medias y verdades-a-medias.

El clima inglés, peor que cualquier otro, impedía las charlas de café y reducía la comunicación social y el debate político. Pero nos acostumbramos a eso también: al uso de los bares como puntos de encuentro en busca de nuevas direcciones; a la falta de escarbadientes en los restaurantes y a la presencia de los frascos de ketchup; a las papas fritas con vinagre; a cocinar con grasa en lugar de aceite.

Pero, con todo, no fue fácil olvidar el olor del ajo y la cebolla y el aliento fuerte, los vahos de las veredas, partes de una residencia mucho más prolongada en otro lugar.

El Soho (la bohemia) y Smithfield (el antiguo mercado de carne) tenían restaurantes que permanecían abiertos toda la noche y *pubs* que abrían al amanecer. Londres no dormía nunca y era hermoso descubrirlo tan despierto.

Había mucho que aprender. Una tía escribió aconsejándonos que nunca sirviéramos queso con el desayuno; en el teatro nos

informaron que por cábala nunca debía decirse el nombre de Macbeth y las visitas no debían silbar en los camarines.

Las inglesas parecían vulnerables, necesitadas de protección contra la agresiva masculinidad del país. Lucían encantadoras, tenían pechos grandes y un cutis divino. En invierno todas tenían las narices coloradas. El sexo sólo existía como actividad de los *machos* latinos.

El chauvinismo masculino se exhibía en los *pubs*. Las mujeres permanecían sobrias para que sus hombres pudieran beber hasta caerse y entonces las suaves mujercitas los llevaban a casa.

Vi a mis primeros "punks" poco después de media noche en Covent Garden (la ópera, y viejo mercado de hortalizas), con el pelo cortado y teñido en mechones que los hacían parecer convalecientes de una cirugía de cráneo.

Descubrí que la juventud británica, como el resto de la europea, no tenía rumbo adónde ir salvo enfilar hacia sus fantasías. Ya no existía un imperio, no había más colonias para explorar ni muchos empleos en el país. Los que carecían de ventajas sociales, atrapados en la inquebrantable monotonía de los empleos sin atractivos que se logran si no se ha estudiado en la universidad, no veían por delante más que un futuro vacío... Los más emprendedores iban a enseñar en América Central; los menos aventureros se conformaban con conformarse. Alrededor de ellos sólo existía una sociedad con conciencia de clase y muy poca movilidad social.

Pero todavía Londres se destacaba como uno de los pocos vestigios de la sociedad occidental civilizada. Eso me aseguraba William Morris con sus opiniones sobre Londres y el Támesis en *An Earthly Paradise*. Uno de los consuelos diarios era la vista de la silueta de Londres destacándose en el río, en la señal de la Thames Television. Cosas como ésa permitían experimentar el placer de estar allí. También provocaban una sensación reconfortante las transmisiones de la radio BBC-3, que terminaba la emisión deseándonos muy buenas noches... "Que duerman bien... Hasta mañana..." Me sentía mimado.

Por la BBC escuchábamos poemas leídos como nunca hubiéramos sido capaces de hacerlo; cuentos que siempre habíamos querido leer eran leídos para nosotros; nos explicaban las tradiciones literarias que siempre quisimos conocer.

Algo vino a perturbar esa satisfacción literaria. Una noche descubrí, entre una pila de basura en el Strand, cerca del puente de Waterloo, una carpeta con poemas que habían sido presentados en un antiguo concurso en Cheltenham. La pila de basura me

pareció un destino totalmente inapropiado para tantas expresiones de sentimientos. Los poemas hablaban de morir en Ulster, de la campiña en Hampshire, de la muerte de las industrias, de la vida en la esclusa de un canal y de los problemas de un ama de casa del Norte. Nunca paso por una pila de basura sin mirarla y moverla un poco. En aquella carpeta había cartas en las que alguien opinaba sobre quiénes debían ser seleccionados; otro preguntaba por la fuente de información de un comentario de la poeta Stevie Smith; Michael Horovitz, el poeta, se quejaba de que Beryl Bainbridge, la novelista, lo había llamado *Orifice* (orificio), pero negaba que él la hubiera perseguido sexualmente por su jardín.

Fue una presentación accidental pero informativa de los literatos. Parecía un modo más fácil de descubrir la Inglaterra literaria que leer los libros.

Nuestras nuevas relaciones demostraban sus conocimientos de la Argentina recordando las lecturas de la infancia, de W. H. Hudson; *El cónsul honorario*, de Graham Greene, también se mencionaba. Algunos dicen que la novela se basa en la historia de un cónsul británico honorario, Stanley Sylvester, gerente angloargentino de una planta de envasamiento de carnes de propiedad estadounidense. El grupo marxista conocido como Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) había creído que se trataba de un ciudadano de Estados Unidos y nunca supieron realmente a quién habían secuestrado una tranquila mañana en Fisherton, Rosario.

Luego seguía la novela *Proteus*, de Morris West, con su extraña mezcla de grandes negocios y organizaciones por los derechos humanos. Y figuraba también *Old Patagonian Express*, de Paul Theroux, un verdadero monumento al ego que pretende impresionar como un relato de viajes. Yo sentía un placer vil en refutar las anécdotas de Theroux, en particular cuando él, lleno de orgullo, informaba que había conocido a Borges y le había leído en voz alta al gran escritor. Borges, casi ciego, había invitado a Theroux a visitarlo nuevamente. El autor norteamericano estaba orgulloso porque ignoraba que el anciano confiaba en su fama para lograr, con esas invitaciones, un acopio de lectores.

Era la paranoia lo que provocaba en mí esos comentarios, acompañados por la necesidad de ser conocido. Una de las situaciones que provocan ansiedad en el exilio es pasar de ser una persona conocida en el país de origen a no ser nadie en otro país. Me parecía necesario explicarles a todos que alguna vez yo había sido alguien.

2

Una conferencia de prensa

Después del saludo inicial (después del placer de volver a ver al hombre por cuya liberación había luchado en la medida en que me lo permitían la autocensura y mi limitado valor), se sentó en una silla junto a mi escritorio en la redacción de 25 de Mayo. Andrés Alsina Bea apoyó los codos en las rodillas y miró hacia abajo; aspiró hondo el cigarrillo y lanzó al piso un chorro de humo.

—¿Te gustaría ser secuestrado? —preguntó sin levantar la vista.

Diez o quince latidos sacudieron mi cuerpo, zumbaron en mis oídos, me enrojecieron la cara. El zumbido se mezcló con los pensamientos sobre la preocupación de mi esposa, si el diario podría pagar el rescate, lo que diría el director ante mi ausencia repentina y si podría irme con todo lo que quedaba por hacer en la redacción. Cuando cedió el zumbido, pregunté en voz baja:

—¿Ahora?

—No, ni pensarlo... Ya arreglaremos el momento y el lugar.

El momento de esta historia está en la opacidad distante de los recuerdos indeseables que pueden llegar a ser terriblemente vívidos, para desaparecer en el olvido. Los acontecimientos están archivados junto a mi sorpresa ante el refinamiento de la crueldad; a mi furia por la estupidez de la inmolación de los jóvenes, hombres y mujeres de antiguos compañeros de colegio y camaradas de redacción, de los padres de amigos de mis hijos... Están archivados

con mi asombro ante la brutalidad de la guerrilla y frente a su horrible represión en el lugar en que nací: la Argentina.

La vida era fácil, si bien un poco pueblerina, incluso en las grandes ciudades donde la estrechez de miras y la ausencia de pensamiento racional reflejan la poca profundidad del tan mentado cosmopolitismo. Todavía me siento perturbado por la locura de los jóvenes rebeldes. Encontraban explicaciones para el asesinato con el tono de voz de una conversación normal, y el desatino apenas se notaba entre tantas muertes cada día, en un país donde la muerte era parte de la vida. Sigo atónito por la furia de la represión; por la crueldad ciega de los seres humanos más primitivos, por el cálculo frío de los intrigantes.

La crueldad ha arrasado el continente. Un continente que los escritores europeos no supieron comprender y que sólo unos pocos latinoamericanos han logrado desentrañar.

Estoy pensando en los acontecimientos ocurridos entre 1972 y 1976; pero estoy empezando a creer que podría tratarse de cualquier período de cinco años transcurrido en los últimos cuatro siglos. No es que se hayan repetido ciclos históricos; es que no hubo ciclos: la conducta no ha cambiado nunca. Hubo cambios en la intensidad de la acción, no en la perspectiva.

Los acontecimientos me alejan de mi casa; de mi hogar al Sur de Buenos Aires, sobre la línea del ferrocarril "inglés", en un pueblo instalado como parada para abastecer de agua a las locomotoras construidas en Inglaterra; un pueblo donde el tren de la tarde paraba a las seis y veinte, horario establecido por un jefe inglés del Ferrocarril del Sur que pensaba que las seis y media era la hora apropiada para el primer gin-tonic del día. Están tan lejos ahora las excursiones a la ciudad con el colegio inglés del pueblo para ver teatro (en inglés): la Ranelagh Community School (Ranelagh está a 22 kilómetros al Sur de Buenos Aires, no al Sudoeste de Londres). Todos los años, el 24 de Mayo, Día del Imperio, en la víspera del Día de la Libertad de la Argentina, la directora del colegio nos llevaba a la capital a ver las pantomimas. Después debíamos escribir ensayos; sobre el Día del Imperio, desde luego.

Levantó la vista, notó mi incomodidad y me dijo:

—Queremos hablar contigo. Deseamos que vengas.

Se sentó al lado de mi escritorio, el del secretario de redacción del centenario diario en inglés, el *Buenos Aires Herald*, situado junto al club inglés. Se puso de pie y caminó por la sala de redacción

hasta un gran mapa de Buenos Aires que había en una pared. Su dedo señaló un pequeño cuadrito verde, un parque, a unas cuadras de la estación Constitución, una terminal de lo que antes se llamaba Ferrocarril del Sur y ahora Línea General Roca de los Ferrocarriles Argentinos.

—Nos encontramos ahí. A las diez de la mañana —me dijo.

Era una orden. Protesté por la hora porque, por lo común, me acostaba a las tres de la mañana. Pero sabía que mi curiosidad, sus órdenes (era unos años menor que yo, un pollito, pensaba yo; dándome órdenes, pensaba yo...) y mi orgullo se combinarían para hacerme llegar puntualmente.

Unos minutos antes me había sorprendido con su visita. Hacía pocos días que había salido de la cárcel, liberado por la amnistía decretada en las primeras horas de gobierno del nuevo presidente, el dentista Héctor Cámpora.

Mi visitante había entrado en la sala de redacción con aire de conocedor del lugar. Mientras se acercaba a mi escritorio yo me había puesto de pie, sonriente y con los brazos abiertos.

—Hablá bajo —había dicho con una sonrisa débil.

Me dejé caer en el asiento. Le dije que estaba encantado de verlo; lo noté flaco. Siempre fue delgado pero había estado anémico en prisión. Lo habían arrestado un año atrás acusado de conducir el automóvil en el rapto de Oberdán Salustro, director gerente de la subsidiaria de la Fiat en la Argentina.

El arresto de mi amigo en un departamento de San Telmo, que puso en evidencia su activismo político, nos había sorprendido a muchos de nosotros. Me acordé de él en fiestas en la década del sesenta, cuando se reunían escritores, autores teatrales, artistas y editores, toda gente de mundo, en casa de Susana "Pirí" Lugones: eran conocidos que serían famosos: Rodolfo Walsh, Carlos del Peral, Tomás Eloy Martínez, Manuel Puig, Marcelo Pichón Rivière... Mi esposa y yo no éramos mundanos pero igualmente nos invitaban. Andrés estaba siempre por ahí, recolectando elogios como uno de los mejores periodistas conocedores de los tupamaros uruguayos y sobre el mercado internacional de armamentos. Su compañera de aquella época era una joven bellísima, María Victoria "Vicky" Walsh, que iba a las reuniones con mini-shorts, moda de aquel momento. La recuerdo sentada en el suelo a mi lado, conversando, mientras yo no podía quitar la vista de las largas piernas blancas. La pareja se separó aquel año (debe haber sido por 1970) cuando la política entró en su vida y ellos tomaron

distintos caminos. Él ingresó al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y ella se dedicó a la actividad sindical y luego integró la sección de prensa y propaganda del Partido Peronista Auténtico (Rama de superficie del grupo guerrillero Montoneros. En 1976 la policía apareció en una casa del partido y ella murió junto con otros).

Dos días después, en una lluviosa mañana de junio de 1973, partí hacia el fingido secuestro. Antes de irme de casa, en Acassuso, le dije a mi esposa no sólo adónde iba sino también dónde estaba la póliza del seguro, qué editores tenían algo mío y en qué estado de impresión; a quién llamar en caso de "problemas" y otras precauciones que uno toma en ciertos momentos, como antes de partir en un viaje de negocios o en avión o algún lugar de vacaciones. Esperábamos que no ocurriera nada.

¿Cómo podía suceder algo? Éstas eran personas que solíamos encontrar en reuniones sociales; la idea de armas en sus manos nos resultaba demasiado extraña, demasiado teórica. Era cierto que algunos de ellos mataban y que algunos habían resultado muertos, pero yo todavía no había visto un cadáver reventado por las balas, así que todo parecía inconcebible. La noción de que yo pudiera estar conversando con personas que mataban y luego discutían la muerte como parte de una estrategia política no había entrado aún en mi campo de periodismo político. Estábamos en 1973 y, políticamente, yo estaba en pañales. Amigos míos habían sido arrestados y amigos de amigos habían sido asesinados. Hasta yo había sido arrestado una vez por periodista. Un policía borracho había disparado un tiro muy cerca de mí en Ranelagh; y hasta mi padre, enojado porque yo manejaba sin cuidado una pistola, me había disparado un tiro entre los pies cuando yo tenía diez años. Pero todo eso era parte de la vida, no de la muerte.

Lloviznaba aún al salir del subterráneo, frente a la estación Constitución, un edificio que nació gris según la ingeniería británica del siglo diecinueve, y que miraba con vista cansada a un parque sin vida.

Había unas pocas cuadras hasta el lugar de nuestro encuentro, otra plaza sin vida rodeada de baldosas amarillentas y caminos que se cruzaban en diagonal... Esta zona de la Capital Federal, tan querida por sus residentes, muestra al extraño la hostilidad provinciana por todo lo desconocido. Los carteles que anunciaban

"hotel alojamiento" * en una larga hilera sobre la calle Santiago del Estero quedaron atrás y los reemplazó una fila de caserones de inquilinato cuyos frentes fortificados escondían patios familiares, y sus persianas metálicas permanecían cerradas hasta celebrarse una fiesta de cumpleaños o un casamiento y luego se volvían a cerrar durante años.

Al acercarme a la plaza de reunión lo vi caminar hacia mí. Parecía aun más flaco que cuando entró en la redacción; la lluvia le aplastaba el cabello contra la frente, y sus hombros, encorvados, se perdían bajo el cuello levantado del abrigo. Lo observé venir, saltando los charcos, y me pregunté cómo podía haber sido tildado de cómplice de criminales.

Sentía algo extraño en el estómago. Algunos lo llaman un nudo, otros dicen que es como una pila de cables en movimiento. Era como un vacío, a pesar de haber comido hacía poco.

—Está lloviendo —me informó cuando nos encontramos—. Andá a tomarte un café.

Me dijo que había un bar a la vuelta de la esquina y que irían a buscarme allí. Pregunté si algo había salido mal.

—Voy a cargar nafta.

Lancé una carcajada de alivio al comprobar que se trataba de un inconveniente tan normal. Más tarde me molestó que hasta en algo de menor importancia como el transporte fuera necesario distorsionar la verdad. Me habían citado temprano para poder observarme y que los arreglos para el transporte pudieran hacerse a resguardo.

En el diminuto café, sentado ante una mesita, estaba un periodista de un matutino argentino; otro, de la redacción de Buenos Aires de una agencia de noticias de los Estados Unidos, y un corresponsal viajero del diario *Pueblo*, de Madrid. Dos clientes hablaban con el dueño en el mostrador. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos la máquina de café *express* no cesó de funcionar para abastecer nuestros pedidos. Dos de los nuestros encargaron "especiales" de jamón y queso; yo no era el único que sentía un vacío en el estómago.

Antes de la asunción del mando del presidente Cámpora y de la declaración de amnistía a los presos políticos, se habían hecho

* *N. de T.:* Hoy "telos", antes, hotel alojamiento, antiguo nombre de los albergues transitorios, antes de ser rebautizados por el gobierno militar.

muy de vez en cuando conferencias de prensa citadas por la guerrilla; había sido casi imposible concertar entrevistas con jefes guerrilleros, excepto para los corresponsales extranjeros que llegaban y se iban. Cuando la guerrilla quería comunicar algo (por lo común, señalar alguna ocasión especial, porque las cuestiones relativas a las acciones se informaban por teléfono o por correo), acarreaban a un par de periodistas con los ojos vendados hasta algún camión o un automóvil donde se llevaba a cabo la "conferencia de prensa", con el vehículo en marcha para evitar el uso de un lugar con domicilio determinado. La denominación de "secuestro" se seguía usando; pero nadie creía en ella como en muchos otros términos adaptados a los requerimientos políticos. Muchísimas palabras tienen doble significado en la política argentina...

Esta vez, el acontecimiento iba a tener lugar en condiciones más cómodas.

Después de media hora apareció un joven. Tenía el pelo corto —peinado prolijamente hacia atrás— y mejillas regordetas; usaba un impermeable muy elegante del que asomaba una camisa con el cuello abierto. Era evidente que este caballero de rostro moreno nunca había estado preso y que, además, debía tener algún empleo normal. Nuestro nuevo acompañante pidió un café y un sándwich y nos preguntó si deseábamos beber algo, a lo cual rehusamos. Después de otros quince minutos se puso de pie, pagó su cuenta y nos dijo que estuviéramos preparados. Eso coincidió con la llegada de un pequeño ómnibus escolar pintado reglamentariamente de anaranjado. Nos ordenaron que subiéramos rápido; el gordito fue el último en abandonar el café. Mientras subíamos los tres escalones del ómnibus el motor se ahogó, y el ruido nos hizo pensar en un disparo. Pero esa idea se esfumó antes de tomar forma. El conductor, un hombre maduro, acompañado de dos jóvenes, nos llevó a saltos y barquinazos a lo largo de unas quince cuadras. Aun si hubiéramos estado menos tensos y con ganas de conversar, el ruido del ómnibus lo habría tornado imposible.

Estacionó frente a un gran depósito con inmensos portones metálicos. Cuando bajamos del ómnibus, llegó un hombre que le pagó al conductor. Era obvio que éste ignoraba quiénes éramos y qué era lo que sucedía.

Entramos por una pequeña puerta lateral a un ambiente sombrío, grande y cuadrado. Era un salón de baile: uno de tantos en el barrio, dirigido por españoles que atendían a sus compatriotas. Nos dijeron que a la pareja de ancianos que estaba en el bar, en

el lugar más alejado del salón, se les explicó que alquilaban el local para una conferencia de prensa con motivo del lanzamiento de una revista literaria.

Nuestros anfitriones, cuatro en total (aunque luego nos enteramos de que había tres más patrullando la manzana), nos invitaron a tomar asiento alrededor de cinco mesitas. Nos enviaron, uno por uno, al baño de caballeros, donde fuimos revisados por un experto en palpar cada centímetro del cuerpo y en revisar los bolsillos y las costuras de la ropa. Su mano se congeló sobre el bolsillo derecho de mi chaqueta. Era el Ventolín, el aspirador contra el asma. Preguntó gravemente qué era, pues la forma le resultaba irreconocible. Cuando se lo dije, sus facciones se relajaron y hasta esbozó una sonrisa, murmuró unas palabras de compasión y comentó sobre las molestias de esa enfermedad. Sentí que hasta me admiraba un poco (aunque él no se diera cuenta) porque mencionó que se trataba del mismo malestar que había aquejado al Che Guevara durante toda su vida.

Después de esta introducción esperamos alrededor de las mesas. Nos sirvieron otra vuelta de café y vasitos de ginebra y nos dijeron que podíamos usar cámaras fotográficas y cintas grabadoras. ¿Quién vendría? Parecía que sería el jefe del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el órgano político que dirigía al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). "¿Quién es?", preguntó el español. Mario Roberto Santucho, desde luego.

En ese momento el nombre tomó cuerpo, pues la puerta lateral se abrió y Santucho —36 años, ex contador— apareció en el salón de baile. Lo seguían sus lugartenientes: Benito Jorge Urteaga, de 27 años, ex empleado de oficina; Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, 31 años, ingeniero y miembro, en otros tiempos, de la organización uruguaya Tupamaros; y Jorge Molina, arquitecto de 30 años.

Santucho, conocido como *Robi*, era una leyenda. Me fue difícil conciliar su aspecto con su reputación, pero tampoco es fácil explicar qué esperaba yo de su aspecto. Tenía el cabello oscuro, corto y enrulado; era menudo y hablaba en voz baja. Los cuatro estaban prolijamente afeitados y usaban ropa nueva, informal y bien cortada. Gorriarán Merlo tenía una calvicie incipiente y el aspecto de un viajante de comercio, de clase media, de algún suburbio de la Capital. Urteaga tenía la sonrisa pícara y cálida del muchacho del centro; Molina era un poco desgarbado, su chaqueta marrón y el pañuelo de seda al cuello le daban el aire de un "canchero" de barrio. Santucho había organizado al ERP como

verdadero ejército. Se había fugado de la cárcel dos veces en los últimos tres años; una vez de la de Tucumán; otra, en agosto de 1972, de la prisión de máxima seguridad, en Rawson, Chubut, donde él, Gorriarán Merlo y otros cuatro escaparon hacia Chile en un avión secuestrado. Allí les dieron salvoconductos para ir a Cuba: Salvador Allende era entonces el presidente de Chile.

Otros diecinueve presos escaparon con ellos y llegaron hasta el aeropuerto. Entre ellos estaba la esposa de Santucho, Ana Villarreal, y la compañera de Gorriarán Merlo, ejecutadas unos días después. Cuando se enteraron de eso en Chile, Santucho y Gorriarán Merlo rompieron a llorar. Podían llorar.

Cuando entraron al salón de baile en aquel ventoso y lluvioso día de junio, me volvió a asaltar el pensamiento, no en la mente sino en el estómago, de que esos hombres habían matado. Y, sin embargo, parecían encantadores. Después de estrecharles las manos a sus compañeros vinieron hacia nosotros y se presentaron muy amablemente ante cada uno. Nos preguntaron cómo estábamos y si habíamos tenido dificultades para llegar hasta allí. Los hombres del ERP tenían fama de "Robin Hood": secuestraban camiones cargados de productos lácteos y los distribuían entre los pobres; habían tomado aserraderos y empresas constructoras y llevado los materiales a las zonas obreras, donde las familias vivían en casas de emergencia. Eran tan admirados por algunos como odiados por otros.

Eran jóvenes caballeros encantadores... un contador, un arquitecto... un oficinista... profesiones honorables... pero estoy olvidando el crimen por recordar la cordialidad.

La conferencia de prensa era el anticlímax. Pronto iba a saber que todas las conferencias de prensa de la guerrilla, como todas las demás, eran frustrantes. Se hacían para dar la cara, para hacer contacto, pero se decía poco que ya no se supiera. Las conferencias de prensa de la guerrilla son especiales en su preparación, la angustia, el miedo y la inseguridad. Y después uno sabe que está marcado. La policía o alguna seguridad, llama para controlar que aún vivimos en la misma casa y nos amenazan con alguna forma de represión. Ellos alegan que solamente a los simpatizantes se los cita a las conferencias de prensa de la guerrilla.

Hicimos preguntas y recibimos corteses respuestas; hasta charlamos alrededor del grupo de mesitas. Santucho dijo que estaba muy amargado por la muerte de su esposa, pero que no buscaba venganza. Dijo que la actividad política había terminado

con el amor y el matrimonio, pero que tendría que ser la acción política la que diera sentido a la muerte de su mujer para que no fuera un sacrificio inútil. Hablaba suavemente, sin levantar la voz. No se mostró irritado por ninguna pregunta, ni siquiera cuando le pedimos detalles sobre la fuerza numérica de su organización. Su respuesta fue siempre la misma: que por razones de seguridad interna no podía contestar. Su organización preveía que el gobierno del doctor Cámpora no duraría mucho (terminó a los 49 días). Dijo que el ERP no tenía secuestrados (a los que se refería como detenidos) en las celdas de las "cárceles del pueblo" —lo que no creímos; por otro lado, pensé que la descripción era ridícula para una jaula— y nos aseguró que las fuerzas del ERP habían engrasado (guardado) sus armas después de la amnistía para esperar el desarrollo de los acontecimientos políticos.

Yo me preguntaba cuál de mis interlocutores habría apretado un gatillo y visto caer a un hombre frente a él: una gran mancha roja extendiéndose sobre la ropa como brotando de la pinchadura de una manguera de jardín. ¿Qué había pensado el hombre que estaba hablando conmigo y qué había sentido? ¿O era todo tan rápido que no había tiempo para ver la expresión de sorpresa en la cara del otro al saber que estaba muriendo? Apenas habría tenido tiempo suficiente para comprender que él ya no sería nada, que cualquier cosa que se dijera desde ese momento, cualquier cosa que se hiciera, ese hombre no sería más que el cadáver de un perro atropellado por un automóvil en la Avenida General Paz y arrojado al costado del camino, como se ven tantos en las rutas argentinas.

Alguien explicaría que la primera vez es la peor. Un tiroteo era la mejor iniciación, porque un hombre, o una mujer, que disparara por primera vez a blancos humanos nunca sabría si había matado, o herido, o la gravedad de las heridas. A veces, en esta clase de lucha, no hay manera de saber. Es diferente cuando se apunta de cerca. Entonces los amigos deben ayudar al que disparó, consolarlo y recordarle la causa de continuo. Pero el hecho era que se disparaba una bala y alguien caía muerto y no había manera de racionalizar ese acto después.

Cuando me asaltaban esos pensamientos, cerraba los ojos y dejaba mi mente en blanco, como un borracho tratando de enfocar; porque, después de todo, ¿cómo puede uno hablar casi amigablemente con personas que andan por ahí apretando gatillos, sabiendo que el resultado es la muerte?

El director del diario se referiría a "mis amigos" (la "*criminal*

class" le decían los ingleses) con desprecio, disgusto y repulsión ante la idea de que hombres y mujeres que se mostraban encantadores, amistosos y con sentido del humor, pudieran matar. Estaban en el otro equipo, el que jugaba contra el que la sociedad viste con uniformes y le da licencia para matar. Y algunos de ellos también, desde soldados hasta generales, a menudo eran encantadores, amistosos y tenían sentido del humor.

La reunión era animada y cordial. Santucho desconocía su situación legal después de la amnistía. A nosotros, por un lado, nos agradaba conversar con uno de los hombres más perseguidos de la Argentina. Empleábamos el *usted* mezclado con el *vos*, y todo se iba grabando en un aparatito. Tomamos varias tazas de café y vasitos de ginebra. No había armas a la vista y había desaparecido la tensión que experimentáramos hacía dos horas.

Antes de irnos preguntamos si podíamos fotografiarnos con ellos, a lo que accedieron de inmediato. El único periodista que había llevado una cámara tomó varias fotografías. Con el enviado de *Pueblo* posamos con nuestros anfitriones porque queríamos tener una prueba de la reunión. Unos meses antes, Santucho había negado haber tenido una entrevista con un corresponsal del *Corriere della Sera*, quien había alegado que los "conferencistas" estaban encapuchados, pero que él había reconocido las voces.

La despedida fue tan normal y cálida como la llegada. Los jefes se fueron primero, los siguieron los de menor rango, hasta que quedamos con un solo acompañante que nos dijo que podíamos salir. Los cuatro, solos, compartimos un taxi hasta el centro.

La foto y mi nota aparecieron en el *Buenos Aires Herald* al otro día. Para muchos comencé a ser periodista. Para muchos más (y supongo que todavía lo creen), aparecí como guerrillero.

El mismo día comenzaron las amenazas telefónicas a mi casa y a la redacción.

3

El archivo de fotografías

Setiembre de 1973

La historia de cómo Polo se cagó en el asiento delantero de un automóvil mientras una mano oprimía su cuello y el cañón de una 38 le apretaba el huesito detrás de la oreja fue relatada en la agencia Noticias Argentinas (entonces con oficinas en la Avenida Córdoba) dos años después de ocurrida. Las tardes en las agencias de noticias, antes de que se fueran los del turno diurno y de que empezaran a trabajar los del nocturno, es el momento de reunirse para la anécdota. Aquella tarde, la conversación tomó el rumbo de las historias como la de Polo.*

Una periodista de nombre Marta había sido secuestrada hacía poco e interrogada por un artículo que había escrito sobre las sociedades secretas de las cuales era miembro el ministro de Bienestar Social. La habían ablandado con simulacros de ejecuciones en los alrededores de Buenos Aires hasta que la dejaron en libertad, sin dañarla pero temblando. Al mes siguiente, el *Buenos Aires Herald* fue invadido por la policía, que fue a buscarme porque sospechaba que participaba en una organización guerrillera. Yo no estaba allí cuando llegaron, pero llegué más tarde, cuando la presión ya había bajado. El oficial al mando me dijo que yo parecía un buen tipo.

* *Nota del autor:* El nombre real de este personaje queda en el anonimato.

—Por suerte no estabas cuando llegamos. La orden, querido, (dijo querido), era "hacerte boleta".

La "boleta" era un pasaje de ida al cementerio. Le agradecí que me hubiera esperado para contármelo. Destrozaron los archivos de recortes y fotografías de diez años. Luego me llevaron.

En cada caso la reacción fue diferente. Marta (es un nombre ficticio, no recuerdo el real), desafiante, citó a una conferencia de prensa y no dejó duda alguna sobre el hecho de que sus secuestradores habían actuado por orden del gobierno. Luego pasó a vivir en una semi clandestinidad. Cuando me soltaron seguí viviendo en la misma casa, yo seguí con la misma rutina, y me arrastraba por la redacción tratando de salvar lo que pudiera de los archivos destrozados. Mi presencia no revelaba valor ni coraje.

La historia de Polo fue contada por primera vez durante aquella charla de la tarde en la redacción de la agencia.

Polo era fotógrafo. Y una fotografía fue la causa de sus problemas. Había fotografiado a un grupo, en los meses finales de 1972 o primeros de 1973, cuando las numerosas facciones del movimiento peronista trataban de aparentar unidad para la campaña electoral. Las fotos de los dirigentes eran como aquéllas de los mafiosos durante una boda, antes de la masacre.

Las facciones del peronismo (la izquierda neofascista, representada por los Montoneros; la "guardia vieja", conservadora, constituida por los políticos de más de sesenta años; y la derecha neofascista, grupos de choque, que a veces se habían aliado a los Montoneros en asaltos y secuestros) se unieron en torno a causas apasionantes sin contenido ideológico: el retorno del peronismo al gobierno, el retorno del general Juan Perón a la Argentina desde su cómodo exilio en Madrid y la campaña por la canonización de Evita. Las elecciones se efectuaron en marzo de 1973, y los peronistas ganaron por un buen margen. Un presidente peronista interino asumió el gobierno en mayo. Un mes después, en junio de 1973, Juan Perón regresó a Buenos Aires en medio de una batalla en el aeropuerto de Ezeiza librada en su nombre (algunos dijeron que orquestada en su nombre), entre facciones de sus partidarios. Muchos fueron muertos a balazos; otros fueron atravesados con estacas de puntas afiladas; otros, colgados de los árboles; y otros, apaleados y torturados con cigarrillos encendidos. Las facciones se disputaban lo que Perón les permitiera.

La fotografía que había tomado Polo en la que aparecían jefes

de la derecha junto a gente de Montoneros fue robada de los archivos de la revista en la que trabajaba. Antes de ser usada nuevamente, la foto fue recortada de manera que sólo quedaron las caras sonrientes de los líderes de derecha, y esa verdad parcial fue la que apareció en el semanario montonero *El Descamisado* bajo el título: *Éstos son los asesinos* (de la batalla de Ezeiza). El fotógrafo no se enteró de nada a pesar de que la fotografía mutilada con su título sensacionalista asomó sobre las publicaciones en todos los kioscos de Buenos Aires durante una semana. *El Descamisado* vendía bien.

Los chicos ya habían partido para la escuela. A media mañana, Polo se despidió de su mujer con un beso y le preguntó si necesitaba algo del centro. Ella respondió: "Que tengas cuidado", respuesta que ya era parte de la rutina diaria. Polo abandonó su departamento del cuarto piso para dirigirse a tomar el colectivo que lo llevaría a la revista.

El edificio en el que vivía tenía un frente liso de mármol, con una gran puerta de doble hoja, dos ascensores y ochenta departamentos; igual, salvo en los detalles, a tantos otros edificios de Buenos Aires que se elevan como extraños troncos regados con dosis excesivas de hormonas entre casas de un solo piso y tiendas con techos chatos con parapetos y altas ventanas con rejas de otra época.

Polo sentía un malestar en el estómago; seguramente por algo que había comido; luego la sensación desagradable fue borrada por la cálida mañana de setiembre de 1973. Pensó en el trabajo que le esperaba ese día. Seguramente se trataría otra vez de algo político. La actividad política entre los partidos se hacía cada vez más tensa en medio de una incertidumbre creciente. El gobierno había convocado nuevamente a elecciones, para el 23 de setiembre, para resolver la charada de instalar un nuevo presidente después de la renuncia del gobierno peronista elegido en marzo. Juan Perón sería el nuevo jefe de Estado. Sus partidarios todavía pretendían mostrar un frente unido para las elecciones, pero el movimiento estaba fragmentado y sus componentes se peleaban por las migajas de poder. A pesar de todo, hasta los periodistas tenían que cumplir con su trabajo y pagar las cuentas a fin de mes. Polo estaba preocupado como todos los periodistas, como todo el mundo en esa época, por "adónde iremos a parar" y, como todos, no esperaba ni respuesta ni domicilio de terminal.

Aquella mañana Polo salió y miró si venía el ómnibus. En la calle, recta e inusualmente vacía, había un solo automóvil estacionado. Polo cruzó hasta la parada del colectivo. Corrió unos pasos. Tomó el caño de acero que señalaba la parada y dio una vuelta de "calesita". Luego se quedó quieto, esperando; el bolsón con la cámara colgaba de su hombro.

Oyó encenderse el motor del auto estacionado un poco más allá de la puerta de su casa; el auto se acercó. Lo miró sin registrar su movimiento porque no tenía importancia.

A unos cinco metros el auto se detuvo. Polo pensó que le preguntarían cómo llegar a alguna dirección. Alguien bajó la ventanilla de atrás y apareció la cara de un hombre. Polo creyó ver algo semejante a una sonrisa. Le pareció un rostro conocido, pero no podía ubicarlo. Una mano le hizo señas de que se acercara.

—¿Adónde vas? ¿Te acercamos? —dijo el hombre sacando la cabeza por la ventanilla.

Cuando oyó esa voz, se hizo una luz en la memoria de Polo: era uno de los jefes de una facción peronista que había fotografiado durante la campaña electoral. Qué raro que mostrara tanta amistad ahora. Debía querer algo... Siempre lo había ignorado a Polo en las pocas ocasiones en que sus caminos se habían cruzado en conferencias de prensa o reuniones del partido.

—No, gracias —dijo Polo—. Voy a trabajar... a la revista. Me tomo el colectivo.

No tenía ganas de compañía; tenía que pensar en el trabajo que le esperaba, en las cuentas que había que pagar... y prefería estar solo. Sonrió e hizo un gesto de rechazo.

—Vamos —insistió el hombre del auto—, te llevamos... Estás aquí nomás.

—No, gracias, de veras... En otro momento —dijo Polo sonriendo.

Hubo una larga pausa. El hombre del auto se volvió para hablar con alguien a su lado en el asiento trasero. Luego miró a Polo.

—Subí, carajo —dijo entre dientes y no era broma.

Polo dio un respingo. Entonces pudo maniobrar una sonrisa y murmuró:

—Bueno... Está bien.

Cruzó frente al auto para llegar al asiento junto al conductor y vio que el hombre que estaba atrás, junto a su conocido, usaba anteojos oscuros. Era el disfraz de la intriga política internacional. Polo pensó con un suspiro y sonriendo por dentro que era una buena frase. Abrió la portezuela de adelante y se ubicó en el asiento

con ur[illegible] movimiento. No advirtió que el asiento era solamente un ma[illegible] de metal cubierto con una toalla verde. Cayó sentado sobre el piso del auto con un golpe seco. Más doloroso aún fue el caño del respaldo que le raspó la espalda al caer. Estaba apretado por su propio peso contra el piso del auto, imposibilitado de incorporarse sin volver a lastimarse la espalda. Su ropa liviana —unos delgados pantalones, una camiseta y una camisa de algodón— no habían amortiguado el golpe de la caída. Se quejó, trató torpemente de darse vuelta y forzó una débil sonrisa, emitiendo un "eh" cuando se cerró la puerta. Se sintió como un escolar que sale de una pelea con una sonrisa sin dientes pero disimulando las lágrimas a punto de brotar. Se aferró a los caños de los costados del asiento para levantarse del piso, pero eso produjo un dolor terrible en sus manos y brazos.

Su conocido dijo:

—Vamos.

El automóvil arrancó de golpe agudizando su dolor en los glúteos y la espalda. Cuando cruzaron la primera esquina, un periódico cayó sobre las rodillas de Polo. Trató de tomarlo con una mano, pero eso significaba soltar uno de los caños del asiento y aumentar el dolor en la espalda. Era un ejemplar del semanario montonero con la fotografía y el título *Éstos son los asesinos*. El hombre del asiento de atrás sonreía hacia la cámara en el centro de la página; era uno de los jefes del grupo de derecha.

—Eso es tuyo... —dijo una voz desde atrás.

Hasta ese momento, Polo sólo había sentido preocupación. Ahora tuvo miedo. Sabía que la política era un juego con reglas muy estrictas, y que él nunca las había aprendido porque no quería jugar. La nueva sensación de temor había tenido unos segundos para acelerar el ritmo de su corazón cuando una mano se cerró sobre su nuca y la apretó. El dolor aumentó.

—Basta —gritó, y la mano, involuntariamente, reaccionó ante la orden aflojando un poco; pero enseguida volvió a presionar.

—Esta foto se la diste a esos hijos de puta, ¿no?

—No, yo no —dijo Polo tosiendo, los ojos cerrados por el dolor, sin entender, pero negando por precaución.

—Fuiste el único fotógrafo en esa reunión. Te llevaron porque confiaban en vos. Vamos...

En forma inesperada, el tono acusador se volvió exageradamente razonable.

—Como si no supieras que nos amasijan si esa foto se la

muestran al Viejo (a Perón)... Si se entera de esto... ¿No se te ocurrió, imbécil, que podían echarnos del movimiento por esto?

El hombre que sujetaba a Polo por la nuca aclaró la garganta y le dijo al conductor:

—A Ezeiza.

La voz se abrió paso a través de la bruma semiconsciente de incredulidad, atravesando el zumbido de los oídos de Polo. Ezeiza, en la ruta al aeropuerto, era una arbolada zona para picnics que se había convertido en campo de ejecución. Era un lugar asociado con la muerte desde la llegada de Juan Perón.

—¡No, no, esperá! —exclamó Polo.

Quedaron en silencio. Alguien puso el cañón de un arma ante los ojos de Polo y lo retiró de inmediato, golpeando con fuerza al apoyarlo detrás de su oreja. Polo lanzó un:

—¡No...! —mientras las lágrimas llenaban sus ojos—. ¡No! Por favor, por favor... ¿Por qué?

—¿A quién le diste esa foto?

Era la voz del hombre que conocía llegándole desde el asiento de atrás. Polo trató de librarse de la presión de los dedos pero éstos apretaron más fuerte, reteniéndolo. Trató de aspirar hondo y se ahogó. El Ford Falcon aumentaba su velocidad a lo largo de la calle Rivadavia, camino al Oeste. No sabía si después doblarían hacia Ezeiza, pero iban en la dirección del aeropuerto. Polo pensó en los caminos para llegar a Ezeiza más rápido, como si fuera un pasajero. Y empezó a desear que apareciera un semáforo en rojo que los hiciera disminuir la velocidad; tal vez podría saltar a la calle o llamar a algún otro automovilista. Desplazó una mano con dificultad hacia la manija de la puerta; su cuerpo golpeó contra el piso pero esta vez el dolor no fue tan agudo como había temido; la opresión en la nuca dolía mucho más. Movió la mano un trecho muy corto. El arma que había estado contra su oreja le encañonaba la espalda y eso también dolía. ¿Lo ayudaría alguien si gritaba? Casi seguro que no; lo más probable era que sus secuestradores tuvieran documentos para demostrar que eran oficiales de la policía. Emitió un quejido y la voz se le quebró en un sollozo.

Tantos hombres armados llevaban documentos de la policía en esos tiempos. Los guerrilleros usaban documentos oficiales que falsificaban cuando era necesario. Los grupos antiterroristas paraoficiales se jactaban de sus conexiones con la policía. Éstas incluían cómplices en la policía y entre los oficiales de la Marina y el Ejército, que les entregaban permisos para portar armas y los

encubrían si algo andaba mal. Esos funcionarios también les proporcionaban los antecedentes de los blancos buscados.

Unos días antes, un joven informante de la policía había conducido a Polo en un automóvil a toda velocidad por una calle suburbana con bastante tránsito. El muchacho había abierto el techo de su Peugeot y disparado al aire toda la carga de una pistola Colt 45. El sonido fue estruendoso pero no tuvo ninguna repercusión.

A Polo le dolían los hombros, la espalda era insoportable, los brazos estaban tensos y sentía las piernas acalambradas por tenerlas dobladas con las rodillas casi a la altura de los hombros. No pensaba más que en el dolor y en el miedo a esos tres hombres. Trataba de que se le ocurriera algo útil, un nombre influyente, un ruego en nombre de su mujer y sus hijos, pero no se le ocurría nada. Sólo podía pensar en que estaba encajado en el armazón del asiento, atrapado.

El auto se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Ni se te ocurra gritar o salir. No podés saltar porque las puertas se cierran desde afuera. Este auto es de la policía y fue arreglado para llevar a los traidores como vos. Si gritás, Cacho te mata.

Polo se sintió reconfortado por saber el nombre del que estaba detrás: Cacho. Era un sobrenombre, pero era algo. En su desesperación por aferrarse a algo pensó que eso facilitaría la comunicación.

—Si no gritás, seguís vivo hasta los bosques de Ezeiza...

—Y allá...

Polo dejó escapar un alarido. Lloró, se ahogó con los sollozos, tosió y le dolió todo el cuerpo.

—Pero soy joven —dijo, y era consciente de que sonaba ridículo.

—Y... —empezó a decir el conductor encogiéndose de hombros y alzando las manos del volante, con las palmas hacia arriba, por un instante—. ¿Qué esperabas? Son tiempos difíciles. Tenés que entender que no podemos correr riesgos. Esperamos meses para agarrarte... Si alguien nos traiciona, tenemos que sacarlo del medio. Vos les entregaste a los Montos la foto de Miguel...

"Ah, otro nombre", pensó Polo. Cierto, lo llamaban Miguel.

—Tenemos que asegurarnos de que eso no volverá a pasar. A veces se gana... a veces se pierde. Hoy perdiste. El otro día perdimos dos hombres en el muelle de pescadores de San Isidro. Los Montos

les tendieron una emboscada, nos dijeron que los habían dejado que se encontraran con nosotros... Exageraron para liquidarlos. Más de veinte balas a cada uno; creo que eso es exagerar las cosas. Y un compañero era casado, con la mujer embarazada...

El hombre del volante sonrió; Polo pensó que estaba recordando al amigo muerto, pero no era así.

—Una vez me acosté con ella en su propia cama. Bueno, él estaba preso en Villa Devoto. Yo fui a visitarla...

La voz calma, la serena inhumanidad, sonaban como una rutina. Polo se sintió momentáneamente más tranquilo por esa voz sin matices. Cerró los ojos con fuerza al sentir dolor en la vejiga.

—¡No! —exclamó a voz en cuello—. ¡No, déjenme ir!

La fuerza que encontró en sus pulmones presionó hacia abajo y la humedad caliente se extendió por los pantalones. Había perdido el control. Trató de evitarlo pero no pudo.

Oyó que Cacho, el de los dedos como morsa en el asiento de atrás, decía a Miguel, el hombre de la fotografía.:

—Este tipo se meó. Vamos, apúrate —le dijo al conductor.

El chofer comentó que no era raro que alguien en esa situación se mojara los pantalones.

—Miguel, Cacho... —dijo Polo con toda la calma que pudo reunir—, alguien debe haber quitado esa foto del archivo. Pregunten a los de la revista por mi trabajo. Ellos pueden decirles. Jamás saqué nada del archivo...

—Justo lo que necesitamos... Referencias de un diario bolche.

La conversación volvió a sonar razonable tal vez porque todo era tan absolutamente normal; no existe nada no convencional en el camino hacia la muerte; no hubo una palabra que sonara absurda o fuera de lugar, ni nada que no fuera plausible.

De repente el hombre llamado Miguel palmeó el hombro del conductor, y el auto aminoró la marcha. Con descreimiento, mirando a Polo, dijo:

—Vamos hasta el diario de los bolches; está en Tucumán y avenida Madero (*Ya es Tiempo de Pueblo*).

La garra se volvió a cerrar sobre la nuca justo cuando Polo comenzaba a aflojarse. El retorno de la presión, las sensaciones de miedo y alivio, la aparente vacilación de sus secuestradores, fueron demasiado. Sus tripas sonaron como una cloaca en torrente, se desanudaron y dejaron escapar sus gases en una serie de explosiones que se oyeron por sobre el ruido del motor. Polo sintió

que una pasta espesa y caliente comenzaba a llenar las sentaderas de sus ajustados pantalones.

—¡Dios, este pelotudo se ha cagado! —gritó el conductor.

Miguel se inclinó hacia adelante y retiró el ejemplar de *El Descamisado* que había cubierto las rodillas de Polo ocultando la mancha de orina.

—¡Abran las ventanillas!

—Vayamos a Ezeiza —exclamó el que manejaba—. Terminemos de una vez este asunto. Tengo que pagar la cuenta de la luz y la oficina cierra a las tres.

—No, vamos antes al diario; después vamos a Ezeiza. Pero abrí la ventanilla... —decretó Miguel.

El chofer bajó la ventanilla. Cacho apretó más la nuca de Polo y éste lanzó un grito.

—No hagás nada o te dejo sin garganta.

—No —tosió Polo.

—Un cagón como vos se merece esto —dijo Cacho aumentando la presión. Los párpados de Cacho se entornaron sobre un dejo de sonrisa.

El conductor se impacientó. Puso un cambio tras otro y metió el auto entre el tránsito del mediodía hasta llegar a la avenida Córdoba; por allí aceleró, alejándose de Ezeiza, en dirección al puerto, sin quitar el pie del acelerador. Encendió una llave bajo el tablero y una sirena policial empezó a ulular; el sonido repercutía en los altos edificios de ambos lados de la avenida. Con una maniobra pasó a un auto; casi chocó contra un camión al pasar un semáforo en rojo; las cubiertas chillaron cuando frenó para evitar a dos peatones.

Miguel tomó una pistola del asiento, sacó el brazo por la ventanilla y agitó el arma para indicar a los demás automovilistas que abrieran paso. Hubo que frenar un par de veces pero la sirena y el brazo lograron que los dejaran pasar. Parecían haber transcurrido sólo unos minutos, cuando ya estaban en la avenida Madero, paralela al puerto.

—Vamos a averiguar sobre vos. ¿Es el quinto piso...?

Polo asintió.

El conductor llevó el auto hasta la plaza Roma, flanqueada al norte y al sur por altos edificios de oficinas y de departamentos —elegantes en un tiempo—, en uno de los cuales sobre Tucumán estaba la redacción del periódico; al este, del lado del puerto, se

levantaba la mole de cemento de la nueva planta del diario *La Nación*; y al oeste, la amplia avenida Leandro N. Alem. Dieron una vuelta alrededor a la plaza y luego estacionaron frente al edificio de *La Nación* y la plaza Roma.

Hubo unos segundos de silencio en los que se oyó un suspiro de Polo.

—Lo dejamos acá —dijo Miguel—. No lo quiero a este tipo. Le creo.

La mano de Cacho se abrió y la cabeza de Polo cayó hacia adelante.

—Okey —asintió el que conducía—, no te queremos. Mejor así... Ya no aguantaba más el olor.

Salió del auto, dio la vuelta y le abrió la puerta.

—Salí —le dijo.

Polo trató de incorporarse pero no pudo usar sus manos adormecidas. El conductor lo tomó del cabello y lo sacó de un tirón. Polo aullaba mientras era alzado por el pelo y luego arrojado de cara al pavimento. El bolsón con la cámara cayó tras él. El conductor cerró la portezuela.

Las cubiertas chirriaron, el auto avanzó unos metros y se detuvo; retrocedió hasta donde estaba Polo, y la toalla sucia que había cubierto el marco del asiento donde había estado atrapado fue arrojada sobre su cuerpo.

No intentó incorporarse. Estaba al lado del tronco amarillento de un gran plátano. La sangre comenzó a circular por sus piernas doloridas; los brazos no tenían fuerzas. Su cuerpo se sacudió con un fuerte temblor, un sollozo le subió desde el estómago y se convirtió en tos en la garganta. Lloró a gritos, libre, sin control, ignorando a las pocas personas que pasaban y lo miraban sin detenerse. En algún momento se sentó. Sin levantarse, se arrastró hasta el cordón de la vereda. Se sentó allí con los brazos rodeando sus piernas flexionadas y apoyó los ojos cerrados contra las rodillas. Oscilaba lentamente y lloraba. Oyó que alguien decía “pobrecito” y seguía de largo. Una vieja —una de las tres o cuatro vagabundas que cuidaban a los gatos sueltos y que habían hecho su hogar de la plaza Roma— pasó rengueando y murmuró:

—Algunos días son de mala suerte.

Un patrullero se acercó a Polo y el conductor le preguntó qué le sucedía.

—Me cagué, borracho, ¿me entendés? —dijo Polo intentando una sonrisa avergonzada.

—¡Ay, pobre! Será algo que te cayó mal al hígado. Preguntále al capataz de *La Nación* si te deja lavarte ahí.

El patrullero se fue.

Polo miró el edificio de *La Nación* durante un largo rato.

Había una entrada en el cerco de madera de la obra. Pensó si entrar o no; pero decidió que caminaría las cinco cuadras de playas de estacionamiento y calles laterales del puerto hasta la revista. Pensó en la recepción que podría llegar a tener con el olor que llevaba encima. Luego desechó sus temores: la vergüenza era demasiado perturbadora. Tendría que cerrar los archivos para siempre y purgarlos de todas las fotografías que él había tomado; hasta las de modas. Lloró suavemente al pensar en el tiempo y el trabajo que le llevaría. Debían existir miles de sus fotografías. Y tendría que hacerlo sin contarle a nadie lo que había sucedido.

Se desprendió la camisa con lentitud. Debajo tenía una remera. El sol estaba fuerte, así que no sentiría frío. Toda esa horrible experiencia sólo había durado poco más de una hora. Parecía como si hubiera ocurrido semanas atrás. En ningún momento, durante esa hora, había pensado en qué forma habría de morir; ni había tenido presente la imagen de su mujer ni la de sus hijos; tampoco había pensado en nada ocurrido en otro momento que no fuera cada uno de esos segundos. Había sido una defensa, inconsciente, de él mismo. La perspectiva era demasiado atroz; el dolor que había sentido de continuo lo distrajo; el miedo y la humillación habían ocupado toda su conciencia.

Se puso de pie con las piernas flojas. Ató las mangas de la camisa alrededor de la cintura de manera que la camisa cubriera su trasero. Puso el bolso con la cámara adelante para tapar la mancha húmeda cuyos bordes ya comenzaban a secarse. Caminó rígido, avergonzado, hacia la revista.

El portero deslizó un sobre en blanco por debajo de la puerta del departamento. Habían pasado ocho meses. Algunos ministros habían cambiado y muchas alianzas también. El panorama político se presentaba cada vez más inquietante y la época se hacía más violenta. La esposa de Polo abrió el sobre y leyó en voz alta la nota manuscrita:

Estimado Polo:

Siento lo que te hicimos. Tendrás que entender que fue un accidente. Quiero ofrecerte una compensación. Abrí un restaurante

en Flores y quiero invitarte a una comida de primera. Traé a la familia.

Saludos,

Miguel

Al pie de la página estaba escrita la dirección en letras mayúsculas de imprenta. Antes de que ella le entregara la nota, la curiosidad de Polo había decidido la respuesta.

Fue el domingo por la noche con su esposa y los chicos, sin previo aviso. Entraron a un restaurante caro, lujosamente decorado. La iluminación era escasa y se oía un tango que hablaba de recuerdos de las calles de Buenos Aires. Había pocos comensales. Era temprano.

—¡Polo! —exclamó Miguel— ¡Bienvenido!

Abrazó a Polo, besó a la mujer y le deshizo el peinado con un gesto de amistad y ternura; alzó a los chicos, los besó y bailó sobre el piso cerámico lustrado. Detrás del mostrador decorado con paneles oscuros de imitación madera, con galeones y escudos de plástico y retratos autografiados de personalidades de la televisión, estaba Cacho. Llenaba una fuente de papas fritas, detrás de la caja. Comía. Partía cada papita en dos y se metía los dos pedazos en la boca con un movimiento aletargado y torpe. El "chofer" también estaba detrás del mostrador, preparando el pedido de uno de los tres mozos. Saludaron de lejos a Polo y se miraron sonrientes. Luego se acercaron para el apretón de manos y se disculparon por tener que atender el mostrador. Miguel condujo a la familia hasta una mesa, diciéndole a Polo y a su esposa, con gran entusiasmo, que era un honor tenerlos allí. Hacía poco que había terminado la decoración y estaba ansioso por compartir todo con sus amistades.

4

El rescate de los hermanos

Junio de 1975

Hay notas que los periodistas sueñan con cubrir. Otras son escritas sin haber presenciado los hechos. De vez en cuando puede suceder que a un periodista le toque cubrir algún acontecimiento importante, pero que no le sea posible redactar la nota. La liberación de Jorge Born, después de permanecer nueve meses cautivo de los guerrilleros, es mi ejemplo de nota cubierta pero no escrita.

En la soleada mañana de un jueves de setiembre de 1974, justo antes del comienzo de la primavera, Jorge y Juan Born, hermanos y directores de la empresa exportadora Bunge & Born, fueron secuestrados por la guerrilla. La emboscada, llamada Operativo Mellizas, había sido cuidadosamente planificada y fue llevada a cabo con la maestría ganada por la impunidad política; las tácticas y la logística de la guerrilla estaban en manos competentes. En un momento, los hermanos Born y uno de los gerentes de su compañía subsidiaria eran conducidos en auto por una avenida arbolada del suburbio de La Lucila, camino de sus oficinas en el centro, y al momento siguiente un policía les hacía señas para que se desviaran por una calle lateral. Detrás del agente de policía había dos hombres vistiendo uniformes de obreros de teléfonos del Estado que parecían dispuestos a empezar un trabajo. En cuanto el chofer condujo el auto por la lateral, se interrumpió el bloqueo de la avenida y el tránsito siguió la vía normal. El automóvil con los Born tomó por una calle paralela a la avenida, al lado de las vías del tren, y allí varios hombres en ropa de trabajo salieron de un coche estacionado. El chofer de los Born temió una trampa y trató de

volver atrás. Los emboscados empezaron a disparar. El chofer y el gerente resultaron muertos. Juan y Jorge Born fueron transferidos a otros automóviles y desaparecieron.

El secuestro apareció en una espectacular primera plana. Luego, como cualquier otra noticia, pasó a las páginas interiores, en las que se filtraba, de vez en cuando, alguna información o suposición sobre negociaciones de rescate. Al cabo de unas semanas los comentarios ingresaron en el ámbito del rumor. La guerrilla pedía un rescate de sesenta millones de dólares. La suma no tenía precedentes. El reclamo previo más alto había sido de quince millones de dólares por el ejecutivo de una compañía petrolera de Estados Unidos.

—¿Podemos hablar en alguna parte? —preguntó el joven que había entrado en la redacción de la calle 25 de Mayo.

Suspiré mientras asentía; la ansiedad me alteraba la respiración. Lo guié por un corredor hasta la pequeña biblioteca. Permanecimos de pie. Tenía el cabello peinado hacia atrás y una loción perfumada mantenía cada mechón en su lugar. Estaba bien vestido, con un impecable pantalón de franela gris, una chaqueta azul y corbata de seda. Su aspecto era el de alguien que no sólo buscaba no hacerse notar en la calle sino que también expresaba su vanidad: el legado de la inmigración italiana a la Argentina.

El joven dijo que tenía órdenes de invitarme a una conferencia de prensa citada por el "comando superior" de Montoneros. La invitación fue enunciada con tono declamatorio; no era un simple mensajero sino un heraldo. Me intrigaba y me irritaba.

Le dije que iría. Me dio una fecha y una hora para encontrarme con un guía. No era la primera vez que era invitado a una conferencia de prensa de la guerrilla, así que esta vez simplemente apoyé la mano en el pecho y sentí la aceleración cardíaca.

Un viernes por la mañana —feriado nacional, 20 de junio de 1975, Día de la Bandera— increíblemente cálido y soleado, fui según lo convenido al bar *La Biela*. Estaba, con una encantadora plaza por medio, frente a la entrada del cementerio de la Recoleta. La Recoleta (sobre la que Borges ha escrito poemas de ancianos que celebran la muerte), cementerio de ilustres y el loteo más caro de la Argentina; información inútil ésta que tiene cabida en las notas de cualquier periodista norteamericano. *La Biela* era el lugar de reunión de los jóvenes de Buenos Aires de clase media alta, de uno y otro sexo: estos *porteños* eran simpatizantes de los gue-

rrilleros o de sus enemigos. El bar era blanco reiterado de bombas, tanto por su valor simbólico como por su capacidad de lograr difusión periodística. Era un lugar de reunión predecible.

La tercera parte del piso de *La Biela* estaba delimitada por cordones, sin mesas, para posibilitar a los albañiles y pintores disimular los daños causados por la última bomba. Ocupé una mesa al lado del cordón y pedí un café. Un hombre que era visto como gran periodista, Pablo Giussani, se sentó frente a mí, saludándome, y preguntó:

—¿Quién más viene?

Dije que lo ignoraba y en ese momento se nos agregó otro colega. Nos dijo que él no cubriría la conferencia porque era nuestro guía.

En Retiro sacó tres pasajes para Acassuso. No era un destino que me entusiasmara. Había vivido en Acassuso durante seis años.

El tren estaba lleno de gente que viajaba al Tigre para pasar el día en las islas. Era un conjunto ruidoso y alegre, pero yo no podía compartir la euforia de los empleados de oficina en libertad. Me sentía adormecido... no sólo porque había tomado el turno nocturno en la redacción, sino porque el sueño, anónimo e individual, es la protección a la que recurre el subconsciente.

Nos separamos al llegar a Acassuso. Ellos bajaron por la parte delantera del tren, cerca del paso a nivel y la calle principal. Yo bajé por el último coche. Frente a la estación, en esa parte, hay unos negocios de los cuales había sido cliente y pensé que podía ser reconocido. Pasé junto a un patrullero tratando de ignorarlo. Cuando ya había pasado el coche, sonó la voz de uno de los hombres en su interior: “Eh... che...”, y me quedé helado. “¿Ya no saludás?” Era un sargento de edad madura, creo que de apellido Ayala, de la “guardia vieja” de la policía de la provincia de Buenos Aires. Era un hombre simpático y trabajador. Nos conocimos cuando yo denuncié que me habían robado el automóvil y él se sintió furioso y avergonzado porque el sospechoso era uno de los policías de la guardia nocturna. “Ayala” se había ganado el ascenso pocos meses antes, cuando resultó herido de gravedad al desarmar una bomba que los Montoneros habían colocado en la plaza de San Isidro. Dijo que había leído que hacía poco me habían arrestado por publicar una entrevista con guerrilleros y le había hecho gracia que yo estuviera preso. “¿Visitás familia?”, preguntó, y yo asentí.

A unos cien metros, mis compañeros de viaje nos estaban mirando. Cuando nos volvimos a reunir, me preguntaron acerca

del encuentro que había tenido. No había sospechas en las preguntas del guía; sólo algo de curiosidad. Confiábamos uno en otro por encima del abismo político que nos separaba.

Caminamos por la calle Libertad; sólo asocié la ironía del nombre unas cuantas horas después. Llegamos a una casa con una pared bajita de ladrillos encima de la que había un compacto cerco de madera que impedía la vista del jardín a los que pasaban. La casa era gris, de dos pisos y techo plano, edificada unos treinta años antes (vieja para ese suburbio) según el mal gusto corriente de la clase media. Tenía grandes ventanales con las cortinas de enrollar bajas y un gran balcón de cemento a lo largo de todo el primer piso. La zona tenía casas cómodas con jardines, hogares de una clase cuya fortuna prosperaba.

Al sonar el timbre nos abrió la puerta una joven atractiva con uniforme de mucama: blusa y falda de algodón negro, delantalcito, cuello y puños blancos y almidonados. Saludó a nuestro guía con una sonrisa que denotaba familiaridad. Nos hizo entrar a la casa. La miré desde atrás mientras se adelantaba; era realmente bonita. El diminuto hall de entrada daba al living, iluminado con luz artificial ya que las persianas de todas las ventanas estaban bajas. La casa olía a cera para pisos y a humedad. Me pregunté si la guerrilla habría alquilado la casa y comenté al guía: "¿Cuartel general? Se lo ve descuidado". No le hizo gracia. Sentí un poco de miedo. ¿Y si se molestaban? ¿Si llegaba la policía? Se me ocurrió una selección de las explicaciones más inadecuadas e infantiles para explicar mi presencia allí: "Una llamada anónima me avisó que podía haber algo interesante... Un pariente vive cerca de aquí y cuando pasaba, alguien conocido me hizo señas para que entrara...".

Se me puso la piel de gallina ante la estupidez de mis ocurrencias. Si venía la policía, los guerrilleros nos usarían como escudos. Seríamos los primeros en caer; las excusas no serían necesarias. Nunca habrían de ser usadas.

Compañeros periodistas comenzaron a ser reconocibles al acostumbrarme a esa luz mortecina. Estaban sentados en el living como en la sala de espera de un consultorio médico, en cuatro filas de asientos, con los respaldos de espaldas al frente de la casa. Presidía el living una mesa de madera enchapada, de lustre brillante. El comedor parecía chico porque había una gran vitrina de cristal y una mesa de servir contra dos de las tres paredes ubicadas detrás de la mesa. Nuestro guía se adelantó para saludar

a unos amigos que entraron por una puerta que daba a otro ambiente de la casa. Aparte de la mucama no había otra mujer entre los guerrilleros. Los hombres estaban bien vestidos; la mayoría con traje y corbata. Los dos periodistas que acabábamos de llegar fuimos revisados por un joven de rostro cadavérico que no nos saludó ni nos dijo lo que iba a hacer mientras sus manos abiertas se desplazaban rápidamente por nuestros cuerpos. Me recordó a un agente de policía que me tomó las impresiones digitales una noche en que me arrestaron. Una vez liberado del desprecio del requisador, miré la espalda de un hombre bajo y robusto que estaba engullendo bocados de una fuente apoyada sobre la gran mesa de servir de madera oscura que ocupaba todo el largo de una de las paredes del comedor. Sobre la mesa, cerca de la fuente, se veían dos pistolas 45, una ametralladora y varios objetos pequeños que parecían ser granadas.

—¿Paco? —pregunté cautelosamente a la ancha espalda. Ex periodista, poeta, Francisco Urondo, se dio vuelta sosteniendo la fuente llena de empanadas y un vaso de vino blanco. Cuando nos miramos, dejó la fuente y el vaso, se limpió la boca con el revés de la mano y sin decir palabra nos abrazamos, nos separamos manteniendo el abrazo y sonreímos en silencio.

—Hace siglos que no te veo —le dije.

—Cumplo órdenes —respondió por toda explicación.

Nos sonreímos y nos encogimos de hombros. Alejó el vaso de vino que había estado por darme, tomó uno más grande y lo llenó.

—Conozco las malas costumbres de mis amigos —dijo.

Me metió una empanada en la boca y puso otra en mi mano libre. Yo comía torpemente. Unas lágrimas, gotas estúpidas, se acumularon en mis ojos y las oculté con un parpadeo. Paco, con más de cuarenta años, se había convertido en oficial guerrillero. Antes de eso había sido dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias neomarxistas que fueron absorbidas por los Montoneros. Su militancia fue conocida por el público en febrero de 1973 cuando la policía lo arrestó en un chalet de las afueras de Buenos Aires, durante un allanamiento. Había sido denunciado por un jardinero que vio un fusil en la casa. Paco quedó en libertad al decretarse la amnistía del gobierno peronista en mayo de 1973 y volvió a integrarse a su grupo. Pero su fama provenía de su poesía. Era uno de los mejores poetas de la Argentina.

Paco hizo un ademán hacia las sillas.

—Pronto empezaremos. Buscate una silla.

Le pregunté si podríamos conversar, pero dijo que no.

Me abrí paso entre los trípodes, grabadores y cámaras de un equipo de televisión alemán. Por lo general se invitaba a los extranjeros porque los Montoneros temían con razón que las televisoras locales los delataran a la policía. Se suponía que los equipos de prensa de los canales estaban infiltrados por los cuerpos de seguridad. Las cámaras me preocupaban. Sentía la liviandad del miedo, cuando la sangre se vuelve menos densa y las yemas de los dedos pierden algo del sentido del tacto.

Un hombre controló a los presentes. Otro nos enfrentó con una pila multicolor de carpetas de plástico. Eso era sofisticación. La guerrilla proporcionaba informes completos a la prensa. La primera hoja, una copia con carbónico, nos informaba que ésta era una conferencia de prensa; duraría aproximadamente una hora; hablaría el comandante de los Montoneros, Mario Eduardo Firmenich; los miembros de la prensa debían estar quietos y en silencio, mirando al frente. Como respondiendo a una señal, unos pocos nos dimos vuelta para mirar hacia la entrada. Era el límite de nuestra capacidad de desafío. No había instrucciones sobre qué hacer si se producía un allanamiento policial. Había una descripción detallada del secuestro de los hermanos Born acompañada con planos de la emboscada; había fotografías de los dos cautivos y una colección de declaraciones sobre recientes acciones de los Montoneros. La vanidad del periodista se agranda con la posesión de esta clase de información.

Apenas habíamos tenido tiempo de revisar esta literatura de sala de espera cuando oímos que se abría la puerta principal. Escuchamos susurros excitados, saludos amistosos y formales. Entró Firmenich, vestido con unos elegantes pantalones, chaqueta y corbata. Llevaba un portafolios y yo pensé en lo que podría contener; me incliné por una pistola automática y media docena de granadas de mano, o el diario de la mañana, dos sándwiches de milanesa, una tortilla fría rezumando aceite en el papel marrón del envoltorio y una naranja. Pasó rápidamente por el living y hasta lo que debía ser la cocina. Pocos minutos después entró al comedor por una puerta situada entre la mesa de servir y la vitrina. Llevaba una camisa de mangas cortas y unos pantalones de algodón.* Se

* *Nota del autor:* Al ser exhibida la filmación de la conferencia de prensa en el Juzgado Federal de San Martín, en agosto de 1985, quedó demostrado que Firmenich vestía pulóver verde de mangas cortas. La descripción anterior es una falla de la memoria.

sentó en la única silla que había junto a la mesa y saludó a la audiencia.

Firmenich, descendiente de inmigrantes croatas, era el comandante supremo de los Montoneros. Había estado entre los fundadores, cuya formación política había sido variada. La mayoría de los doce hombres y mujeres jóvenes que secuestraron y mataron al ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, en mayo de 1969, provenían del nacionalismo de derecha; su libro de cabecera no era *Das Kapital* sino las Escrituras. Algunos de esa docena habían muerto en tiroteos, unos se habían plegado a otras facciones; Firmenich había heredado la conducción.

El jefe de la guerrilla hablaba con un entusiasmo controlado. Se había citado a una conferencia de prensa por ser el Día de la Bandera y el segundo aniversario del regreso de Juan Domingo Perón (1898-1974) a la Argentina al cabo de dieciocho años de exilio en España. La "prisión" de los hermanos Born demostraba que "ahora somos una fuerza poderosa, una organización política que no puede ignorarse". Parecía preocuparle ser ignorado. Él era el jefe. Habían comenzado como asaltantes de bancos y ladrones de joyas, robando relojes para usar sus mecanismos en la fabricación de bombas. Sus palabras gritaban, "Mírenme ahora".

Algún día alguien haría un filme de su vida, como ya se había hecho uno, hacía poco, sobre la historia de la década de 1920 y de los inmigrantes anarquistas de Europa en la Patagonia (*La Patagonia Rebelde*). Sería presentado como un héroe popular, audaz, decidido, amado por sus partidarios, fuente de pasión para las mujeres...

Y algún día, también, los investigadores de los Institutos de Estudios Latinoamericanos en las universidades de los Estados Unidos y Europa escribirían tesis sobre este hombre que estaba hablándonos. No podía faltar en alguna parte un profesor que lo describiera como un precursor del "materialismo dialéctico no marxista dentro de los parámetros empíricos de la concepción revolucionaria nacionalista". Siempre habría profesores que hallarían becas y recursos para escribir alguna pavada sobre Firmenich.

Mis pensamientos me producían cierta gracia. Firmenich, generosamente, me devolvió la sonrisa y así me di cuenta de que estaba sonriéndole.

Me distraje, Firmenich había iniciado la reunión con una breve presentación. Negó que fuera marxista-leninista; no había leído a Marx ni a Lenin. Era socialista nacional.

Luego resumió:

—El costo de esta guerra ha sido alto; el costo para los individuos, lamentable... El otro día un idiota publicó una lista de los policías y los guerrilleros muertos. Estaban todos en la misma lista... No entiendo quién puede hacer una lista semejante. Creo que es ridícula y totalmente fuera de lugar.

Pegué un respingo en la silla. Esa lista era mía, pero no tenía el valor para defenderla.

Firmenich levantó una mano y dijo que tenía un anuncio algo especial.

—Mientras les informo, quisiera estrechar la mano de cada uno porque debo retirarme de inmediato.

Sonrió y se encaminó hacia la primera fila de asientos y todos nos pusimos de pie; era natural hacerlo: él era la autoridad. En la Argentina todos se ponen de pie ante una autoridad. Nos estrechó las manos.

—En unos minutos traerán aquí al señor Jorge Born. Lo presentaremos a la prensa. Hoy queda en libertad.

Nos miramos con incontenible emoción, con ansiedad. Después de todo éste iba a ser nuestro gran día. Cuando Firmenich me dio la mano, le dije:

—Esa lista que usted dijo que era de algún idiota... Bueno, yo soy el idiota que la hizo.

—Está equivocado —contestó Firmenich—. Nosotros la hicimos, usted la compiló. —Me trató de usted.

Consideró que su comentario era gracioso y yo reí obedientemente. Luego sonrió, apretó mi mano con más fuerza, me palmeó la nuca y dijo:

—No me molestó; es un trabajo interesante.

Siguió de largo para saludar a otros.

—¿Cuánto sacaron por Born? —preguntó alguien.

Firmenich sonrió en medio de un halo de complacencia.

—Lo que dijimos: sesenta millones de dólares.

Quisimos saber dónde estaba el dinero. Me sorprendí pensando en que por estar allí, tal vez recibiría una pequeña suma, una comisión, pero atribuí esa idea peregrina a la gran cantidad de vino blanco "Montonero" que me había convidado Paco. Los guerrilleros solían convidar con vino en las conferencias de prensa. Lo hacían como señal de hospitalidad y, en forma menos evidente, como símbolo de la confianza que se tenían ellos mismos y de la sensación de calma y falta de apuro con la que podían atender a sus

invitados. Para mí, ese líquido apenas dorado no era un aperitivo, sino un elixir que me empujaba al límite entre la sobriedad y la liviana euforia del comienzo de la embriaguez, cuando los nervios están embotados y no reaccionan ante el peligro.

Firmenich no quería decir si el dinero estaba en el país o en el extranjero, lo que me pareció muy razonable; la gente no anda por ahí proclamando el número de su cuenta bancaria.

Alguien exclamó:

—¡Ahí viene!

Bajando cuidadosamente por un tramo de escalera de piedra sin pasamanos, tratando de ver con dificultad a través de sus lentes oscuros llegó Jorge Born. Fue una entrada normal. Parecía tranquilo, como cualquiera. No sé qué esperaba yo de él. Un hombre que había estado secuestrado durante nueve meses tenía que ser diferente del resto de sus congéneres.

Buscamos algo extraño, sobrenatural, en el aspecto de Jorge Born. No lo encontramos. Sus secuestradores le hablaban en voz baja, con solicitud, preguntándole si se encontraba bien, si necesitaba ayuda para caminar, si quería sentarse. Lo acompañaron hasta el comedor y allí apoyó la espalda contra la mesa de servir, manteniendo las manos en los bolsillos de su saco gris azulado. Los periodistas se amontonaron a su alrededor y de inmediato retrocedieron cuando el equipo de televisión alemán encendió las lámparas y enfocó las cámaras. Born miraba a la cámara, encandilado por la intensidad de las luces, por la inseguridad de la situación y por el número de gente, aun cuando sus guardianes le habían advertido lo que le esperaba. Finalmente se apagaron los focos. Era emocionante estar con él; valía sesenta millones de dólares. Sentí el orgullo del logro profesional.

¿Dónde estaba su hermano Juan? Un guerrillero contestó rápidamente a la manera de un representante artístico preocupado porque su pupilo pueda no responder bien. El señor Juan Born había sido liberado unos meses antes. Pregunté la fecha.

—Uno pierde el recuerdo de las fechas —dijo Born.

Sólo pudieron ofrecerme suposiciones:

—Diciembre o enero... o tal vez abril...

¿Cómo era posible que liberaran a un hombre que habían tenido cautivo y no supieran cuándo? En mi impotencia borré la duda encogiéndome de hombros. Un periodista admiró la chaqueta de Born. Le quedaba muy bien. Born estuvo de acuerdo. Supuso que sus secuestradores podían pagarla. Se oyeron risas. Born les

caía bien a los presentes. Se comentó que tenía el pelo bien cortado; él nos dijo que siempre le habían mantenido el pelo corto. Dijo que lo habían traído en auto a esta casa unos días antes.

Uno de los secuestradores le dijo a Born en voz baja:

—Vamos a sacarlo de aquí, señor Born. Lo entregaremos a estos periodistas que serán responsables de que vuelva a su casa sano y salvo.

Hubo nerviosidad entre los hombres de prensa al entender que esta reunión no terminaba con la presentación ante nosotros del señor Born. En medio del silencio se percibió la retracción de los periodistas.

Paco dijo:

—A ver, dos periodistas, sólo dos, que acompañen al señor Born.

No dio ninguna información sobre dónde había que llevarlo y nadie la pidió.

La audacia, la vanidad profesional y la curiosidad se impusieron. Era una oportunidad única para un periodista. Born era *la nota*.

—Yo iré.

Luis Guagnini se ofreció, tal vez por los mismos motivos.* Después de nosotros, se presentaron otros voluntarios, pero ya sólo se trataba de un gesto, seguros de que serían rechazados. Estaban impresionados por mi vanidad y el grado de mi aparente complicidad.

La gente se preparó para irse. Se guardaban cosas en bolsones, se desplazaban las sillas, se doblaban los trípodes. Un guerrillero levantó varias carpetas con la información para la prensa y preguntó en voz alta quién podría llevarlas a los diarios *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*. Cuando su petición no halló respuesta y sólo vio cabezas vueltas hacia otro lado en busca de conversación, insistió. Encontró dos mensajeros.

En la habitación se percibía una sensación de urgencia. Vi que Firmenich se iba con el portafolios en su mano izquierda. Dio la mano a sus colaboradores y la agitó saludándonos. Entonces le dio la mano a Jorge Born y le deseó buenas tardes. Born respondió.

* En las ediciones anteriores de este libro, en inglés, había mantenido en secreto la identidad del otro acompañante. Luis Guagnini desapareció el 21 de diciembre de 1977. Mario Eduardo Firmenich identificó a Guagnini como miembro de Montoneros durante el juicio en 1984-5. Por lo tanto considero que quedo liberado del secreto. (Nota del autor).

Firmenich vestía un traje gris recién planchado: dos mudas en el curso de un par de horas. Alguien bajó las escaleras corriendo e informó que se había comunicado con las oficinas de los hombres que habían negociado la liberación de Born. Les había dicho que debían esperar a Born cerca del paso a nivel de la estación de Acassuso. No me pareció un arreglo conveniente. Le pedí a un colega que llevara mi carpeta. A Born le dieron otro par de anteojos oscuros, con algodones detrás de los vidrios. Le preguntaron con cortesía si no le importaría usarlos.

Aparecieron dos ametralladoras apuntando hacia el techo, colgadas de los hombros de dos hombres. Uno de los guerrilleros contestó a una pregunta acerca de si peligraba nuestra seguridad, diciendo que habían quitado el micrófono del teléfono, impidiendo la comunicación exterior. Recordé que no había preguntado de quién era la casa: ¿quién estaba allí? ¿cómo habían conseguido la casa? ¿era alquilada? ¿sus ocupantes eran cautivos o aliados? Ni se molestaron en contestar. No iban a decirme nada.*

Alguien gritó desde la puerta:

—Vengan los dos que acompañan al señor Born.

Paco vino de la cocina y levantó la mano haciéndome una seña. Me detuve en mi camino hacia la puerta y él se acercó, me apretó un hombro suavemente y sonrió.

—Adiós, parece que ya no hay más tiempo para la charla normal...

Sonrió... Sus manos se levantaron lentamente al abrir los brazos y volvimos a abrazarnos. Hice un gesto de despedida y lo dejé.**

El otro periodista (Guagnini) y yo íbamos a ambos lados de Jorge Born y, como escolares dirigidos por un maestro impaciente, nos tuvieron por los hombros y nos empujaron hasta que quedamos frente a la puerta principal aún cerrada. Se oyó arrancar un automóvil. Se abrió la puerta y el sol invadió el hall de entrada. El auto entró marcha atrás por los portones del jardín; se abrieron

* En esa casa había sido asesinado un joven secuestrado. Un oficial de Gendarmería, cómplice de los secuestradores, fue apresado luego del restablecimiento del gobierno constitucional.

** *Nota del autor*: Francisco Urondo murió en una emboscada en Mendoza en junio de 1976.

las portezuelas de adelante y de atrás, y el chofer y su compañero nos hicieron señas para que subiéramos.

Nos pidieron que ayudáramos al señor Born a subir al asiento de atrás.

—Mantenga los ojos cerrados, señor Born.

Subimos al auto, uno a cada lado de Born.

—Cierren los ojos.

Los mantuve abiertos, aunque miré al señor Born para asegurarme de que los de él estaban tapados y no vería que yo tenía los ojos abiertos.

El auto se balanceó, rebotó sobre el pavimento y avanzó por la calle que lleva a la estación. Un charco barroso hizo patinar al automóvil en el empedrado de una esquina, pero en la avenida Santa Fe no había tránsito y la patinada no presentaba peligro. Nos detuvimos como lo exigía la luz de tránsito y entonces doblamos por la calle Perú hacia la estación. A una cuadra de las vías, el auto se detuvo en la esquina.

Nos dejaban allí.

—Antes de que se vayan: los caballeros lo ayudarán a salir del auto y lo orientarán hacia la estación. Debe caminar seis pasos. No mire para atrás. Después de eso puede quitarse los anteojos —dijo el conductor.

Hubo una despedida con tono nada amable.

—Adiós, señor Born. Buena suerte.

Born levantó una mano a manera de saludo. Oímos cerrar las dos puertas y me di vuelta para ver cómo el auto desaparecía por una calle lateral.

—Qué hermosa tarde —dijo Born.

Nos presentamos. Le preguntamos si se sentía bien, si quería que entráramos al bar Odeón a tomar un café o un trago. Dijo que quería ir a su casa. Hablaba en voz baja, con calma y con cierta duda respecto de nosotros y nuestras intenciones. No había nadie en la calle; dos personas cruzaron en la esquina pero se veían como borrones.

Caminamos hacia la estación, cruzamos las vías, recorrimos el andén y salimos a la calle Eduardo Costa a esperar el automóvil. No sabíamos quién vendría. Existía la posibilidad de que el teléfono hubiera estado intervenido y viniera a buscarnos la policía. Eso significaría mucho tiempo entre rejas para nosotros. Born preguntó si podíamos caminar; era lindo poder recorrer algo más que la longitud de una habitación diminuta. Parecía que le temblaban las

piernas como les ocurre a los convalecientes de una larga enfermedad. Pedía permiso para caminar, para darse vuelta, para detenerse. Nueve meses de órdenes y atropello lo habían acostumbrado a eso.

Su habitación había estado atiborrada. Su hermano no había resistido y por eso se negoció antes su "excarcelación". Born no explicaba nada. Había hecho ejercicios para mantenerse en buen estado físico pero no estaba bien; las palabras nos llegaban entre largas pausas que usaba para pensar y para formular las frases. Se había enterado hacía muy poco de que su amigo y joven gerente Jorge Bosch, había sido asesinado el día de la emboscada. Born había sufrido el dolor de esa pérdida durante muchos días.

Jorge Born se mostró evasivo respecto del rescate. Había tomado parte en las negociaciones pero no conocía la totalidad de los arreglos. Sesenta millones de dólares era mucho dinero; un tercio del presupuesto nacional para la defensa en el año anterior, calculaba Born. Su mente de hombre de negocios volvía a ponerse en marcha. Faltaban los detalles y las cifras (volverían con el tiempo) pero ahí estaba la facilidad de comparar los volúmenes de los negocios. Nos preguntó por nuestro trabajo y nuestros diarios, pero no registró nuestras respuestas; su mente estaba probablemente en su hogar o, en parte, centrada en el odio, o tal vez ya en su despacho. Era disciplinado en la conversación y en el humor; quizá pensaba que no tenía sentido abandonarse, dejarse estar; ya habría tiempo para eso. Aún era necesario controlar los sentimientos. Al evitarnos las escenas, nos resultó muy agradable, muy razonable. Dijo que iba a ser maravilloso estar de nuevo en casa. El tema de conversación giró hacia el hermoso clima de ese invierno; la calle con los enormes árboles en las veredas; los jardines a la vista; era el día más corto del año; nos preguntábamos cuánto tardaría la gente de Born para llegar a la estación. Su voz era pausada, pero en todos sus comentarios predominaba el tono de ligera sorpresa propia de un turista sin experiencia aunque, por supuesto, un turista culto. Sentía un poco de sorpresa ante todo lo que lo rodeaba.

Era una reunión extraña. Dos periodistas conversando con una víctima de secuestro y, al parecer, sin nada que preguntarle. Pensábamos en cuánto tardarían. Traté de formular alguna pregunta sensata pero no se me ocurrió nada. Y poco de lo que pudiera averiguar habría de publicarse en el diario. A los lectores no les interesaba; los problemas personales excluían historias políticas

con trasfondo humano. Yo le habría preguntado qué comodidades había tenido para la higiene; o qué había leído y cuáles eran los libros que pensaba leer; qué ideas le habían servido de consuelo y cuáles lo habían alarmado. Pero no me animaba a preguntarle. Así que charlamos como tres hombres que se ven obligados a esperar mucho tiempo un ómnibus.

Dos autos, cada uno ocupado solamente por el conductor, se acercaban a gran velocidad. Al ver a los tres hombres en la calle, se detuvieron en la acera de enfrente. Jorge Born se adelantó y alzó la voz para presentarnos. Pidió que alguno nos llevara hasta el centro. Born respondió a nuestros saludos de despedida y subió a un auto; nosotros al otro. Nos habían apartado de nuestra gran nota.

Nuestro conductor, un joven rubio, se mostró afable en la conversación pero precavido en sus repuestas. Sabía quiénes éramos; nos preguntó por nuestro trabajo, sobre cómo se arreglaban los periodistas en estos tiempos difíciles. Tenía curiosidad por saber cómo habíamos llegado a estar con Born. Nuestras respuestas no le parecieron satisfactorias. Él había tomado parte en las negociaciones para la liberación de Born y dijo que durante esos meses había aprendido cómo hablar con los secuestradores de su jefe. En su voz se notaba el poco respeto que sentía por ellos; pero no había enojo. Había sido una transacción comercial en la que a él le tocó estar en la parte perdedora.

Nos dejó en la calle Basavilbaso, cerca de la estación Retiro. Allí me separé de mi colega intercambiando unas pocas frases sobre la nota en perspectiva. Me asombraba mi falta de emoción por los acontecimientos del día: nada de alarma, de preocupación ni de miedo. Todo eso necesita tiempo para desarrollarse, tiempo para imaginar las consecuencias. Llamé a mi esposa por teléfono y luego caminé las doce cuadras necesarias para recuperar mi carpeta con las informaciones, y de ahí, al *Herald*. Tomé dos whiskies dobles, comí un sándwich y empecé a circular nerviosamente entre los escritorios. Lo frustrante del periodismo es que a veces uno sabe menos de un asunto por estar en el centro de él. Y yo no sabía más sobre Born y los Montoneros de lo que ya sabía cuando esa mañana tomé el tren para ir a la cita en *La Biela*.

—Lo mejor será que hagas un informe frío como si proviniera de la agencia de noticias. Nada de primera persona. Ya has estado preso unas cuantas veces y tienes proceso abierto. Ni tú ni el diario pueden aguantar otra más —sugirió un compañero de redacción.

Alguien comentó:

—Es una pena, en otro lugar te habrías ganado algo como un Pulitzer...

—Sí, en otra parte —dijo alguien—. Aquí se ganaría una bala.

El comentario provocó algunas sonrisas.

Publicamos la nota como si nadie del diario hubiese estado en la conferencia de prensa. *La Prensa*, que no había estado representada en la conferencia, usó muy bien la carpeta informativa y publicó un artículo excelente con fotos e ilustraciones. *La Prensa* fue acusada bajo la ley de seguridad 20.840 de apoyar a la subversión y de fomentar la conspiración; pero ganó el juicio y el derecho a publicar. Meses después, la decisión de la justicia federal fue usada por mis abogados cuando se inició mi proceso. Pero ésa es otra historia.

Esta historia es la que yo debí haber escrito aquel viernes 20 de junio de 1975.

5

Una cuestión de miedo

El auto parecía seguir mis pasos por la calle. Se adelantó un poco, lentamente. De reojo pude ver la tapa del motor; luego entró en mi campo visual el brillo del parabrisas. Una mirada me presentó la visión del agujerito negro del cañón del arma apoyada en el marco de la ventanilla, apuntándome...

Las rodillas fueron las primeras en reaccionar; se aflojaron pero no se doblaban en la forma normal. La sensación de culpa, provocada por la existencia de un perseguidor, daba lugar a la sensación, a la certidumbre, de que cada paso era tan forzado como la renguera de alguien severamente lisiado. Mis pies avanzaban con pasitos rápidos sobre un colchón de aire, dudando entre tocar el suelo o detenerse, y nada de eso parecía apropiado. Los hombres del auto me observaban... El del volante dijo algo acerca de mi barba y agregó un comentario que terminó en maldición.

Empecé a darme vuelta, lenta, rígidamente.

El automóvil se alejó. No era a mí a quien buscaban esta vez.

Todo duró poco más que un instante. Hubo otros episodios más largos, más temibles pero no tan agudos.

Nunca se pierde una imagen de miedo. Sólo se archiva para siempre como un recuerdo vergonzoso... cada vez que pasa un auto. Todos tenemos, quizás, una imagen personal del miedo. Ésa me acompaña desde Buenos Aires, donde empezó mi miedo, hasta Londres; desde Madrid hasta Managua.

El terror paraliza; la histeria avergüenza; el miedo humilla. Las

dos primeras sensaciones son incidentales y se desvanecen; el miedo es un compañero constante.

¿Cuándo se inició ese miedo? En 1971, después de un artículo publicado en el diario, en Buenos Aires, sobre la violación de una mujer cómplice de los guerrilleros, en un baño, por uno de sus custodias. Sus dos abogados me proporcionaron los detalles textuales de la declaración de la mujer ante el juez. El artículo se publicó sin firma, pero se corrió la voz de que yo era el autor... probablemente lo habían comentado los abogados defensores de los presos políticos.

Un hombre que dijo ser el novio de la muchacha, pero que tenía el aspecto de un policía, me visitó en la redacción. Estuvo sentado toda la tarde al lado de mi escritorio, leyendo revistas, pero me dio muy poca información. Me dejó preocupado. Después de eso apareció el pequeño automóvil Fiat blanco que me esperaba por la noche, tarde, en la estación, cuando me bajaba del tren. El auto me seguía hasta casa o parte del camino, que era sólo de cuatro cuadras desde la estación Acassuso.

El auto estaba ahí. Algunas veces sólo un día por semana, otras, durante varios días seguidos. Como precaución tomaba un taxi para ir a casa, y los taxistas creían que estaba loco hasta que se acostumbraron a mi locura y a lo poco que percibían por un viaje tan corto.

Si no había taxímetros en la estación y estaba el Fiat blanco, yo iba a casa por el camino más largo, por la avenida Santa Fe, que estaba mejor iluminada y donde las prostitutas cansadas, envejeciendo en la oscuridad y escondiéndose de día, lograban convencer a automovilistas malhumorados y a insaciables camioneros.

Al cabo de unos días las mujeres empezaron a saludarme; sonreían y me preguntaban si había trabajado mucho y yo respondía: "No mucho, ¿y ustedes?" Mi pregunta sonaba muy razonable y me informaban si su clientela había sido buena o mala. Entre los motivos por los que podía haber más o menos automovilistas que se detenían para hacer uso del breve servicio de cópula que se ofrecía estaban el mal tiempo, las huelgas y las restricciones en los gastos a mitad del mes. Me sentía muy solo en las noches en que todas estaban trabajando, aunque sabía que estaban ahí porque dejaban sus bolsones plásticos colgados en los cercos para que sus amigas supieran que estaban aunque no estuvieran.

Una noche las mujeres desaparecieron para no volver. En el

café Odeón, en la esquina frente a la estación, los hombres del bar me contaron cómo un cabo de la comisaría de San Isidro hacía un tiempo que les exigía dinero a las mujeres. Hacía poco se había vuelto muy violento al pedir dinero y le había roto un brazo a una mujer.

Ése era el tipo de nota que no podía escribir; podría dar algún indicio, pero no serviría de nada porque la gente preguntaría: "¿Para qué te vas a preocupar? Todos sabemos que suceden esas cosas". Era inútil tratar de dar a entender las cosas con un indicio y yo no tenía el valor para relatar la historia completa.

Desde entonces, el camino a casa resultó más solitario. Yo seguía mirando hacia atrás mientras caminaba. Saludaba siempre al sereno de la estación de bomberos de San Isidro, esperando que su reconocimiento de mi paso por ahí me sirviera de alguna protección. No serviría, desde luego. Pero era reconfortante oír una voz que devolvía mi saludo a las tres de la mañana cuando volvía a casa.

Había muchos artículos en los que me animaba a hacer breves referencias a la anormalidad política... Después temblaba pensando en la reacción. Era un círculo estúpido, más que vicioso, en el que yo me obligaba a informar y luego esperaba aterrado las posibles consecuencias. Lo que era peor: era un ejercicio agotador con el que se lograba muy poco. Un capitán de la Marina, secretario del comandante del arma, me escribió una vez negando que el servicio naval de inteligencia tuviera un prontuario que me relacionaba con la guerrilla. "Si tiene la conciencia tranquila, no tiene nada que temer", decía la carta del oficial. Por supuesto que mi conciencia no estaba tranquila. La mía estuvo demasiado sucia, nublada por la timidez del hombrecito que sueña con los grandes actos de valor pero que piensa que el más mínimo paso fuera de línea traería malas consecuencias.

Siempre se debe caminar por la vereda que tenga el tránsito de frente. Ese consejo se daba en los círculos políticos. ¿Por qué? Para saber por lo menos de qué automóvil vino la bala, era el agregado que se hacía con una sonrisa. Ese consejo se daba seriamente y era seguido con atención en Buenos Aires. Yo me decía que mis documentos estaban en orden y que no era culpable de nada. ¿Por qué habrían de tocarme? Sin embargo, el susurro consciente al cuartel general de mi neurosis decía que yo había estado en ciertos lugares, que había hablado con ciertas personas...

Había amigos que me recordaban en qué lugares había estado... y la opinión era que el haber estado en lugares como las conferencias de prensa de la guerrilla y los despachos de políticos indeseables, y el haber escrito en revistas de mala reputación en cuyas páginas aparecían relatos de extremistas o de homosexuales no sólo era un delito, sino un riesgo que sólo correría un tonto.

El conflicto político costó más vidas y la neurosis nos convenció a todos —amistades, gente de negocios, políticos y hombres comunes— de que nuestros teléfonos estaban intervenidos por el gobierno, por la policía, por la guerrilla, según contra quién estuviéramos.

Un maestro de escuela a quien le faltaba una pierna, que me había conocido unos años atrás pero a quien no veía desde hacía meses, un día contestó a mi saludo, en el centro de Buenos Aires, con un movimiento apenas perceptible de la mano. Apenas perceptible significaba que no debía verse el saludo desde lejos, y por consiguiente no levantó la mano más arriba de la cintura. Lo detuve de todos modos y sonrió con rigidez. Su saludo me llevó a interpretar, con mi ilimitado egocentrismo, que me consideraba importante. Eso me hizo sentir muy bien.

La sensación se disipó cuando musitó:

—Este... sí... leo tus artículos. Arriesgás el pescuezo... Este... sí... Creo que no debo quedarme más... La gente dice que van a matarte...

Hizo señas a un taxi y a pesar de la molestia de su pierna postiza cruzó rápidamente la calle y subió al auto.

No había sido una sonrisa de reconocimiento; había sido una mueca precavida. Sentí la necesidad de reír de ese incidente, de bromear con mis amigos al respecto tratando de que se rieran como única prueba de que lo que me había dicho aquel hombre no era cierto. Meses más tarde descubrí que sí lo era.

Después de ese encuentro empecé a prestar atención a cada automóvil que disminuía la marcha frente a mi casa; a esperar el golpe en la puerta alguna madrugada cuando me dirían que habían llegado...

Hubo noches en que los autos incendiados obstruían las banquinas de los caminos más oscuros que llegaban a Buenos Aires; de día eran amplias y, por las noches, solitarias. Los ladrones abandonaban los coches en el Camino de Cintura después de

usarlos o de quitarles todo lo que pudiera servir. Las carcasas carbonizadas dificultaban la tarea de los investigadores.

Las buenas ideas siempre se copian. Cada mañana, la ruina ardiente de un automóvil, a menudo de más de uno, de últimos modelos a los que ningún ladrón había despojado de nada, se encontraban en basurales o en las veras de los caminos. Por lo común se elegían lugares cercanos a villas miseria por donde la gente teme andar de noche, como si el pobre no tuviera ya bastantes dificultades sin agregarle una más.

En el baúl del auto o en lo que había sido un asiento trasero se encontraban los restos quemados de uno, quizá dos cuerpos. Los restos de los miembros estaban atados con alambre o con cadenas que se habían fundido en parte y se habían retorcido al calor de la hoguera o estaban incrustados en la capa de carbón de lo que había sido carne humana. Se los encontraba al alba en los caminos laterales de la Ruta Panamericana; en la *quema* de Villa Martelli o en los bosques cercanos al aeropuerto internacional de Ezeiza, a poca distancia del cartel "Bienvenidos a Buenos Aires". Con la primera luz del día se descubrían estas atrocidades; el fuego en la oscuridad había pasado inadvertido a los automovilistas que preferían no salir del camino; la policía no respondía a los llamados nocturnos.

Los primeros hallazgos de cadáveres dieron lugar a comunicados oficiales que anunciaban intentos de identificación mediante lo que quedaba de las dentaduras de los muertos. Luego de algún tiempo no se dieron más explicaciones y nadie en la prensa quiso averiguar acerca de las identidades. Los extremos, de cualquier origen, desde los guerrilleros hasta los grupos paramilitares protegidos por el gobierno, o los ejércitos privados de los dirigentes sindicales o de los hombres de negocios, utilizaron el método para desembarazarse de sus prisioneros, de los traidores y de los alcahuetes, de los que habían muerto durante la tortura policial o de los que habían sido ejecutados sumariamente en nombre de alguna causa salvaje. En Buenos Aires la vida era así: nadie la quería ver así.

Cuando la policía lo permitía, tomábamos fotografías de cerca; si no, de lejos. Daba igual. La imagen era siempre la misma: algo como el resto de un tronco de árbol a medio quemar.

Una mañana de enero, después de escuchar el primer informativo radial del día, me fui en un auto prestado a un espacio en los bosques cerca del aeropuerto. No sabía dónde buscar, pero sí

lo que buscaba. Allí había habido una cremación sumaria durante la noche. Dos policías con ametralladoras colgadas de correas al hombro estaban cerca de un automóvil, convertido ahora en una ruina color herrumbre apoyada sobre las masas informes del círculo de las ruedas. A los dos hombres se los notaba asustados, no de los restos calcinados sino de la fantasía que creaban en sus mentes en torno a la escena, en ese bello lugar, tranquilo, en el que la brisa entonaba una canción fúnebre en los árboles y donde las familias hacían sus picnics los domingos.

El *lío*, como calificó uno de los policías a lo que una vez había sido un ser humano, estaba sobre la tierra, fuera del auto destripado. Una espiral de humo subía de un cable ardiente bajo el "capot" entreabierto del motor. La masa metálica estaba caliente todavía, irradiando un calor que resultaba agradable en ese lugar fresco y sombreado al comienzo de lo que luego sería un cálido día de verano. El cadáver estaba en una camilla, sin cubrir, esperando al médico forense que lo enviaría al crematorio para terminar la obra.

Al acercarme, los dos hombres que temblaban más por la tensión nerviosa que les producía estar ahí de guardia desde la primera luz grisácea que por el fresco matinal, me apuntaron y dijeron que me detuviera a seis pasos de la camilla. ¿Por qué seis? ¿Por qué no? Me detuve en las cenizas del césped quemado dentro de un amplio círculo alrededor del auto. Las hojas de varios árboles a unos veinte metros estaban quemadas, chamuscadas. Hasta las más elevadas de los eucaliptos más altos estaban marchitas. (Me preocupa que mi memoria ya no guarde una imagen fiel de aquel lugar, un bosque hecho por el hombre a veintiún kilómetros del centro de la capital, a unos quinientos metros de la autopista al aeropuerto. Había grupos de casuarinas y eucaliptos elevándose desde el pasto largo, y cedros y álamos agregaban su sombra. Era bello desde lejos. Pero las multitudes domingueras que concurrían a las piletas de natación cercanas y a las canchas de deportes llenaban la zona de botellas vacías, latas, profilácticos anudados y diarios arrugados usados en emergencias a falta de papel higiénico. Pero no encuentro palabras para la descripción del encanto bucólico de los bosques invadido por los residuos de la mugre urbana.)

Les dije a los policías que era periodista y quería echar una mirada. Tenía un paquete de cigarrillos. Encendí uno y convidé con el paquete a seis pasos de distancia.

—¿O ya tragaron demasiado humo? —bromeé.

¿Por qué se le ocurren a uno los comentarios más toscos justo cuando el momento requiere solemnidad? ¿O me pasa eso solamente a mí?

—No se ría —me reprochó uno de ellos—. ¿No ve cómo está el *pobrecito*?

Me asombró que se refirieran a esos restos como a un "él".

—No se ría, porque uno nunca sabe qué puede pasarle a uno —dijo un policía—. Nunca se sabrá quién fue.

Me sacudió un escalofrío.

—Debe haber estado metido en algo —dije, tratando de ganar la confianza de los hombres aunque repugnado conmigo mismo por adular a la policía aparentando discutir el caso como podrían haberlo hecho ellos.

—Hoy día la gente se mete en cada cosa... Nunca se sabe. Por eso hay que tener mucho cuidado —dijo uno de los policías—. Mi padre siempre me marcaba de cerca y yo lo respetaba —dijo, suponiendo que los restos eran los de un joven.

Uno de los policías se acercó a tomar el cigarrillo que yo aún estaba ofreciendo. Cuando se lo llevó a los labios tembló brevemente, como hace un hombre cuando termina de orinar. Dijo que nadie podía acercarse. Ésas eran las órdenes que había recibido. Le dije que sólo quería echar un vistazo y me iría. Miró a su compañero y éste asintió. Dijo que tenía dos minutos, nada más. No se me ocurrió pensar en los rastros de mis pisadas en las cenizas. Mucho después este recuerdo me espantaría.

Fui hasta la camilla y lancé un silbido, más para darles a ellos la idea de una impresión fuerte que por algo que yo sintiera.

—Tostadito por el sol, ¿no? —bromeó uno de los agentes.

El otro lo hizo callar.

No había cadáver. Era sólo una costra quemada. Los brazos, las piernas y la cabeza se habían reducido tal vez a un tercio del tamaño normal. Parecían los miembros y la cabeza de un hombrecito de arcilla, pensé sin respeto. Me interesaba saber qué quedaba de la carne humana y me incliné sobre el bulto, pero sólo me llegó el olor fuerte y dulzón de la carne asada. Se parecía al olor del asado un poco pasado. Me asombró que ese olor dulzón no me descompusiera. Arthur Koestler, en *Testamento español*, describía el olor de los cuerpos quemados como muy particular, identificable, como lo han descripto muchos periodistas y corresponsales ex-

tranjeros asignados a conflictos bélicos. Pero el horror del olor debe estar en la mente más que en la realidad. Miré el cráneo. Quería saber si era cierto lo que me había dicho un compañero: que los cráneos explotaban con el calor. Pero no había evidencia de eso. Sólo era visible una forma similar a algo que alguna vez pudo ser una cabeza.

Me acerqué al costado del bulto y me agaché sobre él. Miré sin levantar la cabeza para ver si los policías me vigilaban. Se me ocurrió que lo hacían de soslayo pero aun así quería tocar los restos. Después de un tiempo que me parecieron horas de hesitación, me incliné sobre el cuerpo, me decidí y le di un puntapié. El golpe fue demasiado fuerte y me quedé helado con el contacto. El zapato había hundido la corteza por debajo de lo que podía haber sido la caja torácica. La punta del zapato se había desviado por lo que debió haber sido un hueso, o por un trozo endurecido por el fuego, para penetrar en una zona más blanda que se desprendió con la forma de la puntera de mi zapato, como en la superficie de yeso de una pared. Adentro se veía un tejido amarillo rojizo, que parecía seco hasta que comenzó a exudar una materia aceitosa y transparente. Aquello había sido un ser humano.

Un policía se acercó corriendo, me tomó del hombro y me obligó a enderezarme, tirando, casi arrastrándome del lugar. Me gritó por haber traicionado su confianza; me gritó, me puteó por mi salvajismo. El otro, detrás de él, exclamaba:

—¡Ahora dásela! ¡Liquidálo!

El que me tenía asido estaba al borde de la histeria; el pánico que sentía se debía en parte al problema que tendría cuando llegara el forense. Gritaba que me fuera, amenazaba con arrestarme y decía que merecía que me matara. El otro gritaba:

—Sí, sí, liquidálo... Apartáte, yo le tiro.

Yo suplicaba:

—No disparen...

Y mantenía la mano libre en alto en un gesto de rendición. La otra mano estaba apretada por la del policía, más bajo que yo pero macizo. No recuerdo qué más me gritaba, creo que insultos nada más porque todavía me parece oír puteadas y amenazas. Y sólo pude chillar:

—No disparen...

Finalmente me empujó, tambaleé y caí sobre el césped quemado, tosiendo y escupiendo mientras levantaba una nube de ceniza y rogaba, llorando...

—No tiren...

Me arrastré hasta el límite de las cenizas y quedé temblando sobre el césped. Oí el ruido del seguro de un arma. Me di vuelta gritando, rogando, con lágrimas que nublaban los dos uniformes azules frente a mí.

—Andáte —gritó el hombre que me había alejado a empujones.

Tropecé, mis rodillas no respondían, apretaba los glúteos para que las tripas no me traicionaran aun cuando mi estómago, sin desayuno, se sentía como las tiras anudadas de un trapo de piso. No sé por qué intenté limpiarme el zapato en el pasto, al lado del auto. Subí y encendí el motor sin mirar hacia atrás, ni adelante tampoco para ser exacto, porque después me di cuenta de que no recordaba haber llevado el automóvil hasta la ruta. Cuando miré el espejo me vi la cara marcada por las lágrimas secas y la ceniza que había tenido en las manos. Conduje el primer tramo a no más de diez kilómetros por hora rogando que ningún agente de tránsito me detuviera porque tendría que darle explicaciones por el estado de mi ropa. La policía inquiriría sobre mi aspecto. No puedo decirlo a ciencia cierta, pero es posible imaginar con bastante certeza lo que harían los policías que habían quedado en el campo si volvíamos a encontrarnos.

Lo que acabó con los últimos vestigios de tranquilidad fue el secuestro de un viejo abogado de 67 años, trotskista, Silvio Frondizi, hermano mayor del ex presidente Frondizi (1908-1995). En Buenos Aires era primavera y el clima estaba volviéndose cálido y maravilloso aunque después caería en días muy ventosos en octubre. En trece meses se habían producido noventa asesinatos políticos.

Los muertos iban desde niños de cuatro meses hasta hombres de 70 años que habían caído en el fuego cruzado de la violenta lucha sucesoria luego de la muerte del Gran Perón.

Era un viernes por la tarde y pensaba en salir temprano del diario para asistir a un coctel en casa de unos vecinos. Era una linda fórmula: primavera, viernes y un cóctel en el jardín. Hacía irreales los noventa asesinatos y los convertía en algo que no podía estar sucediendo a mi alrededor.

Las agencias informaron del secuestro a eso de las tres de la tarde, usando para anunciar la muerte la misma urgencia, la misma anónima ansiedad, que la empleada para transmitir los resultados del fútbol. La agencia de noticias tenía la frecuencia de

las trasmisiones de la Policía Federal y controlaba las radiollamadas al departamento central de policía. El primer anuncio decía que el departamento del abogado había sido invadido por hombres armados no identificados. El segundo agregaba la inútil información de que los habitantes del departamento estaban almorzando cuando los invasores echaron la puerta abajo. El tercer anuncio decía que habían disparado contra el anciano y lo habían herido cuando lo arrastraron cuatro pisos escaleras abajo. La siguiente información agregó que habían matado al yerno, ingeniero, de 25 años, cuando trataba de rescatar al suegro de los secuestradores.

A la esposa del viejo abogado la golpearon, varias veces, con la empuñadura de un arma y la hirieron porque ella también había participado en la pelea para ayudar a su marido. La única que podía sostenerse en pie al final del ataque, era la hija del secuestrado, que ya era viuda.

Habían metido al anciano en un auto que aguardaba en la puerta del edificio mientras hombres armados tomaban posiciones detrás de dos árboles frente a la casa. Dos automóviles, uno en cada esquina, cerraban la calle al tránsito. Ninguno de los autos tenía chapa patente. Ninguno de los agentes uniformados de la policía, apostados a dos cuadras del lugar, se acercó, fue llamado o intervino.

A medida que los acontecimientos tomaban forma, llamó al diario un fotógrafo y preguntó si quería ir con él a los bosques de Ezeiza por si el asunto terminaba allá. Dije que prefería no ir; que estaba ocupado; que no podía llegar a tiempo; que tenía que ir a un cóctel. Al cortar la comunicación, un cronista salió de la sala de télex preguntando en voz alta si no deberíamos ir a Ezeiza. La curiosidad ganó la partida. En realidad, eran la culpa, el orgullo y la curiosidad. Llamamos al fotógrafo, que trabajaba por su cuenta y tenía una camioneta, para que viniera a buscarnos.

Mientras la camioneta se abría paso a través del tránsito para llegar a la avenida Ricchieri, que conducía al aeropuerto, hablamos sobre el ataque en base a lo poco que sabíamos de la víctima. Los fotógrafos, los cronistas, por lo general no son de grupo alguno y poco saben de detalles. El viejo Silvio Frondizi había sido abogado de guerrilleros del ERP, eso lo sabía todo el mundo. Lo que sabríamos un tiempo después era que había registrado en detalle la crónica de las vidas y las muertes de varios de sus defendidos. Había guardado la información en una caja de seguridad en un banco, que había sido investigado por casualidad después de un

asalto. En una carpeta se hallaba el relato de un guerrillero detenido que había sido testigo de cómo habían sido tirados desde un helicóptero algunos de sus camaradas, en la provincia de Tucumán, como venganza por la muerte de varios oficiales del Ejército a manos de la guerrilla.

Llegamos a la avenida del aeropuerto y el conductor hundió el acelerador en el piso. Íbamos comentando el secuestro del viejo y sobre cómo buscar en los bosques y el campo circundante en cuanto llegáramos al puente en forma de trébol, antes del aeropuerto, que era el lugar donde solían encontrarse los cadáveres. No estábamos impresionados por la escena que podríamos encontrar ni nos deteníamos a pensar si la policía nos permitiría acercarnos al lugar. El fotógrafo que nos llevaba preguntó cómo nos habíamos enterado de la noticia; la pregunta era inevitable en el gremio. A él lo habían llamado mientras estaba en el inodoro leyendo una novela. El tema de conversación pasó a la literatura preferida por cada uno en el baño y la charla se animó.

Un automóvil policial con la sirena a todo volumen nos pasó, pero ninguno de los cuatro hombres que iban adentro nos echó una mirada. Nuestro conductor nos dijo que él se quedaría poco tiempo porque quería ir enseguida a las agencias a vender la fotografía para que llegara a los matutinos europeos. Si se apuraba podría cobrar bien. Todo era tan natural y tan razonable. Era parte del trabajo.

Fuimos de los primeros en llegar. El patrullero que nos pasó en la autopista la abandonó en medio de una nube de polvo y nosotros lo seguimos hasta más allá de un grupo de árboles. Ellos sabían adónde debían dirigirse.

—Seguramente les avisaron los secuestradores —dijo el fotógrafo.

No pusieron objeciones a que nos acercáramos al cadáver y los fotógrafos hicieron su trabajo antes de que pudieran impedírselo. Los policías que estaban al lado del cuerpo se alejaron para no salir en las fotos. Alrededor de dos autos que no tenían chapas ni identificación alguna había varios policías de civil, pero no hicieron nada para ayudar a los uniformados ni para impedir nuestro trabajo. Como cronista yo no tenía nada que hacer más que preguntar desde cuándo estaba el cadáver ahí y solicitar otros datos de rutina. Habían pasado menos de dos horas desde el primer anuncio por la radio.

El cadáver estaba sobre el pasto; las hojitas tenían sangre

mojada aún, caliente, y los tallos que habían sido aplastados se esforzaban por enderezarse. La sangre fluía de heridas a lo largo de todo el costado izquierdo, desde la oreja para abajo. La cara, una mitad, conservaba aspecto de vida. Las descargas de ametralladora habían destrozado un costado del cuerpo hasta el muslo. Lo habían herido antes de llegar al lugar, pero era obvio que había estado de pie, frente a sus asesinos, y se había dado vuelta cuando apretaron el gatillo o la primera bala lo hizo girar.

Poco después de nuestra llegada, apareció el fotógrafo de la policía y una ambulancia. Pusieron el cadáver sobre una camilla y lo metieron en la ambulancia. El cuerpo, acostado de espaldas, con la cabeza colgando a un lado de la camilla con la mitad de la cara destruida, un ojo ensangrentado y uno normal mirando al cielo, hacía una buena fotografía. La guardé un tiempo en mi archivo de terror. Pero la imagen escapaba del archivo y se me metía en la cabeza durante semanas, mientras yacía despierto en la cama por las noches.

Fui al cóctel y me divertí.

A la tarde siguiente inscribí el nombre del abogado y de su yerno al final de la lista que constituía el intento del diario de mantener registradas las muertes en todos los bandos.

Unos días después soñé que un hombre sin rostro, elegantemente vestido pero con un costado del chaleco hecho trizas y ensangrentado, entraba a la redacción, iba hasta mi escritorio y agregaba mi nombre a la lista.

Relaté el sueño (que se repitió varias veces) a mis amigos para librarme de él. Pero no se fue nunca. Creo que reflejaba una manera de vivir que aún estoy tratando de describir y cuya historia he escrito varias veces pero nunca logré desembarazarme de ella. Mi propia insensibilidad (empezando por el cóctel) vuelve en todas las escenas.

Mantuve la lista al día durante muchos meses. Llegó a ser el único registro en su tipo hasta fines de 1975, cuando dejé de hacerla. Venían a la redacción miembros de los grupos políticos a solicitar copias para su propio conocimiento y para publicar; a medida que aumentaba el número de hojas y de bajas los de más confianza pedían la lista prestada para copiarla y luego la devolvían. Yo tenía sólo el original.

Me aterroricé un día en que mi lista apareció incluida con algún comentario descabellado en una publicación fundada por la guerrilla

(*El Auténtico*, fue uno de ellos). Supe que era mi lista porque apareció con la misma transposición de algunas fechas. Y más tarde, en casa de un amigo, leyendo los panfletos políticos que había acumulado e ignorando sus responsabilidades políticas, encontré una circular que daba mi nombre como autor de esa valiosa contribución a la causa. Destruí la circular y las copias, pero el recuerdo de aquel comentario aún me produce escalofríos.

6

Después de la borrachera

Febrero de 1976

La amenaza de un golpe de estado pendía sobre Buenos Aires como las luces de tránsito en una carretera. Había rumores a raudales sobre conspiraciones contra el execrable gobierno de la presidenta María Estela de Perón, heredera de la administración de su difunto marido. Su elección como vicepresidenta y sucesora fue la última pirueta de aquel histórico farsante. La retracción en la actividad política tradicionalmente asociada con los dos primeros meses del año había sido eludida por los militantes. El tiempo era cálido y agradable, el clima de violencia política era opresivo. El número de víctimas de esa violencia en 1975 había sido de 1100 muertos. Un año horrendo. Las cifras registradas en el *Buenos Aires Herald* eran cautas, pero eran las únicas disponibles. Para la mayor parte de las redacciones era imposible mantener el registro porque querían separar a los muertos buenos de los malos; y las maniobras requeridas para esa división desanimaban a cualquiera.

Enero arrojaba la cifra de sesenta muertos entre hombres, mujeres y niños.

El Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea habían iniciado los rumores de un golpe desde el fracaso, justo antes de Navidad, de un levantamiento de la aviación. El fracaso no se debió a una derrota sino a la falta de apoyo de otras fuerzas. Desde ese momento el gobierno fue ridiculizado en cada titular. Pero la audacia de la prensa no era más que un indigno desquite contra un peronismo que había sido capaz de atemorizar a las redacciones hasta unas semanas antes. La prensa gritaba sin timidez ante cada

paso en falso de un gobierno absurdo. Existía una garantía tácita de libertad ofrecida por las Fuerzas Armadas (cuyos monitores trabajaban hasta muy tarde cada noche, y las luces de sus oficinas permanecían encendidas para que todos lo supiéramos), que controlaban diariamente las noticias que se publicaban, cómo se las redactaba, vigilaban al personal y a los órganos de prensa que serían los blancos de futuras represalias. Las Fuerzas Armadas olían sangre y eso les agradaba.

Justo antes de la Navidad el Ejército Revolucionario del Pueblo había atacado el arsenal Domingo Viejobueno, del Ejército, al sudoeste de Buenos Aires. Agentes de inteligencia del Ejército habían infiltrado a la guerrilla. Según nuestro recuento, ese día se dio muerte a 160 personas, muchas de ellas adolescentes, demasiado jóvenes como para ver más allá de la trampa ideológica del sacrificio revolucionario. Unos cuarenta habían sido asesinados cuando el comandante del Ejército ordenó a sus subordinados que no retuvieran prisioneros. El Ejército perdió siete hombres: un capitán, un teniente, un sargento y cuatro conscriptos. Víctimas accidentales fueron: un hombre de negocios y dos camioneros, en medio del fuego cruzado, y un taxista que no pudo reclamar al seguro el arreglo del techo de su auto que quedó con un extraño acanalado por una ráfaga de ametralladora. Las "acciones de guerra" no estaban incluidas en la póliza. Pudo cobrar finalmente al cambiar la declaración reclamando daños por granizo. Los muertos fueron enterrados en una fosa común en el cementerio de Avellaneda. A una madre le entregaron las manos de su hija (cercenadas para identificación por las huellas digitales) en un recipiente con formol.

Nos fuimos de vacaciones a Valeria del Mar, a 350 kilómetros de la Capital, una playa amplia y tranquila. Mi esposa y yo habíamos ido todos los años desde que nos casamos, al principio los dos solos y luego con los chicos.

La paz estaba asegurada por los caminos de tierra que, cuando llovía, se convertían en pantanos. La electricidad era transportada por un solo cable sostenido por postes que no parecían más resistentes que los cardos secos que apuntaban al cielo. Siempre parábamos en un departamento de un gran edificio con vista al mar.

Los chicos oyeron el tiro y nosotros corrimos para tratar de ver qué pasaba. Diego Muñiz Barreto nos dijo que el tiro había sido

disparado por un hombre desde un automóvil contra un grupo de jóvenes que pasaban por ahí. Todos estaban en shorts de baño caminando en el calor de la siesta. Los atacantes pertenecían a un grupo de derecha que acampaba en el lado izquierdo de la playa; el joven herido y sus compañeros fueron identificados como miembros de un grupo de izquierda de La Plata que acampaba en el lado derecho de la playa; la mayoría eran estudiantes. En las treinta y seis horas siguientes, casi todos los simpatizantes de izquierda bajaron sus carpas y se fueron. El joven herido fue llevado al hospital de Madariaga, a unos 24 kilómetros de distancia. Antes de que llegaran los padres del muchacho, la policía provincial lo retiró del hospital y lo llevó a un lugar no identificado. Desapareció.

Diego conocía los chismes por estar siempre en la playa más allá de las carpas de los izquierdistas. Vaciló e hizo una mueca al describir la caída del joven alcanzado por la bala. "Ya lo vi antes; la gente cae plegándose como una camisa o un pantalón. No hay signo más convincente de la muerte o de la herida grave que la forma de caer. La muerte no es una pirueta como en el cine. ¿No es cierto?"

Confesé que nunca la había visto de ese modo.

Mi recuerdo de la muerte era el de un hombre baleado cayendo hacia adelante, recto como una tabla, desde el cordón de la vereda; la frente había chocado con la vía del tranvía y sonó como la cáscara de un huevo al romperse. El hombre había salido tambalente de un bar en el que los dirigentes de grupos rivales del sindicato de portuarios habían discutido su desacuerdo que acabó en tiroteo. El ruido del hueso y la carne sobre el metal recordaba un poco al golpe de las yemas de los dedos sobre el revés de una mano, amplificado muchas veces, y desde entonces tiemblo cada vez que alguien hace chasquear sus dedos.

—Estuviste preso —dijo Diego, y encontró como respuesta una serie de muecas y gestos reclamando silencio para que mis hijos no oyeran.

—Pero estás bien... ¿no te hicieron nada?

Dije que no. La idea de daño a un detenido era todavía un concepto indefinido. La muerte, la locura o la invalidez alarmaban, pero la detención con violencia, aun con un serio maltrato, era desdeñada o reducida a la insignificancia de una paliza. Se trataba de un mecanismo de autodefensa para no demostrar demasiada preocupación por una situación que podía ser superada. No era

indiferencia; había interés y compasión, pero la actitud ante el castigo había cambiado.

Diego y yo nos habíamos visto por última vez un año antes cuando él con Ignacio Vélez estaban abocados a la tarea de fundar una revista política, *Puro Pueblo*, y me había pedido que lo ayudara con la preparación. Luego la policía había allanado sus oficinas en la calle Florida, y el elegante tapizado de cuero blanco había quedado reducido a hilachas; los muebles habían sido destruidos y una enorme pecera había saltado a balazos. Los peces de colores boquearon por última vez en los archivos de correspondencia.

Simpatizábamos, nos ayudábamos y manteníamos una sana desconfianza el uno del otro. Una vez amenazó con matarme; yo siempre me reía de sus ideas políticas y de las de sus amistades.*

Diego era un "chanta", un trepador. Tenía el verso del más hábil, pero también todo el coraje inconsciente del que carecían los jactanciosos más serios. Diego venía de una familia de fortuna, portaba apellido patricio y había sido educado en el Saint George's College, fundado en Quilmes en 1898 por la comunidad británica en una imitación de la tradicional escuela inglesa.

Había vendido sus propiedades heredadas para que no se lo tildara de latifundista, invertido el dinero en actividades comerciales y fundado una compañía pesquera en la costa del Atlántico Sur. Como diputado por la Juventud Peronista se lo criticaba en los corredores por su aspecto llamativo pero no juvenil. Andaba por los cincuenta años.

Un reflejo de sus múltiples mundos puede hallarse en algún ejemplar del semanario *Time* de 1973. Para *Time* Diego tejió una trama de diletantismo político con la ayuda de un compañero diputado, Santiago Díaz Ortiz, en el congreso y de otra amistad, socio en sus negocios. En la entrevista los presentó como sus guardaespaldas, exhibió poderosas armas, alardeó de su apoyo a la guerrilla, amenazó con nacionalizaciones de empresas norteamericanas, bebió vino de un jarro de leche durante el desayuno, y se jactó de su éxito con las mujeres. El periodista se tragó todo aquel cuento, pero lo triste fue que la nota que publicó presentó accidentalmente una excelente visión de la confusa vida política local.

Diego era muy solicitado, más por su dinero que por sus ideas.

* Véase capítulo 9.

Diego había financiado varios de los viajes de dirigentes peronistas, incluido Abal Medina, a Madrid para ver a Juan Perón antes de 1973. Eso no es criticable; en la política cualquier forma de influencia es válida.

Acordamos reunirnos esa noche en su departamento para tomar el café.

No había cenado cuando llegué. Estaba cocinando. El agradable sonido de una olla hirviendo sobre la hornalla armonizaba con el océano y daba a la brisa el fuerte aroma de la salsa que se cocinaba. El ruido del mar entraba por la ventana como una exclamación por sobre los médanos cada vez que rompía una ola.

Cuando el corto crepúsculo terminó en noche, se aplacó la brisa. Diego se dedicó a preparar un tuco delicioso, con la lentitud y la atención propias de un proyecto de ingeniería. Era para la tallarinada que iba a servir a sus hijos para la cena. Cortaba las cebollas con todo cuidado, luego el ajo, agregaba las hierbas, retrocedía, estudiaba la pequeña parva en la tabla de picar, agregaba más de cada ingrediente, hasta que por fin echó todo en la sartén donde hervía perezosamente un kilo de tomates cortados en trocitos.

Vació un balde lleno de almejas en una olla con agua hirviendo y observó cómo se abrían las conchas al escaldarse los mariscos, soplando una serie de burbujas al morir. Diego silbó suavemente:

—¡Qué tuco!

Los hijos entraron y avisaron que iba a llegar otro invitado más tarde.

—Entretanto podríamos tomar unos tragos y conversar —dijo Diego.

Con esa introducción empezó una de mis más largas noches de bebida y borrachera. Nuestro humor mudaba del regocijo a la malignidad, de la condescendencia y la compasión al arrepentimiento y las quejas. Pasamos revista a los tres últimos años de la política argentina; el tema no podía ser otro. Mientras bebíamos hablábamos de la embriaguez del país en los últimos 35 meses. La embriaguez había pasado; no quedaban más que los lamentos.

Diego había sido electo diputado en marzo de 1973 cuando las vidrieras se decoraban con cartelones de barricadas. La alta sociedad argentina se comportaba como si el país, con casi doscientos años de independencia después de trescientos como colonia española, fuera un *omelette* que podía darse vuelta para mostrar su

mejor costado y ocultar las quemaduras. Al fin y al cabo lo delicioso estaba en el interior. Para ayudar al estudio de las ciencias políticas, periodistas y políticos éramos visitados por investigadores de todas las universidades del mundo occidental, que asistían a las manifestaciones populares con aires de haber logrado algún objetivo. Nos visitaban estudiosos de la Fundación Fulbright, profesores del Wilson Center, docentes de St. Anthony's Oxford; marxistas de California y snobs ingleses con chaquetas militares, alentados todos ellos por graduados de las universidades locales. Todos creían tener material para un artículo en publicaciones trimestrales académicas.

Juan Perón, casi senil, sin su Evita que lo había convertido en un héroe político, pero con una tercera esposa, regresó al país en junio de 1973, aguardado ansiosamente por una multitud de más de un millón de personas, la más grande que se había reunido hasta entonces en Sudamérica. Hubo un tiroteo entre grupos rivales de sus partidarios. Ése fue el día en que pareció que toda persona conocida alguna vez había ido al aeropuerto de Ezeiza; ahí se encontraban los antiguos compañeros de colegio llevando una pistola en cada bolsillo, confundida su propia memoria de cómo se llamaban por tantos alias de la guerrilla. Ése fue el día en que algunos fueron a mirar, otros a perpetrar algún crimen, unos cuantos a cometer algún pecado, las tías de las provincias llegaban en los trenes gratuitos especiales a buscar a sus sobrinas perdidas, y centenares de miles de ciudadanos de todas las edades concurrieron, creyendo que ese día se resolverían todos sus problemas.

Perón dio su apoyo tácito al golpe de estado del 11 de setiembre en Chile del que había sido informado de antemano por una comisión constituida por varios oficiales. Ese acontecimiento terminó con el socialismo y con la vida de Salvador Allende, un hombre de muy buenas intenciones pero de poco efecto.

Un mes después, Perón se convirtió en presidente de la Argentina en una elección fraudulenta. El fraude no se cometió en las urnas sino mediante las maniobras de su partido, que se apoderó de casi todas las radios y toda la televisión en detrimento de los otros candidatos. Voté por él, y no me arrepiento ni siquiera ahora. Fue un voto con intención política. Tenía la idea despiadada de que la política acabaría con Perón; era demasiado viejo y algo mejor vendría después. ¿Cuánto puede equivocarse uno políticamente?

Murió nueve meses después, el primero de julio, evidencia de

que su táctica política seguía aun después de muerto; dividió el año justo por la mitad de manera que no se podía acusarlo de favorecer al primero o al segundo semestre.

Su viuda almorzó con fiambre en una sala contigua al velatorio, al lado del Salón Azul del Senado, donde se instaló a su marido durante cuatro días de duelo nacional. Las colas se extendían a lo largo de kilómetros, dando vueltas por las calles de la ciudad. Estaba prohibido besar al cadáver porque había comenzado a descomponerse. El gran hombre había dado orden de que no se hiciera a su cadáver ningún tratamiento para conservarlo, probablemente por temor a repetir en la muerte el maltrato que había recibido el cuerpo de su segunda mujer, Evita, después que sus enemigos enviaran el ataúd a Europa en 1956 para alejarlo de las pasiones políticas en la Argentina.

Su viuda, María Estela Martínez Cartas de Perón, alias "Isabelita", se hizo cargo de la presidencia y la prensa, aberrante, le encontró paralelos con la reina Victoria de Inglaterra y otras grandes dirigentes. La ayudaba su secretario, José López Rega, un hombre enfermo por el miedo a la muerte, un diabético impotente dedicado a la parapsicología. De paso, ese hombre era también ministro de Bienestar Social. Había hecho asesinar a muchos hombres y tenía al país, incluyendo a su presidenta, en su puño enfermo pero fanático. En otra ceremonia macabra se trajo a la Argentina, del altillo de una casa en el barrio Puerta de Hierro en Madrid, el ataúd con el cadáver de Eva Perón. El gobierno anunció que el traslado era de interés nacional.

Durante diecinueve meses, desde la muerte de Perón hasta el momento en que Diego y yo nos sentamos a beber unos tragos y a esperar que se cocinara el tuco y que llegara el otro invitado, en Valeria del Mar, la crueldad y la corrupción que habíamos visto confundían a los hombres más duros. Sin embargo, hablábamos de ellas como de algo normal en la vida política del país.

Íbamos por el tercer vaso cuando Diego decidió destapar tres botellas de vino para la cena. Se desplazaba por el departamento en sus pantalones de baño y una camisa harapienta abotonada en el cuello y abierta sobre la panza. Estaba descalzo, sus pies resonando en el piso.

¿Cuántos amigos habíamos perdido en diecinueve meses? Debían ser docenas. Tomó un ejemplar del libro *Tiburón*, de su hijo,

y separó el forro. Había una inscripción en memoria de alguien que había sido dueño del libro.

—Lo tomamos de la casa de su madre para tener un recuerdo del muchacho. Tuvimos que decirle a la madre que él había muerto.

El muchacho, de sólo veinte años, había sido miembro del ERP. Fue capturado por la policía y se quebró bajo la tortura. Cuando fue liberado, la organización lo juzgó por traición. Pero los guerrilleros del ERP lo perdonaron cuando descubrieron que había enloquecido. Entonces lo capturaron los Montoneros y lo sometieron a otro juicio revolucionario. Aunque se les pidió que no lo apretaran demasiado, lo sentenciaron a ser fusilado.

Diego puteó contra los Montoneros, pese a haber sido su aliado y a haberles proporcionado dinero en ciertas ocasiones unos años antes. Se quejó de la falta de dirigentes en la política revolucionaria. Se acordó de unos pocos: John William Cooke, lugarteniente de Perón e ideólogo peronista, muerto de cáncer antes de los 50 años, en 1968; Joe Baxter, el astuto revolucionario que había llegado a luchar en la guerrilla vietnamita, partiendo desde un sórdido grupo terrorista neonazi y antisemita. Estaba enterrado en el Cementerio Británico, en Buenos Aires, desde 1973. Murió en un avión que se estrelló en París. A José Luis Nell, a quien Diego calificó de "gran guerrillero", le habían partido la columna vertebral de un balazo en Ezeiza el día del regreso de Perón. En setiembre de 1974 fue llevado en su silla de ruedas hasta un camino oscuro en San Isidro, cerca del Río de la Plata. Le pusieron una pistola en la falda. Se metió el caño en la boca y apretó el gatillo.

—Cooke, Baxter, Nell..., todos grandes irlandeses —comentó Diego.

Durante el gobierno de la señora de Perón, su secretario puso de moda los secuestros. Antes había sido una maldad exclusiva de la guerrilla para reunir fondos. A fines de 1973 se contaban 170 secuestrados que habían sido liberados a cambio de rescates que totalizaban 43 millones de dólares. La policía descubrió que el secuestro era una forma efectiva de venganza. El ministro dio el ejemplo usando su propio Ministerio como cuartel de un pequeño ejército para el que eran reclutados oficiales de policía en actividad y retirados. Los dirigentes de los sindicatos organizaban ejércitos privados, los hombres de negocios contrataban guardaespaldas para que los protegieran de sus propios empleados. Pero no dudaban en secuestrar a los clientes de otros guardaespaldas. Los funcionarios de las policías provinciales descubrieron que contaban

con el equipo necesario y ninguna de las complicaciones y se unieron en la búsqueda de víctimas propicias para ser secuestradas. Los oficiales superiores del Ejército formaban sindicatos para el secuestro o cobraban por proteger a secuestradores. Los coroneles compraban departamentos y casas de fin de semana para usarlas alternativamente para el descanso y como lugares de detención clandestina. Oficiales del Ejército argentino secuestraron al dueño de un stud, no por dinero sino por la transferencia del título de propiedad de parte de un caballo y de ese modo tener el privilegio de acceder al Tattersall del Jockey Club.

Los agentes de la aseguradora Lloyds de Londres aumentaban la póliza de seguros contra secuestros, pero aun así los clientes llenaban las representaciones en Buenos Aires.

La moda recorría toda la escala social. En Munro, suburbio obrero, a una mujer le fue quitado su bebé de los brazos cuando entraba a un almacén. La criatura no le fue devuelta hasta que arrojó sobre el pavimento el escaso dinero que contenía su monedero.

Buenos Aires llegó a ser una ciudad recorrida por automóviles sin identificación, por lo común Ford Falcon (que dejó de fabricarse en 1994), adquiridos para la policía pero preferidos por todos los que necesitaran estabilidad a altas velocidades por un costo relativamente bajo. Estos automóviles estacionaban frente a la Casa de Gobierno, sin chapa patente que interrumpiera la vista del paragolpes. Circulaban por la ciudad ignorando las luces de tránsito; eran temidos por la gente y el único hombre que hizo una campaña contra su presencia fue el director del *Buenos Aires Herald* (Robert J. Cox, OBE).

Dentro de los automóviles viajaban hombres con anteojos oscuros, armados con ametralladoras, las camisas entreabiertas hasta el tercer botón, y alrededor del cuello, media docena de cadenitas con medallas de San Cristóbal y de la Virgen María y la Virgen de Luján. A veces regresaban a sus casas en el mismo tren que tomaba yo o en el colectivo 60, por la noche, tarde. Los encontraba en los bares que rodeaban al *Herald* o en los restaurantes del Bajo. Estaban allí, junto a mí y entre todos nosotros. Buenos Aires es una ciudad de nueve millones de habitantes, pero como en todo gran centro, algunos se mueven en un área no mayor que la de un pueblo. Leían los avisos de venta de esposas y de armas en los diarios de la tarde; hablaban con medias frases; cobraban por sesión por concurrir a las reuniones de tiro para

poner a prueba los parabrisas de vidrio templado de los camiones de transporte de caudales y de los automóviles de directivos empresarios. Si alguien les hacía un gesto de reconocimiento, la reacción era siempre la misma: una mirada por encima de los anteojos oscuros, un guiño y un movimiento de cabeza, señales de que los saludos no eran posibles porque ellos no debían ser reconocidos.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cómo despertaban cada mañana? ¿Al lado de quién? ¿Amaban? ¿Cómo? Quizás no debía existir nada lógico respecto a ellos; quizás no había necesidad de explicarlos; pero hubiera sido interesante conocer la historia completa de 24 horas de una de esas vidas. Eran seres perfectamente normales en la sociedad argentina.

El último cuarto de la tercera botella de vino fue vaciado en el tuco. Diego decidió hervir los tallarines y dar de cenar a sus hijos.

Los secuestrados eran prisioneros y a la vez rehenes por los que se pedía rescate. Los raptos no tenían fronteras políticas: se efectuaban por venganza o represalia o lucro. Las pandillas se aliaban con sectores de las Fuerzas Armadas para atacar a ideólogos de los guerrilleros o a aquéllos de los que sólo se sospechara que eran simpatizantes de la guerrilla.

En unas pocas horas, las mujeres habían perdido a sus hombres y a sus hijos; las parejas de edad madura perdían a todos sus hijos; un niño quedaba solo; un hombre envejecía de la noche a la mañana, se le saltaban los ojos, se le abolsaban las mejillas, el cabello se le volvía canoso y quebradizo a medida que aquellos que había amado y por quienes había trabajado toda la vida eran arrancados del hogar al alba de un día cualquiera. Hombres enmascarados o a cara descubierta, gritando enardecidos o silenciosos, brutales o corteses, destructivos o encantadores, invadían una casa y se llevaban a la víctima buscada y tal vez a uno o dos más, por el solo hecho de estar allí.

Vidas enteras se disiparon como humo, destruidas en minutos por pesadillas asesinas y personajes malvados que parecían extraídos de la literatura del horror.

A medida que aumentaba el número de víctimas, los raptores se tornaban más violentos. Eran hombres que portaban mucho armamento, a veces drogados; el gobierno reclutaba las mentalidades más viles para cometer los actos más depravados.

Los jefes acusaban públicamente a la guerrilla de elegir blancos fáciles en las Fuerzas Armadas cuando asesinaban a oficiales no combatientes. Pero en los ataques para reprimir a la guerrilla hacían lo mismo: se llevaban familias enteras, indefensas, por sus simpatías políticas, honestas, aunque fueran equivocadas.

A veces conocimos de primera mano la historia, contada por oficiales todavía drogados que se detenían a tomar café en algún bar. O simplemente estaban borrachos, pensé que tratando de olvidar su acción. Tenían un extraño código para la crueldad. Cerraban sus oídos con tapones de nadadores y ponían la radio a todo volumen para no oír los ruegos de las víctimas en el asiento posterior: un hombre que pedía piedad para su hijo; un hijo que rogaba que liberaran a su hermano, asumiendo toda la responsabilidad por delitos no cometidos, en un acto final de valor. Gestos finales de autoconservación. Con más frecuencia los prisioneros eran golpeados en la cabeza y ésta era apoyada sobre trapos para que la sangre no manchara el tapizado del auto. Luego los tiraban al costado del camino, sus cuerpos sacudidos por docenas de balas de varias armas; al final destruían los cuerpos con granadas de mano.

Las mujeres seleccionadas para la matanza eran golpeadas, empujadas, arrastradas, pateadas, pero rara vez sufrían asalto sexual. Aquellas que iban a permanecer detenidas, que serían torturadas y más adelante "desaparecidas" o asesinadas, eran violadas reiteradamente, por lo general antes de sacarlas de sus departamentos y, de nuevo, cuando las torturaban o estando en sus celdas.

Un hombre alardeó de que le gustaba abrirse el pantalón y obligar a las mujeres a arrodillarse para ponerles el pene en la boca mientras lloraban. Dijo que le gustaba sentir las lágrimas calientes y la saliva. Había leído algo de eso en una revista publicada en Holanda.

Cuando llegó su amigo, Diego puso sobre la mesa una gran fuente con pasta *asciutta*. Festejamos la llegada porque la pasta estaba a punto y porque el visitante puso sobre la mesa tres botellas de Bodegas López 1971; era un vino suave, con la suavidad de los que envejecen bien. En la Argentina quedaban pocos de esta especie.

Diego nos presentó, invitó al hombre a sentarse y le dijo que

habíamos estado hablando de cosas tristes y que necesitábamos el vino para animarnos. Algún día sería mi responsabilidad escribir sobre esas cosas, dictaminó Diego. Reí; nadie escribía sobre eso: era demasiado peligroso.

Atacamos los tallarines y el pan caliente con un apetito que no nos hacía socialmente presentables.

—¿Te enteraste de la tirada de cadáveres chilenos? —preguntó Diego.

Por supuesto. El asunto había aparecido en el *New York Times* a mediados de 1975 y fue reproducido por el diario *La Opinión*. El gobierno chileno fue acusado de conspirar con elementos del gobierno argentino para deshacerse de detenidos chilenos que habían muerto durante la tortura. En suelo argentino se los hacía aparecer como muertos en tiroteos.

La noticia produjo pánico entre los exiliados en Buenos Aires, chilenos, bolivianos y uruguayos, que alguna vez creyeron que el gobierno constitucional argentino les ofrecía vivir a salvo de los perseguidores militares en sus propios países. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados fue presionado por los exiliados para que les obtuviera visas de acceso en otros países donde refugiarse; el aparato de seguridad uruguayo incrementó el terror en Buenos Aires al exponerse los exiliados que sucumbían al pánico. Uruguayos refugiados eran víctimas de secuestros y los enviaban encadenados de vuelta a Montevideo.

Un periodista boliviano (Augusto Montesinos Hurtado) recibió una amenaza por teléfono y la orden de que se fuera de la Argentina. Gritó a su interlocutor anónimo que no tenía pasaporte y no podía obtener uno en el consulado de Bolivia en Buenos Aires. La comunicación se cortó.

Dejó a su mujer —que se quejaba de vivir abandonada y víctima de su infidelidad— y en menos de 48 horas entabló una relación bastante íntima con una joven norteamericana, apenas salida de la adolescencia y ansiosa por conocer periodistas pues acababa de llegar con una beca de la Sociedad Interamericana de Prensa. La relación terminó abruptamente al día siguiente después del desayuno. Pasó una semana antes que la chica notificara a su banco en Coral Gables que había perdido su libreta de cheques.

Después de abandonar a la joven, le tomó todo el día encontrar un comercio de sellos de goma en la zona bancaria cerca de la Galería Güemes que agregara, por un precio elevado por clandes-

tino, su nombre a los cheques. Concretó una cita con el "Capitán C" y otro funcionario militar diplomático en el consulado de Bolivia. Regresó a su casa, casi a escondidas, tomó su pasaporte vencido y salió para la cita con los diplomáticos. Les mostró la chequera, pero ellos pidieron pago efectivo por dos visas. Les dijo que lo tendría en el término de dos días. Necesitaba tiempo para obtener los sellos necesarios y falsificar firmas y depósitos.

Una sola casa de cambios en la avenida Corrientes aceptó sus cheques y únicamente hasta 200 dólares. No era suficiente. Con el poco dinero que le quedaba y usando una cédula de identidad argentina, viajó a Montevideo en el Vapor de la Carrera (nocturno). Por lo menos ahí estaría a salvo de amenazas y tendría tiempo para pensar. Pasó los dos días siguientes paseando de una redacción a otra pidiendo trabajo, pero sin conseguirlo. Pidió prestada una máquina de escribir y con ella escribió un relato ficticio acerca de un asalto a un banco y una persecución en automóvil por las calles de Montevideo. Envió la nota por correo a un matutino de Quito. Algún día, si iba a Quito, tendría algo de dinero por cobrar allí.

Siguiendo un impulso fue a la oficina telefónica, llamó a su mujer, se disculpó, le juró amor eterno y le pidió que le hiciera un favor. Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera:

Ella debía llamar por teléfono al "Capitán C" en el consulado boliviano en Buenos Aires y debía decirle que su marido había tenido que viajar a Montevideo porque había recibido una amenaza de muerte; que su marido no dejaría de cumplir su palabra, y si el "Capitán C" viajaba en el Vapor de la Carrera a Montevideo, se le reintegraría el valor del pasaje y recibiría el dinero prometido. Él lamentaba no tener dinero efectivo pero le entregaría un cheque certificado por la suma. De allí, el periodista fue a una sucursal del Banco de la República, en la Plaza Independencia, y se presentó en el departamento de exportaciones. Encontró a un empleado y le pidió detalles del manifiesto de un barco que pensaba que se hallaría en Galveston, o por ahí. Cuando el empleado se dio vuelta, el periodista boliviano estudió los sellos de goma en el mostrador. Un sello decía "Banco de la República-Carta de Carga Inspeccionada". Tenía que servir. Estampó el sello en un cheque en blanco. Cuando regresó el empleado con la respuesta ya conocida, el periodista se retiró. Gastó sus últimos pesos en pasar otro día en Montevideo y en una llamada telefónica para asegurarse de que el "Capitán C" viajaría esa noche.

La transacción fue simple y amistosa. Los pasaportes llegaron con sus visas. El boliviano y su mujer se fueron a vivir a Venezuela.

Diego tuvo un ataque de hipo y el otro casi se ahoga de la risa.

Diego sugirió que saliéramos a caminar y a tomar un café en el bar de la playa. Eran casi las tres y media; yo temblaba al abandonarme la sensación de calidez temporaria que da el alcohol y quedar solamente el efecto dañino en mi sentido del equilibrio. Ya me había advertido el escritor y crítico Aníbal Ford que dejara de confiar en el alcohol como método de entrar en calor. No fuimos a la playa sino a una boite. Allí Diego insistió en señalar a varios jóvenes que él decía habían disparado contra el muchacho el día antes. Bebimos tres vueltas de coñac y admiramos a las mujeres.

A las cinco salimos a caminar. El cielo sobre el mar comenzaba a clarear, pasando de negro a gris; acordamos beber hasta que amaneciera en una hora más.

Al despedirnos me quedó el sonido de la voz de Diego quejándose de que "¡No hemos conversado las cosas por las que quería verte!".

Entré tambaleando al departamento y dejé una estela de ropa entre la puerta y la cama. Dormí hasta tarde y, cuando traté de levantarme, los efectos de la borrachera eran insoportables. Después de esa noche vimos a Diego dos veces en la playa. No lo volví a ver cuando volvimos a Buenos Aires.*

* *Diego Muñiz Barreto fue asesinado después de ser detenido por la policía, en febrero de 1977.*

7

Hotel alojamiento

Abril de 1976

La mujer pronunció mal el nombre. Cuando se le dijo que estaba hablando con quien deseaba encontrarse, hubo una pausa; luego algo que sonó como un "Mmmm...". Después otra pausa. Había ruido en la línea. Entonces se presentó:

—Me llamo María Eugenia... Usted no me conoce... Aunque tal vez se acuerde de mí...

Suspiró y esperó. Era la presentación típica de un pedido de ayuda; seguiría la búsqueda de algún amigo común para que el que escuchaba no perdiera interés y cortara la comunicación.

—Fui con usted a una reunión política hace cosa de un año, porque usted no sabía dónde era... ¿Se acuerda? Nos encontramos en un bar y luego tomamos el tren juntos...

La imagen de una joven rubia, de poco más de veinte años, comenzó a tomar forma.

—Quisiera verlo —dijo ella.

No podía ir a la redacción pero quería verlo esa noche sin falta. Él no podía irse del diario hasta después de la una.

—Ni siquiera sé si voy a ir a verla. No sé quién es usted, no sé con quién está, ni dónde, ni cuánto tardaría en llegar...

—Estoy sola —contestó—. Estoy en un hotel alojamiento (luego conocidos como *albergues transitorios*).

Un hotel alojamiento era lugar peligroso. Durante los últimos dos años, los guerrilleros y otros grupos políticos usaban estos hoteles como lugares de reunión. La discreción de la administración no impedía la discusión política. Pero aun en el Buenos Aires tan

consciente de lo moral, donde se habían cerrado los burdeles hacía años y donde, en 1966, se había decretado más iluminación en los lugares nocturnos de manera que hasta las chicas del bar tuvieran que usar corpiño, la policía allanaba estos hoteles alojamiento de vez en cuando. Se controlaban los permisos de los propietarios y los documentos de los huéspedes, convirtiendo al *coitus interruptus* en imposición oficial. En un allanamiento policial se había descubierto a cuatro parejas completamente vestidas conversando en una habitación. La explicación de que pensaban hacer el amor en octeto fue rechazada porque el dueño del hotel tenía permiso solamente para dos personas por habitación. En la comisaría los huéspedes fueron identificados como activistas políticos. El descubrimiento llevó a intensificar la frecuencia de los allanamientos.

Le dijo a la mujer que llamaba por teléfono que el lugar de reunión no era apropiado; la voz de ella se quebró al decir que no podía hacer otra combinación.

Quedaron en que ella volvería a llamar a la una y veinte para saber si él iría.

No había ómnibus en la calle. Era algo nuevo en Buenos Aires. Hasta el golpe militar un mes antes, los ómnibus y colectivos andaban hasta bien pasada la medianoche. Ahora no había gente en las calles para justificar un servicio nocturno. La gente se apuraba para volver a casa cuando salía del trabajo, para no involucrarse en lo que más temía: los incidentes políticos, los allanamientos, el terror. La política había sido prohibida. Caminó por la veredita central de la Avenida Leandro N. Alem hasta Retiro, luego por la Libertador, unos 200 metros, y dobló. Caminó hasta un viejo edificio con las ventanas cerradas al nivel de la calle. Era el Hotel de las Flores, detrás del Palacio de las Flores, el mercado de flores de Buenos Aires que se convertía en salón de baile los sábados y domingos por la noche. Lo frecuentaban las sirvientas en busca de diversión y los muchachitos de clase media en busca de su debut, de su primera experiencia sexual. Los padres de los muchachos aceptaban la costumbre, hasta con sus propias sirvientas, siempre que no ocurriera en los cuartos de servicio de sus casas. Las madres de los chicos fingían no saber y los padres aparentaban seriedad, con una solemnidad que disimulaba su orgullo malicioso.

Caminó por el corredor de entrada. Tenía mosaicos verdes con flores en relieve en las paredes y con cruces y rombos formando dibujos en el piso. Estaba oscuro, olía a humedad; no se veía ni

una flor que adornara la continuidad de actos de amor por hora durante las veinticuatro horas.

Se detuvo en un patio de mosaicos techado por una lámina de plástico corrugado verde; en las cuatro paredes las puertas cerradas contemplaban oscuramente el espacio vacío. Un portero lo miró desde un mostrador de recepción en el que una lámpara iluminaba la última edición de un vespertino. Había leído hasta los avisos clasificados.

El portero señaló la habitación número 23 en el pasillo y deseó a la espalda que se alejaba:

—Espero que goce de su estadía, dijo entre dientes.

Se detuvo protestando:

—Mire, soy un hombre casado; tengo hijos... No necesito esta porquería...

Las manos del encargado, formando ángulos rectos con los brazos, se abrieron y palmearon el aire en un gesto de calma mientras los labios fruncidos le chistaban. Cuando se restableció el silencio, el brazo izquierdo del hombre cayó a su lado y la mano derecha dio vuelta la palma hacia arriba señalando el corredor; las comisuras de sus labios se estiraron en la más leve de las sonrisas, como un reloj señalando las tres menos cuarto.

El periodista miró su reloj: eran casi las dos.

Mientras caminaba por el corredor, miró los números de las puertas. Creyó oír murmullos detrás de ellas pero lo atribuyó a su imaginación.

Sus pensamientos se concentraron en la mujer que iba a ver. En su memoria comenzaba a dibujarse una imagen, aunque sabía muy poco de ella. Había sido su guía hacía más de un año, cuando asistió a una conferencia de prensa semiclandestina del Partido Peronista Auténtico en Vicente López. La guía, que le había dicho por teléfono que se llamaba María Eugenia, lo había encontrado en el Hotel Castelar, en la Avenida de Mayo. La recordaba como a una joven atractiva, vestida con un traje de terciopelo negro. El cabello corto y rubio enmarcaba un rostro largo con pómulos elevados. El porte y la elegancia le habían dado ese tipo de belleza que parecía ser el privilegio de algunas mujeres argentinas entre todas sus hermanas del resto del mundo. Se había sentido halagado con esa mejoría de las relaciones públicas de los grupos políticos. Juntos habían tomado el tren y llegaron demasiado temprano para entrar al salón de baile alquilado por los Montoneros para el primer congreso del Partido Auténtico. Se habían reunido más de cien

delegados de todo el país bajo las narices de la policía. La atractiva guía opinó que debían caminar hasta que llegara la hora. Ella le hizo muchas preguntas sobre sus conocimientos acerca del líder montonero, Mario Eduardo Firmenich, con quien alguna vez había tenido contacto. Ella nunca había visto a su jefe; era sólo una simpatizante de la organización y su marido era delegado en el congreso. El periodista no estaba dispuesto a conversar indefinidamente sobre Firmenich, así que los temas se volvieron más personales. Estaba embarazada y habló de su estado. Él opinó que debía haber sido la noche anterior porque la silueta no demostraba nada; ella le sonrió con ojos brillantes. Tomaron varias tazas de café en un bar discutiendo las ventajas del parto natural con un marido que colaborara y con un buen médico; él le preguntó si tenían casa propia, dónde vivirían y qué planes tenía para el futuro hijo. Parecía tener poco que ver con la política y la única vez que mencionó a los guerrilleros fue para decir que esperaba que pronto terminaran los malos tiempos, aunque su expresión desmentía la esperanza. Lo tomó de la mano en el camino hacia el salón. Quiso pensar que se trataba de un gesto amistoso después de la conversación pero probablemente fuera porque así se lo habían indicado para dar la impresión de que eran una pareja de enamorados y de esa manera disipar posibles sospechas.

Ahora, en la noche, recordaba con agrado aquella tarde y tenía la esperanza de que ella y el niño hubieran sobrevivido a los sangrientos meses que siguieron.

Golpeó suavemente en la puerta y oyó crujir el elástico de una cama. Se abrió un poquito la puerta y una cabeza llenó la tajada de luz. Ella abrió y volvió a tirarse sobre la cama al entrar él. Se recostó contra la puerta cerrada y la miró. Luego recorrió la habitación con la vista: tenía el techo alto de las casas antiguas, y era una división de una habitación más grande. En una de las paredes pintadas de verde había un perchero y de allí colgaban el impermeable y el echarpe de ella. Su cartera estaba sobre una mesa de luz marrón, de metal. Colgado en la pared, sobre la cama, había un crucifijo de madera con un Cristo de plástico. En la pared opuesta había un calendario de propaganda de una empresa de cubiertas y una lámina mostrando un lago y colinas, enmarcada en imitación madera. En la pared opuesta al perchero había una puerta que daba al baño, con ducha, lavatorio, inodoro y bidet. Había un espejo grande sobre una mesa larga que reemplazaba al

tocador y al lado una máquina de coser tapada. La máquina le hizo pensar en la imagen del inicio de los surrealistas.

La saludó con un movimiento de cabeza. Tenía los labios cerrados y las manos detrás de la espalda, contra la puerta, en una estudiada pose de desaprobación.

—Usan esto como cuarto para planchar... Por eso tienen la mesa y la máquina de coser —explicó ella.

Volvió a mirarla. No era la jovencita por la que había sentido un lujurioso paternalismo el año pasado. Se la veía flaca pero sin la esbeltez con que la había conocido. Era un cuerpo sin vitalidad; tenía los ojos achicados y sin brillo que miraban desde profundas y oscuras cavernas; el pelo, que había sido corto y brillante, estaba largo, lo que hubiera podido resultar atractivo si no hubiera estado sucio, opaco y despeinado.

Él le sonrió.

—La última vez que te vi me contaste de tu embarazo, ¿te acordás? ¿Qué tuviste?

Ella le devolvió la sonrisa, una mueca que reflejaba su pena. Movió la mano como para alejar el recuerdo.

—Un varón —dijo ella—. Nació muerto en setiembre de 1974. Fue después de que nos ordenaran pasar a la clandestinidad.

Había sido demasiado para esa personita frágil. Los militantes Montoneros, muchos simples simpatizantes, habían sufrido muchas bajas por las balas de grupos peronistas rivales y de la policía. Víctimas de un stalinismo militar la dirigencia montonera había respondido con un stalinismo irregular: habían dado la orden a todas sus unidades de que pasaran a la clandestinidad. Eso debía ser un acto de desafío contra el gobierno de la viuda del general Perón. Fue un acto muy publicitado y muy costoso: un suicidio público. La acción clandestina no sólo es peligrosa sino que desgasta hasta al más duro. Los que tenían experiencia en vivir en la clandestinidad se habían formado durante años; los militantes de superficie, sin experiencia clandestina, fueron los que más sufrieron. Sus enemigos los cazaban como moscas.

—¿Qué necesitás? ¿Dónde está tu marido?

Supuso que ella diría que se habían divorciado.

—Está muerto.

Ella lo miró.

—¿No lo supiste? Claro que no...

La mano delgada hizo un movimiento como perdonando su ignorancia debido a la censura y a la ingenuidad del no militante.

—Lo mataron la semana pasada en la emboscada en la casa de Chacarita.

Pensó que su encogimiento de hombros era por la ironía de morir en la zona del cementerio.

—¿Cuándo? ¿En qué fecha? ¿Estaba solo?

Las preguntas de él eran urgentes; estaba ansioso por tener la información, los detalles eran para su registro. Parecía tan importante registrar las acciones, los muertos. Recordó un comunicado de la policía a fines de la semana anterior que decía que cuatro "elementos sediciosos, miembros de una organización subversiva" habían muerto en un tiroteo al resistir la orden de detención. Las fuerzas de seguridad no habían tenido bajas. Se detuvo al darse cuenta de que en su ansiedad no había tenido en cuenta los sentimientos de ella.

—Lo siento —dijo—. ¿Cómo ocurrió?

Hacía sólo unos días que Rubén, su marido, y otras tres personas vivían en ese departamento: una casa segura donde los Montoneros habían enviado a varios de sus militantes menos competentes o más expuestos. Resultó ser inseguro. No había sido un tiroteo sino una ejecución sumaria.

—Los *montos* se equivocaron —dijo ella—. Nunca pensaron que ocurriría algo así. Creyeron que podían esconderse hasta que pasara la tormenta; pero el Ejército entró con una lista de la gente que buscaba, y en los lugares donde estaban; sabían todo. Torturaron a los que podían exprimir para tener información; después los mataron. Los *montos* nunca pensaron que todo se produciría tan rápido. Va a llevar años rehacerse.

Para él ésta era la única manera que tenía de obtener información. A cuatro semanas del golpe de marzo, el gobierno militar, irritado con los diarios (dos o tres) que persistían en informar sobre la aparición de cadáveres en zanjas, parques o automóviles, la Secretaría de Información a cargo del Capitán Carpintero había dado orden de que no se publicara nada sin autorización oficial sobre las muertes, los secuestros, las detenciones, ni acerca de las víctimas identificadas. Tendría que recordar la fecha de la muerte de Rubén y sus tres compañeros para anotarla en lo que la redacción llamaba el "fixture".

—¿Qué querés que haga? —preguntó él, alejándose de la puerta y sentándose en la cama al lado de ella.

Ella no lo miró; tenía la vista clavada en el suelo.

—Quiero irme y necesito ayuda.

—¿Por qué me llamaste a mí?

—Me dijeron que podías ayudarme. Muchas personas tienen tu nombre.

Se sintió importante, lo que en aquel momento era muestra de su irresponsabilidad; pero debe haber en algún lugar del subconsciente una parte que rige los sentimientos que le sirven al hombre para sobrevivir... y la vanidad podía ser uno de ellos.

—Necesito dinero y un documento para viajar a Brasil. El mío no sirve porque tiene el apellido de casada.

—¿Y tus padres?

—No puedo llamarlos. El teléfono puede estar intervenido y la casa vigilada. Si vienen a verme, los agarran. Además, hace un año que no los veo; es probable que tampoco quieran verme ahora. Odiaban a Rubén; no era judío. Tengo que irme lejos; tengo una tía en Nueva York y otra en Israel. Tengo que correr hasta llegar a una de ellas y recién entonces llamar a mis padres.

María Eugenia le dio el número de teléfono de la madre, por las dudas, y lo anotó en el boleto de tren.

—¿Y qué pasa con todos los abogados y los entusiastas simpatizantes? ¿No pueden ayudar?

—No sé dónde encontrarlos. Está bien, no podés o no querés ayudarme y yo te comprendo. Siento haberte hecho venir.

El pánico se apoderó de ella al sonar de sus propias palabras y lo miró con ojos asustados.

—Por favor, ayudáme.

—Esperaba que existiera una solución más práctica. Haré lo que pueda.

—No hay abogados, no hay grupos de apoyo; nada. El Ejército tenía una lista completa de todos en noviembre. Yo lo sé; un general retirado memorizó parte de la lista y se la recitó a un abogado amigo, junto con el consejo de que se rajara.

—Y...

—Se fue a Venezuela en diciembre.

—Si sabías eso, ¿por qué no te fuiste también? —preguntó con auténtica curiosidad.

—Porque nunca podés creer que las "listas de muertos" sean ciertas; porque estás segura de que las cosas van a cambiar, simplemente porque es tan incómodo escapar; porque Rubén tenía muchísimas ganas de ascender en la organización... Supongo que vas a decir que nunca debimos haber pasado a la clandestinidad en 1974...

—Nunca lo lograron, mi amor. Nunca pudieron. No es culpa tuya...

Él sentía sueño después del largo día de trabajo y la tensión. Se puso de pie para alejar la somnolencia de la voz.

—La acción política no es para la clase media. Es para los muy ricos y los muy pobres. Los ricos se hacen célebres y relatan sus fracasos como victorias en biografías y monumentos; los pobres mueren y son olvidados. Los que están en el medio están demasiado preocupados por el futuro como para hacer algo en el presente. Vos deberías estar pariendo y criando hijos o siguiendo una carrera; tu Rubén debería estar trabajando duro para pagar el departamento, el auto y la casita de fin de semana más adelante. Para eso sirve la clase media.

Estaba furioso, ofendido, por haber venido a este hotel para arriesgar su vida en una curiosidad casi sexual. Pero escuchó que su voz sonaba monótona a pesar de haberse puesto de pie y de mirarse en el espejo al pronunciar su discurso.

—Estuve en la conferencia de prensa en la que tu jefe dijo: "*A aquellos que están en el medio, les aconsejamos que se hagan a un lado cuando empiece la guerra*". Si se pudiera odiar a un hombre por una sola frase: ése sería tu jefe, y ésa la frase. Tan claro, tan asesino; con esa frase hizo que centenares de personas creyeran que tenían que elegir de qué lado estaban; trataron de esconderse, y decidieron... morir.

En cualquier otro momento no se hubiera enojado tanto por algo así; pero en aquel momento le pareció adecuado atacar. La furia lo fortificó.

—¿Vos qué hiciste? —preguntó ella.

La voz lo sorprendió. Era fría y punzante, recordándole que ella estaba allí.

Sin mirarla, le dijo:

—Me quedé en el medio, como siempre.

—Sí, estás en el medio, pero no sos neutral. Estás en el medio de un lío.

Eso lo despertó. Sus palabras eran demasiado cortantes, y era demasiado real lo que decía. Se dio vuelta al verla ponerse de pie. En la mano derecha tenía una .45 de la policía; sin seguro.

Levantó una mano temblorosa con los dedos bien abiertos.

—No tiene el seguro. Si disparás vas a tener a todos aquí en un segundo. Por favor, tené cuidado.

El dedo de ella estaba cerca del gatillo.

—Tenés que ayudarme —le dijo entre dientes. Pero se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la pistola, que quedó en su mano como un trapo mojado. Él contuvo el aliento y se alejó un poco; pero el arma siguió allí, en los dedos de ella.

Lo miró y él le vio los ojos llenos de lágrimas. Dejó el arma sobre la cama y se le acercó.

—Lo siento —dijo entre sollozos.

Puso un brazo alrededor de los hombros de la mujer. Y ella empezó a llorar, silenciosamente al principio, luego en forma más audible, hasta que el cuerpo se sacudió con el llanto.

Esperó unos segundos y le pidió que le pusiera el seguro al arma. Ella fue hasta la cama, tomó la pistola, sostuvo el martillo, tiró hacia atrás la cubierta del caño y la corrió, quitando de la cámara la bala que no había sido disparada. Sacó el cargador de la empuñadura, colocó allí la bala con las otras cinco y lo retornó a su lugar. Apoyó la pistola sobre la mesa de luz. Y lo miró. "Necesito ayuda para rajar ¿entendés?".

Se acercó a ella, abrió la cama, la hizo sentar, le levantó los pies y le quitó los zapatos, y puso las piernas en la cama. Cuando la tapó con la colcha, las manchas de la falda escocesa se hicieron más notables; el pulóver negro de cuello alto también estaba sucio.

Al llegar a la puerta le dijo:

—Hasta mañana. Tratá de dormir. Te prometo volver a la mañana con lo que pueda conseguir.

En la calle sintió las piernas débiles y caminó con pasos medidos bajo la recova de la avenida Libertador hacia Retiro. Era urgente, para él también, que la chica se fuera del país. Si la apresaban, el nombre de él estaría entre los primeros que ella proporcionaría, porque sería una de las últimas personas con las que había tratado y porque su entrenamiento en la organización haría que diera primero los nombres de los que no eran militantes.

Tenía un amigo que hacía unos meses le había ofrecido dinero y documentos en previsión de problemas. Lo llamaría a primera hora.

Era obvio que el marido de María Eugenia había sido el más comprometido de los dos y que ella había decidido que tenía que escapar. Si hubiese recurrido a su gente, podían haberla escondido por un tiempo, pero pronto hubiese tenido que entrar en acción como miembro de una célula. Según algunas historias que corrían por las redacciones, uno de los ardides de la guerrilla para reclutar gente era ofrecer protección y un lugar para esconderse; así ya

tenían a la persona bajo sus órdenes y ésta quedaba comprometida irremediablemente a los ojos de la guerrilla y de la policía. Entonces, sólo existía la posibilidad de quedar cada vez más comprometido por la acción que se le ordenara realizar.

Puede ser que esas historias hayan sido echadas a rodar por los militares, pero sonaban a verdad y por eso algunos periodistas las habían aceptado. Resultaban especialmente lógicas en ciudades de provincia, de comunidades más reducidas y con filiaciones políticas más conocidas. Según un relato llegado a la redacción, si un militante era remiso para la acción o un simpatizante débil y sin armas rehusaba formar parte de una célula clandestina, se le escondía un arma en su casa y se avisaba a la policía. Una vez que ésta allanaba el domicilio, la persona ya quedaba en la categoría de buscada. Entonces los guerrilleros le ofrecían protección. En otros casos, los guerrilleros entraban a la casa, revolvían todo y se iban. Cuando el dueño de casa regresaba y encontraba la evidencia de un allanamiento, se asustaba y buscaba la protección de una célula. Lo recibían bien y se compadecían de su situación, pero días después ya se le ordenaba entrar en acción. Se hacía subir al recién llegado en un automóvil usado en algún asalto a la policía o en algún atentado. Y en ese momento quedaba involucrado.

Parte de esto sonaba demasiado pueril. Parecía propaganda. Pero en tiempos de incertidumbre no se desecha ningún rumor, ninguna posibilidad; una persona cualquiera nunca estaba lo suficientemente alejada de los rumores y de los acontecimientos como para analizarlos con claridad.

El reloj de la Torre de los Ingleses daba las tres menos cuarto cuando él entraba al bar de la estación para tomar un vaso de vino y comer una porción de pizza de muzzarella. Tenía casi una hora para esperar el tren.

El movimiento de su mandíbula se aceleraba a medida que pensaba en María Eugenia, en las formas de tortura que se comentaban en las redacciones y en las formas de reclutamiento de la guerrilla. Tragó el vino y salió hacia el hotel. Corrió. Quería ver cómo estaba ella, decirle algunas palabras de aliento antes de irse a casa. Las piernas lo llevaban velozmente al cruzar la avenida sin tránsito a esa hora, y corrió en el trecho bajo la Recova. El encargado ni lo miró cuando entró en el pasillo.

Ella estaba en enagua. Volvió a acostarse cuando él entró en el cuarto, donde se sentía un calor opresivo. Se sentó en la cama.

—Tuve que volver para ver cómo estabas. Me fui tan apurado...

Se puso de pie, se quitó el impermeable y lo arrojó sobre la mesa. Se sentó nuevamente todavía respirando con agitación.

—Me amenazaste con la pistola y yo sólo quería irme...

—Nunca disparé un tiro en mi vida...

—Eso pensé. Quise estar seguro de que estabas bien...

Ella le sonrió con una sonrisa débil, sin alegría.

—Bueno, ahora sí me voy.

Levantó el impermeable. Sólo habían pasado dos minutos desde su llegada.

—Gracias por venir. Corriste.

Él asintió.

—Gracias. Me dijeron que tenías coraje...

Él debió sonrojarse.

—Es cierto —dijo ella.

Hubiera sido mejor que ella o "ellos" no hubieran dicho eso. No era cierto. Su regreso al hotel había sido impuesto por el egoísmo que genera la incertidumbre. Había querido tranquilizar su propia mente; la paz de ella era menos importante para él. La duda sobre su bienestar le hubiera pesado en la conciencia. Y la conciencia de él ya estaba recargada con la preocupación por el temor a la gente que podía conocerlo y que había "desaparecido" en allanamientos de las fuerzas de seguridad o estaba detenida en lugares desconocidos. A veces resultaba un alivio saber que un desaparecido había muerto; la búsqueda había llegado a su fin, el sufrimiento se había detenido. El temor por los desaparecidos, detenidos, perseguidos y amenazados era natural y necesario. Pero también era egoísta al reflejar la preocupación por sobrevivir mediante la supervivencia de los demás. La supervivencia era la única victoria posible. Si sus sentimientos podían interpretarse como el deseo de sobrevivir, entonces tenía coraje. María Eugenia tenía coraje y lo expresaba en su egoísmo al pedir ayuda y en su gratitud porque él había vuelto.

Los pensamientos lo habían alejado de la habitación por un momento y no había notado que ella estaba sentada en la cama y le miraba la cara, vacía de expresión. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con las manos en los hombros.

—Eh, ¿dónde estás? —preguntó ella.

Parpadeó y la vio, muy pálida, con líneas de suciedad en el cuello. Los pechos pequeños estaban levantados por los brazos, y los pezones espiaban por el borde de encaje de la enagua.

Tenía la mejilla lista para recibir el beso de despedida cuando él se inclinó.

Ella se tiró hacia atrás sobre la almohada, que tenía una mancha grande en una punta, producto seguramente de alguna bebida derramada por otro cliente. No le devolvió el saludo sino que se dio vuelta y miró hacia el perchero.

—Quedate un poco más y... hacéme el amor —dijo María Eugenia.

—No puedo —exclamó él como si fuera una orden.

Pero aunque los latidos de su corazón le llenaban los oídos y bloqueaban a todo lo que ella dijera después, el pedido parecía natural en ese lugar. Finalmente pudo volver a oírla.

—Por favor... te lo pido; necesito... empezar de nuevo. Ayudáme —susurró.

Él se acostó a su lado sin quitarse la ropa, ni siquiera el saco y la corbata. Le pasó el brazo por debajo de la cabeza y casi de inmediato empezó a picarle la nariz. Cuando levantó la mano libre para rascarse, ella la tomó y se la puso sobre un pecho. Se dio vuelta para quedar frente a él y ver las muecas que hacía para aliviar la picazón. Con una risita le frotó la cara con la mano y entonces hundió la cara en el hombro masculino. Con una voz que sonaba distante, ahogada por el saco, le dijo:

—Hace siglos que no hago el amor. Ya no funcionaba con Rubén; estábamos siempre huyendo, siempre con otra gente, nunca teníamos un minuto para nosotros. ¡Por favor, hacéme el amor!

Había urgencia en el pedido de María Eugenia.

Pero en el cuerpo de él no había un solo impulso que produjera la erección indispensable. Estaba bloqueado por la idea perturbadora de la infidelidad; y lo que era peor, por la idea de ser inadecuadamente infiel. Con la mano sobre un pecho de ella, recordó que en *Una muerte feliz*, de Albert Camus, el protagonista, Mersault, se admiraba de la capacidad femenina para introducir en su cuerpo una porción grande de un extraño. Era necesario conocer un cuerpo para tener intimidad, conocer su olor, su tacto, su sabor, antes de la unión total... Él miró su pantalón pero no encontró ni rastros de elevación que pudiera demostrar interés por esa mujer que estaba a su lado. Deslizó la mano desde el pecho de la mujer hasta ponerla entre las piernas; los dedos alisaron el vello del pubis y penetraron hasta que el índice encontró los suaves pliegues húmedos. Ella cambió de posición y volvió a mirar el perchero. Los dedos de él seguían

moviéndose lentamente. Después de unos minutos, ella, aún con los ojos abiertos, lanzó un gemido. De repente arqueó la espalda y permaneció temblando, alzada de la sábana por lo que pareció mucho tiempo; los músculos de los muslos se endurecieron y él retiró la mano cuando ya parecía que sus nudillos iban a quebrarse.

Ella se relajó. Después de un silencio interminable, retiró el brazo que tenía bajo la cabeza de ella y se levantó de la cama. Se sentía torpe, clínico en su frialdad; ella había recibido un servicio técnico. Podía sentir su mirada en la espalda.

—¿Estás molesto porque yo...?

—No —dijo él—. Voy a lavarme las manos.

Cuando se puso el impermeable, ella ya estaba dormida. Mientras levantaba la ropa de cama para taparla mejor, se oyó una ráfaga de ametralladora que llenaba la noche. La siguió otra y luego el estampido de cuatro disparos de calibre grueso.

El ruido llegaba de cerca y tuvo miedo. Sería peligroso andar por las calles y no sólo a causa del tiroteo. Seguramente éste había atraído la presencia de muchos efectivos policiales y no convenía ser detenido a esa hora de la noche. Se preguntó qué habría ocurrido. Debían haber allanado algún lugar donde había sospechosos políticos. La policía habría sido recibida a balazos porque morir era mejor que ser apresado por el nuevo gobierno militar. También podría haberse tratado de una emboscada de la guerrilla contra un automóvil de la policía; o un par de hombres uniformados muertos por ser centinelas de los tiranos, muertos tal vez a manos de los que deseaban ser déspotas. El miedo se disipó y fue reemplazado por una sensación de vacío, una depresión profunda producida por una pena de la que no acertaba el origen.

Ironizó su propia debilidad sentimental. Acababa de tapar bien a la viuda de un militante político y sentía pena por las presuntas víctimas de un tiroteo. Las muertes deberían haberlo enfurecido, no puesto melancólico. Pero la furia no era una de sus emociones... Por eso estaba en el medio; en el medio del lío, como había dicho María Eugenia.

El conflicto civil nació de la rivalidad política, pero más aún se originó en las emociones personales que eran invocadas como motivos de venganza. Algún individuo se lanzaba a vengar a un militante hecho pedazos por una granada; un oficial decidía vengar a un colega que había sido blanco de otra venganza. Aumentaban las víctimas; los jefes de los grupos rivales asumían la responsabilidad de los desmanes y ordenaban escaladas terroristas como forma de

mantener su autoridad y de tratar de ganar adeptos entre los vacilantes. Así el conflicto avanzaba hacia la guerra.

Las ametralladoras dispararon nuevamente; el sonido tuvo ecos en la noche y él imaginó las detonaciones elevándose en el aire como espirales de humo en el cielo otoñal. Después de un lapso de disparos nutridos, tal vez tanto como un minuto, las sirenas reemplazaron a las balas. Ése era el sonido de Buenos Aires, el sonido de la lucha: una música en la que las balas proporcionaban la percusión y las sirenas, el órgano de la marcha fúnebre en la ciudad.

María Eugenia ni se movió. Él apagó la luz y salió de la habitación. En la esquina de la estación había grupos de trasnochadores mirando por la avenida, hacia el lugar de donde provenía el ruido de los tiros. A eso de un kilómetro de distancia, en Plaza Francia, la avenida estaba cortada por patrulleros con luces intermitentes.

Se fue a tomar el tren.

En el bolsillo tenía un grueso fajo de billetes de cien mil pesos para el pasaje de ella. Sentía el alivio de haber evitado la complicada maraña necesaria para obtener un documento falso. Caminó desde la estación hasta el hotel. Con la cabeza baja para esquivar el viento frío de la media mañana, como si se fuera mirando los pensamientos en la acera, entró en el hotel.

Una mano enorme saltó de un puño negro y lo tomó del frente de la camisa.

—¿Cómo entró? —le preguntó la cara que asomaba del traje negro.

—Por la puerta —balbuceó él

El apretón se aflojó; la mano temblaba. Era el gerente del hotel, que había sido advertido por el sereno de que esperara al visitante de la noche anterior. Dos policías habían estado en la puerta desde entonces. Si en ese momento no había nadie sería seguramente porque habrían ido a tomar un café; en realidad no podían andar muy lejos porque tenían que esperar al inspector.

A la madrugada había habido un tiroteo entre guerrilleros y policías en otro hotel. Habían muerto unos guerrilleros y un policía fue decapitado por una ráfaga de ametralladora. La policía registró todos los hoteles alojamientos de la zona. El sereno avisó a las parejas que se fueran, pero la chica del cuarto 23 se había quedado. Cuando un cabo consiguió abrir la puerta de la habitación, ella le

descerrajó un balazo entre los ojos e hirió a dos policías de civil; ellos le dispararon como cien balas al cuerpo.

El gerente del hotel lo tomó de un brazo:

—No sé, pero pienso que era algo de política. Yo no diría nada. Sería malo para los negocios. Págueme por el cuarto y váyase. No querrá verse metido en medio de este lío.

8

La vergüenza y la ira

Por la noche llegó hasta el *Buenos Aires Herald* la madre. Había buscado ayuda para hallar el cuerpo de su hija en muchos lugares. Visitó comisarías, juzgados, hospitales; acudió a amistades con influencia y finalmente recorrió las redacciones de los diarios. Los secretarios de redacción de la ciudad le habían dicho con franqueza que no podían hacer nada y que se diera una vuelta por el diario inglés (diario en realidad de capitales norteamericanos), el de menos tirada de la ciudad. Se sabía que los *ingleses* se arriesgaban y eran medio locos, le dijeron. Se sospechaba que tenían protección de las embajadas británica y norteamericana: como si las embajadas sirvieran para proteger algo, o a alguien. En eso sólo creían los argentinos. Todo argumento parecía sólido cuando era necesario sacarse la responsabilidad en épocas de crisis. A la madre le habían dicho que el *Herald* era el único diario que informaría sobre la desaparición de su hija. La publicidad podría ayudarla al volver a recorrer las comisarías, cuarteles y juzgados a los que había acudido en su infructuoso peregrinaje.

Le habían avisado por teléfono, en forma anónima, del arresto de su hija, un teléfono no muy lejano del lugar donde había sido detenida. El que llamó quiso estar seguro de la persona con quien hablaba, se disculpó por no presentarse y describió cómo y dónde habían detenido a la joven. Pero no había sido detenida. María Eugenia ya no vivía, el cuerpo no existía. A las madres no se les decía eso.

La madre era bajita, regordeta, con el cabello algo canoso y un

rostro de expresión tierna, como el de esas madres que imaginan los hombres y las mujeres cuando sus mentes vuelan hacia ese refugio que son los padres que abandonaron hace mucho tiempo.

La mano era floja y seca cuando la estreché, invitándola cortésmente a entrar en la redacción de la calle Azopardo. Se dejó caer sobre una silla con un suspiro de cansancio.

—Soy la madre de una persona que ha desaparecido, así que escúcheme, por favor.

Se disculpó por haber venido. Sólo pedía algunos consejos de guía, no pedía ayuda.

—Me dijeron que en este diario publicarían algo sobre lo que le ocurrió a mi hija.

Hizo una pausa y me observó; desvié la mirada.

—No quiero que publiquen nada por ahora... Quiero que me ayuden a encontrarla.

Le dije que ya me habían avisado que vendría. No era cierto, pero al menos le dio la impresión, aunque fuera poca cosa, de que alguien en otra redacción se había preocupado por ella mientras venía caminando desde otro diario, cruzando la Plaza de Mayo y a lo largo de Paseo Colón desde la Casa Rosada.

Un muchacho de la oficina le trajo una taza de té que ella casi no dejó llegar al escritorio antes de llevársela a los labios.

—Cuando me senté acá pensé que había venido para conversar con gente amiga, agradable y recibiría un poco de consuelo. El hecho de que me hayan invitado a entrar ya los convierte en gente buena.

Miré el reloj y me pregunté cuánto tiempo se quedaría. La consideración humanitaria y las obligaciones de la redacción estaban en conflicto.

Su marido estaba con sedantes desde que habían recibido la noticia. No habían visto a la hija durante meses y no sabían qué le había ocurrido al yerno, un ingeniero; él había arrastrado a su mujer a la política. Aspiró por la nariz ante la amenaza de lágrimas y abrió la cartera; pero en lugar de un pañuelo sacó un papel arrugado con la lista de personas, lugares y direcciones a los que había recurrido tratando de averiguar dónde estaba el cuerpo de su hija.

Suspiraba profundamente a intervalos regulares, preguntándose en voz alta por qué la gente era tan cruel como para decidir que ella no pudiera averiguar el paradero de su hija.

—Cuando yo era joven, la policía torturaba y mataba. Pero se

trataba de una o dos personas y la gente no se preocupaba porque se sabía que pasaba algo raro... Esas personas estaban metidas en algo... eran delincuentes o anarquistas... Pero ahora se llevan a la gente por docenas, o por cientos... Hoy me dijeron (supongo que usted lo sabe) que la semana pasada entraron a Tribunales más de doscientos pedidos de hábeas corpus... más de doscientos en una semana, y eso solamente en Tribunales, que cubre sólo una pequeña parte de la Capital Federal... Y las autoridades militares y la policía siempre contestan lo mismo: "Esa persona no está detenida; no está registrada su detención en esta jurisdicción...".

—"No tengo una fotografía, pero si usted la conociera... le encantaría. Usted dirá que es la madre quien lo dice, pero es tan linda, tierna; es una chica tan encantadora. Y siempre fue muy compañera conmigo."

Pensé en un personaje de Arthur Koestler que decía que los defectos de la izquierda se veían en la fealdad de sus mujeres; pero eso no podía aplicarse a muchas jóvenes de lo que fue en una época el izquierdismo vernáculo, no dialéctico, de moda. Parecía atraer a mujeres muy atractivas.

La señora continuaba elogiando a su hija, derrotando con su persistencia mis esfuerzos por interrumpirla. Por fin me abrí paso en el monólogo observando que algo se debería hacer para conseguir información. Después de dos minutos de silencio incómodo, empezamos a discutir la posibilidad de publicar algo. "La señora 'X' denunció ayer que según un informante anónimo, su hija..."

Podía pagar un aviso destacado en otros diarios. Hubo otra pausa para pensar y nació una idea, una que aún no había sido puesta a prueba. La señora tendría que visitar a algún alto dignatario de la Iglesia Católica que podría tener contactos con el Ejército. La Iglesia Católica tendría que intervenir en favor de una judía; nos reímos por primera vez. Anotó el nombre de un jesuita español que estaba de visita en el país y podría ayudar sin hacer demasiadas preguntas; sería peligroso comprometer a los jesuitas locales o a los padres pasionistas irlandeses, que estaban siendo acusados, en forma anónima, de favorecer a la izquierda; acusación peligrosa, mendaz e innecesaria. La señora agradeció el té y se fue.

Parecía más decidida que la mayoría de las personas que venían al diario y cuyo número aumentaba día a día. Me pregunté si la perseverancia para averiguar el paradero del cuerpo de su hija llegaría a tener éxito.

Inmediatamente después del golpe del 24 de marzo de 1976 hubo una corriente ininterrumpida de personas que venían a la redacción a diario a informar del secuestro de familiares por las fuerzas de seguridad. Parecía que la venganza no tenía límites contra aquellos que habían sido identificados con la izquierda en los cuatro años anteriores de inestabilidad política, ya fueran militantes o simpatizantes. Las esposas (las viudas, en realidad) decían que sus maridos, atrapados en sus departamentos, habían sido arrojados por las ventanas para matarlos. Otros habían sido golpeados hasta dejarlos inconscientes, en la calle, frente a sus hogares, antes de llevarlos. Los hijos y las esposas (cuando no se llevaban a todos) eran obligados a contemplar el tormento del hombre que amaban mientras sus casas eran sistemáticamente saqueadas, incendiadas, algunas veces. A una casa los invasores habían llegado con un camión para llevarse todo; desde el contenido del botiquín del baño hasta el lavarropas. Algunas criaturas eran llevadas con sus padres y desaparecían; a otras las dejaban en la calle con un cartón colgando de un alambre alrededor del cuello, con el nombre y la dirección.

Algunas mujeres rompían a llorar mientras hablaban de sus hombres o de sus hijos, algunos padres hacían introducciones elegantes como si para ellos fuera algo inferior pedir ayuda. Decían que su posición política no tenía nada que ver con la de sus hijos y trataban de demostrar una aflicción un poco indiferente por la situación de "ellos". Un hombre llegó un mediodía a la redacción con una copia de un pedido de hábeas corpus y preguntó si podía ser publicado y, en el caso de que así fuera, que se omitiera su dirección. Volvió tres horas más tarde pidiendo que no se publicara nada. "Hice todo lo que pude por mi hijo; él tiene edad suficiente para saber en qué se metía". No hubo manera de convencerlo de que a lo mejor el joven no se había metido en nada. Se fue con lágrimas en los ojos pero diciendo que no debíamos publicitar su caso: tenía un empleo que cuidar y no quería problemas.

El director (Robert Cox) se enfureció. ¿Cómo podían abandonar a sus propios hijos? ¿Cómo podían olvidarlos como a un paraguas en un tren o perderlos como a un perro en la calle? Pero era el único que se enfadaba. En realidad, casi todos los directores de publicaciones lo despreciaban a Cox por arriesgar su diario por la causa de los derechos del individuo y las costumbres civilizadas. Le decían (a Cox) que las Fuerzas Armadas estaban usando simplemente los métodos necesarios para liberar al país de la

amenaza de la izquierda. "¿Recuerdan a Argelia? —preguntaban—. Bueno, éstos son métodos argelinos."

El comandante del primer cuerpo de Ejército de Buenos Aires (un general llamado Guillermo Suárez Mason), demostró una inmensa comprensión por los hombres y mujeres que llegaban todas las mañanas a los cuarteles de Palermo a rogar que los ayudaran a encontrar a sus cónyuges y a sus hijos. Pero la noche anterior él mismo había dado la orden, él mismo había organizado y él mismo había dirigido los allanamientos en los que esas personas habían desaparecido. Invocando el comando de sus hombres, un general del Ejército Argentino disfrutaba del placer de la ejecución de sus órdenes; seguidas de la negativa de responsabilidad al día siguiente.

El comandante del cuerpo de Ejército en Córdoba (Luciano Benjamín Menéndez), que tenía autoridad sobre gran parte del centro de la Argentina, soltó una carcajada en la cara de los padres que rogaban información. La Armada (comandada por Emilio Eduardo Massera), en su Escuela de Mecánica, experimentaba con los métodos más terribles de tortura para medir la resistencia de los prisioneros, y hacía correr el rumor de que usaban sierras para amputar los miembros de sus víctimas.

Cada día debatíamos sobre cómo informar cada noticia de ofensa al ser humano; en cada edición nos animábamos a publicar apenas una fracción de lo que nos contaban. Los egocéntricos como yo, con fantasías medievales, imaginábamos situaciones similares a las de matar a los monstruos y salvar a las bellas doncellas. Pero las fantasías, la ira, la angustia y la indagación no alcanzaban a expresar nuestra vergüenza por la falta de denuncias. La frustración conducía a aumentar la ingestión de café bien negro y copas de coñac (*Reserva San Juan*), solo o acompañado, en el bar de la esquina. En *El Nido* nos fiaban y así hacían que nuestra concurrencia fuera fiel.

El diario *Buenos Aires Herald* decidió hacer averiguaciones en el departamento central de policía de La Plata porque esa repartición cubría una zona muy amplia de la provincia, en la que habían desaparecido varias docenas de personas. Yo había sido alumno del colegio industrial de La Plata en 1957; en esos tiempos adolescentes pensaba que habría de tener un gran futuro en la carrera técnica. No recuerdo haber aprendido nada ni haber aprobado un solo examen, pero gocé mucho de ese año. Faltaba a clase para pasar horas en el Museo de Historia Natural o

probando una pistola 22 matagatos casera, con compañeros de *rabona*, tirando contra gorriones en el zoológico o remando en el lago cerca del museo.

Ésa era la ciudad de La Plata que yo había gozado; una capital de provincia cuyos detractores afirmaban que estaba poblada de abogados, estudiantes y prostitutas. En los tres años de divisiones políticas hasta 1976, la ciudad se había convertido en campo de batalla. Ahora, en 1976, tenía un aspecto siniestro, aunque sólo fuera un agregado de mi imaginación a las calles empedradas por donde había viajado en tranvía al colegio industrial.

Alrededor del edificio del departamento de la jefatura de policía había puestos de centinelas en cada esquina, y había parapetos de cemento que ocultaban las ventanas de la planta baja; la gran entrada, sobre la amplia escalinata, estaba reducida a un pasillo marcado por dos rieles que ayudaban a controlar el acceso. Tuve que declarar que quería información para un artículo en homenaje a los policías muertos en combate con los guerrilleros para que el guardia de la puerta principal llamara a la oficina de prensa. Me palparon de armas allí y a la entrada y salida de los ascensores. La barba me convertía (a los 32 años) en sospechoso y se mostraron muy reticentes en cada respuesta. Hasta el eficiente joven oficial a cargo de las relaciones públicas fue muy parco. Cuando detrás de mí se cerró la puerta de la oficina del jefe de turno solicité detalles de las muertes, tanto de los policías como de los otros. Pregunté también por los detenidos por causas políticas.

El jefe me entregó una lista, escrita a máquina, de las víctimas de la policía (muertos y heridos), con nombre, edad y número de hombres a su cargo; luego puso sobre el escritorio un fajo de informes policiales diarios y me dijo que tenía diez minutos para mirarlos. Había muy pocos nombres. Algunos me eran conocidos, pero los pocos que estaban identificados eran de delincuentes comunes. Los restantes estaban muertos y sólo decía "NN" en el lugar de la idenficación.

Me interrogó acerca de mis motivos y fui censurado por mi interés en los subversivos muertos.

—¿Para qué va a escribir sobre ésos? ¿A quién le interesa? Son basura, mejor olvidarlos.

En los días siguientes viajamos a tantas ciudades que tuvieran comandos policiales regionales como nos fue posible. Quilmes, Pilar, Campana, Chascomús, Madariaga, Mar del Plata... Algunos eran pueblos desconocidos, otros, lugares por donde había estado

hacía poco; otros eran solamente recuerdos de la infancia, cuando mis padres me habían llevado a visitar a pobladores ingleses o escoceses, familias de ferroviarios o granjeros, todos parte de la legión de "tíos" y "tías" que los niños adquieren entre las amistades de los adultos. Casi todos habían muerto, algunos se habían mudado, pero ellos ya no me preocupaban.

Mi primer motivo de preocupación era localizar a las personas "desaparecidas". Es difícil explicar a esta distancia la urgencia, el apuro, que nos impulsaba. Temíamos (Cox y yo) que si no los encontrábamos ya no serían siquiera nombres. Era prioritario descubrir dónde estaban, cuántos habían muerto; era urgente registrar los muertos y los desaparecidos, había una necesidad de hallar caras, destinos, apellidos, edades... antes de que el terror, el miedo, borrara todo rastro de ellos. Viajábamos en tren, en ómnibus; iba solo o con el director en su automóvil; encontramos a otros que hicieran las averiguaciones por nosotros. Las agencias internacionales de noticias como *Associated Press, United Press International, Reuter*, tenían sus propias "planillas" de registro. Comparábamos las nuestras con las de ellos; ellos leían las nuestras. En aquel primer mes de inquietud después del golpe militar, ese tipo de investigación aún no era muy peligroso. La información de ese primer mes era vital.

Cuando ya no pudimos seguir adelante, nos dirigimos a la Iglesia Católica.

Llamé a un sacerdote de una parroquia en los suburbios del Oeste de Buenos Aires y le pedí una entrevista. Hacía tiempo que nos conocíamos y había cierto grado de confianza entre nosotros.

Me esperaba en el portón de alambre tejido que daba a un jardincito lleno de malezas. Las calles hasta allí estaban llenas de baches, eran zonas fabriles y de obreros, donde se arrojaban a las calles los residuos de las pequeñas industrias: así es el cinturón industrial que rodea a la ciudad desde los últimos años de la década del 40.

—Buenos días, Padre —saludé, después que él se despidió de dos vecinos que se habían detenido a comentar los acontecimientos en la parroquia. Nos estrechamos las manos y nos abrazamos. Usaba un cuello sacerdotal como símbolo. Durante muchos meses lo había usado únicamente con la sotana para celebrar la misa; ahora le parecía más seguro identificar su investidura con el uniforme reconocido. Había sido miembro del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, mermado por una sucesión de

asesinatos cometidos por bandas empleadas por la política de la intolerancia que se oponía al debate sobre la justicia social dentro de la Iglesia. El movimiento tercermundista había sido iniciado por dieciocho obispos en Medellín en 1967.

Éramos amigos, bueno, conocidos, por lo menos así lo creía yo. Había estado un par de veces en la CGT de los Argentinos, en Paseo Colón al 700. No nos veíamos con frecuencia pero podíamos conversar, a veces almorzábamos juntos; él me enviaba algunas personas a quienes pensaba que yo podía ayudar, y yo le enviaba otras. Una vez me había dicho francamente que yo era un "alma perdida". Su religión le permitía discutir con los miembros irracionales de su Iglesia, con los extremistas y con los ateos. Pero la discusión no resultaba fácil con un "anglicano" protestante vuelto agnóstico, que decía respetar al catolicismo y se había casado con una judía. Él veía como un desafío la comunicación con aquel liberal ecléctico.

En su oficina me ofreció vino y el ama de llaves nos sirvió dos grandes sandwiches "especiales" de queso. Cuando le pedí que me ayudara a encontrar personas "desaparecidas", me dio unos cuantos nombres y números para agregar a la lista creciente del diario.

—¿El secreto es tan grande que nadie puede ser hallado, Padre?

—No es tanto el misterio como el miedo. Sabemos algunas cosas. Hay un sacerdote cerca de aquí que ha confesado a gente antes de su ejecución. Hay otro en Córdoba. Pero si tratara de interrogar al que vive acá, me acusaría ante el clero de mal católico y mal sacerdote. Ellos están convencidos de que salvan las almas de herejes marxistas. ¿Identificarías a las seccionales de policía que te han proporcionado nombres y cifras?

Negué.

—Hasta intenté convencer al capellán de las Fuerzas Armadas (Monseñor Bonamín). Como amigo que soy —agregué.

—¡Amigo tuyo! ¡Ese maldito reaccionario! ¿Qué te dijo?

—Me dijo menos que los policías, menos que usted, Padre. Ni siquiera una palabra de consuelo. Sólo me dijo que ésta era una cruzada contra el mal y que yo debería rezar por la victoria de la gente bien.

Me sentí molesto. Expliqué:

—Él me ayudó en el trámite de excepción del servicio militar cuando murió mi padre... Ahora tuve que ir a verlo para pedirle ayuda, era el único conocido de esa jerarquía.

—Está bien, no te disculpes tanto. ¿Siempre te disculpas tanto?

—dijo el sacerdote—. Es interesante. Te ayudó, siendo tú protestante...

—Sí.

—Creyó que podría convertirte. Y te casaste con una judía...

Emitió una tosecita y luego se sacudió por unos momentos riendo en silencio. El obispo capellán y yo nos habíamos enviado postales de Navidad durante varios años. Lo había visitado una vez por año y le había enviado un ejemplar de uno de mis libros. En dos sermones recientes había dicho que la Argentina estaba lavándose en la sangre vertida por las Fuerzas Armadas.

—La maldad del obispo y mi hipocresía aseguran que los dos sirvamos de asado en el infierno. Su Dios se asegurará de eso, Padre —dije.

—También es tu Dios, no es de nadie en particular. Ven...

Me condujo por un corredor que tenía percheros a lo largo de las paredes de ladrillos sin revocar. Entramos a la iglesia vacía por detrás de un austero altar; los símbolos de mal gusto que hacen a la religión, los adornos metálicos brillosos y las imágenes de yeso de muñecas sufrientes (quizás sufrían por ser de yeso) estaban en los rincones y en los vitrales alrededor del altar. Dos ventanales bajos del piso superior de la iglesia dejaban entrar luz suficiente para leer sólo en la hora más luminosa del día.

El cura se arrodilló en la primera fila frente al altar, invitándome a arrodillarme a su lado. La iglesia estaba vacía; ni Dios estaba ahí, desalojado por no haber dado respuesta a demasiadas preguntas.

—Dios no está aquí, Padre.

—Háblale y tal vez Él te escuche.

El sacerdote comenzó a rezar una oración al Señor mientras yo miraba a mi alrededor.

—Oh, Señor, Te pedimos que nos ayudes en nuestra búsqueda de los desaparecidos. Concédenos el beneficio de sobrevivir para ayudarlos. Ayuda a mi hermano a recopilar la lista de nombres de manera que nuestros hijos y los de ellos no olviden...

Me puse de pie.

—Dios no puede darnos eso, Padre. Eso es trampa.

—Arrodíllate y reza —me ordenó.

—¿Para quién? ¿A quién?

—Reza conmigo, por favor —dijo.

Me negué.

—Dios no va a ayudarnos ahora. Está ayudando al otro lado. No tenemos ninguna posibilidad.

Había empezado mi protesta en voz baja. Pero estábamos en una iglesia y tenía miedo a algo Superior y mi voz crecía hasta ser un grito, y mis mejillas se cubrieron de lágrimas. El sacerdote se puso de pie y me abrazó. Me frotó la espalda con una mano; luego apretó el abrazo. Era más bajo que yo y el abrazo fue torpe.

—Dios te ayudará, ya verás.

Me llevó al exterior de la iglesia, miró al cielo, y luego regresamos a su escritorio. Tomé de un trago el vino que me sirvió y pedí disculpas varias veces. Si tuviera que describir la escena, la llamaría conmovedora, aun cuando yo sabía que mi comienzo de llanto era histérico, que era sólo la expresión de mi incapacidad para superar la frustración y el miedo. Me fui enseguida.

El sacerdote fue asesinado un tiempo después. Lo sacaron a la rastra de la cama, en ropa interior, y lo mataron en un terreno frente a la iglesia. Fuentes del gobierno hicieron saber que se sospechaba que era consejero de izquierdistas y que como miembro del Movimiento Tercermundista había ayudado a la guerrilla, predicando la subversión. La muerte, cualquiera sea la forma en que se produzca, carece de dignidad; pero la falta de dignidad parece acentuarse cuando se muere en ropa interior en un terreno lleno de latas oxidadas, hojas muertas y basura.

"Oh, Señor, danos el beneficio de sobrevivir..."

9

Publiquen y aténganse a las consecuencias*

Mayo de 1976

Se hablaba sobre los desaparecidos. El número era cada vez más alarmante.

—¿Vas a dar la información de que ayer se llevaron a Haroldo Conti?

La pregunta me fue dirigida por uno del grupo (Rogelio García Lupo). Éramos unos veinte que nos encontrábamos una vez por semana para almorzar (la mesa de los martes). La mayoría eran auténticos periodistas, unos pocos eran alcahuetes que informaban nuestras conversaciones a los servicios militares, y tres eran miembros del gobierno militar que ya llevaba seis semanas en funciones.

No se trataba de una pregunta inocente sino de un desafío. También era una manera de anunciar el secuestro. Esperaban la respuesta sabiendo que el *Herald* era el único diario de Buenos Aires que publicaría algo así. Eran profesionales irritados por la audacia del *Herald* convencidos de que trabajábamos para los intereses de alguna potencia extranjera desconocida pero con influencia. Admiraban públicamente nuestro estilo y en privado lo despreciaban. O tal vez era al revés. No importaba; de cualquier modo no teníamos su apoyo cuando lo necesitábamos, pero escuchábamos sus ruegos cuando necesitaban al *Herald*.

* Traducción libre del inglés: *Publish and be Damned*, frase atribuida al Duque de Wellington (1769-1852) como reacción a un intento de chantaje.

El camarero trajo una botella de vino tinto. Yo pedí bife con ensalada mixta, como siempre.

—Vamos, *inglés*... ¿Vas a decir algo sobre Haroldo?

Rogelio "Pájaro" García Lupo, un amigo muy querido requería urgente decisión, había lanzado el reto en primer término. Políticamente nos separaban un millón de kilómetros de distancia. Yo era un liberal débil; él, un nacionalista por propia definición. Yo prefería llamarlo liberal nacionalista para no tener que incluirlo a él, un amigo, en la amplísima generalización hecha por Jorge Luis Borges de que no existía algo así como el nacionalismo racional. García Lupo me había retrucado diciendo que no existía algo así como un Borges racional.

Pero Haroldo Conti era nuestro compañero o por lo menos eso decíamos todos los que queríamos compartir la fama a su sombra.

Yo dudé.

Ni sabía que Conti había sido secuestrado. Era una vergüenza para mí. A los periodistas no les gusta admitir que no están enterados de un acontecimiento.

Pero era más expeditivo profesionalmente evitar la hipocresía usual. Reconocer que se tenía la información respecto de algún desaparecido despertaba sospechas acerca de la fuente de información o sobre contactos especiales.

Había visto por última vez al novelista Haroldo Conti en febrero, un mes antes del golpe, en las oficinas de la revista literaria *Crisis*, a cuyos editores Conti recriminaba por rehusarse a publicar un artículo de fuerte contenido político. Su compañera, Marta Acuña, varios años menor que él, tenía un embarazo avanzado.

Alguien relató que ella y su niño estaban durmiendo cuando allanaron el departamento en las primeras horas del miércoles; otros dijeron que ella no estaba allí.

Había otro hombre con Conti en el departamento. García Lupo dijo que el otro era el hombre que buscaban los que allanaron, porque pertenecía al Ejército Revolucionario del Pueblo. De varias gargantas salió un "Ah", que significaba que entonces se aceptaba el hecho. Haroldo Conti no podía esperar otro desenlace, si albergaba a extremistas marxistas. Y así se aliviaba el momentáneo escozor de la conciencia. Era conocida la simpatía de Conti por el ERP, ya que la había manifestado en varias publicaciones. Eso de ninguna manera podía justificar que apresaran durante la noche a uno de los mejores novelistas de la Argentina y América Latina; pero con él había estado el otro, un miembro de la organización terrorista, y eso ya explicaba el incidente.

García Lupo se dirigió al director de prensa de la presidencia, Carlos Corti, un ex piloto naval que como oficial de enlace había estado comprometido en la conspiración que condujo al golpe de estado de marzo de 1976. El oficial se había infiltrado en los círculos periodísticos y había sembrado la desinformación. Se le dijo que los que invadieron el departamento de Conti lo habían saqueado.

—Hasta se llevaron la parrilla que tenía en el balcón.

El oficial de la prensa del gobierno prometió que investigaría el caso cuando volviera a su despacho. Yo me preguntaba si nos animaríamos a publicar algo de todo esto. Seguí haciendo preguntas pero no hubo más respuestas. Nadie sabía nada más.

Varios se dirigieron al director de prensa:

—Realmente, esta vez ustedes han metido la pata. Cómo se les ocurrió secuestrar a alguien como Conti. Toda la solidaridad internacional caerá sobre las espaldas de ustedes. Dentro de unas horas Sartre, García Márquez, Amnesty International... inundarán Buenos Aires con mensajes de protesta.

El director de prensa pareció un poco alterado.

Haroldo Conti, con poco más de cincuenta años, era un escritor conocido, con premios obtenidos en la Argentina, México, Cuba y España. Era discutido, despreciado por el *establishment* debido a sus simpatías políticas, pero tenía renombre internacional. El director de prensa repitió que haría todo lo posible para averiguar lo que había pasado. Le creímos. Nuestra capacidad de sorpresa aún no estaba saturada.

Me miró:

—Está prohibida la publicación de estas cosas, ¿sabés, no?

Yo dudé entre hacer un gesto de asentimiento o no; si lo hacía frente a tantos testigos, más tarde no tendría excusas, así que sólo levanté las cejas. Era un gesto sin significado, pero el periodismo como la política está lleno de gestos vacíos: excusas privadas de la impotencia pública. Después, mientras tratara de escribir algo sobre el secuestro de Haroldo Conti, podría decirme a mí mismo que nunca había asentido a la toma de conocimiento de que tal publicación estaba prohibida por reglamentos militares. Era como hacer una promesa con los dedos cruzados; el acto no tenía más valor que la justificación personal.

El jefe de prensa no quedó satisfecho con la elevación de mis cejas.

—Ninguna de estas cosas debe publicarse. *Publiquen y aténganse* a las consecuencias —advirtió el capitán Corti.

Era una amenaza y había que tomarla así. El problema con las amenazas es que resultan humillantes.

—Creo que voy a informar lo que pasó con Haroldo —declaré y me fui.

El ex piloto naval me miró con fastidio. Levantó la mano agitando el tenedor entre el pulgar y el índice en un gesto que decía "¡Ya vas a ver!". Proclamó que había evitado la clausura del *Buenos Aires Herald* cuando informamos sobre el allanamiento de la editorial *Siglo XXI*, el 2 de abril, y cuando mencionamos el hecho de que los oficiales de seguridad habían robado efectivo en moneda extranjera. Él nos había defendido, dijo.

Le agradecí su intervención. Corti cambió la voz para advertir que el gobierno militar no se preocupaba por su imagen en el exterior; después de todo, ¿acaso un joven corresponsal suizo de *Der Bund* no había sido arrestado el 19 de abril por haber entrevistado a los refugiados chilenos? ¿Acaso no se lo expulsó del país unos días después?

Sin embargo, nada habían hecho en contra de nosotros...

Le agradecí nuevamente; pero él no se había aplacado. ¿Creía el *Herald* que merecía tratamiento especial?, se burló.

Unos días antes me había llamado, cortésmente, y me entregó un papel sin membrete ni firma (para disimular así el hecho de que era una notificación de la censura oficial) que decía: "A partir de la fecha, 22/4/76, queda prohibido informar, comentar o hacer referencia a temas relativos a hechos subversivos, aparición de cadáveres y muerte de elementos subversivos y/o de integrantes de las Fuerzas Armadas o de seguridad por estos hechos, a menos que sea informado por fuente oficial responsable. Incluye a secuestrados o desaparecidos".

En lugar de aceptar esa nota como algo lícito en la lucha antiterrorista, el *Herald* la publicó como una tira a lo ancho de la primera plana. Hubo un solo diario además del *Buenos Aires Herald* que mencionó pero no reprodujo la nota. El oficial naval declaró que había pasado el fin de semana, después de esa publicación, tratando de convencer a sus superiores en la Secretaría de Información Pública de que no cerraran el diario que se publicaba en inglés.

Recuerdo aquel día.

—El diario *Clarín* empleó una página entera para informar a sus lectores de que en la Argentina no existían restricciones para la prensa —dije.

Había sido muy irritante que *Clarín* publicara ese artículo. No se podía criticar al diario porque ya había sido blanco del terror: en setiembre de 1973 había sido invadido por una patota sindical que había tirado bombas de nafta en las oficinas y, entre otros resultados, uno de sus redactores estaba aún en tratamiento psiquiátrico tres años después. La cuestión de la libertad de prensa perdía perfil en estas situaciones. Los principios tienen corta vida en estas circunstancias.

El jefe de prensa estaba indignado:

—No hay censura.

La tensión producida por su disgusto se rompió cuando hizo este anuncio: muchos hombres rieron. Como suele ocurrir, ante la declaración solemne y de enfado, resultaron muy cómicas sus palabras y su fastidio. Cuando se calmaron las risas, él también sonrió como admitiendo que había cometido un exabrupto. Se cambió de tema, y cuando terminamos de almorzar, nos separamos en los términos amistosos de siempre.

La censura, sin legislación que la rigiera, se extendía. La inmoralidad de la autocensura se volvía menos reprensible a medida que aumentaba el número de periodistas muertos. Los diarios no informaban sobre arrestos, muertes ni desapariciones.

La prensa había elogiado la quemazón de libros dirigida por un comandante del regimiento de paracaidistas en la ciudad de Córdoba. (Cuando el 29 de abril fueron confiscadas varias toneladas de libros obscenos, pornográficos y políticos de las librerías y hogares de Córdoba, pareció desatarse una histeria piromaníaca. Familias asustadas quemaban los libros que poseían y que podían contener alguna traza de izquierdismo. Hugo Camaño, un poeta amigo que venía a menudo a compartir un café en casa, había estado ausente toda la semana. Cuando volvió a su casa encontró a su mujer llorosa y disculpándose... Me vino a ver. Con cierta incomodidad en la voz me pidió que le devolviera dos ejemplares de su poesía que me había dedicado. Su esposa, presa del pánico, había quemado muchos libros, incluidos los de su marido. Con una ceremonia le endosé sus libros.)

Por aquella época estábamos haciendo tardías averiguaciones sobre la detención del novelista Antonio Di Benedetto, apresado en Mendoza inmediatamente después del golpe de marzo. Las traducciones de sus libros eran muy conocidas en Alemania Occidental, pero en la Argentina su estilo tortuoso no lo había hecho popular. Había sido corresponsal de *La Prensa* y subdirector del diario *Los*

Andes, en Mendoza. Su arresto había sido una sorpresa en los círculos literarios; políticamente era un reaccionario confeso. Nuestras investigaciones encontraron respuesta en el centro argentino del PEN Club (Poetas, Ensayistas, Novelistas), la asociación de escritores. Uno de los miembros del comité ejecutivo, Alicia Jurado, nos informó, solicitando la más estricta reserva, que habían descubierto que Di Benedetto era el ideólogo de una red de la guerrilla que operaba en la Región Cuyo. Por otra parte, un amigo había atribuido la detención a una querella privada con el jefe de la policía mendocina, que había hallado la oportunidad de saldar una vieja cuenta con el escritor acusándolo de izquierdista en las primeras horas del golpe. Era difícil librarse de las etiquetas. (Lo liberaron dieciocho meses después, sin cargos ni juicio. Sara Gallardo fue su anfitrión en Barcelona, cuando Di Benedetto estaba deshecho y cuando sólo le interesaba la bebida como entretenimiento.)

La censura, en su sentido más amplio, adoptaba muchísimas formas.

En junio de 1973, horas después de que un tiroteo señalara el retorno de Perón a la Argentina de su exilio en España, un hombre en la puerta del Ministerio de Bienestar Social alardeaba de que él, con otros, les había dado una lección a los marxistas que habían ido a recibir a Perón, matando a muchos de ellos. Habían colgado de los árboles a sus enemigos y atravesado sus cuerpos con largas y afiladas varas de tacuara. Los habían golpeado con cadenas y pateado en los testículos hasta convertirlos en pulpas sangrientas. *La Prensa* identificó al que alardeaba de esas hazañas como el jefe de protocolo de la Municipalidad de Buenos Aires. El *Buenos Aires Herald* también publicó la información. Al día siguiente el hombre negó los cargos y nos amenazó con tomar acción por medio del gobierno. Publicamos una rectificación a dos columnas y yo me arrastré hasta la Municipalidad para ofrecer mis disculpas personales. Unos meses más tarde en La Lucila en casa del corresponsal de EFE, José Rodríguez Couceiro, escuché al mismo hombre en una reunión social (ya para entonces era jefe de relaciones públicas de la agencia oficial Télam) alardear de los mismos crímenes, con las mismas palabras.

La censura adopta tantas formas...

Un político amigo, Diego Muñiz Barreto, me informó que su grupo de Montoneros había decidido una vez colocar una bomba en mi escritorio en la redacción de 25 de Mayo. Habría de explotar

en cuanto yo abriera el cajón inferior. (Era el mismo modelo que había matado a un familiar del ex presidente Gral. Alejandro Agustín Lanusse.) Fue una información dada al pasar, mientras bebíamos un whisky. Sus colaboradores políticos conocían mi escritorio y lo que había en el cajón: diccionarios y una corbata de repuesto. El escritorio estaba al lado de una ventana, de manera que yo hubiera volado hasta caer en la calle.

—¿Por qué? —pregunté con una sonrisa de incredulidad; esa clase de sonrisa que encubre la reacción lenta ante las circunstancias.

—Por el artículo de V. S. Naipaul. Decía que a Evita le gustaba chupar la pija. Ustedes dicen muchas cosas, pero hay algunas que no deberían decir.

Habíamos publicado, en forma de serie, *The Return of Eva Perón*, de V. S. Naipaul, comprado por cien dólares de entonces al *New York Review of Books*, y un párrafo, que había pasado casi inadvertido en todo el texto, decía: "Ella era el ideal del macho como mujer-víctima. ¿Acaso esos labios rojos no hablan todavía al macho argentino de su habilidad conocida para la felatio?". Aun en la muerte, para esa mujer rencorosa y vengativa ese insulto era insoportable. Montoneros decidió vengarla.

El grupo de mi amigo había decidido que yo era responsable de la publicación.

—Pero después pensamos que nos habías hecho algunos favores... como escribir bien de nosotros. Así que anulamos la orden. La verdad es que a nadie le hubiera importado un comino que matáramos a un periodista, salvo a otros periodistas, y éstos se hubieran olvidado. Desde luego que es mala propaganda matar a un tipo de un diario, pero no por mucho tiempo.

Querido Naipaul, que en visita a Buenos Aires nos preguntaste sobre la política argentina cuando investigabas para escribir ese artículo, tan preocupado porque las metáforas sonaran bien, sin saberlo casi me hacés matar.

La censura no necesitaba legislación.

Después de nuestro almuerzo semanal, los amigos de Haroldo Conti en la redacción de la revista *Crisis* (donde había estado Conti tres meses atrás), discutían el secuestro. Su compañera había estado en la revista pero agregó pocos detalles a lo que se sabía. La hermana de Conti también había estado allí y ella fue la que presentó el recurso de hábeas corpus. Sus amigos, entre ellos

Eduardo Galeano, pidieron que no se mencionara las simpatías políticas de Haroldo Conti porque eso podría producirle más daño. No se les había ocurrido que quien fuera que lo había hecho secuestrar, ya conocía las ideas de Conti.

El director del *Herald* decidió que antes de publicar la noticia deberíamos esperar la copia del recurso de hábeas corpus que nos iba a traer la hermana de Haroldo Conti. Desde la notificación del 22 de abril no podíamos publicar información que no emanara de "fuente oficial responsable" y suponíamos que un recurso que había sido presentado y sellado en un juzgado federal era una fuente oficial.

Como al diario venía mucha gente lamentando que los abogados no querían encargarse de sus casos porque el Ministerio del Interior averiguaba en los tribunales los nombres de los abogados defensores (y muchos desaparecieron o fueron asesinados), nos convertimos en expertos en la redacción de textos de recursos y en informar qué secretarías judiciales estaban de turno.

Pero nuestro pedido de una copia del recurso de hábeas corpus fue sólo otra frágil garantía periodística. Era un recurso legal para calmar nuestros temores. Como lo eran las otras formas de justificación, y podía ser invalidada fácilmente por un allanamiento.

El director no dudó en publicar lo que le había pasado a Haroldo Conti y decidió que redactáramos la crónica antes de que llegara copia del recurso. Estaba impaciente con nuestro invento burocrático.

El mundo, además de los secuestradores, amigos y periodistas, se enteró del secuestro de uno de los escritores más conocidos de América Latina por medio de lo que apareció en el *Herald* al día siguiente. La nota daba como fuente a la Sociedad Argentina de Escritores. Podíamos salir del paso con eso; yo era miembro de una subcomisión de prensa de la SADE. Pensé que ellos se las podían arreglar.

Era otra excusa. La justificación era ficticia, tanto como la de los periodistas que se engañan con una sensación de seguridad porque condimentan sus artículos con "según un trascendido" o un "comentario". No estábamos protegidos contra nada.

Sólo podíamos preguntarnos y temer cuál sería la forma que tomaría la represión del gobierno. Más adelante nos enteraríamos de que el capitán Carpintero, de la armada, había resistido las órdenes de un coronel de cerrar el *Herald* durante aquel fin de semana.

¿Qué forma tendría la represión? Tenía muchísimas: las cartas amenazantes (un sexto sentido nos hacía reconocer las auténticas). Publicábamos éstas y tirábamos las otras. Los llamados telefónicos con obscenidades y amenazas eran cosa de todos los días. Los extrañábamos los días en que no llegaban. No daban miedo sino un horrible cansancio. Llegamos a hastiarnos de disimular el número de las amenazas entre nosotros, intentando ignorar tantos ataques a la inteligencia.

Por la noche, en la cama, había tiempo para imaginar cómo sería el castigo.

Había muchos rumores sobre el eventual cierre del diario. Las personas que encontrábamos en la calle contenían el aliento y saludaban discretamente.

El jefe del departamento de prensa del Ministerio del Interior nos llamó repetidamente para decirnos: "Yo también soy periodista; lo que pasa es que tengo un cargo en el gobierno pero mi corazón está en el periodismo, y de un periodista a otro le digo que el ministro está muy molesto con ustedes".

Los redactores de *La Opinión* trataron de publicar un artículo de homenaje a Conti. El director tiró la sección a la basura... y le siguieron algunos miembros de la redacción.

El 19 de mayo se avivaron nuestras esperanzas por la salvación de Conti y de otros periodistas desaparecidos. El Presidente Videla había invitado a almorzar a cuatro escritores y cada uno había sido visitado por otros escritores y por periodistas clamando por la seguridad de los seres humanos desaparecidos. Pero nada ocurrió. Jorge Luis Borges salió del almuerzo asegurando al pueblo que el gobierno estaba en manos de caballeros. El escritor Ernesto Sábato, bien informado de los detalles de la creciente tragedia, hizo un pedido por el respeto de los derechos humanos que fue ignorado. Un tercer invitado, el presidente de la SADE, Horacio Esteban Ratti, se presentó con una lista de desaparecidos y fue ignorado. El cuarto, el poeta y sacerdote Castellani, que fuera maestro de Haroldo Conti cuando éste había sido seminarista en su juventud, expresó su preocupación personal por Haroldo y la esperanza de que pronto sería puesto en libertad, pero fue ignorado.

Nunca más se volvió a ver a Haroldo Conti.*

* Véase capítulo 12.

10

El largo de un día

Setiembre de 1976

Se incorporó con rapidez; luego volvió a recostarse sobre los brazos, con las manos apoyadas en la almohada. Su respiración asmática le impedía oír los ruidos de la calle, de la que llegaba el chirrido de los frenos que horadaban su descanso. Permaneció así unos segundos, con un pie en el suelo. Su respiración se fue regularizando y entonces pudo oír mejor. Se levantó de la cama y le murmuró a ella que se iba a orinar cuando sus movimientos la acercaron más al estado consciente.

Caminó en puntas de pies por el corredor de piso cerámico y por el living hasta la puerta, siempre haciendo el esfuerzo de captar los ruidos de la calle. Se quedó al lado de la puerta; luego abrió la mirilla y miró hacia afuera. No se veía nada viviente en la negrura de la noche que rodeaba el brillo amarillento del farol de la calle, y una visión tan simple le produjo paz. En un instante desapareció el alivio porque pensó en lo que podría haber más allá de la perspectiva permitida por los cercos en ambos lados del jardín del frente.

El ruido de los frenos, al parecer, no había señalado el comienzo del allanamiento. Debió haber sido la reacción exagerada de algún conductor que venía demasiado rápido al llegar al bache que estaba frente a su casa. En realidad no había habido ningún allanamiento en la manzana. Hacía pocas semanas habían allanado una casa a la vuelta, otra en la calle siguiente, otra en el edificio de departamentos de la Avenida del Libertador, a tres cuadras de allí, y otra, perteneciente a una mujer, a unos 200 metros. En cada

oportunidad había oído el tiroteo, pero en esta manzana sólo se habían colocado dos bombas hasta ese momento.

Volvió a acostarse. Había hecho el mismo recorrido tres veces en la última hora, desde que se acostó.

Eran las tres y media. Permaneció despierto, pensando si vendrían alguna vez. ¿Quiénes vendrían? ¿Policías uniformados con una orden de arresto porque él había escrito artículos sediciosos? ¿O sería una pandilla paramilitar con la orden de capturar a un "guerrillero peligroso" para que no hubiera niguna duda de que debían entrar disparando balas? En otro tiempo hasta pudieron haber sido guerrilleros molestos por haber sido descriptos como delincuentes. Pero, desde el golpe, la guerrilla estaba en retirada.

Siempre pensó que sería un grupo paramilitar el que vendría a buscarlo. Era más fácil echar la culpa a una fuerza desconocida, más simple temer su brutalidad, y requería menos esfuerzo intelectual suponer su composición.

En un tiempo se había sorprendido de que algunos de sus compañeros de escuela y los muchachos con los que había ido a los mismos bailes hubieran sido reclutados en partes iguales por la guerrilla y por las bandas de la derecha peronista. Y se había asombrado más todavía de que él no pudiera renegar de ninguno de esos conocidos y aun le gustara tomar un trago o compartir un almuerzo con ellos de vez en cuando.

En el crudo escalafón del terror político, alguna vez había habido un elemento de status en el temor a ser arrestado por bandas paramilitares más que por cualquier otro grupo de fuerzas de seguridad. Y que Dios no permitiera que alguien fuera llevado por policías uniformados cuya tradición les atribuía solamente la captura de ladrones.

Estaba totalmente despierto; su mujer se arrebujó contra él. Con un suspiro ella volvió a dormirse. Su brazo derecho rodeó los hombros de ella y cerró los ojos. Era el único momento de paz que tenían, si bien la paz era remota, alejada de la tranquilidad deseada por vidas suburbanas normales. Ella probablemente se había acostado hacía una hora. Ése era el final del día para ella, día que había empezado a las siete cuando se levantaron los chicos para ir a la escuela. Probablemente terminaba cuando ya cabeceaba sobre el artículo que había escrito para su columna de arte, o mientras agregaba detalles a los planos que le habían encargado en su función de arquitecta, o sobre alguno de los diversos trabajos, desde traductora hasta correctora, que se habían vuelto econó-

micamente indispensables. Parecía imposible mantener el nivel económico o hacer alcanzar un sueldo en un país que tenía mil por ciento de inflación. Pero, ¿había sido el final del día para ella, o, como indicaba el reloj, apenas el comienzo de un día interminable sólo interrumpido por unas horas de sueño...?

El agotamiento le había hecho perder dos embarazos. La pareja se veía poco. Él se iba a la mañana y no volvía hasta las tres de la madrugada. Pasaba el día buscando dónde publicar artículos, investigando rumores políticos y tratando de encontrar contactos para poder llevar información al diario por la tarde.

Hacía poco que ella le había dicho que si no hubieran tenido un tercer hijo y si hubiese aparecido alguien nuevo en su vida, hubiera tenido algún romance, con tristeza pero por necesidad. Era demasiada tensión para ella. Pasaba los días sin él y pasaba las noches preguntándose si él volvería a casa o qué le ocurriría en el camino de regreso. Él recorría el centro, todos los días, buscando noticias y hechos ocurridos, acontecimientos y circunstancias que le hacían sentir que exponer los hechos al público era una forma de póliza de seguro contra las complicaciones, pero sabía que era también su forma de burlarse del peligro, para conocer su grado; veía cómo cada frase audaz publicada en el diario iba convirtiéndolo en la personalidad que su vanidad quería que fuera.

Ya no constituían un "matrimonio feliz"; pero el resto del mundo nunca lo hubiera supuesto. La familia estaba destruyéndose día a día y su vanidad le impedía dar un paso para reparar la rotura.

Una vez más se levantó de la cama; en esta oportunidad no por el ruido sino para asegurarse de que todo estuviera en calma afuera. Esta vez su mujer ni se movió. Era evidente que se había acostumbrado a sus intempestivos movimientos.

Se detuvo unos instantes mirando el hogar de leños. Era lindísimo sentarse cerca del fuego con los chicos en el invierno, mirando las brasas y las llamas cambiantes. Miró la puerta de entrada, de tablas que se habían contraído y dejaban filtrar la luz. Necesitaban una puerta nueva. Ella quería una de vidrio para que entrara más luz en el living. A él no le importaba el material siempre que fuera sólido. Las puertas de acceso a la casa de su padre, de diez centímetros de espesor, le habían dado la sensación de seguridad cuando era niño. Podrían poner una reja de acero, como tenían en las ventanas que daban al jardín. Pero él sabía que ninguna puerta ofrecía seguridad contra el asalto. Por esa razón

bien podría colocarse la de vidrio que prefería su esposa. Los explosivos plásticos podían volar cualquier cerradura. El explosivo se metía en la cerradura como si fuera arcilla húmeda y detonaba. No habría salvación.

Esperaba que la explosión no rompiera los vidrios de las ventanas para que su esposa no tuviera problemas con el vidriero. Tenía la esperanza de que la casa no resultara demasiado dañada cuando ellos vinieran. Era una esperanza inútil pues cuando llegaban, robaban, destrozaban y aterrorizaban. ¿Cómo sería para un hombre que fuera arrancado de su casa, probablemente para ser muerto, seguramente para ser torturado? ¿Acaso la mente mantendría el control del cuerpo? ¿Latiría el corazón cada vez más violentamente hasta explotar? ¿Produciría el pánico alaridos, quejidos o hipos? ¿Cómo se portarían los niños? ¿Llorarían? ¿Les harían daño para hacerlo sufrir a él?

Miró hacia arriba, hacia el techo, a las vigas oscuras, al barniz brillando apenas con la luz de la calle. Ésta era la casa que amaban, que no querían abandonar nunca. Su hijo había decidido que esa casa en la calle Díaz Vélez era la que debían comprar, cuando andaban buscando por La Lucila y ya habían vendido la casa anterior, y los precios subían un millón de pesos por semana; o quizá era por día, no recordaba.

Los niños estaban amontonados en una pequeña habitación, y había mucho que reparar en cuanto tuvieran dinero; su esposa había dirigido los arreglos y había mandado a hacer los muebles según sus diseños... Ahí vivirían siempre. Los niños jugaban en el sótano o alrededor de la pequeña pileta de natación o en la leñera cerca de la parrilla. Cuando hacía calor tomaban el té en el reducido patio; no almorzaban ahí porque a pesar del toldo se sentía mucho el calor... pero se sentaban afuera por la noche, en medio del perfume penetrante del Jazmín del Cabo, en noviembre. En esta casa habían pasado el verano de 1974 y 1975, casi sin sentir la necesidad del veraneo porque eran felices. Aquí no importaba el mundo que estaba del otro lado del portón... en la calle.

Fue hasta la puerta y miró hacia afuera, más allá del portón de madera, hacia la calle tranquila. Uno de los guardaespaldas del vecino estaba sentado sobre la pared bajita del jardín, fumando y haciendo algún comentario a su compañero que estaba entre las sombras del jardín de al lado con un fusil en el hombro; dos pobres infelices centinelas en el nuevo y próspero negocio de la vigilancia. Estaban allí para proteger a un ejecutivo de la subsidiaria local de

la Ford Motor Co. La guerrilla había amenazado a los ejecutivos de la Ford. Todos los norteamericanos que tenían dónde ir habían partido, y los jóvenes ejecutivos argentinos se quedaban para lograr un ascenso rápido, pero librados a sus propios temores.

Se preguntó si saludar o no a los guardaespaldas; pero deseó que no se dieran cuenta de que él estaba espiando. La idea de llamar al guardián no se le había ocurrido porque deseara su compañía sino simplemente por hacer algo. A menudo se detenía por la noche a conversar con los guardias, por lo general cuando llegaba a casa en la madrugada por esa calle vacía. Los guardias hablaban sobre la cacería de ratas en el vecindario, los acontecimientos políticos, los tiroteos en el barrio o cerca de él, y como haciendo una especie de propaganda de la profesión de guardaespaldas, hacían un repaso de los últimos secuestros de opositores al gobierno. Los guardias contratados por la Ford declaraban tener conocimientos especiales. Él trataba de recordar cada uno de los incidentes mencionados por los guardias para controlar, al otro día, la veracidad de la información.

La conversación solía terminar en el ridículo. Buscaban en conjunto las huellas de las hormigas en el jardín. Los guardias le preguntaban qué había estado haciendo, qué políticos había visto. Y luego le reiterarían que, como vecino de una persona con guardaespaldas, no tenía que preocuparse por su seguridad gracias a ellos. Con frecuencia le informaban sobre los horarios de llamada de la patrulla, una institución de la que nunca supo bien si era policial dedicada a controlar las fuerzas privadas o estaba constituida por oficiales en actividad empleados por compañías de vigilancia para asegurarse de que los guardaespaldas estaban cumpliendo sus tareas. Les gustaba mostrarse misteriosos sobre el origen del automóvil con los dos hombres que se quedaban allí, sin hablar, escuchando los informes que pasaban los guardias. A menudo le relataban cómo pasaban autos y los conductores señalaban las ventanas, o inspeccionaban el frente, siempre de su casa, nunca de la de los protegidos por los guardaespaldas. Esto daba motivos a los guardias para hacerle más preguntas sobre las presuntas conexiones políticas de los periodistas. Era una forma tortuosa de espiar; una manera deshonesta; pero la gente se había acostumbrado a averiguar. Y la deshonestidad era un modo de vivir.

Volvió a acostarse y abrazó a su mujer. ¿Cuánto hacía que no hacían el amor? Parecían siglos, tal vez fueran diez días o quizá dos semanas. Ahora él tenía ese problema: con frecuencia no se

excitaba. Yacían juntos en la cama, los dedos recorrían el cuerpo de ella, se besaban y se acariciaban, pero al menor ruido de frenos afuera, por el bache, su mente ya visualizaba cadáveres a la vera del camino, perforados por docenas de balas. Hacer el amor se convertía en un proceso torpe, lleno de interrupciones y explicaciones.

Su último pensamiento consciente fue si alguna vez podría retirarse del periodismo político, una trampa en tiempos críticos porque exigía que el periodista se mantuviera al día con los cambios, las caras y las circunstancias. Había entrado conscientemente en la trampa porque estaba llena de la mezcla más fascinante de personalidades, de influencias, de vileza y de corrupción. Por otra parte, estaba convirtiéndose en un trabajo muy arriesgado.

A menudo se había preguntado cómo habría de ser su muerte. Esperaba que fuera rápida y no en manos de los sádicos que trabajaban para el gobierno o de los imbéciles ideológicos de las pandillas de la derecha.

"Con una bala basta, señores", anunciaba a la oscuridad a veces cuando cruzaba la plaza San Martín, camino a tomar el tren en Retiro. Una sola bala de una pistola 45 sería más que suficiente.

Sonó el despertador y su esposa estiró el brazo para apagarlo. Él no se movió, y ella, al cabo de unos instantes, se levantó a preparar el desayuno para los niños. Otro día en que no los vería. Pero la culpa y el peso de la angustia fueron derrotados por una excusa: la necesidad de descansar.

Los había visto ayer, cuando la casa tembló con los disparos de dos ametralladoras. Él y su hijo habían salido al jardín para escuchar de dónde venía el ruido. Hubo un corto tiroteo a unas cuadras de allí. El ruido, cada disparo con su eco superponiéndose al ruido del disparo siguiente, había llegado nítidamente en la tranquilidad de la mañana.

Era un ruido común en Buenos Aires, noche y día. Por lo general no se acercaba al lugar de los tiroteos que, por lo común, comenzaban con una emboscada en un cruce de calles. Los daños y la sangre se limpiaban de inmediato. Un punto en favor de los contrincantes era que alardeaban de sus victorias en comunicados o en ataúdes, pero nunca sobre los cuerpos ensangrentados en la calle.

Una vez, en un taxi, estuvo en medio de un tiroteo en la avenida

Maipú, cerca de su casa en La Lucila. Se sorprendió al darse cuenta de que pudieron haberlo matado; de que había sobrevivido accidentalmente.

El conductor del taxi se acercó a la avenida por una calle lateral a unos cien metros de la emboscada. La esquina no estaba vigilada por policías ni soldados cuando el taxi entró a la avenida. En ese instante se escucharon los primeros disparos.

El incidente había comenzado una hora antes. Una mujer en una casa del barrio, la esposa del director de una fábrica de productos químicos, había contestado una llamada en la puerta principal donde un joven le preguntó si su marido estaba en casa y cuánto tiempo se quedaría. Ella sospechó un intento de secuestro e informó de la presencia del desconocido a la policía. La mujer había visto dos automóviles, con varios hombres y una mujer, cerca de la casa, a corta distancia de la avenida.

Minutos después, una persona en ropas de civil hizo señas a los conductores de los dos autos para que se dirigieran a la avenida. En ese momento debieron darse cuenta de que habían despertado sospechas y trataron de romper un posible cerco. Los autos se adelantaron a velocidad, uno enfiló directamente hacia el hombre que le había hecho las señales y el otro trató de cruzar por la playa de una estación de servicio.

Ninguno lo logró.

Cuando el taxi ya había entrado en la avenida, el conductor y el pasajero vieron cómo un automóvil, con tres hombres y una mujer, atropellaba a un policía de civil que quedó inerte sobre la calle. El auto giró bruscamente en el centro de la avenida y se detuvo cuando el conductor fue alcanzado por las balas disparadas por una docena de hombres uniformados que estaban en una camioneta que, entretanto, había sido estacionada sobre la acera. El otro automóvil llegó hasta la estación de servicio y fue bloqueado por un patrullero detrás del que había tres policías. El auto de los sospechosos se llevó por delante un surtidor de nafta y tres hombres saltaron del vehículo, disparando sus armas, pero fueron muertos enseguida.

—Mire, mire —dijo el taxista frenando bruscamente y señalando a los soldados que desde la camioneta hacían fuego contra el automóvil. Después indicó a un policía que había salido de atrás del patrullero, dio lo que parecían unos pasos de baile y giró media vuelta; la sangre le brotó de la garganta y luego cayó en la calle.

El ambiente se llenó con el ruido del tiroteo entre las ametra-

lladoras de ambos bandos que parecían estar en una discusión a gritos. Los dos en el taxi miraban, paralizados por la curiosidad.

En 90 segundos estuvieron muertos los hombres de los dos automóviles. Un policía avanzó hacia el auto que había quedado en medio de la avenida, en el que estaba la única mujer del grupo, sentada al lado del conductor desplomado sobre el volante. Ella gritó algo. (Más tarde en la estación de servicio contaron que había dicho: "Estoy embarazada".) Miró al policía que caminaba hacia ella con la pistola en la mano. Cuando llegó a la portezuela del auto, levantó la pistola en la mano izquierda. Ella levantó el brazo izquierdo para protegerse la cara. No gritó ni rogó; sólo miraba al hombre.

Los dos hombres en el taxi recordarían para siempre esa mirada de calma y resignación, pero tal vez sólo podían imaginar los detalles del episodio porque estaban a unos 80 metros de distancia. Con el caño del arma casi dentro del auto el policía disparó una, dos veces. La chica dio un salto como si el auto hubiese pasado un bache, y luego otro. Respiraba con dificultad cuando el policía retrocedió y le puso el seguro a la pistola. Ella lanzó un alarido, tosió y saltó una bocanada de sangre. Apoyó la cabeza sobre el hombro caído del conductor. En pocos segundos estaba muerta.

—Bestias —exclamó el taxista cuando el oficial de policía se acercó al taxi apuntando con una metralleta Uzzi—. No hubiera matado a la chica —dijo el taxista ahogándose en su propio sollozo.

—Cállese —ordenó el oficial—. Yo sé a quién matar. ¿Qué están haciendo acá?

El oficial ya conocía la respuesta.

—Den una vuelta en U y váyanse. Muéstrenme los documentos.

Le entregaron los documentos de identidad, más imprescindibles que el dinero en Buenos Aires. Si una persona no tenía su documento era detenida por razones de seguridad.

El taxista creyó que debía insistir en su lamento por la chica mientras el policía observaba su documento.

—Sí, pobrecita; pero es mejor así —dijo el policía, como si se hubiera tratado de un perro enfermo—. Si la hubiera arrestado hubiese muerto durante la paliza. De esta manera nadie sabrá de ella, nadie la oyó y los diarios no se ocuparán. De todos modos hay que matar a esta gente; no se puede seguir así.

La excusa del asesinato sonaba tan razonable, tan inmensamente piadosa... tan humana.

El taxista se volvió hacia el pasajero e imitó:

—Es mejor así.

Abrió la portezuela y vomitó todo el desayuno.

—Justo lo que me hacía falta. Que alguien me vomite en los zapatos —exclamó el policía.

Cuando el taxista se sintió algo aliviado, los dos siguieron su camino.

Cuando se alejaban ya comenzaban a llegar las ambulancias y de inmediato los cadáveres fueron cargados en camillas. Unos bomberos desenrollaban la manguera para lavar la sangre de la calle.

Esa tarde, su hijo volvió de la escuela con dos cápsulas servidas.

—Mirá, balas —exclamó el chico con las mejillas enrojecidas por el orgullo—. Mataron a unos hombres en la avenida y mi amigo me las regaló.

Cuando los chicos salieron hacia la escuela, ella volvió a la cama. Durmieron una hora hasta que llegó la empleada y preparó el desayuno. Como había previsto, su mujer se deprimió ante el anuncio de que él debía salir temprano.

—Ya no te veo nunca. ¿Cuándo vas a estar en casa despierto? —preguntó ella.

Él le recordó que esa noche se encontrarían en un cóctel en la embajada australiana. No era un gran consuelo, pero ella lo aceptó.

Echaron un vistazo a los diarios de la mañana. Ella buscó noticias en las secciones de cine y de pintura para quebrar la monotonía que la política y los muertos producían en la conversación. Él, en su camino de convertirse en defensor de causas perdidas y olvidando luchar por la propia, buscaba información sobre personas raptadas o asesinadas por “grupos no identificados de civiles armados que anunciaron ser miembros de las fuerzas de seguridad”, descripción resumida de los grupos de asaltantes paramilitares.

Cuando estaban terminando el desayuno, llegó la vecina de al lado, la mujer del ejecutivo. Rechazó un café, un poco agitada, y dijo que venía a contarles que su hijo había visto un automóvil pasando con mucha lentitud, y que uno de los cuatro hombres que iban dentro había filmado la casa.

Se inició una corta discusión en la que cada uno trataba de rechazar que se hubiera filmado la propia casa. Con mucha preocupación se dedicaba cada uno a responsabilizar al otro por ser ejecutivo o periodista con contactos políticos peligrosos.

¿Cómo sabía el chico que era una cámara? Porque era igual a la de la tía. ¿Dónde apuntaba la cámara? A ambas casas porque el auto pasó con suma lentitud. El chico se convirtió en el protagonista de un minucioso interrogatorio por parte de su madre, los vecinos y los guardaespaldas. En su inocencia, gozaba de ser una celebridad. Finalmente, las dos mujeres decidieron no permitir más a los chicos que jugaran en el jardín de adelante. Los diarios habían informado hacía poco que los frentes de varias casas habían sido barridos con ráfagas de ametralladoras, disparadas desde automóviles que pasaban.

Además, su esposa había notado que unos hombres vigilaban la casa. Ya le causaba incomodidad estar en su propia cocina. Esos hombres pasaban días enteros en la vereda de enfrente. Dos médicos tenían ahí sus consultorios y ella trataba de convencerse de que esos hombres eran pacientes, no podía vivir sospechando de todos los que se detuvieran frente a su casa. El temor persistió por más esfuerzos que hiciera para disiparlo.

Cuando acompañaron a la vecina hasta la puerta, un auto se acercaba a la casa. Era otro periodista del diario que venía a buscarlo para una entrevista.

Otra vez el mismo tema enfermante. Unos días antes una mujer le había escrito una carta. Le pedía que corrigieran el apellido de su yerno, muerto, que había aparecido mal escrito en las columnas de necrológicas (*Buenos Aires Herald*, jueves 15 de abril de 1976). Le había enviado la carta a él porque había reconocido en el suyo el nombre de su padre, a quien ella había conocido hacía muchos años, cuando el viejo había llevado a sus hijos de visita a una granja en la ribera del Paraná, cerca de Campana.

El yerno muerto había sido sacado de su casa en Zárate por una patrulla de la armada a principios de abril. En Zárate estudiaba de noche y trabajaba en la planta química de la empresa Monsanto. Había sido abandonado medio muerto días después, en un camino cerca de San Antonio de Areco, bastante lejos de la costa y de Zárate. Había muerto al fallarle el corazón por los golpes recibidos. La esposa lo reconoció por el cabello y la ropa, no por la cara.

La suegra, que había escrito la carta, había puesto como

dirección una casilla de correo en un pueblo en la ribera norte. La tierra aún era barata allí y los jardines podían ser grandes. Los suegros del muerto se habían mudado a ese lugar al jubilarse después de vender la granja.

No fue difícil encontrar la casa a pesar del anonimato oficial de las casillas de correo. Unas pocas preguntas en los comercios del pueblo condujeron a los dos periodistas a la casa buscada. Dejaron el auto en un camino de tierra bordeado de eucaliptos, espesos cercos de ligustros y matas espinosas. Cruzaron dos terrenos con pasto alto, caminando entre arbustos floridos. La tierra era húmeda y fértil: el perfume de las hojas y las flores era llevado en una brisa muy suave que a la vez ponía música al penetrar e inclinar el pasto alto. Era algo embriagador. El ambiente estaba tibio con el sol de media mañana y los dos gozaron de esa caminata. Era la versión de la tierra de W. H. Hudson: un idilio de luz, aroma y sonido llevado por el aire.

Ésta era la tierra que el general John Whitelocke desistió de conquistar para la corona británica en 1807, arguyendo en favor de su rendición ante los líderes de Buenos Aires: "Cuanto más vean los soldados la riqueza que ofrece la tierra y lo fácil que es adquirirla, mayor será su debilidad, ya que la tentación es irresistible".

La suegra se alegró de verlos y junto con su esposo se lanzó de inmediato a la comparación fisonómica de uno de los periodistas con su padre, y a los recuerdos de su hermana. Los invitaron a entrar a la casa que, a pesar de que la pareja llevaba 40 años en la Argentina, conservaba las características de un hogar inglés, con ese color especial de los estantes de madera, el olor de la cera, los bronces o la carpetita debajo del florero... Estaban agradecidos por la visita e iban a contar todo, pero no podrían publicarlo sin que ellos consultaran antes a la hija y a los nietos adolescentes.

Hacía dos semanas, a las dos de la mañana, varios hombres de civil habían ido a buscar al yerno. Se mostraron educados y le dijeron que llevara ropa de abrigo. Llevaban metralletas y registraron la casa, pero ni se molestaron por las dos escopetas colgadas en la pared del living.

La familia no volvió a saber de él hasta que fue hallado por un camionero, tirado en un camino. Lo habían sacado de su casa porque su nombre figuraba en la libreta de direcciones de un guerrillero muerto en un tiroteo. El yerno y el guerrillero habían estudiado juntos para los exámenes de la escuela nocturna.

También habían arrestado a otros estudiantes esa misma noche, pero más tarde los liberaron a todos. Los habían alojado en unas oficinas con pocos muebles a orillas del Paraná. Los detenidos se habían dado cuenta de que era la ribera por el olor a río y por las sirenas de una fábrica metalúrgica y de un frigorífico. Los estudiantes lo identificaron como un depósito de la Armada; no vieron nada porque los habían llevado con los ojos vendados y así estuvieron todo el tiempo.

Los compañeros de cautiverio lo habían escuchado negar toda conexión con la guerrilla. Y al que lo había castigado se le fue la mano.

El hombre agonizante fue arrojado lejos para que no muriera en manos de sus secuestradores.

El suegro dijo que ya no podían devolverle la vida a su yerno, de manera que resolvía dejar las cosas como estaban. La suegra dijo que los comentarios de los compañeros de estudio habían despertado sus sospechas, pero que no podía creer que ni la policía ni la Marina argentinas estuvieran involucradas en la muerte del marido de su hija. Si aceptaba la culpabilidad de esas dos instituciones se desmoronaban muchas de sus creencias y certidumbres sociales de toda la vida. Era demasiado vieja para aceptar ese sacudón.

Unos días después de la muerte, alguien había repartido panfletos en la fábrica de Zárate que lo proclamaban mártir de la causa de la guerrilla. Los folletos podían ser de los guerrilleros, que no tenían en cuenta el perjuicio que ocasionaban a la familia del muerto, o de sus secuestradores, si fueran miembros de fuerzas de seguridad, para tratar de encubrir su brutalidad. Los empleadores del hombre, una empresa norteamericana, no creyeron que su empleado hubiera estado en la guerrilla, pero no estaban dispuestos a declarar públicamente su confianza en él ni a cuestionar a las Fuerzas Armadas. La época exigía pasar inadvertidos. Ayudarían a la viuda y a sus hijos con dinero, trabajo y becas para la educación, pero nada más.

En el viaje de regreso a Buenos Aires, el periodista que conducía el auto comentó: “Nos enteramos de esto por haber escrito mal un apellido. Cuántos habrá de los que nunca sabremos nada”. (Una semana después de la visita, la anciana llamó por teléfono para informar que el sacerdote de la parroquia había aconsejado a la familia que no se publicara nada.)

El auto lo dejó en la puerta del club andaluz, en la calle Lima, donde almorzaba casi todos los jueves (luego, martes) con otros periodistas, políticos y algunos oficiales de la Fuerza Aérea y de la Marina. El número de oficiales aumentaba cada semana.

Hacía años que se realizaban esos almuerzos. A medida que se agudizaba la crisis política y se intensificaba la censura, se hizo más fuerte la necesidad de aclarar los rumores para evaluar las historias, las filtraciones de información, los informes clandestinos y los referentes a la corrupción. Habían hecho del club andaluz el lugar permanente de encuentro.

Un hombre, a veces solo, otras con algún invitado, ocupaba siempre una mesa cercana y observaba la reunión. Un jueves los mismos oficiales navales dijeron que el hombre era un mayor del Ejército que trabajaba en la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE). Desde entonces se lo saludaba al llegar y cuando se iba en medio de una hilaridad conspirativa.

Aquel día un teniente anunció que estaba por iniciarse en el negocio de la importación. En una o dos ocasiones el teniente había mencionado los nombres de amigos que estaban relacionados con los robos y secuestros que empezaron después del golpe, en lo que pasó a ser parte de la acción antisubversiva. Ahora, dijo, no podía dar la espalda a sus compañeros de toda la vida solamente porque detestara algunas de sus acciones. Así que se retiraba de la Marina para no denunciarlos.

Aquellos almuerzos constituían una manera civilizada de observar y escuchar algo de la inmundicia política argentina. Se hablaba en voz baja, de manera amistosa, del horror que arrasaba a la Argentina. Y cuantos más detalles se proporcionaban, más fuerte era el lazo que unía a los comensales. Esa camaradería creaba un elemento de tolerancia y comprensión que podía invocarse en momentos difíciles. Los principios eran admirables pero, en política, no servían para detener las balas, ni evitar los arrestos, ni ganar el favor, ni dar aviso de alguna situación peligrosa. Para eso servían los contactos. Se les podía pedir un favor sabiendo que lo harían. Un favor adeudado se pagaba siempre.

En aquella época parecía un tema racional de conversación analizar la conducta del torturador y las sensaciones del torturado, así como la relación entre ambos. El periodista guardaba el recuerdo de aquellas reuniones. Sin embargo recordaba a menudo su asombro ante lo irracional de esas conversaciones tranquilas,

ante la elegancia del debate sobre los extremos de la crueldad humana.

Después de almorzar se fue al diario caminando, dando una vuelta por San Telmo para gozar del barrio.

Decidió no entrar a la Biblioteca Nacional ese día porque quería retirarse un par de horas más temprano del *Buenos Aires Herald* para asistir a un cóctel. Estaba tornándose insalubre escapar de la realidad buscando refugio en las colecciones del siglo diecinueve en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

Caminaba con lentitud; a veces le parecía que retardaba el paso como haría un chico que debe ir a un lugar al que no desea llegar. Tomó un par de pocillos en dos cafés que lo atrajeron al pasar. Años atrás, en una época que su memoria ubicaba en otro siglo en la misma ciudad con un alma diferente, su esposa y él se hubieran encontrado en el centro y hubieran ido a algún café que les gustaba para conversar. Juntos habían explorado la vida en los cafés de Buenos Aires, observando los rostros vivaces y agradables de los hombres (probablemente el resultado de la mezcla de inmigrantes) y la belleza de las mujeres. La cultura de café no sólo era inevitable socialmente sino que era una necesidad política y una parte esencial de los tratos comerciales.

Aquéllos eran los lugares sobre los que se habían escrito poemas; que habían inspirado las letras de cientos de tangos, los escenarios de historias interesantes, los motivos de aburridos tratados universitarios sobre la conducta social y de esclarecidas opiniones sobre los 160 años de historia del país vistos desde la esquina de un café. Había lugar para todo en un café: desde la armonía hasta el fanatismo.

Fue a buscar a su esposa a Retiro para ir al cóctel. Ella le preguntó si lo había llamado Máximo Lafert, novelista, economista, y oficial naval retirado. Se había mostrado muy reservado cuando llamó por teléfono a la casa. Sí, Máximo lo había llamado para contarle que habían arrestado a la novia de un colega en la escuela donde daba clase. ¿Qué se podía hacer? Nada, excepto hacer un suelto para el diario y golpear en todas las puertas. Las prudentes llamadas a su casa y luego al diario, los humildes pedidos de ayuda, era sucesos cotidianos. Como los llamados amenazantes al diario.

¡Cómo deseaba poder contestar el teléfono de la forma que lo había hecho Eduardo Galeano, o su secretaria, ante una amenaza de reventar la revista *Crisis* y matar a todo el personal: "El horario

de amenazas, señor, es de seis a ocho". Por supuesto que después de decir eso, las rodillas de Galeano se aflojaron y el miedo le impidió moverse.*

Su esposa dijo que había hablado... para despedirse. Dejaba su hogar y su trabajo en un diario de Buenos Aires para ir a París. No había habido cartas ni amenazas... Su departamento había sido allanado por la policía y se habían llevado sus archivos.

—¿Es hora de que nos vayamos nosotros también, no es cierto? —preguntó su esposa.

* Eduardo Galeano, "*Días y noches de amor y de guerra*". Casa de las Américas, Cuba, 1978.

11

El regreso

Jueves 22 de octubre de 1980: otra vez Buenos Aires. Una ciudad plena de lujuria; una invitación a ser infiel a cualquier amor, a romper todas las reglas, a rechazar los principios más elementales. Una ciudad limpia y sin embargo sucia, poblada por los descendientes de exiliados, inmigrantes, forasteros todos, que ansiaban las riquezas, la fortuna que el Nuevo Mundo prometía y se cobraba dejándolos al margen de las decisiones. Una población que teme las manifestaciones de fuerza (verdadera ventaja para los matones que han gobernado durante generaciones) tuvo el genio de fundar esta ciudad al borde de una planicie y en la orilla cenagosa del río y llenarla de imágenes de belleza traídas del Viejo Mundo. Un conjunto de estilos del siglo diecinueve creados a principios de siglo con la riqueza arañada de la tierra. Buenos Aires tuvo su propia *belle époque* en ese entonces. Francés, italiano, morisco, imitación Tudor, invadidos por las ratas y por los recuerdos de los argentinos acaudalados que iban a las carreras en Epsom (Inglaterra) y Longchamps (Francia), que buscaban la última moda en Bond Street (Londres) o la Rue de Rivoli (París) para traerla a Buenos Aires.

Georges Clemenceau escribió en 1911 que la ciudad tenía todos los estilos arquitectónicos, especialmente los que hacían doler la vista.

Waldo Frank, el ensayista norteamericano, agregó su sarcasmo en un artículo, en 1931: "Las casas son el caos, una confusión de estilos. Español, criollo, gótico, barroco, plateresco, morisco,

neoclásico, georgiano, victoriano, francés de cualquier época, con bungalows del Sur de California, calles con edificios iguales que en el East End de Londres, otras como Menilmontant... no existe una obra italiana de pastelería más llamativa, en ningún lugar hay hospitales, clubes, mansiones particulares y públicas más grandiosamente expresivas".

Buenos Aires, "la perla del Plata", es una de las pocas ciudades del mundo con un género musical dedicado a ella. El tango es la antología social de la ciudad, el resumen musical de sus costumbres, de su fealdad y de su belleza.

Se la veía chata como un panqueque, brillante desde el aire, de noche, cuando llegó el avión para aterrizar en aeroparque; la orla de luces del Gran Buenos Aires se apagaba en la negrura de la pampa.

La ciudad era una visión agitada, titilante, bella.

El nudo que se ajustaba en mi estómago desde hacía una semana había llegado a ser una opresión que me producía malestar. El dolor crecía con el recuerdo de la noche anterior, de una cocina en Montevideo donde con el periodista Roberto Vacca nos bebimos una botella de whisky para festejar la reunión con el amigo, con su esposa y sus hijos. El dolor había empezado a crecer allá, con las penas y las disculpas.

—Cuando me torturaron hablé de vos; tal vez lo hice a gritos, acusándote de cosas. Lo siento. Les pregunté si eran policías o terroristas y me dijeron que eran policías-terroristas, se rieron de mí. Les pregunté adónde me habían llevado y me dijeron que a una casa de descanso. Se burlaban. Me prometieron que te llevarían a vos también para que me hicieras compañía. ¿Tenés que ir a Buenos Aires? ¿Querés que te acompañe? He ido dos veces este año, dos visitas cortas. ¿Querés que publiquemos una entrevista, con tu fotografía, en algún diario de Montevideo, subiendo al avión para que se sepa que has estado aquí; para que no te puedan chupar así nomás?

Había sido tan agradable estar allá y hablar y escuchar el diálogo que hasta entonces se había reducido al murmullo de las largas cartas que había que leer tratando de recordar las voces tan distantes. Faltaban entonces veinticuatro horas para cruzar el Río de la Plata hacia Buenos Aires, aún era posible la audacia, aún había tiempo.

El avión aterrizó suavemente en el Aeroparque de Buenos Aires y mi estómago explotó en una hoguera de temores y expectativas.

Los pasajeros eran pocos y la cola en la Oficina de Inmigración fue incómodamente corta. La mujer policía del mostrador era pequeña, elegante y conversadora; apilaba las tarjetas de desembarco que le entregaba un joven bien vestido (mi primera imagen del vanidoso Buenos Aires) que controlaba los documentos. Detrás de ellos, en una arcada que comunicaba con un depósito de la Aduana, había una mujer baja, de aspecto desagradable. Se la veía impecable pero tosca, sin gracia, prestando una atención meticulosa a sus manos regordetas; me preguntaba que habría en aquel depósito.

Puse el pasaporte en la mano que lo esperaba; gracias a Dios nadie demostró interés... Y con un sello me lo visaron por tres meses. Ese sello me decía que yo ya no pertenecía al país. Al devolver el pasaporte británico el funcionario me dijo, "Welcome to Buenos Aires".

Con pasos rápidos, casi en el aire, rígido, con miedo de que alguien me reconociera, fui hasta la parada de taxis.

Otra vez en Buenos Aires, donde había comenzado mi vida y donde hasta cuatro años y un mes antes, suponía que también terminaría.

El encuentro del exiliado con la ciudad de su pasado es como el regreso de un divorciado al antiguo hogar. En esta esquina ocurrió aquello, y aqui, esto... Pero nada devuelve la sensación de pertenecer. Fuera de los recuerdos no ha habido ningún cambio físico; pero nada es igual. Me fijo en la guía de teléfonos, pero ni siquiera ella me ofrece la garantía de pertenecer. Mi nombre ya no figura.

La ciudad es la misma de hace cuatro años. El mismo espíritu que edificó las residencias palaciegas en la primera década del siglo trabaja para cruzar la ciudad con autopistas por las que el tránsito veloz pueda llegar al anonimato de los suburbios.

En la redacción de *Reuter*, donde tal vez podía esperarse que hubieran renovado al personal y no me encontrara con las caras conocidas, una entrada natural fue recibida con saludos y muestras de reconocimiento.

—Ah, te dejaron entrar...

—No tuviste problemas para volver, ¿no?

—No te detuvieron, ¿no? No, seguro, las cosas andan mejor.

La gente, los amigos, insisten en eso aunque no lo crean. Se dirigen al exiliado que ha vuelto como al público, con las respuestas

dictadas por la propaganda del gobierno que impedían toda discusión. Las cosas andan mejor.

He vuelto a la porquería de la autocensura y a las recriminaciones por haberme ido.

—Te fuiste cuando las cosas estaban de lo peor...

—Nosotros nos quedamos y apechugamos...

Las frases hechas del gobierno militar argentino informan al pueblo de que en los años setenta se vivió una guerra, "la guerra sucia" pero guerra al fin, y que las organizaciones de la guerrilla habían sido derrotadas. La guerra ha terminado. Sin embargo no se tiene la sensación ni el espíritu político de que se haya peleado en una guerra; no existe la sensación de vencedores y vencidos; solamente queda la idea de que un pequeño grupo que en un tiempo ejerció el terrorismo ha sido disuelto por el terrorismo del gobierno militar.

Para aquellos en el exilio ni siquiera queda el romance de las batallas peleadas, aun de las perdidas. En *La Guerre est finis* Alain Resnais exploró la fantasía intelectual de la izquierda con la experiencia anecdótica de la Guerra Civil Española; las anécdotas del combate y de los triunfos menores, las fugas por un margen muy estrecho y las heroicas derrotas, todo eso estaba en la memoria de los exiliados. No hay nada de eso en los argentinos. Dos pequeñas fracciones de la sociedad, dos elites: las Fuerzas Armadas por un lado y los guerrilleros por el otro, habían tomado parte en la lucha. Y aunque había afectado a miles de hogares, incluso los de muchos espectadores inocentes y simpatizantes inactivos, la mayoría de la población podía mirar hacia atrás sin perturbarse por los acontecimientos.

Unas semanas antes, hacia fines de setiembre, un mayor general del ejército británico y profesor universitario que había pasado unos días en Buenos Aires, escribió al *Buenos Aires Herald* diciendo: "No tengo ninguna duda de que los que murieron lo hicieron, en su mayoría, en las batallas, en una guerra muy violenta".

Cada paseo por la ciudad es la renovación de una aventura. En cada esquina se encuentra el riesgo de ser asaltado por los recuerdos.

La partida, cuatro años antes, significó dejar casi todo atrás: un trabajo, recuerdos, una suegra, libros y una casa puesta; llevando solamente lo que podía cargarse en un avión y las notas

para un informe —filtrado por un oficial de policía— de una investigación de las inversiones financieras realizadas por los montoneros.

El *Daily Telegraph* publicó el informe en una sola edición, después la retiró. Unas semanas más tarde la historia salió a la luz: Montoneros eran acusados de haber entregado 17 millones de dólares (producto de rescates y extorsiones) al banquero David Graiver para que los invirtiera y administrara. Graiver pagaba un interés mensual a Montoneros, con lo que pagaban los sueldos de los combatientes que habían perdido sus empleos y necesitaban vivir en la clandestinidad y se financiaba el armamento y los equipos. La operación se descubrió cuando el banquero murió al estrellarse su avión en México y cuatro bancos minoristas (merchant) (dos en Nueva York, uno en Bruselas y otro en Luxemburgo), controlados por él, quebraron. Faltaban casi 60 millones de dólares. Entonces fue cuando los diarios publicaron todos los detalles. Ésa es la historia de mi primicia.

Las paredes de Buenos Aires estaban limpias. En 1976 la policía baleó a varias personas cuando hacían “pintadas” en contra del gobierno; la costumbre de las “pintadas” fue abandonada. Las paredes limpias de Buenos Aires ya no registraban palabras relativas a la revolución, amenazas de venganza, proclamas y promesas partidarias. Las paredes limpias son señal de un pueblo en silencio y evidencia del orden que prohíbe que se griten consignas en grandes letreros. El pueblo yace en paz.

—Todo está más tranquilo. Limpiaron la ciudad para la Copa Mundial del ‘78. Podés salir por la noche sin temor —aseguraba la gente.

Los acontecimientos se vuelven nebulosos; el recuerdo censura la idea de que fueron tanto las fuerzas de seguridad como los guerrilleros los que llenaron el cielo nocturno con el ruido de sus ametralladoras; de que ninguna batalla fue parte de una guerra directa.

Una bomba podía haber sido colocada por un oficial que quería causar un disgusto a sus superiores, que a su vez querían presionar a su comandante, que deseaba hacer quedar mal al gobierno, que culpaba a la guerrilla, que reclamaba el atentado para alguna de sus células que trataría de hallar al oficial para acordar una tarifa de colocación de bombas...

La gente podía salir de noche ahora porque se había dado muerte a algunos de los integrantes de esa cadena de corrupción política.

La gente no tiene dinero suficiente para salidas nocturnas. Los restaurantes y los teatros que dieron a Buenos Aires la más famosa vida nocturna de América del Sur están medio vacíos; ya no es posible comprar un libro a las cuatro de la mañana... No hay clientes a esa hora. Y aunque algún sábado se encuentren clientes a altas horas de la noche, hay pocos libros: son tantos los que han sido prohibidos.

"¿Viste la ópera *Evita*? ¿Es buena?"

Sí a las dos preguntas. El aire se llena con la voz de Julie Covington cantando *No llores por mí, Argentina*. La pieza musical no fue prohibida, pero oficialmente fue desalentada su producción en la Argentina. La gente compraba cintas grabadas en Londres o Nueva York y las copió docenas de veces para satisfacer la curiosidad de parientes y amigos. No faltaba en ninguna casa. Evita Perón muerta había hecho la carrera artística que nunca pudo hacer en vida, aparte de su actuación política, naturalmente.

Las calles mantienen el recuerdo de las colas que daban vuelta a las esquinas en el centro de la ciudad, de la gente que esperaba para ver el cadáver, rápidamente embalsamado, de Eva Perón. Jorge Luis Borges, en artículos y entrevistas, ridiculizaría a esa gente (y V. S. Naipaul tomaría de Borges la clave), pero esas personas estaban de duelo: habían perdido a una madrecita. En otro mes de julio, 22 años después, las calles volvieron a llenarse de gente haciendo cola para ver el cadáver, grotescamente hinchado, del general Juan Perón.

Ana Ezcurra llora al encontrarnos; nunca pensó volver a ver a ninguno de nosotros. El abrazo del *Chango* Mendieta, especialista en lo desconocido, dura un largo rato, y se mece lentamente con su mejilla afeitada muy cerca de la mía mientras la gran panza conserva la distancia. En el *Buenos Aires Herald* los hombres visten traje y nos estrechamos las manos; hace cuatro años bebíamos para olvidar y cada letra que se escribía a máquina requería un concentrado esfuerzo.

Qué autoindulgente es el exiliado; qué egoísta y vanidoso. La partida significó romper con la ciudad, pero ahora se arriesga al antagonismo de los que se quedaron al criticar la sumisión y su silencio. ¿Quién tiene mayor necesidad de aliados y amigos? ¿El que se fue o el que se quedó? Ambos necesitan de mucho consuelo.

—¿Y? No has visto cadáveres por todas partes, ¿no? —bromea el capitán en la oficina de relaciones públicas en el edificio Libertad, del comando naval. Él sonríe.

—No. Han hecho una buena limpieza. Han mejorado la recolección de basura.

No se ríe. Esa reunión fue el resultado de una presentación hecha en Londres.

—Nosotros no le haremos nada, pero no podemos garantizar su seguridad —advirtió el oficial naval superior—. No diga dónde se hospeda.

Sus palabras de advertencia me obligaron a un cambio de domicilio todas las noches.

Calle Florida, la calle peatonal más famosa de Sudamérica, parece un elegante mercado; las vidrieras están llenas de artículos importados, celebrando la muerte de la industria nacional. Con el edificio de Aerolíneas Argentinas en un extremo y la tienda Harrods en el otro, la calle Florida da la impresión de ser el camino que conduce a la tierra soñada de la fortuna, de las bellas posesiones, todas detrás de las vidrieras y todas alcanzables.

Mis amigos solían competir en un juego inventado por el abogado Ricardo Rojo, a ver cuantas personas cada uno reconocía y que transitaban por Florida deseando ser reconocidas. Diez puntos si alguien se detenía a saludar e iniciaba una conversación con otro peatón; un punto solamente por un saludo devuelto al pasar; y puntos en contra cuando el peatón no devolvía el saludo o miraba sorprendido.

En un tiempo, Diego Muñiz Barreto había tenido su oficina en esta calle, cerca de la plaza San Martín. Las reuniones en esa oficina, inmersa en tapizados de cuero blanco y rodeada de peceras con peces tropicales, parecían muy cercanas en la memoria.

De los nueve que nos reunimos allí en 1974 para planificar la edición de la revista que se llamaría *Puro Pueblo*, dirigida por Ignacio Vélez, más de la mitad había muerto. Diego está muerto; también lo está un oficial de la marina mercante que había publicado información sobre las fortunas particulares amasadas desguazando barcos obsoletos de la Armada. Rodolfo Ortega Peña está muerto, de un balazo en la cara cuando emboscaron a su automóvil después de retirarse de su despacho en la Cámara de Diputados... Justicia brutal... pues su propio juramento como legislador había sido: “La sangre derramada no será negociada”. Había sido un abogado

brillante pero como muchos de esa generación había puesto su inteligencia al servicio de una fantasía revolucionaria que tenía a la muerte como obsesión.

La beligerancia y el estilo político de esos tiempos habían sido previstos con desdén una década antes por el escritor polaco, expatriado, Witold Gombrowicz en su *Journal* publicado en París. El polaco dirigió los dardos de su ironía hacia un hombre con el que jugaba al ajedrez en el café Tortoni, en la Avenida de Mayo: Mario Roberto Santucho, jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo. Gombrowicz había ridiculizado los conceptos revolucionarios apoyados por Santucho. Esos conceptos llevaron a Santucho a la muerte en un tiroteo en julio de 1976.

Otros participantes de esas reuniones editoriales habían sido muertos o estaban exiliados.

Irónicamente, aquella revista, que sólo vivió cuatro números, financiados por Diego y producidos por sus amigos, proponía el fin de la acción de la guerrilla y el apoyo a un gobierno constitucional.

La mayoría de esta izquierda estaba convencida de que había una revolución constitucional por hacer, sin querer enterarse de que la revolución que postulaban no era comprendida por el pueblo. La idea de revolución que tenía la clase obrera era vista en los mismos términos que hablar de fútbol, debía ser algo que se podía gozar durante una tarde, tal vez con una buena riña para despejar la angustia, y depués del acontecimiento y una buena *tallarinada*, se volvería a trabajar el lunes. Los guerrilleros y los políticos de izquierda nunca convencieron a los argentinos de la necesidad de una lucha prolongada para producir los cambios.

Los hombres y mujeres que creían que la ideología podría sostenerlos contra todo, fueron despojados (excepto en algunos casos) de ese sostén por la crueldad de la represión. Sin la resistencia que habían creído que les daría la ideología, muchos se doblaron y rompieron. Los idealistas de izquierda, y los guerrilleros a los que ayudaron, habían demostrado la debilidadd de la democracia y no la fuerza de la causa de la insurrección. Y las víctimas inocentes se contaban por miles.

Entonces llegó para todos el momento de preguntarse cómo vivir con los que habían sufrido realmente; con los que habían perdido a sus compañeros; cuyos hijos no eran más que el recuerdo de cuando se los llevaron de la casa antes del amanecer... Y los argentinos decidieron como sociedad que lo más fácil era olvidar. No se podía vivir con la enorme carga de la historia.

Los padres fueron llamados "padres de desaparecidos"; eran los "familiares" de los derrotados, los que no podían llorar a sus muertos porque nunca les habían dicho qué suerte habían corrido los *desaparecidos*. Eran los familiares que debían orar ante altares caseros, detrás de ventanas cerradas, en silencio, con menos esperanzas en cada oración.

En las calles de Buenos Aires había muchas de esas ventanas cerradas.

Detrás de los postigos estaban los recuerdos; a menudo no avivados para acordarse de los tiempos idos, sino para fingir que esa vida continuaba.

Una mujer decía que su hijo estaba vivo, observándola, espiándola en la calle, sin acercarse jamás a ella por la vergüenza que le daba haber sido un *desaparecido*.

Decía que él tenía miedo de volver a casa y que era un vagabundo; pero que ella podía llamarlo por teléfono, tenía un número en el que podía encontrarlo... Urgida a llamarlo, dijo que había copiado mal el número.

Una madre decía que estaba segura de que su hijo debía estar con vida en algún lugar secreto de detención, en un "pozo", pero que estaba igualmente segura de que su nuera, secuestrada junto con su hijo, estaba muerta. La chica, decía la suegra, no tenía un carácter tan amable como el de su hijo.

Una pareja de edad madura hizo jurar a sus hijos que guardarían el secreto sobre la *desaparición* del hermano mayor. Una vez por mes los padres se escribían una carta, en papel azul, contando las novedades de un hijo mayor que escribía desde España. Hacían circular la carta entre las tías pues no soportarían la vergüenza que significaría para toda la familia que se supiera que uno de los sobrinos había sido secuestrado por fuerzas de seguridad bajo sospecha de ser integrante de una célula de la guerrilla.

Héctor Ciocchini, padre de familia, profesor en la Universidad Nacional del Sur, pagó a un obispo católico, del que se decía que tenía "poderes ocultos", una suma considerable para establecer contacto espiritual con su hija menor, secuestrada por estar asociada a un grupo de autoayuda organizado por estudiantes secundarios católicos (La noche de los lápices). El obispo informó que había establecido contacto, pero no podía revelar el lugar de

detención. Instó al padre a tener listo el pasaporte de la muchacha porque sería liberada muy pronto. El padre pagó luego a un oficial de la Policía para obtener un pasaporte. Nunca volvió a ver a su hija, ni al oficial de policía, ni a su dinero, ni al pasaporte.

El obispo le aconsejó que tuviera paciencia.

El socio de "H." en el estudio de abogados, acusado de poseer papeles y la revista del ERP, *Estrella Roja*, fue empujado por una ventana de una comisaría en una provincia del Norte. No fue una caída desde mucha altura, solamente de tres pisos. Pero estaba casi inconsciente por la tortura y a la policía ya no le servía. La familia nunca recuperó el cadáver.

En el *Buenos Aires Herald* se obtuvo información acerca de un hombre que tuvo que llegar hasta la Corte Suprema en busca de ayuda para hallar a su hijo perdido. Los empleadores del joven no querían dar ninguna información, el padre no conseguía abogados porque no se podían arriesgar a tomar el caso, y el asunto se demoraba en un juzgado de instrucción con la excusa de que el juez necesitaba que se hicieran las fotocopias del pedido de informes. No había fotocopiadora en el tribunal.

Mario relató que, mientras estaba preso, cada vez que pedía declarar en la corte, los que lo interrogaban se referían a los jueces como "forros".

—Los tiramos después de usarlos.

Los "forros" estaban a la vista del público para mostrar que los había pero se los usaba muy poco.

El escritor Mario Paoletti sabía. Habían ido a buscarlo a su casa el día del golpe diciéndole que tenían que hacerle unas preguntas sobre el diario *El Independiente* de La Rioja, donde era secretario de redacción. Le dijeron que sólo le tomaría media hora. Pasó cuatro años y diecinueve días en la cárcel. De ese tiempo, trece meses estuvo solo en una celda oscura de la que le permitían salir sólo unos minutos por día para efectuar unas rapidísimas abluciones. Para consolarlo lo visitaba a veces el capellán del Ejército.

Muchos sacerdotes visitaron las cárceles argentinas, pero no todos eran buenos sacerdotes. Uno, al escuchar el lamento de un prisionero en Córdoba, que había sido torturado durante todo el día, exclamó:

—Qué terrible. Habíamos acordado en que sólo lo harían tres horas por día.

En el establecimiento penal de Coronda, el capellán nunca

entraba a las celdas solitarias; aconsejaba por la mirilla que no se masturbaran.

Malos sacerdotes... Tal vez el error era esperar que los sacerdotes fueran hombres mejores.

En la cárcel de Caseros, el cura interrumpía las plegarias cada vez que un oficial entraba al edificio. En La Rioja, el capellán le dijo a un detenido que se quejaba de los efectos de una paliza:

—Si no querés que te golpeen, hablá.

En Rawson, el sermón del domingo empezaba: "Amados asesinos...".

Había sacerdotes decentes, aunque se mantenían en silencio, lo cual, de cierta manera, los convertía en indecentes. Unos cuantos habían muerto y también estaban en silencio. Otros estaban en las cárceles como presos. Apenas un puñado habló a pesar del peligro. No contaban con el apoyo de los jefes de la Iglesia. La Iglesia Argentina todavía mostraba una obsesión perversa por la sexualidad y la moral matrimonial como para ocuparse de la tortura. La Iglesia daba a entender que era malo hablar de la guerrilla, hasta de una guerrilla derrotada, aunque en ciertos casos, haya sido acusada injustamente y aunque se tratara de otros seres humanos. Un sacerdote comparó la guerrilla a un crecimiento canceroso. Olvidó que el cáncer es producido por el organismo.

—No debes creer todo lo que te dicen sobre esas cosas —me dijo un viejo cura.

Había sido mi apoyo años antes en una investigación histórica sobre los ingleses de la parroquia de San Pedro Telmo, y esta vez lo busqué para una consulta política.

—El tiempo dirá quién tenía razón. El tiempo y Dios ayudarán a discernir... Si no, todos nos vamos a volver demasiado salvajes. Recuerdo una pesadilla que tuve durante una siesta. Un día, cuando los tiroteos eran tan frecuentes, soñé que conducía un camión hasta un semáforo y, mientras esperaba la luz verde, alguien me apuntaba y disparaba... Dormido, no pedí ayuda a Dios. Yo gritaba "la puta madre, me hirieron". Pasé el resto de la tarde rezando el Padre Nuestro... Tenía que hacerlo.

Me habló en el oído, con la cara cerca de la mía.

—Lo que trato de decirte con esto es que todos quedamos muy afectados por estas cosas. El olor de la pólvora es embriagador. Es como oler una de esas drogas que producen alucinaciones.

No se puede creer todo lo que se dice.

El periodista uruguayo Rodríguez Larreta, que fue arrestado en Buenos Aires para que no informara del secuestro de su hijo por oficiales uruguayos que trabajaban en complicidad con los servicios argentinos, fue colgado de las muñecas a unos treinta centímetros del suelo. Le aplicaban la picana eléctrica en el cuerpo. Si las muñecas se hubieran deslizado por las ataduras, él hubiese caído, como otros habían caído, al suelo húmedo cubierto de sal. A otras personas las colgaban cabeza abajo y las sumergían en un tanque con agua hasta que los cuerpos no se movieran más. A otras se las arrojaba desde helicópteros en el Río de la Plata, con las manos atadas a la espalda con alambre.

Las esposas de alambre reemplazaban a las reglamentarias cuando sacaban a los presos de la prisión o de la comisaría para llevarlos a algún lugar secreto o para matarlos. Dardo Cabo había informado a su padre sobre el pánico que sintió cuando le pusieron las esposas de alambre. Se las dejaron tanto tiempo que le paralizaron un brazo. Volvieron a transportarlo a la cárcel. Unas semanas después fue muerto a tiros en lo que se presentó oficialmente como un intento de fuga.

En un campo de detención en Córdoba, una mujer activista de los montoneros era torturada con la picana y violada repetidamente por un torturador que la elegía todos los días para cometer sus atrocidades. Después de días de crueldad la recompensó con caricias, la llevó a su oficina y le hizo el amor con suavidad... Ella se convirtió en su amante y así ganó su libertad.

Otras mujeres veían cómo se pudrían sus ropas en las axilas, cómo se les caían los andrajos. Hombres y mujeres educados sentían la humillación de oler sus cuerpos pestilentes y de ser lavados desde lejos con mangueras por guardias burlones, pero aquéllos eran sus únicos baños. Las mujeres se quitaban jirones de piel de los muslos; piel muerta por la aplicación frecuente de electricidad. Chicas y muchachos adolescentes morían lentamente en compartimentos diminutos, del tamaño de pequeños roperos. "Un policía tiró agua debajo de las puertas de la celda de un muchacho para que pudiera beberla, mezclada con excrementos; fue todo lo que tuvo para beber..." ¿Por qué había gente tan joven detenida? Había sido sacada de la escuela si se les encontraban etiquetas engomadas, con frases revolucionarias. Otros se habían unido a la Juventud Guevarista en Córdoba. La planificación de los servicios de seguridad demostraba que esa asociación no constituía peligro para el Estado cuando sus integrantes contaban

diecisiete años; pero podía llegar a ser subversiva en cuatro o cinco años más. Por lo tanto los adolescentes desaparecían.

"En junio, el mes más frío del año, un grupo de soldados volvió a la guarnición de Campo de Mayo con dos hombres en un camión. Los habían dejado una semana en ese camión, con las manos y los pies atados, con camisa y pantalón solamente en esa temperatura para helarse y sin nada para comer. Algunos les daban mate cocido a escondidas. A la semana murió uno de ellos. Lo llevaron a la zanja donde queman los cadáveres; está cerca de los blancos de tiro. Allí vierten un tanque de combustible de aviación e incineran los cuerpos de los que han matado o han muerto en la tortura..." Así había escrito un soldado a sus padres.

Es mejor no creer todo lo que dice la gente. La gente olvidará; el tiempo ayudará.

Sólo cuando alguien escriba todo esto como ficción, perdurará; se creerá. El periodismo expira a las 24 horas y los testimonios judiciales y oficiales mueren en la memoria confusa de los archivos.

A Dora la llamaron para que entregara la documentación del automóvil de Luis Guagnini a un hombre que la esperaría en una esquina de la Avenida del Libertador, en Olivos. No debía detenerse, sólo arrojar los documentos en una bolsa de plástico, desde un taxi, y seguir viaje. Ellos ya tenían el automóvil de Luis... y a Luis; los secuestradores necesitaban los papeles para vender el auto.

En 1979 el gobierno decretó que al cabo de un año los familiares de desaparecidos podían registrarlos como muertos. Los padres de Marisa fueron a anotarla como muerta para transferir la propiedad de la casa a los hijos de Marisa. Encontraron que la casa estaba registrada a nombre de un oficial de la Marina.

Cualquier lugar, más bien cualquier esquina de Buenos Aires está unida al recuerdo de un amigo o de una conversación; a la memoria de un rostro, que ya no estará más ahí.

En el Departamento Central de Policía los automóviles no identificados siguen siendo los mismos; están un poco más limpios, mejor lustrados y ya todos tienen sus chapas patentes. La seguridad es una chapa patente en un auto policial no identificado, aun cuando se trate de la falsa seguridad que proporciona una chapa inútil, falsa, que nunca ha sido registrada.

El edificio vacío del Congreso Nacional contiene las memorias de los pedidos urgentes de apoyo y de firmas apresuradas para lograr liberaciones o por lo menos, la publicidad de las detenciones.

Un banco en la plaza Lavalle frente al teatro Colón me recuerda la noche, en mayo de 1969 en que oí cantar a Joan Sutherland. Fui con Susana *Pirí* Lugones a escuchar a mi *prima donna* favorita y después nos sentamos en ese banco de la plaza mirando hacia el Colón y discutimos sobre las dificultades para traducir una colección de cartas de Dylan Thomas al español.* Me gustaría volver a escuchar a la Sutherland; podría ir hasta la tumba en Gales del Sur donde yace enterrado Thomas; pero no puedo volver a hablar con *Pirí*. Desapareció. Lo último que se supo de ella lo contó gente liberada de la cárcel. Dijeron que oyeron a un guardia gritarle: "Apuráte, renga de mierda...".

Una ola de autocompasión me inunda con la idea de que a nadie le importa ya; a los desaparecidos se los da por muertos. Miro a Buenos Aires a través de mi pasado y siento la angustia del desplazado. A mi alrededor la gente trata de olvidar.

Buenos Aires/Londres, setiembre/octubre de 1981.

* Dylan Thomas, *Cartas*, selección de Constatine Fitzgibbon, traducción de Pirí Lugones, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1971.

12

Tomando té con el torturador

16 de marzo de 1983

En Buenos Aires había armas en todas partes. Mucha gente puede decir eso. Pero no tanta gente podía decir que había visto las armas. La mayoría prefería no verlas aunque hablara de ellas. Si realmente las hubiese visto en la calle, aparte de las pistolas 45 que llevaban los policías uniformados, hubiera tenido demasiado miedo para contarlo y decir quiénes las tenían. Cada uno conocía a alguien que había visto a un hombre de civil portando un arma. También decían que eso ya no ocurría más.

A veces el recordatorio de que había armas por todas partes se producía de maneras extrañas.

En la acera del edificio SAFICO, donde está la agencia de noticias *Reuter*, en la avenida Corrientes, cada tarde se me creaba la misma indecisión respecto al camino a tomar para volver a casa. Por la calle Florida andaba la gente que iba a ver quiénes estaban ahí para ser vistos. Por la calle San Martín la gente iba a mirar con el desdén que usan los que no son timberos, a los apostadores, que a su vez miraban con ansiedad los indicadores de las financieras cerradas, que les mostraban que el valor de sus ahorros disminuía día a día.

Un conocido tenía una oficina en uno de los edificios pertenecientes a las compañías de seguros, cruzando Corrientes hacia Florida. Era la hora en que llegar a una oficina para tomar un café resulta aceptable. Los bancos ya estaban cerrados y los tratos comerciales declinaban a medida que la tarde envejecía. Si el visitado tenía tiempo para conversar, el visitante se quedaba. Si

no, se despedían con entusiastas promesas (que por lo general no se cumplían) de llamarse por teléfono al día siguiente.

El dueño de la oficina había sido teniente en la Marina hasta 1976, cuando se retiró para iniciarse como modesto importador. Había dejado la Marina para evitar verse envuelto en el terrorismo oficial que ya se planificaba. Pero ése era el límite de su convicción; él no juzgaba a los que habían tomado parte. De alguna manera su retiro lo convertía en persona decente.

El ex oficial naval tenía un visitante al que presentó como Javier, también ex oficial, pero del Ejército. No dio el apellido y no se trataba de una informalidad circunstancial sino de la reacción automática de protección de los que tienen experiencia en asuntos políticos y de seguridad. Eso significaba que Javier podía haber sido miembro del gobierno militar o participante activo del terrorismo de Estado.

Pero quizás estaba demasiado sensibilizado. Fui presentado con nombre y apellido y se calificó de especial mi interés en los derechos humanos. Los dos eran aún jóvenes, de rasgos delicados, con el aspecto cuidado de los porteños que colocan por encima de todo a la apariencia: puede no ser todo, pero consideran que es el ochenta por ciento del éxito de un hombre. Los negocios los habían reunido ese día.

El de la Marina estaba de espaldas a una ventana que daba a un patio de ventilación. Entre él y los visitantes había un escritorio anticuado.

De las paredes verde-grisáceas colgaban una lámina con una escena de estancia, un calendario y otra lámina en colores del Sagrado Corazón que parecía una mala ilustración de algún texto de medicina (como Graham Greene había calificado a un cuadro similar en *The Potting Shed [El Invernadero]*; pero tal vez Greene haya encontrado la comparación en Proust). Elogié la ubicación tan céntrica de su oficina. Le había ido bien durante la locura monetaria de fines de la década del 70, cuando lo importado era barato.

Me devolvió el cumplido diciendo que había leído mis artículos, y le hizo comentarios a Javier sobre ellos. El oficial naval me encargó que les dijera a los lectores británicos cuán profundamente sentían los argentinos el reclamo por las islas Malvinas.

—Decíselo también a los hijos de puta de Washington.

No había estado en la guerra, pero expresó que hubiera querido participar. El de la Marina dijo que Javier había cumplido con la

patria en otras formas. Era una pista muy pequeña para indicar en qué cosas había estado involucrado.

Pregunté qué había pasado con el capitán Alfredo Ignacio Astiz, el oficial naval que se había rendido a los británicos en Georgia del Sur, el 26 de abril de 1982.

—Vive en Punta Alta. ¿No vio el artículo que salió en *La Semana*? Yo la tengo.

La revista había sido prohibida y era una cuestión de orgullo el haberla comprado antes de que la policía requisara los ejemplares. El artículo que había ocasionado el cierre temporario de *La Semana* [1] y la orden de arresto contra su director era una biografía de Astiz. Hacía mención de los secuestros y asesinatos de los que se creía responsable a Astiz, en diciembre de 1977, como miembro de los grupos antisubversivos de la Marina. La misma revista, antes, había aplaudido los secuestros.

—Astiz hizo lo que le ordenaron hacer. Fue elegido como blanco de ataques políticos. Estaba en Georgia del Sur como voluntario, formando parte de la fuerza especial de "Lagartos". Ése también era su deber y cualquier oficial pudo haber sido enviado. No podía ser interrogado acerca de asuntos que no tenían que ver con la guerra. Los británicos lo capturaron durante un conflicto internacional.

Astiz no sufría el ataque de la crítica política sino el peso de los indicios de que era un asesino.

Alice Domon y Léonie Duquet, monjas francesas, desaparecieron; también la estudiante sueca Dagmar Hagelin, que sólo tenía diecisiete años cuando la arrestaron.

Astiz había tomado parte en la detención de otras seis mujeres y de cuatro hombres por el "delito" de organizar una petición en ayuda de sus parientes detenidos. Astiz se había infiltrado en las reuniones, con el nombre de *Gustavo Niño*, en la iglesia irlandesa de la Santa Cruz, en la calle Urquiza. Doce personas asistieron a la última reunión allí en diciembre de 1977 y no se las vio nunca más. Astiz fue enviado a París con el nombre de Alberto Escudero, para infiltrarse en las organizaciones de exiliados en Francia. Fue reconocido por un ex prisionero que se había exiliado, y entonces fue trasladado a Sudáfrica bajo la protección de dos oficiales navales superiores responsables de las noches de terror. Allí Astiz

[1] Edición de *La Semana* que fue secuestrada el 24 de marzo de 1983.

fue identificado por el *Sunday Tribune* y la noticia apareció en un número de octubre de 1980.

La liberación de Astiz por los británicos no tuvo nada que ver con su pasado. Fue un golpe de propaganda de los ingleses para evitar distraer la atención de los británicos de la guerra y para poder demostrar a los aliados de la Argentina que se había respetado la convención de Ginebra de 1929 —dijo Javier—. A Inglaterra no le interesan los derechos humanos fuera del Reino Unido.

La liberación de Astiz había ayudado a que se empezara a encontrar a aquella gente. No fue gracias a los británicos sino gracias a parte del pueblo argentino, que vio debilitarse el gobierno militar. En fosas comunes se hallaron los cadáveres de más de mil personas desaparecidas. Trescientas en el cementerio Parque, de Mar del Plata; cincuenta en el cementerio de Necochea; cuatrocientas en el cementerio de Grand Bourg, en Buenos Aires; dos en Cevil Pozo, en Tucumán, y muchas más en trece cementerios de toda la Argentina. El gobierno francés fue obligado a demostrar interés por las monjas, después de ser criticado por vender a la Argentina proyectiles y bombarderos. El Foreign Office en Londres tuvo que pedir ayuda a la embajada suiza para que averiguara qué había ocurrido con ocho personas de apellido británico (una de ellas un médico, otra asesinada en el campo de concentración La Perla, en Córdoba), que desaparecieron después del arresto.[2] El Departamento de Estado de Estados Unidos quería conocer el paradero de por lo menos dos de sus ciudadanos. Los burgueses de Freiberg, Alemania Occidental, compraron un espacio en las páginas de *Clarín* [3] y publicaron una solicitada reclamando información sobre cincuenta alemanes y descendientes de alemanes que desaparecieron en la Argentina. El parlamento italiano pidió información sobre trescientas personas de origen italiano. Las Cortes, en Madrid, recibieron pedidos de información sobre muchísimas personas.

—¿Acaso no saben lo que es la guerra? ¿Quién le pidió

[2] Correspondencia entre Sir Bernard Braine (MP), miembro de la Cámara de los Comunes, 17 de setiembre de 1982, y Cranley Onslow, Foreign and Commonwealth Office, 28 de setiembre y 23 de noviembre de 1982.

[3] *Clarín*, 23 de marzo de 1983, página 10.

rendición de cuentas a Inglaterra por cada alemán que frieron en Dresden? Lo que hicimos nosotros fue nada comparado con eso —dijo Javier.

En Ginebra, una corte federal suiza rechazó el pedido de extradición de cinco argentinos (tres hombres y dos mujeres) arrestados en marzo de 1981, por los cargos de complicidad en el secuestro de dos hombres de negocios en la Argentina; uno en mayo de 1979 y otro en febrero de 1981. Los cinco viajaron a Ginebra para cobrar un millón y medio de dólares por la liberación del segundo secuestrado. Los cinco reunían dinero para la acción paramilitar. Uno de los hombres había pertenecido al Ejército Argentino y uno a la Policía Federal. Después de su detención se jactaron de que sabían cómo había desaparecido Haroldo Conti en mayo de 1976. Ahora todos hablaban de Conti; tanta gente decía que había conocido al escritor laureado, autor de siete libros, el amante de la vida, de las mujeres, de los niños, y de la revolución, y de los perros, y de los gatos, y de la comida. Cualquiera en Buenos Aires podía contar cómo seis policías habían golpeado hasta dejar inconsciente a la *baby-sitter* y habían narcotizado a los chiquitos con cloroformo. Y luego esperaron que Haroldo Conti y Marta Acuña volvieran del cine. Todos saben eso. Pero en mayo de 1976, dos días después de la desaparición, solamente el *Buenos Aires Herald* dio la noticia.[4]

Nadie más dijo nada.

La corte suiza negó la extradición porque la Argentina no ofrecía las garantías suficientes de un juicio justo.[5]

Se abrió la puerta repentinamente y entró Lucho, el hombre a quien los otros dos habían descripto como interesante por sus opiniones sobre la "guerra sucia", el eufemismo de moda empleado para referirse a los años de terror.

Nuestro anfitrión nos ofreció té porque se le había acabado el café, y fue a prepararlo.

Lucho se sentó con la espalda contra la pared e hizo una

[4] "Las últimas y malas noticias de Haroldo Conti", por Gabriel García Márquez, en *El País*, Madrid. Reproducido en *Index on Censorship*, 6 de setiembre de 1981, Andrew Graham-Yooll, *The Press in Argentina*, Londres, Writers and Scholars, 1984, página 125.

[5] *Clarín*, 13 de noviembre de 1982 y 23 de marzo de 1983.

mueca; se enderezó en el sillón y sacó una pistola del cinturón. La puso sobre el escritorio. Los hombres que habían estado en las Fuerzas Armadas no reaccionaron ante la aparición del arma. En la Argentina todos se habían acostumbrado a las armas, a su exhibición, a su amenaza, a la tragedia... Todos conocían alguna historia de hombres que al oír un ruido afuera, por la noche, habían sacado la pistola del cajón de la mesa de luz y disparado contra la puerta para encontrar luego a una criatura en un charco de sangre. Así era la Argentina.

Javier comentó que habíamos estado hablando sobre el capitán Astiz. Lucho pareció irritado.

—No sé cómo usted puede estar en ambos bandos —dijo al encontrar al invitado angloargentino.

Su rostro moreno y agradable se endureció, los ojos brillaron con odio. Luego se calmó. Javier interrumpió sus emociones diciendo que él y nuestro anfitrión me habían estado explicando la situación política en la Argentina.

La voz de Lucho sonó razonable. Habló del daño causado por la guerra sucia en las Fuerzas Armadas.

—No es el combate contra un enemigo extranjero... Con esto no quiero decir que luchar contra los extranjeros sea más fácil; sólo que es diferente. Una guerra sucia como la que tuvimos es un conflicto entre gente que habla el mismo idioma; es como una pelea en la familia.

Hubiera sido razón suficiente para una mayor compasión.

—Por el contrario: las peleas familiares suelen ser mucho más crueles. El conocimiento personal elimina la necesidad de discreción. Es terrible lo que produce en las vidas y las mentes de la gente. Una vez, cuando fui al hospital militar, el médico me dijo que sus colegas le habían contado que el Ejército había empleado a 150 psicólogos en 1978 y 1979 para tratar a los oficiales jóvenes que habían estado en la lucha antisubversiva. Eso me dijo. Yo no sé si es cierto. Pero cuando a uno le cuentan algo así, algo de verdad debe haber. Los oficiales jóvenes tenían que ser atendidos porque no se podía permitir que todos se retiraran de las Fuerzas Armadas. Algunos tendrían que ser ascendidos.

Me ignoró cuando comenté que no parecía haberse desgastado. Tomó la pistola del escritorio y la contempló mientras sus manos la daban vuelta. Siguió hablando:

—Ahora el problema es diferente. ¿Cómo se negocia el final de una guerra civil cuando no hay un vencedor neto? No crea que no

nos damos cuenta de que aunque les ganamos, no podemos reclamar la victoria. Hay que tener en cuenta elementos políticos. Y si tenemos que negociar el punto final al pasado, debemos saber con quiénes. Debemos saber si los negociadores son lo bastante fuertes para eso y si son interlocutores válidos. ¿Cómo se negocia un acuerdo que ambas partes van a respetar? El asunto de la amnistía es la charla de moda de los imbéciles del Ministerio del Interior; o tal vez se trata de algún globo que infló el comando. Una amnistía no termina con los tiroteos ni detiene a los locos que creen que pueden vengarse y salir ilesos. Hay que hacer un trato con las personalidades políticas que pueden controlar a los loquitos. Sabemos que las garantías totales son imposibles, pero es imprescindible buscar alguna forma de control.

—¿Usted se desgastó? —le pregunté a Javier.

Dudó, miró a Lucho, pero no encontró respuesta en sus ojos. La conversación estaba acercándose a algo en lo que yo meditaba desde hacía tres años, cuando un hombre, Francisco Manrique, que había sido candidato presidencial en 1973, ex oficial naval, había dicho en una conversación en Londres en 1980 que existían hombres así. Lo había dicho con indignación, con comprensión por los oficiales que, por temor a represalias, se habían cambiado los apellidos y se habían mudado de los pueblos donde habían vivido durante muchos años. Se habían roto matrimonios y los hombres no se habían adaptado a las nuevas situaciones. El ex candidato presidencial contaba que había conocido a mucha de esta gente en las provincias. Desde entonces, sin la ayuda de Manrique, yo había tratado de encontrar a uno de esos oficiales y no lo había logrado. De vez en cuando había noticias acerca de alguno de esos hombres. Uno había relatado su historia en Brasil; otro había ofrecido una conferencia de prensa en Suecia. Pero yo nunca había conocido a ninguno.

Javier dijo que había solicitado un traslado y lo consiguió gracias a un coronel que se dio cuenta de que él no estaba bien.

—Hay un límite a lo que se puede aguantar, porque en realidad, la gente es decente...

Nuestro anfitrión trajo cuatro tazas de té en dos viajes, las puso sobre el escritorio y fue a buscar el azúcar.

Un ruido metálico me cortó la respiración; luego oí deslizar metal sobre metal y miré cómo Lucho quitaba el cargador de su 45 y sacaba una bala de nueve milímetros. El cargador con cuatro o cinco balas estaba en el suelo. Observó el detonador en la bala.

Estaba practicando un juego muy de militar. El ruido metálico había sido el golpe del percutor en la bala. Llevaba hacia atrás el martillo y lo soltaba luego para ver qué marca podía hacerse en el detonador sin que estallara el tiro. Levantó la vista, el efecto no lo había dejado satisfecho.

—¿Le gusta su trabajo?

Se sobresaltó, luego entrecerró sus ojos hasta que su expresión se tornó cruel y su mente sopesaba la pregunta.

—A veces —dijo en forma indiferente—. A veces, pero no es una cuestión de gustos. Tenía órdenes y las obedecía. Debíamos acabar con la subversión y casi lo logramos... casi. Si no hubiera sido por los hijos de puta como usted, sí, que se rajaron para llenar los diarios de Europa con propaganda antiargentina...

Mi estómago produjo un ruido como el que hace un líquido al pasar por un caño repentinamente desobstruido... una premonición de pánico. Levanté la taza y bebí el té para ocultar mi cara. Pensé en el escritor checo Ludwik Vaculik, que escribió un cuento titulado "*Una taza de café con mi inquisidor*".[6] Yo enviaría al diario una nota titulada "Tomando té con el torturador".

Javier interrumpió después de aclararse la garganta, y de ensayar el sonido de su propia voz.

—Hay que entender que esas cosas pasaron hace tiempo. El país ya no quiere esta discusión; tenemos que hacer otras cosas...

Tac... Otra vez Lucho tiró hacia atrás el martillo y estudió la bala.

—Solamente pregunté si le gustaba su trabajo... ¿Le agradaba lo que les hacía a los que tomaba prisioneros?

Ya estaba. La pregunta que había querido hacer durante más de doce años había sido enunciada por fin. Su origen no estaba en un proceso intelectual a comienzos de los años 80 sino en una conversación sostenida a principios de la década del 70. El tema entonces fue los lazos o las barreras, más allá del dolor, entre un torturador y su víctima. Habíamos estado charlando en una suite del *Alvear Palace Hotel*, en Buenos Aires: Joan Baez, la cantante; Joseph Novitsky, del *Washington Post*; Jonathan Kandel del *New York Times*; mi esposa y yo. Joan Baez devoraba un bife, hambrienta después de su concierto con Mercedes Sosa en el Luna Park. ¿Cuál

[6] *Index on Censorship*, abril de 1977.

es el estado en el que hombres y mujeres infligen crueldades casi inaguantables y luego pueden comunicarse con sus víctimas? Más adelante se publicó el relato de una mujer presa en Uruguay. Uno de sus carceleros era amable, se preocupaba por ella y le afligía su situación. Un día, durante una sesión de tortura feroz con la picana eléctrica, su torturador le bajó la venda de los ojos para que ella viera al carcelero amable, sonriéndole entre dientes.

Yo buscaba nombres, no monstruos. Yo suponía que los torturadores conocían a sus víctimas y quizá ayudarían a que se supiera dónde estaban. En mi memoria tenía un álbum lleno de fotografías de jóvenes que habían sido sacados de sus casas a las tres de la mañana. Caras frescas de hombres y mujeres, algunos posando en parejas en la inevitable instantánea del compromiso; jóvenes madres y padres con sus bebés, niñas con sus abuelas, chicos con sus padres... La última visión fue la de Alejandra Jaimovich, un rostro dulce con una sonrisa nerviosa en el acto de su graduación de bachiller en Córdoba. Fue secuestrada a los dieciocho años por ser miembro de la Juventud Guevarista, pero en la época de su secuestro ya había perdido interés y se había separado del grupo. Ya no se la consideraba una amenaza pero la evaluación militar indicaba que podría ser un riesgo para la seguridad en seis años más. Llevo su imagen en la mente desde que sus padres me trajeron a casa una fotografía.

De un bolso de viaje saqué una carta.

—Escuchen esto —dije—. Quiero leerles una carta.

> "...el programa consistió en interrogar a cinco personas que el periodista reunió, entre ellas yo, y que habían tenido problemas con desaparecidos. La Comisión todavía no estaba constituida, por lo que no sé cómo hizo para citarlas. Cada uno expuso su caso o experiencia, pero uno dijo que había salido de la Argentina varios meses después del golpe militar de 1976, con toda su familia. Dijo que trabajaba como mecánico de autos y motos de la policía y que había visto cosas. Cuando se le preguntó qué había visto, dijo que contaría pero que para ello debía borrarse su nombre, que había dicho al principio. Se accedió y dijo: 'yo he visto cómo a los jóvenes se los sentaba, se les introducían sus pies en dos recipientes que se rellenaban con cemento portland y cuando éste fraguaba un poco se los levantaba y se los llevaba. En cuanto a lo que se les hacía a las jóvenes, no lo contaré por respeto a las señoras y señoritas que están en la sala'. Así salió al aire su relato."

Tac.

—Por Dios, Lucho, guardá esa pistola de mierda —exclamé.

—Ja, ja, te agarré. Estás cagado de susto. El valiente periodista está cagado de miedo. Pensá qué buen título para *La Razón*. O *Crónica*: "Pirata inglés periodista, cagado de miedo"... ¿Así que querés saber lo que hicimos? Quiere saber, Javier... Está bien, te voy a contar... ¿De dónde es esa carta?

—De Israel —contesté.

—Judíos hijos de puta... No se puede confiar en ellos. ¿Puedo ver la carta?

—No.

—Metéte la carta en el culo. En realidad no la quiero. Si la quisiera te la sacaría así...

Me apuntó y casi le entrego la hoja. El dueño de casa se puso de pie y nos dijo que nos calmáramos. Dijo también que todos estábamos interesados en la historia y que lo que Javier y Lucho podían contar era útil porque era "historia viva".

—Te contaré. No podés hacerme nada porque no sabés quién soy y nuestro amigo no te lo dirá. Además, no estoy avergonzado de lo que hice...

—Así que te gustaba tu trabajo —observé, y me di cuenta de lo increíble que sonaba.

—¡La puta madre! Es la tercera vez que decís eso. Parecés un pervertido. Cumplimos con una función... Por lo menos yo. Entonces estábamos en Córdoba, en el Ejército. Nos dieron órdenes y eso es todo. Nuestra misión era capturar a los del ERP y a los subversivos de los sindicatos. La Marina se encargaba de los Montoneros; la Aviación, de los trotskistas y de los bolches en los sindicatos. Por supuesto que cruzábamos estos límites, pero aquéllos eran los objetivos. Trabajábamos en células. La experiencia argentina se basa en la de los franceses en Argelia, y te digo que se está aplicando en otros lugares de América. A lo mejor pronto se usará el mismo método en toda Europa. No se puede derrotar a los comunistas de otra manera.

—Si hubiéramos perdido, ¿quién hubiera dicho una palabra en favor nuestro? Solamente unos pocos locos croatas y polacos exiliados. A nadie más le hubiese importado; ni siquiera si nos hubiesen decapitado y puesto las cabezas en picas en la Plaza de Mayo. La propaganda hubiera dicho que era por la causa revolucionaria.

—Los disidentes polacos recibían un tratamiento de primera, comparado con el de los rebeldes argentinos, —comenté.

—Eso es porque los polacos son simplemente una irritación institucional; una molestia para la sociedad. Pero aquí los subversivos eran una amenaza a una manera de vivir, a la Iglesia y al sistema. De todos modos, los comunistas mataron a millones y sólo los exiliados del Este de Europa se molestan en recordárnoslo.

¿No pensaba ni por un momento en la gente que había padecido tanta crueldad?

—No era crueldad. Era la guerra.

¿No se pensaba en los derechos del individuo cuando se dejaba de lado la ley?

—No empecés con esas tonterías de los derechos humanos. Son solamente un letrero político. Nosotros éramos los verdaderos defensores de los derechos. Luchábamos por un estilo de vida, por una sociedad sin subversivos. El resto es mierda. Los que organizan campañas y agitan banderas lo hacen porque son militantes o porque no arriesgan nada. El asunto de los derechos humanos es demasiado político para ser solamente una cuestión de moral. En la Argentina están metidos en los derechos humanos los que han sufrido una tragedia y no hay convicción moral detrás del dolor personal. Estoy de acuerdo con la gente que dice que hay que contarles a los familiares lo que les ha ocurrido a sus parientes subversivos; pero en privado, sin escándalo. Debería ser así o matarlos a todos, así no habrá campañas. A mí no me importa pero al comando sí. Al comando le preocupa la imagen y la política. Cuanto más alto se está, menos se desea estar involucrado en cuestiones personales... Con la política sí, pero con las personas, no.

Javier permanecía en silencio. La ansiedad que había mostrado en el transcurso de la conversación parecía haber disminuido y le agradaba que fuera Lucho el que hablara de política.

Lo más desagradable de la conversación no eran los interlocutores sino su racionalidad. La discusión presentaba los contrastes de horror y normalidad de un extracto de *Parisian Journal* de Ernst Junger, aunque sin el consuelo intelectual del análisis de Junger de los acontecimientos y las experiencias. Durante mucho tiempo pensaron que habían cometido el crimen perfecto. No había cadáveres y contaban con el apoyo de las autoridades. Los

acontecimientos podían discutirse sin la violencia de la acusación y la defensa.

—Esa carta que leíste... Yo no te puedo decir si eso ocurrió o no. Probablemente sí... Pasaron tantas cosas... cosas duras. Yo no creo poder acordarme de todo lo que hice, a pesar de que no siento remordimientos. Como dijo Javier, hay un límite a lo que se puede aguantar. Los más jóvenes parecían más duros. Les dieron autoridad sobre los subversivos presos y la convirtieron en poder de vida y muerte.

—¿Qué edad tenían?

—Eran muy jóvenes. Muchachos en la edad de conscriptos del servicio militar que se habían enganchado en el Ejército, dragoneantes, muy jóvenes... Había que pararlos cuando castigaban, porque si los dejábamos, los que tenían que hacer el interrogatorio se hubieran quedado sin nadie a quien hablar. Si alguien me dice que los jóvenes son idealistas... después de lo que yo he visto... Los jóvenes son todos extremistas, en sus ideales, en su violencia, en sus maneras. No conocen las precauciones ni el cuidado.

Dio vuelta la pistola entre las manos, miró por la ventana y apuntó. Había silencio en el edificio. Había terminado el ruido de los ascensores y los pasos y las puertas que abrían y cerraban. Las oficinas se habían desocupado al final de la jornada.

—Nosotros, los mayores, a menudo debíamos restringir a los muy jóvenes —se quejó Javier.

Sonaba como un escolar que aspiraba a quedar bien. No era por decencia; era débil y, por consiguiente, peligroso.

—¿Alguna vez usaste la picana? ¿Alguna vez quemaste a alguien? —pregunté a Javier.

Él dudó buscando las palabras adecuadas.

—Por supuesto que lo hizo —intervino Lucho—. Todos lo hicimos... Todos tuvimos que aprender a castigar a los subversivos. Era un trabajo. Parece que no me entendés eso...

Tac...

El secreto estaba en no molestar a Lucho. En cuanto perdía la paciencia comenzaba a jugar con el arma. El percutor debía haber estado a punto de perforar el detonador y de inutilizar la bala... si salía disparada, Lucho perdía el juego.

—¿Quiénes eran las...? —Estuve por decir víctimas y recordé que él los llamaba subversivos. Pero él entendió la pregunta.

—Por lo general no los conocíamos. A veces sí, si nos los traían más de una vez. Generalmente eran sólo un número. Los hombres que los capturaban sí sabían los nombres, pero ellos solamente nos los entregaban. Se estaba en la captura o en el castigo, pocas veces en las dos actividades. Si se estaba en la captura, sólo había que entregar a los subversivos, pero también había que hacer el informe del operativo y el inventario de las cosas requisadas para inspección...

El botín.

—No, botín no: bienes confiscados. Total, ellos no iban a usarlos más. Se clasificaban las cosas. La ropa iba a los orfanatos o a obras sociales. Los muebles se regalaban o se vendían. El dinero iba a un fondo especial...

Para los ladrones.

—Para bonificaciones por servicio para los miembros del grupo; las operaciones no podían realizarse sin dinero.

¿Quiénes manejaban el dinero?

—Agentes, cambistas, vendedores de propiedades... siempre hay gente dispuesta a administrar dinero de cualquier origen siempre que sea bastante.

¿Podía describir un día de rutina?

—No los había. Si se estaba en operativos, el trabajo era nocturno. Si se estaba en la base, en los castigos e interrogatorios, nos llamaban cuando llegaba un grupo nuevo. Había que empezar a trabajar de inmediato; sin hacer preguntas, sin perder tiempo. Se les arrancaba la ropa, se los ponía sobre la mesa metálica, se ataban las correas y recibían las descargas.

Javier sudaba.

—Yo no lo hice durante mucho tiempo. Pedí que me trasladaran a otros operativos... y de ahí me fui.

Lucho le sonrió.

—Los jóvenes eran los que manejaban las picanas. Duraban más. No tenían remordimientos ni se afligían. Bastaba con darles la orden y decirles: "Ése es tu enemigo comunista", y para ellos era como un partido de fútbol. Tenían que ganarle al contrario.

El diario *Pueblo*, de Madrid, entrevistó a una joven que había reaparecido después de tres años de cautiverio. "A veces torturaban

a varias personas simultáneamente. Hasta apostaban a quién soportaría más."

—Ésos debían ser los jóvenes. Conocí a muchos de ésos en Córdoba.

—¿Dónde?

—En Córdoba.

—¿Pero dónde?

—En Córdoba. Deben haber sido los más jóvenes. Los más viejos que estaban en ese trabajo se enfermaban. A nuestro grupo, el de los maduros, nos trasladaban continuamente para que no nos enfermáramos.

¿Cómo se sentían "ellos"? No era fácil darles un nombre a los otros, los cautivos.

—Creí que querías que habláramos de nosotros, no de ellos.

El ex marino, nuestro anfitrión, sonreía. ¿De qué?

—De la manera en que discuten. Parece un partido de ping-pong.

Gracias. La idea del deporte me pareció asquerosa.

Pero habíamos llegado a un punto en que debía continuar el interrogatorio. Cuando Lucho torturaba gente...

—Yo nunca torturé. Torturar es infligir dolor por placer personal. Yo castigaba al enemigo cumpliendo órdenes de mis superiores. Y si querés saberlo, todo se transforma en un juego con sus reglas; el subversivo lo sabe. Tenés que sacarle información. El tiempo está de tu lado, pero a él no podés darle tiempo porque entonces él te ganará en cuanto empieces a darte cuenta de lo que hacés. Hay que trabajar para vencerlo tan rápido como sea posible. Lamentás causarle dolor pero trabajás rápidamente. No lo mirás a la cara aunque le pongás los electrodos en la boca; y lo tenés con los ojos vendados. El secreto está en no mirarlo a los ojos. El otro secreto es que no haya sangre, eso hay que dejarlo para los enfermos hijos de puta o las bestias jóvenes. Podés mirar cómo se arquea el cuerpo y rebota con las descargas eléctricas, pero nunca derramar sangre...

—¿Qué voltaje usaban?

—Cualquiera, hasta 220 voltios. También se les hacía el "submarino"; se los colgaba de los pies y se los sumergía en un charco de agua sucia o se los dejaba caer sobre el suelo mojado cubierto con sal... Pero yo nunca hice eso. La electricidad es limpia. Las otras cosas son para enfermos.

Veía manchas frente a mis ojos a medida que la sangre se me retiraba de la cara. Él estaba sudando también y no se notaba el frío del otoño en la oficina.

—Los montoneros decían que usábamos falopa (drogas). Pero no la necesitábamos. Estábamos cumpliendo nuestra obligación como oficiales. Ellos se drogaban; muchas veces los atrapábamos tan cargados de droga que no podían ni apuntar.

Su desesperación creciente me dio fuerzas.

¿Alguna vez se le murió alguien mientras lo torturaba?

—Nunca. Pero a Javier se le murieron dos —dijo riendo con crueldad. Sabía que eso molestaría a Javier.

Por eso se había desmoronado Javier. Pero, ¿había sido por accidente o por exceso de celo? Javier no respondió. El marino estaba muy rígido y nervioso.

¿Y las mujeres? ¿Qué pasaba con las mujeres? ¿Las violaban?

—Uno no puede no excitarse maniobrando sobre un cuerpo desnudo, totalmente indefenso. Los movimientos que produce la picana parecen exigirlo. Son tan vulnerables en su semiinconsciencia... Es una tentación. Hay que hacerlo...

Citó a Gustave Flaubert: "Un hombre no ha vivido algo si no ha despertado nunca en una cama desconocida, al lado de una cara que nunca volverá a ver, y si nunca se ha ido de un burdel a la madrugada sintiendo deseos de tirarse al río desde un puente por el asco que siente por la vida".

—Sí, uno se siente muy mal, es como después de una borrachera: se siente la bilis en la garganta y en la nariz. Pero uno lo hace. Y se sigue viviendo. Uno vive o se mata.

El marino estaba pálido. Parecía estar a punto de llorar.

—Hijo de mil putas. Nunca pensé que lo hacías.

Lucho bajó la vista.

Tac...

—¡Dejá tranquila esa pistola!

Lucho, con la mirada en el suelo, levantó la pistola y la arrojó sobre el escritorio.

El ruido atronó en la oficina. Había estallado la bala. La taza de Javier, en un extremo del escritorio opuesto al lugar donde estaba Lucho, desapareció en una nube de polvo blanco. Simplemente, la loza barata dejó de existir.

Los cuatro nos pusimos de pie y miramos el agujero en la pared a la altura del escritorio.

A través del fuerte zumbido de mis oídos, oí un sonido agrietado

proveniente del marino. Había encontrado la voz suficiente para decir:

—Sería mejor que se fueran todos.

Salí a la calle sin conciencia de haber bajado por la escalera. Mis piernas me llevaron por Florida hasta mi domicilio, guiadas más por el sentido de orientación que por la vista, chocando con la gente, los macetones y los tachos de basura, como alguien que hace poco que es ciego.

Sólo la ficción puede contar estas historias; impresas como testimonios parecen falsas. Se ha escrito, con motivo del Holocausto, que si la gente pudiera imaginar todos los pequeñísimos incidentes diarios que sufrieron miles de personas, se moriría de pena. Las crueldades diarias fueron siempre demasiadas. La alternativa de recordar es el olvido de los peores detalles para poder generalizar. O la generalización o la retención de una sola anécdota. Sólo una se puede retener para contarla todas las veces que sea posible y necesario. Más de una es demasiado horror.

Buenos Aires estaba llena de historias desde la derrota de las Fuerzas Armadas en las islas Malvinas. Esas historias existían desde mucho antes, pero la gente no quería saberlas y ahora prefería decir que las conocía pero no podía repetirlas.

El 23 de diciembre de 1981, un aviso aparecido en *Clarín* notificaba los nombres de gran número de artistas, escritores y periodistas desaparecidos. Uno de esos nombres no había sido anotado antes, el de Héctor Oesterheld, un escritor de ciencia ficción en la vieja revista *Más allá*. Hasta entonces su desaparición y la de sus hijos había sido mantenida en secreto por la familia. Había permanecido en silencio casi seis años. ¿Cuántas otras tragedias secretas habría?

En el camino de regreso a casa desde la prisión de Sierra Chica, el joven dijo que había sido arrestado cuando tenía 17 años. Ahora tenía 24. Nunca se le había iniciado proceso. Sentía que había perdido un buen trozo de vida. Pero su voz era tranquila, no hablaba de venganza. Sólo de lo que podría encontrar más adelante. Una gran cicatriz a lo largo del labio superior quedaría como evidencia contra los guardias que lo habían pateado para que saliera del avión que lo transportó de Tucumán a Sierra Chica. A

otros los habían hecho salir desde mayores alturas. Él había sobrevivido a meses de aislamiento en una celda, desnudo en las frías noches de invierno de La Pampa, sentado en la celda en posición fetal. Unos médicos compañeros de cárcel le habían recomendado esa posición para salvarse del frío en la espalda. Hacía ejercicio, pero no durante mucho tiempo, para no perder calorías, y no dormía para no arriesgarse a la congelación.

Un día desapareció una joven madre. La madre de ella, que trabajaba como voluntaria en el hospital militar, se lo contó a otra voluntaria que era la mujer de un coronel. Un tiempo después la madre recibió un mensaje anónimo de un joven que le decía que podía lograr la libertad de su hija si pagaba una suma importante de dinero. El joven era el hijo del coronel. Mientras ocurría esto, el padre de la desaparecida buscó influencias entre militares con los que había hecho negocios durante años y ellos le dijeron que la hija había muerto y que el cadáver había sido arrojado al Atlántico.

El hombre no se lo dijo a su mujer. Pero ella le contó de sus esfuerzos para pagar el rescate al hijo del coronel. El padre usó sus contactos para tender una trampa al hijo del coronel, que fue arrestado. El padre empezó a beber y murió al cabo de unos meses. La madre, en la creencia de que su hija estaba viva, se casó con un oficial inválido para asegurarse contactos militares influyentes. No supo nada del paradero de su hija. El oficial inválido murió. La madre, dos veces viuda, no perdió la esperanza de encontrar a su hija. Todos esperaban una amnistía en aquella Navidad de 1977. Se otorgó un perdón. El hijo del coronel quedó en libertad. No había noticias de su hija.

Cuando se presentó a solicitar la pensión militar que le correspondía por su segundo matrimonio, encontró al coronel a cargo de las pensiones. Él le dijo que la hija estaba muerta. Dio prioridad de curso a la pensión que pedía la mujer.[7]

[7] En abril de 1983, en Madrid, la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU) publicó el testimonio del inspector de la Policía Federal Argentina, Rodolfo Peregrino Fernández. Aunque en el testimonio no figuraban relatos detallados, fue un informe importante sobre los operativos oficiales de terror en la Argentina, dirigidos desde el Ministerio del Interior. Ver: Horacio Verbitsky: *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina, 1976-1978*. Colección El Periodista de Buenos Aires. Ediciones de la Urraca, 1985.

Hay tantas de estas historias. En su momento, escribí ésta para la gente que creyó que esto no podía ocurrir. Algunas personas trataron de no escuchar. Otras advirtieron que su repetición sólo acarrearía incredulidad y descrédito. El refugio de los privilegiados estaba, una vez más, en el exilio.[8]

[8] Esta crónica se publicó en *The Observer*, en Londres, el 15 de enero de 1984. Sirvió, en parte, para inspirar la obra teatral de Harold Pinter *One for the Road*, estrenada en el teatro Lyric Studio, en Londres, el 13 de marzo de 1984. Todo lo narrado aquí quedó ampliamente superado en los testimonios presentados ante la Cámara Federal en Buenos Aires a partir de abril de 1985.

La presente crónica se ofrece aquí como una experiencia personal.

13

Agregado al capítulo cuarto

Noviembre de 1984

Si Mario Eduardo Firmenich, comandante del grupo guerrillero Montoneros, es enviado a la cárcel por mucho tiempo, y si yo algún día recibo una bala en la cabeza, el origen de ambos acontecimientos deberá buscarse en un corto capítulo, el cuarto, de este libro.

En 1981, Junction Books, de Londres, publicó mi libro *Portrait of an Exile* (*Retrato de un Exilio*, luego *A State of Fear*, en castellano, *Memoria del Miedo*). El libro no circuló en la Argentina a pesar de no estar prohibido oficialmente. El texto relataba lo que alguna gente susurraba pero no quería ser vista leyendo. A fin de febrero de 1984, una revista semanal de Buenos Aires, *Somos*, tradujo y publicó el Capítulo Cuarto y dijo que yo era testigo clave de la liberación de Jorge Born. Mario Eduardo Firmenich había sido arrestado recientemente en Brasil. Dos meses antes, el nuevo gobierno constitucional de la Argentina había dictado dos decretos ordenando el arresto y juicio de los integrantes de las juntas militares y de los jefes de la guerrilla que habían sumergido a la Argentina en la "guerra sucia" durante diez años.

El gobierno argentino solicitó al Brasil la extradición de Firmenich. Francia y Grecia le ofrecieron asilo. En realidad, era una oferta generosa al gobierno argentino; le ofrecían a la Argentina la oportunidad de librarse del problema de juzgar a Firmenich.

La extradición parecía poco probable. Había un movimiento en Brasil en favor de la liberación de Firmenich, formado por algunas personas que aún lo veían como revolucionario.

¿Por qué se había rendido? ¿Bajo qué protección se encontraba

cuando había ido al consulado argentino a renovar sus documentos y por qué lo habían arrestado tan sólo en la cuarta visita? ¿Quiénes le garantizaban su seguridad? ¿Qué precaución fue dejada de lado? ¿O buscaba la protección del arresto? ¿O pensaba que la prisión prolongaría su carrera política? Había hablado sobre un papel más pacífico para los Montoneros.

La SIDE había difundido un rumor de que Firmenich había rechazado un plan de fuga de la cárcel brasileña por temor a ser liquidado en el intento por sus propios hombres. Se me pidió que viajara a Buenos Aires para declarar que el Capítulo Cuarto era verídico. La invitación de la Fiscalía parecía no tener mucho sentido, ya que la extradición de Firmenich parecía ser solamente una posibilidad remota.

Pero la extradición se concedió en octubre. Volé a la Argentina como testigo de la acusación el 17 de noviembre.

Alguna vez había sido beneficiario de la confianza de los guerrilleros. Pero también una vez habían considerado colocar una bomba en mi escritorio; el que tomó la decisión me lo contó. Lo digo ahora para que nadie tenga que recordármelo y para que esto no parezca una venganza.

La política de Firmenich era violenta; sus métodos, neofascistas. Y desde la comodidad de su exilio en Cuba había enviado a sus combatientes, también exiliados, algunos muy jóvenes e inocentes, a retornar a la lucha en la Argentina, para hallar una muerte horrible e ignominiosa a manos de los sádicos militares sedientos de muerte. Sin embargo, Firmenich no era más que un producto de su época y había actuado como tal.

Al regresar a la Argentina para su juicio traté de demostrar que tenía el tiempo y las ganas de apoyar al único sistema de gobierno, el constitucional, que quiero para la Argentina, el país en el que nací y al que amo todavía. También viajaba en la cumbre de mi ego: quería afirmar que el Capítulo Cuarto era verdad.

El español entró a la redacción, en Londres, el viernes por la tarde (16 de noviembre de 1984). Me preguntó si estaba listo. Tenía un pasaje y debía partir hacia la Argentina el sábado. El visitante quería que nos fuéramos de inmediato. Yo tenía una fiesta a la que no quería faltar...

Uno tiene toda la eternidad para abstenerse de la diversión. En vida no hay que perderla.

No exhibía armas, pero su voz era cortante. Si éste era el

despliegue de seguridad, parecía tan innecesario. Se lo veía incómodo, descubierto. Él tenía órdenes:

—Somos de la oficina de seguridad del gobierno español y tenemos orden de llevarlo a Madrid. Colabore ayudándome a cumplir la orden.

Alguien dijo "Por acá", me tomó del brazo y me hizo pasar por una puerta lateral y bajar los escalones metálicos hasta pisar el suelo madrileño. Todas las armas que no había visto en Londres aparecieron de repente, en cinturones, en cartucheras sobaqueras colgadas de los hombros, en la mano. Mi visitante se presentó. Anunció que sus colegas tenían orden de custodiarme. Era a pedido del gobierno argentino y ellos iban a satisfacer ese pedido.

Un automóvil me llevó hasta el perímetro del aeropuerto; otro me esperaba allí con tres hombres rodeados por guardias civiles para llevarme a un Madrid por el que no me estaba permitido pasear. Había habido amenazas, dijeron. Yo era huésped mientras estuviera en Madrid. Más tarde me llevarían de vuelta al aeropuerto para embarcar en un avión de Aerolíneas Argentinas con destino a Buenos Aires. La casa anónima donde debía alojarme estaba frente a la residencia del embajador francés al lado de la embajada de México, buen vecindario. Era un departamento mediano en el tercer piso de un edificio elegante. Allí esperaríamos hasta que vinieran a buscarme. La cita era a las seis.

El jefe de seguridad argentino dijo varias veces que estaban allí para protegerme y me aseguró que no se trataba de ningún juego. Ése fue el preludio a la apertura de una maleta llena de artículos para maquillaje, para arreglar el pelo, pelucas y lociones. Cuando me negué a afeitarme la barba, acordamos que sería teñida de una tonalidad grisácea, casi blanca. Mi cabello fue teñido de negro. Unas horas después descubriría que la tintura de mi barba era temporaria: caía como caspa sobre mi corbata. La tintura del cabello era permanente. Me dieron un par de anteojos. Los oficiales españoles estaban encantados. Me prometieron gran éxito entre las muchachas.

Luego me llevaron a cenar; de nuevo, tanto misterio resultaba ridículo. Tres hombres charlaban conmigo sobre seguridad, Gibraltar, la Comunidad Económica Europea; dos estaban sentados en la mesa de al lado; las armas estaban debajo de unos periódicos en las sillas, en los cinturones; las miradas escudriñaban el lugar. Finalmente me condujeron por toda la zona de seguridad del

aeropuerto hasta el corazón del área restringida donde me entregaron a un grupo de policías. Éstos habían cumplido servicio en todo el país. Los de más edad comentaban, con dos hombres más jóvenes, la planificación familiar; un oficial viejo dijo que su mujer había tenido sólo tres hijos gracias a los grandes sacrificios que él había hecho. Es extraño escuchar a los policías conversar como gente cualquiera.

Me miraron y cambiaron de tema. Dos de los suyos habían sido asesinados por un grupo terrorista que parecía no tener ni ideología ni línea de conducta. El de mayor graduación, de civil, conversaba sin parar, recordaba otras oportunidades en que había trabajado junto con los otros:

—Cuando perseguimos a aquella pandilla en los Pirineos y tú te rompiste una pierna... También estuvimos juntos en la persecución de esa gente del robo de oro, en Galicia.

Revisaron el avión, en busca de bombas, con detectores de explosivos. La policía había ocupado el aeropuerto y controlaba las listas de pasajeros de todos los vuelos. Como mortal ordinario debía haber experimentado una sensación de importancia, de privilegio, hasta de entusiasmo. Pero predominaba el cansancio, el deseo de estar en otra parte sin pensar en tener miedo. Volvía para revivir la vida vivida hacía ya diez años. El pasado era una trampa disfrazada de nostalgia. No había aprensión, sólo somnolencia. Arthur Koestler escribió en *Diálogo con la muerte* que el sueño era el ardid del inconsciente para resguardar el equilibrio de lo consciente. Quería dormir.

A la tripulación del vuelo 153 de Aerolíneas Argentinas se le había dicho que en Buenos Aires le informarían sobre las razones de las precauciones, pero no antes.

Una azafata preguntó quién era el pasajero especial y fue reprendida con severidad. Uno de los agentes de seguridad, inmediata, furtivamente, la consoló. Era como el viejo juego de cada operativo. Siempre había un tipo malo que amenazaba y hacía preguntas bruscamente y uno bueno que ofrecía buenos consejos. Uno de los hombres le narró a la azafata toda una serie de cuentos de intrigas internacionales y operativos arriesgados en los que él había tomado parte, siempre con papel de primer actor.

El filme que pasaron en vuelo fue *Gorky Park*. Dormí durante todo su transcurso.

Río de Janeiro tiene un bello aeropuerto de donde jamás parte un avión a tiempo. Las autoridades brasileñas nos ordenaron dejar

el avión para perder "la cola", o sea a quienes pudieran habernos seguido. La orden de cambiar el avión venía de Brasilia. Se corrían rumores de amenazas contra mi vida. Mis guardianes estaban furiosos. Tuvieron que dejar atrás a dos azafatas rubias sumamente interesantes, y sus asientos de primera clase.

En la pista del aeropuerto en Buenos Aires, había una fila de oficiales de policía y de funcionarios del gobierno que habían ido a recibirme. Había seis automóviles con hombres armados. Me llevaron al departamento de un amigo mío, al que entraron de golpe por razones de seguridad, naturalmente, y aterrorizaron a mi anfitrión que estaba hablando por teléfono con una de sus amigas.

Me pusieron guardia día y noche. Tres hombres en la puerta, uno en la escalera, tres en la planta baja. Un auto estaba esperando para llevarme adonde yo quisiera. Estaba en completa libertad totalmente controlada. El oficial que dirigía el primer turno se presentó con un discurso:

—Le agradecemos por venir a ayudar en la lucha contra la subversión. He luchado contra la guerrilla muchos años.

—¿Luchó limpiamente o es uno de esos pervertidos que torturaron e hicieron desaparecer a tanta gente? —pregunté.

Me escuchó con paciencia y justificó el empleo del terror con las enseñanzas de la Biblia. Mi pregunta me convirtió en el personaje violento; él, con todas sus armas, era el hombre de paz. Observó con voz tranquila, que en Europa el aborto era legal y eso significaba la matanza de inocentes. Estaba dispuesto a reconocer haber torturado y matado a gente adulta.

Era de mi edad, y diez años antes tal vez fue uno de los oficiales que pudo haber tratado de matarme cuando les ordenaron allanar la redacción donde yo trabajaba. Estos hombres, que pertenecían a la misma repartición, ahora estaban cuidando mi vida.

Vinieron amigos a verme. La exhibición de guardias y armas era molesta: FAL de caño largo (ametralladoras livianas), pistolas Ingram, Colts 45 y pistolas de 9 mm y de 38 mm, docenas de cajas de municiones, seguros que se soltaban y volvían a poner cada vez que alguien llegaba o se retiraba, walkie-talkies graznando su lenguaje metálico a intervalos regulares... Mis amigos debían exhibir sus documentos para poder entrar a verme; era como vivir un capítulo de ficción. Los guardias advirtieron a una mujer que

si se fotografiaba a mi lado cualquier bando podía matarla y echarle la culpa al otro.

A la mañana siguiente, lunes, tenía mi primera sesión en el Juzgado y allí reviviría los acontecimientos ocurridos diez años antes. Los guardias conducían con rapidez pero respetaban las reglas del tránsito. Diez años atrás yo había estado en el Juzgado de San Martín procesado por subversión; había enfadado a los censores militares. Ahora, la policía por lo menos obedecía las reglas de tránsito en la medida limitada en que lo hace cualquiera en la Argentina.

En el Juzgado Federal de San Martín había un grupo de fotógrafos. Pasé sin saludar. Luego de una charla con el fiscal, fuimos a ver al juez. Ambos habían recibido amenazas; tenían guardaespaldas, no tantos como tenía yo, me aseguraron. Conversamos un poco antes de entrar al despacho del juez. Adentro la ceremonia se inició con una serie de muecas que el fiscal dirigió hacia mí. Trataba de decirme que tenía la bragueta del pantalón desprendida.

Ya ante el juez me fue entregada una traducción oficial del Capítulo Cuarto. El juez pidió un ejemplar autografiado del libro en inglés. Me pareció una cortesía, pero no bien había firmado me lo arrebató un empleado y fue guardado en una caja fuerte. En el testimonio se declaraba que se guardaría un ejemplar en la caja fuerte del juzgado.

Varias horas más tarde me llevaron de regreso a casa. Me dejé caer en un sofá, agotado. El dueño de casa sirvió unos tragos sin hacer preguntas. Había unas cuantas visitas, si bien la mayor parte de las amistades prefería permanecer alejada. Llegó una amiga y me regaló un ejemplar de su libro de cuentos con esta dedicatoria: "Ojalá volvamos a encontrarnos en un tiempo sin miedo".

Un anglófilo de derecha me llamó por teléfono para que lo ayudara a rescatar de la comisaría 46 a George Canning.

—¿Qué?

Sí, allí permanecía desde que una manifestación antibritánica lo volteó del pedestal bajo la Torre de los Ingleses y tiró la estatua al río. La policía lo había sacado del agua.

La segunda noche comencé a conocer mejor a mis custodios. El oficial que se había confesado torturador y asesino estaba siempre en el teléfono llamando a sus superiores para pedir más armamento. Un hombre leía la Biblia todas la noches. Era un

profesor de música pasado a policía, que daba clases gratis a los chicos de su barrio. Demostró sus cualidades en mi guitarra, que había dejado en Buenos Aires años atrás, tocando un bello concierto de Aranjuez y algún tango. Luego recordó cómo había recogido lo que había quedado de Julio Sosa, el cantante uruguayo de tangos que había muerto en un accidente automovilístico hacía casi veinte años. La pistola del guitarrista estaba sobre la mesita del café mientras tocaba y hablaba.

Un guardia era monotemático con las mujeres.

Otro era un hombre viejo del turno nocturno; por lo general se quedaba dormido en las primeras horas de la madrugada. Llevaba una ametralladora liviana y se sentaba tan encogido, con los hombros tan caídos, que las solapas se encontraban bajo el mentón. Una vez lo espié, sin que me viera, por supuesto, apoyado en el caño del arma, como en un bastón. Podía haberlo atacado y matado; podía haber matado a cada uno que subiera por la escalera o en el ascensor. Hubiera quedado descompuesto el ascensor durante una semana. Rechacé la idea. Otra vez era yo el violento. Los hombres armados estaban en paz, durmiendo. El martes hubo que identificar la casa donde había tenido lugar la conferencia de prensa. Los funcionarios judiciales la habían encontrado por la descripción en el Capítulo Cuarto. El nuevo propietario se había ofendido por mis observaciones sobre el diseño. Pero, al parecer, la casa ya había sido investigada por su uso en un secuestro anterior. Un muchachito judío había sido raptado y retenido cautivo en esa casa. Se había pagado su rescate pero los secuestradores lo mataron. Después de la muerte del muchacho el dueño anterior de la casa había fugado al exterior. Aquel propietario trabajaba con los Montoneros pero había sido reclutado para el contraespionaje por uno de los servicios de seguridad. Había usado esta segunda función para escudar su sociedad con un oficial de gendarmería para el secuestro como negocio. Después de la partida del propietario los Montoneros habían usado la casa para la conferencia de prensa, para la liberación de Born, y tal vez hayan tenido allí a Born durante un tiempo.

El secretario del juzgado fue el primero en llegar, con máquina de escribir y papel para tomar mi declaración. Luego llegó el juez con sus guardias y el fiscal con su guardaespaldas y yo, el testigo, con mis guardaespaldas. Se cortó el tránsito y la calle se llenó de hombres vestidos con trajes grises y lentes oscuros, que llevaban pistolas y metralletas. El dueño de casa ofreció café y agua mineral

y explicó a los vecinos lo que ocurría. El fiscal le aconsejó vender la propiedad, y mudarse, ya que esto podía ser un clavo.

Fui a almorzar al Club del Progreso con mis compañeros de la mesa de los jueves, pasada a martes. Necesitaba saber qué pensaban de lo que estaba haciendo. Como siempre, fue una linda reunión. Antiguos colegas no me esquivaron, no había traicionado a mi generación. Fui abrazado y besado y me dijeron que estaban contentos de verme. Eso sí, se alegraron de que los guardaespaldas no entraran conmigo.

El custodio profesor de guitarra había dicho que era mejor tener la guitarra en una funda; de otro modo se dañaría la madera. Fuimos a comprar una funda. Entramos a Casa América, tres hombres como escoltas y dos más en el auto esperando en la calle. El vendedor pareció preocupado cuando le pedimos una funda para una guitarra. Él también pensó, probablemente, en la funda de guitarra de los filmes de Chicago. Los custodios buscaban sospechosos detrás de las baterías y las flautas.

Mis guardianes quisieron luego que yo llevara una mujer al departamento.

—Debe pensar que está aquí por poco tiempo. Ya comió un buen bife y bebió buen vino. Ahora tiene que buscar una mujer. Lo llevaremos donde quiera; esperaremos afuera, lo podemos alentar, chiflar...

Cada vez que pasaba alguna mujer bien dotada por la calle, me preguntaban:

—¿No le gustaría ésa? ¿Nos paramos y la llevamos?

Hubiera querido saber si usaban las armas para ganar ese tipo de favores.

Del *Buenos Aires Herald*, donde pasé diez años de mi vida, telefonearon para preguntarme detalles. Yo gruñí, sin tolerancia con mis contemporáneos que habían olvidado la historia que vivieron e impaciente con los jóvenes que nunca la habían leído. Durante siete años en la Argentina se había aconsejado a los jóvenes que no leyeran y a los viejos que olvidaran. Con la terminación de la dictadura éste era un país que estaba tratando de reconstruir una historia de la que no se ha registrado nada.

Al día siguiente, otro amigo, Roberto, vino al departamento y se quedó hasta tarde. Hablamos de cómo había sido torturado por la policía: la misma gente que había tratado de matarme lo había exprimido para encontrarme. Yo había escapado al exilio en Londres. Miramos la calle desde la altura de los doce pisos.

—Mirá si ahora los hijos de puta te tiran por el balcón para vengarse de todos los años en que los cagaste...

Nos alejamos del balcón y conversamos en una habitación interior, lejos de la puerta de entrada al departamento. Parecía una retirada en el estilo de los ocupantes de la casa del cuento de Julio Cortázar *Casa tomada.*

Y llegó el jueves... El día del careo con Mario Eduardo Firmenich. Su abogado lo había solicitado. El juez lo ordenó.

Cortaron el tránsito en la calle a la que daba el Juzgado Federal. Dos vehículos blindados estaban frente al edificio. Había doscientos hombres armados con fusiles Itaka y ametralladoras en la calle y en los techos. Los empleados de los Tribunales espiaban, los policías trataban de ver algo, pero, desde luego, la señora que vivía enfrente y estaba sentada en el banquito de la cocina, en delantal y con ruleros, tenía la mejor vista.

Me hicieron esperar en una oficina vacía. Me quedé dormido en la silla; varios oficiales de la policía estaban sorprendidos de que eso me hubiera ocurrido antes de un acontecimiento semejante. Se disculparon por despertarme. Charlamos sobre los sueldos bajos de todos los policías del mundo. Y volví a quedarme dormido.

Firmenich escuchó una grabación de la conferencia de prensa de 1975. Los Montoneros la habían grabado y la transcribieron a un folleto. El juzgado tenía ese panfleto, tal vez proveniente de algún allanamiento; la grabación había sido obtenida por intermedio del diario *Ámbito Financiero,* que se había jactado de su posesión.

Firmenich negó que la grabación fuera auténtica; cualquiera podía haberla hecho con el texto del folleto. Aceptó que el panfleto era su declaración política. Admitió que se había hecho la conferencia de prensa pero negó haber tenido conocimiento de la presencia de Born en la casa y negó que lo hubieran visto con Born. Si lo hubiera admitido, hubiera quedado implicado como cómplice directo en el secuestro de Born y en el asesinato de uno de los colaboradores de Born.

Los careos de este tipo suelen durar unos pocos minutos. El juez quería semblantear a los enfrentados para ver quién empezaba a transpirar primero.

La mano de Firmenich temblaba apenas. Dijimos "Buenas..." de un modo informal, casi amistoso, a todos los presentes. El fiscal hizo un truco muy obvio:

—No tengo que presentarlos. Ustedes se conocen.

Firmenich dijo:

—No, no lo conozco.

Yo dije que sí. Firmenich había leído mis artículos y los calificó de fantasías. Para mí era fácil. Al final yo me iría a casa; Firmenich volvería a su celda.

Pero el que estaba perfectamente controlado era Firmenich, mucho más que su abogado y aun que el juez. El juez escuchaba; el abogado defensor, un veterano en los tribunales, hablaba a veces en forma amenazante. Había sido asesor legal de los sindicatos y de la CGT durante muchos años. Ahora su profesión lo desdeñaba por haber tomado la defensa de Firmenich; dentro de unos años, con un cambio en el ambiente político, podría lograr una gran estima en ciertos sectores políticos nacionalistas. Por ahora sólo podía esperar un buen fajo de dólares, que son más útiles para adquirir respeto que cualquier concepto social.

El abogado trataba de demostrar que existía presión política. Si podía, liberarían a Firmenich. Los términos del acuerdo de la extradición del Brasil prohibían el juicio por actos políticos. Solamente se consideraban válidos los cargos por delitos comunes.

Firmenich estaba acusado de orquestar dos asesinatos cometidos por los Montoneros. Pero él había estado en Cuba para aquel entonces y no podían cargarle la responsabilidad por todos los actos de sus militantes. Lo que Firmenich sí había admitido, por medio de un informe publicado en la revista *El Descamisado* en abril de 1974, fue su participación en el secuestro y asesinato del ex presidente Aramburu. Eso estaba cubierto por la amnistía de mayo de 1973 y por consiguiente no podía abrirse juicio. El caso Born era el único que le quedaba a la acusación y al gobierno civil, que debían demostrar al público que se juzgaría igualmente a los asesinos militares y guerrilleros. Firmenich negó haber estado alguna vez con Born. Dijo que yo me había equivocado. Fue muy cortés y educado, tanto como cuando dijo que no nos conocíamos. Por supuesto que sí, nos conocíamos desde junio de 1974 en un Día del Periodista, en una derruida mansión de Belgrano donde él, Dardo Cabo (un buen nacionalista, veterano activista, luego asesinado por la policía en lo que llamaron un intento de fuga) y unos cuatro o cinco periodistas habían discutido durante horas sobre política, ideologías, acción armada y operaciones tácticas. Aquel día nos alimentábamos de una cantidad enorme de empanadas servidas por dos niñas y una mujer a quien llamaban “la tía” (las mujeres no participaban de la conversación y se quedaban en la cocina) y grandes botellas de Coca-Cola. Estas nos hicieron bro-

mear sobre la omnipresencia del imperialismo. Todo eso fue como una prehistoria política, ¿recuerda?

—¿Podría haber visto usted a Born en la habitación después que yo me fui? Mis oficiales organizaron la conferencia de prensa, pero yo no debía saber quiénes estaban en la casa. Eso era tanto por la seguridad de la organización como por la mía.

Firmenich estaba prolijamente arreglado, con el pelo bien peinado para atrás y mantenido en su lugar con fijador; parecía saludable... Lucía como un millón de dólares... ¿O eran sesenta millones? Era culpable de ser hijo de una generación en crisis. Pero su rebelión había causado la muerte de centenares de jóvenes, hombres y mujeres; algunos tan jóvenes... Él y los sádicos del Ejército, de mentalidad similar a la de Firmenich, eran los que habían luchado por el poder, y juntos habían llevado a tanta gente desorientada a una muerte horrible.

El secuestro de un hombre muy rico había llevado a Firmenich ante el juez federal, pero para mí lo juzgaban por el asesinato masivo y por la amnesia de una generación. No se podía culparlo a él solo por eso; la Argentina toda nunca tuvo la capacidad de tener en cuenta que pierde algo de su vida cada vez que pierde la memoria.

Firmenich tenía poco más de veinte años cuando se formó la guerrilla montonera. Nacionalistas de derecha católicos apostólicos romanos, quienes decidieron tomar un giro hacia la izquierda para ver si encontraban el camino de la revolución... Doce personajes en busca de un autor... El escenario se levantaba en los cementerios.

Sus preguntas hacían hincapié en cuántos minutos antes de la conferencia había llegado yo al lugar. ¿Cuántos minutos después me había retirado? ¿En qué momento lo había visto dándole la mano a Born? ¿Cuánto había durado la conferencia de prensa? Yo contestaba con lentitud, seguro de la certeza de mis respuestas. Él había estado allí con Born y no me iba a ganar por cansancio. El juez quería poner punto final al careo. Firmenich lo miró, y con voz firme y convincente le dijo:

—Un momento. Estamos hablando de quince años de mi vida; déme el derecho de defenderme.*

* En julio de 1985 el fiscal pidió treinta años de reclusión.

El juez y el fiscal callaron. Para estar seguro de que estaba seguro de mí mismo, le dije a Firmenich que estaba dispuesto a responderle durante todo el tiempo que él quisiera. Su abogado trató de intimidarme; usó el ruido para ganar ventaja. Me preguntó por un artículo sobre mi persona publicado en la revista *Gente*, en el que aparecía traducida una parte del Capítulo Cuarto. Le dije que no sabía nada de eso; no se podía confiar en los periodistas para su indagación. No entendió la ironía.

Firmenich fumaba, ofrecía cigarrillos, hacía algunos chistes políticos. El abogado también decía chistes... acerca de los nombramientos de los jueces. Quizá quería mostrarse amigo del juez. Me pidió un ejemplar de mi libro, pero no sabía leer inglés. Se lo prometí, pero nunca vino a buscarlo.

Después de más de dos horas, el juez dijo que el interrogatorio de la defensa había producido pocos cambios en el testimonio y dio por terminado el careo.

Eran las diez y media de la noche cuando me llevaron a casa. Los guardias habían esperado durante todas esas horas el permiso para el cambio de turno. La velocidad a la que condujeron hasta casa rayaba en la locura. Los autos se deslizaban entre el tránsito usando la sirena sólo de vez en cuando; con mayor frecuencia atemorizaban a otros conductores cuando se metían en los espacios más angostos y aceleraban. Cuando se abría el camino, corrían carreras, tomando las curvas desaprensivamente y riendo cuando otro aminoraba la marcha. Pasaban largos días aburridos de guardia y con esto daban escape libre a las tensiones. Ellos también debían llegar a sus hogares; ganaban poco y la mayoría tenía algún otro empleo, o dos.

En el departamento, mi anfitrión y yo charlamos hasta que el rosado acuoso del alba de Buenos Aires coloreó el cielo.

Empecé a empacar para el vuelo a Londres.

Firmenich podría ser sentenciado a veinticinco años por mi testimonio; aunque parecía más razonable que la sentencia inicial fuera por quince años y luego dependiera de la apelación. No pueden condenarlo a perpetua por los términos de la extradición del Brasil. Pero en pocos años podría salir en libertad: son los cinco años que le quedan al gobierno constitucional. El gobierno que lo suceda podría dictar, en busca de la pacificación, una amnistía para todos, militares y civiles, que tomaron parte en la "guerra sucia" de la década del setenta.

Después de eso yo no voy a contar mis historias con tantos detalles.*

** A comienzos de la década de los noventa, uno de los participantes del secuestro de Jorge Born, Rodolfo Galimberti, fue a pedirle perdón a su ex víctima. El complejo resultado de ese extraño encuentro fue que el ex guerrillero asumió la seguridad de su ex víctima y más adelante fueron socios en un emprendimiento comercial.*

Mario Eduardo Firmenich recibió una sentencia de 30 años de reclusión. Fue indultado por Anexo al Decreto 2742/90 del 29/12/90, Boletín Oficial 3/1/91 - Resolución Nº 285 del 20/2/91.

Libros del mismo autor

En inglés

Committed Observer. Memoirs of a Journalist.
(John Libbey, London, July 1995)

Point of Arrival. Observations made on an Extended Visit.
[to Britain] (Pluto Press, March 1992)

After the Despots. Latin American Views and Interviews.
(Bloomsbury, London, September 1991)

A State of Fear. Memories of Argentina's Nightmare.
(Eland Books, London 1986)

Small Wars You May Have Missed [in South America]
(Junction Books, London 1983)

A Matter of Fear
(Lawrence Hill, USA, 1982)

The Forgotten Colony. A History of the English-Speaking Communities in Argentina.
(Hutchinson, London 1981)

Portrait of an Exile.
(Junction Books, London 1981)

The Press in Argentina, 1973-1978.
(Writers & Scholars Educational Trust, London 1979)

En castellano

Pequeñas Guerras Británicas en América Latina. Crónica personal de Malvinas.
(Fundación Editorial de Belgrano, Buenos Aires, Septiembre 1998)

Goodbye Buenos Aires.
(Ediciones de la Flor, Buenos Aires, diciembre 1997)

Rosas visto por los ingleses (reedición).
(Fundación Editorial de Belgrano, Buenos Aires, diciembre 1997)

En blanco y negro. Represión, censura y olvido en Sudáfrica.
(Tempestad, Barcelona, junio de 1992)

De Perón a Videla. Argentina 1955-76.
(Legasa, Buenos Aires, agosto de 1989)

Retrato de un exilio.
(Sudamericana, Buenos Aires, noviembre de 1985)

Pequeñas guerras británicas en América latina.
(Legasa, Buenos Aires, abril de 1985)

Así vieron a Rosas los ingleses, 1829-1852.
(Rodolfo Alonso, Buenos Aires, 1980)

La independencia de Venezuela vista por The Times.
(Libros de Hoy del Diario de Caracas, 1980)

La censura en el mundo. Antología.
(Libros de Hoy del Diario de Caracas, 1980)

Arthur Koestler, del cero al infinito.
(Altalena, Madrid, 1978)

Lancelot Holland. Viaje al Plata en 1807.
(Eudeba, Buenos Aires, 1976)

Tiempo de violencia. Argentina 1972-73.
(Granica, Buenos Aires, 1974)

Tiempo de tragedia. Argentina 1966-71.
(Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1972)

Poesía

Se habla Spanglés.
(Lumiere, Buenos Aires, 1998)

Se habla Spanglés.
(Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1972)

Day to Day.
(Buenos Aires, 1973)

Incluido en antologías

The Oxford Book of Exile. Edited by John Simpson
(OUP, 1995)

The Forbidden Rainbow.
Images and Voices from Latin America.
(Serpent's Tail, London, 1992)

So Very English.
(Serpent's Tail, London, 1991)

The Guardian Third World Review.
Voices from the South.
(Hodder & Stoughton, London, 1987)

The Bedside Guardian, 31.
(Collins, London, 1982)

The Survival and Encouragement of Literature in Present Day Society.
(PEN/Unesco. Archive Press, London, 1979)

Compilador

The P.E.N. (Salman) Rushdie File. P.E.N. News 11,
September 1989

Impreso en ALFAVET
Roque Saenz Peña 2362 (1636) Olivos
Pcia de Buenos Aires
Marzo de 1999

El primer capítulo comienza con el Londres del exilio, con reflexiones sin tapujos sobre la naturaleza de la experiencia -"un privilegio de la clase media"-. Escribe con percepción aguda acerca del horror del predicamento -una diáspora latinoamericana dispersa por el mundo, renuente a aceptar que "ellos están afuera, los otros ganaron..." Cada capítulo es una pepita de oro minada de la memoria -una crónica periodística, una nota personal, un secuestro, una fiesta-.

This very interesting book is more than the reflections of a sensitive man whose home is always somewhere else. It is also an elegy for the Argentine he knew, a country haunted by messianic fantasies and brutalised by sordid violence where the distinction between politics and gangsterism is vague...

James Neilson, ENCOUNTER, London.

Este libro muy interesante es más que una reflexión de un hombre acerca de su terruño, que siempre está en otra parte. Es también una elegía por la Argentina que conoció, un país atormentado por fantasías mesiánicas y embrutecido por la violencia sórdida, donde la distinción entre política y gangsterismo es nebulosa...

We have all known occasions of fear, but I have never read any book that so conveys what it is to live in a state of permanent fear written by a journalist who endured that condition during the years of the generals in Argentine.

Graham Greene, Books of the year,
THE OBSERVER REVIEW, London.

Todos hemos conocido momentos de terror, pero nunca he leído un libro que transmita de tal forma lo que es vivir en un estado de terror permanente, escrito por un periodista que vivió esa condición durante los años de los generales en la Argentina.

Estos libros no van más. Lamentablemente, este libro que pudo ser excelente material para agregar al ya existente sobre nuestra tarea de reflexionar en vistas a un futuro sin sangre, se convirtió por obra y gracia de su mismo autor... en un libro que "aparenta comprometerse"... Señor Graham-Yooll, usted es periodista y lo sabe mejor que nadie. La democracia argentina ha superado libros como éste.

Diario MENDOZA, 29 de diciembre de 1985.

diseño de tapa
neuman romano

Raptos, torturas, desapariciones, crímenes en contra o en nombre de la justicia. La historia argentina en la década del '70: un lapso que todavía nos sume en una atroz perplejidad. Este libro es el testimonio de alguien que se vio atrapado entre las fuerzas oscuras del terrorismo y la represión, no menos abominable. Andrew Graham-Yooll, poeta, investigador de problemas socioculturales, fue periodista durante diez años en el Buenos Aires Herald. Durante ese tiempo, persistió con firmeza en su misión de informar.

En 1973, comete un "delito": asiste a una conferencia de prensa organizada por la guerrilla y con Roberto Santucho como protagonista. A los pocos días, aparece la nota en el Buenos Aires Herald. "Para muchos -dice el autor- adquirí el rango de super periodista. Para muchos más... aparecí como guerrillero". A partir de entonces, llueven las amenazas contra su vida, contra su familia.

En 1975, asiste a otra conferencia de prensa promovida por los raptores de los hermanos Born y con la presencia de Mario Eduardo Firmenich. Aunque la nota que escribe aparecerá sin firma, las amenazas se volverán insostenibles.

En 1976, Graham-Yooll recurre a su pasaporte británico y se exilia en Londres. Ahora, sin presumir de héroe, publica este documento: del modo que asoló la Argentina y amenazó con paralizarla. "Yo no debo olvidar los crímenes que he presenciado".


ISBN 950-577-265-3